



Carlos de Luca

“PAJAS”



*Para Benjamín Martínez González (Lokis),
a quien le hubiera gustado leer este libro.
Y para todos los demás que hacen de su lucha un ejemplo y
una inspiración.*

1. Mi mano y yo

He follado, y más veces y con más mujeres de lo que muchos pensarían al verme. Soy un hombre normal. Ni alto ni bajo, ni gordo ni atlético. No soy tan listo como para ser un completo infeliz, ni tan tonto como para creérmelo todo. Soy lo que viene siendo el estándar de joven ser humano en nuestros días. Probablemente mi historia sea, en muchos aspectos, calcada a la de millones de personas. Algunas de esas personas me estarán leyendo, y se sentirán plenamente identificadas. A otras les daré asco por lo que voy a contar. Otras directamente no lo creerán o preferirán no creerlo.

Las mujeres nunca se han desvivido por mí, pero tampoco he tenido ningún problema para entablar relaciones con ellas. Realmente nunca me ha interesado tenerlas como amigas: generalmente las consideraba seres intelectualmente inferiores. La mayoría de mujeres con las que me he cruzado en la vida tienen como única conversación temas tan banales como las dietas o la ropa. Las he conocido de todas las clases (chonis, universitarias, trabajadoras, etc.) y normalmente todas acababan aburriéndome con los mismos temas, que me interesaban e interesan una puta mierda y los cuales nunca he tenido ganas ni intención de escuchar. Tampoco es que yo fuese un Nietzsche, pero joder, necesitaba más.

Algunas se salvaban, claro está. Pero daba la casualidad de que éstas, las que podían aportarme algo más, nunca me atraieron físicamente, y no puede decirse que sea un hombre delicado en este aspecto. Esta es una realidad que muchos se empeñan en

enmascarar, como todo en esta sociedad tan llena de tabúes: creo que las chicas que no pueden competir con su físico, suplen tal carencia llenando su cabeza con cosas interesantes. El resto no. Es bastante simple, como pocas cosas lo son en la vida.

No me quiero desviar del tema: siempre he visto a las mujeres (sobre todo a las atractivas, lógicamente) como meros objetos sexuales. De ahí que las relaciones personales con ellas siempre me hayan supuesto una gran y pesada losa de pereza. Sí, pereza. Ya sabéis toda la serie de gilipolleces que normalmente hay que hacer para llevarse a una tía cualquiera a la cama: el conocerse, el fingir que te importan las mierdas que te está contando, el ir de paseos y cenitas, etc. Y una vez te las follas unas cuantas veces, para mí pierden absolutamente todo el interés, y ya he de fijarme en un nuevo objetivo.

El problema está cuando la pereza es tan grande que incluso los nuevos objetivos pierden interés. Llega un momento en el que deja de merecer la pena repetir una y otra vez el ciclo falso de fingimientos para echar otra serie de polvos. Al contrario que algunos «depredadores sexuales» que viven por y para la conquista de nuevas hembras, para mí dejó de tener interés la cacería.

Sobre todo sabiendo que en la calle nunca encontraría la variedad existente en la red.

Recuerdo la primera vez que tuve conexión a internet: era un chaval de trece años, hormonas a tope. Cada día caían un par de pajas seguras, incluso alguna extra si estaba demasiado cachondo porque le había visto el tanga a la guarrilla de la clase.

Alguien dijo una vez que la pubertad es esa etapa de la vida en la que crees que más adelante no te masturbarás.

Qué razón tenía. Cuando pasaron los años y quemé la época de folleteos, ligues y novias, la pereza a la hora de entablar nuevas relaciones se unió al «redescubrimiento sexual» de la red de redes.

Por la mañana me apetecía una rubia de grandes tetas. Por la siesta, una morenaza que me recordaba a una amiga mía. Por la

noche, ¿por qué no un trío con una negra y una chinita? Las posibilidades eran infinitas y quería explorarlas todas.

Mi polla hacía buena pareja con multitud de webs, y esta relación ya inundaba todos los aspectos de mi vida. Durante los descansos en el trabajo, mis mejores compañeros eran mi móvil, la red wifi, los aseos y el papel higiénico.

Desde que redescubrí el porno, la apatía a la hora de conocer mujeres fue en aumento: ni siquiera de fiesta me apetecía intentar nada con ellas, ni bailar o rozarme. No veía la hora de llegar a casa y comenzar a disfrutar, a mi ritmo, de mujeres con cuerpos que rara vez veía en garitos y bares.

Cuando volvía los viernes y los sábados de madrugada, sin haberme comido un colín (ni haberlo intentado), mi comportamiento era sistemático: encendía el ordenador, dejaba que arrancara mientras me quitaba la camisa y los pantalones. A continuación abría la serie de videos que durante la semana, en el trabajo, había estado guardando en mis favoritos. Era entonces cuando comenzaba mi verdadera fiesta.

Me hacía pajas que perfectamente podían alargarse dos o más horas. Cuando me iba a correr navegaba por otras webs, de deportes, noticias en general o cualquier otro tema, para que se bajara el calentón y poder seguir disfrutando durante más rato. Una vez terminaba, tanto yo como el sillón estaban empapados de lo que yo llamo «sudor de paja»: ese que huele especial, ese que te humilla porque sabes que la noche no debería acabar así, ese que enseguida te obliga a deshacerte de él con una liberadora ducha, tras la cual te sientes verdaderamente limpio por un momento del día, y te prometes que a partir de mañana cambiarás.

La variedad y el placer de la masturbación para mí no tenían comparación con la tediosa tarea de conocer a una chica y adaptarse a ella y sus manías o gustos sexuales, o tener una pareja y mantenerla haciendo cosas que no me apetecían, para echar polvos cada vez más monótonos una vez por semana.

Esa era mi vida. Una existencia basada en el sexo virtual y cierta misoginia real. Una vida triste y solitaria, pero aún habría de empeorar.

2. Los confines de la red

La pornografía poco a poco se fue adueñando de mi tiempo: en el trabajo no veía la hora de llegar a casa y ponerme a disfrutar; cuando llegaba, me iba directo al ordenador y tenía que hacerme una «rápida» antes de comer. Acto seguido, comía fugazmente y mal, para descansar un poco y seguir consumiendo vídeos.

Dejé totalmente de lado el deporte (era aficionado a pasar tiempo en el gimnasio y a practicar tenis o escalada) y casi por completo a las «amistades» del trabajo (pronto comprenderéis por qué entrecomillo esta palabra), a las que veía como mucho una vez por semana en alguna fiesta, que siempre se me hacía repetitiva y pesada.

Navegaba y navegaba por decenas de webs pornográficas, algunas muy conocidas por el pajillero habitual (xvideos, youporn, youjizz, redtube, etc.) y otras para paladares más exigentes, selectos o variados (video-one, beeg, pornhub...). Al tiempo descubrí que en mis búsquedas veía vídeos repetidos, lo cual empezó a no gustarme. Tampoco me gustaba identificar cientos y cientos de videos por la miniatura disponible en cada web; me hacia verme a mí mismo como un enganchado. Y en efecto lo era.

Para mí, algunas actrices porno eran casi como de mi familia. Conocía a la perfección las bamboleantes tetas de la salvaje Gianna Michaels, el cuerpo moldeado en spinning de Amy Reid, la dulce y tierna Britney Beth...

Fue ahí donde este tema empezó a dolerme también en el bolsillo: un día de locura, cuando no encontraba vídeos de calidad

que saciaran mi hambre de sexo, decidí hacerme tres cuentas premium de conocidas webs norteamericanas.

Cuando me cansé de actrices y de postproducciones, de maquillaje y de focos, en mis búsquedas comencé a incluir cada vez más la palabra «amateur». Con ello descubrí un mundo nuevo: parejas como las que veía por la calle, como las que yo mismo tuve, mostrando sus intimidades y dispuestas a ser disfrutadas en video. Si bien algunos eran de una calidad espantosa, otros pasaron inmediatamente a formar parte de mis favoritos, y los veía una y otra vez para terminar con mis masturbaciones hasta que los aborrecía.

Me empapé de vídeos de españolas; eran las que más morbo me daban, puesto que en mi subconsciente pensaba que eran mujeres como las que a diario me encontraba en el súper o en el trabajo. No había mucha variedad, así que terminé por conocerme (a mi pesar) la polla de Torbe al milímetro (bueno, tampoco tiene muchos milímetros así que eso no era tan difícil).

Pronto ya no me llenaban, o más bien ya no me vaciaban, ni los vídeos «típicos» ni los amateur. Empecé a buscar nuevas perversiones, algo que despertara ese morbo interior al que era adicto. Porque no os confundáis, era adicto a masturbarme; pero era igual o más adicto a la dopamina, adrenalina y testosterona que mi cuerpo liberaba con el simple hecho de pensar en aquel nuevo vídeo que esperaba a buen recaudo entre mis favoritos, dispuesto a ser disfrutado cuando llegara a casa. Una vez eyaculaba, me sentía derrotado y arrepentido. Nada tenía sentido... hasta que pasaban unas horas y todo volvía al punto de inicio.

Como digo, mi necesidad de nuevas formas de ponerme a cien me condujo por sendas que es mejor no recorrer. Coquetteé con la Deep Web, con los enlaces .onion y con las categorías más bizarras de webs como video-one. Lo que encontré por esos lares no fue de mi agrado. Era un ser bastante insensible, pero algunas cosas que vi me dejaron repugnado y asqueado de pertenecer a la raza humana. A quien vea divertido jugar con lo que Internet esconde,

que haga lo que quiera: si quien lee esto tiene un mínimo de respeto por su sensibilidad y por su calidad como persona, además de un mínimo de fe en la humanidad, le recomiendo encarecidamente que no indague por lo subterráneo de la red de redes.

No puedo contar las repugnancias que vieron mis ojos, muchas de ellas guiadas por búsquedas extremas. De forma involuntaria vi algunas cosas que si fueran contadas probablemente me llevarían a tener una charla con los agentes del orden, lo cual, como entenderéis al final de este relato, no me convendría en absoluto. Nada de lo que vi despertó en mi el más mínimo morbo, más bien al contrario sentí mucho asco y tristeza. De hecho, de no haber sido en la Deep Web (donde no hay reglas y todo está permitido) yo mismo hubiera denunciado muchos sitios.

Me consolaba pensar que, aunque fuese un enfermo del sexo y un ser cada vez más asocial, al menos no era un monstruo.

Pasé unos días desintoxicándome de toda la mierda que pasó por mis ojos en lo «subterráneo» de internet. Me reconcilié con mis cuentas Premium, con Gianna y sus amigas, con las parejitas de Torbe y con la puta que los parió a todos.

Gracias a una búsqueda casual di con una web de cams amateur. Normalmente habría rechazado de pleno pagar por tener «contacto» mediante vídeo con alguna desconocida, pero esa web era gratuita. Podía contemplar lo que ellas quisieran enseñar. También con sus parejas. Me gustó esa libertad y esa idea de que enseñaban lo que hacían porque les daba morbo y lo deseaban. No eran como esas esclavizadas de otros sitios de webcam, que están ahí metiéndose consoladores por el culo en horario de oficinista.

Por fin encontré de nuevo ese morbo que tanto buscaba: yo era un extraño escondido tras una pantalla, viendo las intimidades de aquellas mujeres y parejas y disfrutando en secreto de ellas.

Al principio me contentaba con disfrutar del «show» y masturbarme, pero poco después quise ser partícipe directo de las acciones que se llevaban a cabo: eso, claro, costaba una pequeña

cantidad de dinero. Me registré en la web con el nick *Richard_dreyfuss*. Me llamo Ricardo y, no me preguntéis por qué (no soy fan del actor), desde siempre me he registrado en internet con ese nombre. Gracias a la cuota mensual, no solo podía pedir que hicieran determinadas cosas (aunque rara vez hacían caso, puesto que había hordas de pajilleros chateando a la vez) sino que podía bonificar aquellos momentos en los que el show me estaba poniendo más caliente. Era real. Era perfecto. Formaba parte de ello. Aun así, pronto dejé de escribir palabra alguna en el chat (tampoco era fácil con una sola mano). Me limitaba a contemplar, atento y en silencio.

Tanto en el trabajo como en casa pasaba muchas, muchísimas horas enganchado a la web. A veces incluso escuchaba lo que aquellas zorras contaban, sin que enseñaran ni un solo pecho. Resultaba curioso, nunca había escuchado a ninguna de mis novias y ahora estaba atento a lo que decía una extraña tras la pantalla. Nada tenía sentido.

A los pocos días ya conocía todo el percal de la web de las cams y sus mujeres: las que emitían solas, las que lo hacían en pareja y las que sospechaba que eran putas o ninfómanas, pues cada día emitían con un maromo diferente o cuando estaban solas no paraban de introducirse objetos por cualquiera de los orificios y tenían ademanes de profesional. Estas últimas no me daban nada de morbo; no eran realmente lo que buscaba, no eran aquellas mujeres que uno podría encontrar en la biblioteca, en la estación o en un restaurante. Yo quería saborear mi pedacito de realidad a través de la pantalla del ordenador, y con la polla bien empalmada en la mano.

Una tarde vi como aparecía por primera vez conectada una tal Sandra. Veinte añitos. Su avatar era muy sugerente, pero lo que hizo que me incorporara en la silla y abriera los ojos como platos fue su ciudad.

Mi ciudad.

3. Sorpresa

Se puede decir que, desde aquel momento, me convertí en un adicto a Sandra: se conectaba de lunes a jueves a las cinco de la tarde, con puntualidad inglesa. Decía que era universitaria, y que a esa hora se quedaba sola en casa. Su show duraba hora y media o dos horas. Tenía el *timing* perfecto para mí. No puedo describir el morbo que sentía al pensar que podría pasarme el día recorriendo el campus universitario hasta encontrarla. Por supuesto que no lo haría, pero la posibilidad me excitaba sobremanera.

Nuestra ciudad no era ni mucho menos grande: podría ser la amiga de la novia de un colega, o la vecina de mi tía, o la compañera de clase del vecino. Las posibilidades eran siempre cercanas. Eso me encantaba.

Comenzaba charlando con aquella voz de chiquilla. Cientos de pajilleros, que como yo habían pagado cuota en la web, iban colapsando el chat haciéndole preguntas. Yo prefería permanecer callado y disfrutar de la potente visión de su escote y su cintura, que parecían cinceladas por un escultor de la antigua Grecia. Solo de pensar que pasados algunos minutos podría contemplar su cuerpo desnudo me hacía sentir escalofríos.

Sandra nunca enseñaba la cara (como casi todas las que emitían en la web). Aparte de su cuerpo, mostraba únicamente su boca. Labios ni demasiado gruesos ni tampoco finos (dicen que en el término medio está la virtud), y bajo uno de ellos, a un lado, un sugerente piercing de metal.

Y qué decir de su sonrisa. Estoy seguro de que cuando sonreía, el ejército de hombres desnudos rabo en mano tras la pantalla imitábamos inconscientemente su gesto. Era una sonrisa contagiosa, fresca, sincera, joven, despreocupada, descarada. Dejaba ver una hilera de dientes blancos y alineados, con las paletas ligeramente más grandes y separadas que el resto. Esto no le restaba un ápice de atractivo, al contrario, hacía ver que aún era casi una niña. Una niña mayor de edad y muy traviesa.

Tras la charlita de rigor con las parejas y hombres que poblábamos el chat, comenzaba a desnudarse, siempre lentamente. Tenía la habilidad de hacerte desear con toda tu alma cada nuevo milímetro de carne que estaba a punto de enseñar. Cuando ya no le quedaba nada más que mostrar, comenzaba a tocarse. Era en ese momento cuando ya se registraban las primeras desconexiones en el chat: los pajilleros que al principio tanto hablaban y pedían se iban corriendo uno a uno. Yo era de los pocos que aguantaba desde el principio hasta el final. Siempre la esperaba a ella, a que llegara su momento. Seguía su ritmo hasta que los dos explotábamos a la vez en un orgasmo mágico y gigantesco. Aquel como el que nunca tuve con ninguna de las parejas que conocí a lo largo de mi vida.

Recuerdo un viernes de otoño. Era por la tarde. Yo me debatía entre volver a hacer algo de deporte o quedarme delante del ordenador. No es difícil adivinar por lo que opté.

Cuando no estaba Sandra, prefería visitar otras webs. Pero aquel día me picó la curiosidad. Sabía que el resto de zorritas no le llegarían a Sandra a la suela de los zapatos, pero me picó la curiosidad. Abrí la página. Mi sorpresa fue mayúscula al ver el avatar de Sandra y el símbolo verde. Estaba online, por primera vez un viernes.

Pulsé en «acceder a la webcam» y mientras cargaba leí el *topic*: «*hoy con mi novio chicos!!! :D*». No puedo negar que me sentí

estafado y engañado; la muy cerda estaba saliendo con alguien. Sandra nunca mencionó el hecho de tener pareja. Sé que no debería importarme, pero en mi mente siempre había imaginado que era una chica soltera y liberal, dispuesta a trasladar sus guarradas a la vida real con ligues de una noche. Ese era uno de los pilares del morbo que sentía por ella.

En cuanto la cam cargó pude verla: camiseta blanca con gran escote, sentada sobre la cama junto a su novio, un joven delgadito y de piel morena vestido con una camisa a cuadros. Los usuarios ya estaban como locos. Se leían repetidas veces: «vamos, chúpasela», «cómele las tetas», «dale fuerte por el culo», etc. Yo, como siempre, me mantenía callado. Mi álter ego en el chat, *Richard_dreyfuss*, aún no había dicho palabra en ninguna de las emisiones.

Los dos estaban sonrientes. Sandra explicaba que eran una pareja moderna, que a su novio le ponía que ella lo enseñara todo, pero que hasta entonces no había logrado convencerle para que emitieran juntos. Aquel era el día. Iban a echar un polvazo en directo que haría las delicias de los pajilleros, y los pondría en el top de bonificaciones de la web, con lo cual ganarían un dinerito extra.

Yo me mantenía expectante. La sorpresa y la decepción fueron dando paso al morbo: iba a ver a Sandra follar.

Tras media hora de charla, en la que explicaron las veces que lo hacían cada día, sus posturas preferidas y otros detalles, comenzaron a comerse la boca. Se daban unos muerdos que me recordaban a aquellos que les daba a mis primeros rolletes con quince años: con desesperación y hambre.

Con cuidado de que no se les viera toda la cara, se incorporaron sobre la cama. Sandra usó su pelo largo, moreno y liso, para taparse. Solo mostraba la boca, con ese piercing reluciente. Desabrochó el pantalón del novio y comenzó a hacerle la reina de las felaciones. Ya sabéis: buen ritmo, mucha saliva. Mi pantalón ya iba a reventar por la presión.

Comencé a masturbarme y mi mente se trasladó a aquella cama. Por momentos pensé que era mi polla la que recibía los lametazos calientes de mi paisana. Era difícil controlarse ante tal éxtasis. El chat hervía: «muy bien», «seguid así joder», «me voy a correr», repetían. Y la pareja no había hecho más que empezar.

Después el novio, que ya estaba en mi top 3 de seres más envidiados, le levantó la minifalda, la puso a cuatro patas y empezó a embestirla sin piedad. Los gemidos de Sandra eran desgarradores: en aquel momento era una perra, lo sabía y le gustaba. El chaval le daba de cuando en cuando sonoros cachetes. La joven carne de Sandra, dura y tonificada, rebotaba al instante.

El novio no pudo aguantar muchos minutos más, y me arrastró con él a la corrida. Él lo vertió todo sobre el culo y la espalda de Sandra; yo sobre mi torso sudado.

No sabría decir con exactitud el porqué, pero fue una de las eyaculaciones más tristes de mi vida.

4. No existen las coincidencias, solo lo inevitable

Sandra y su afortunado novio comenzaron a emitir juntos cada vez con más asiduidad. Desplegaron ante su público las más variadas posturas y prácticas: juguetes, esposas, sexo anal, corridas faciales... fueron cumpliendo todos y cada uno de los perversos sueños que los pajilleros expresaban en el chat, y disfrutaban con ello.

Aun así, yo siempre disfrutaba más cuando ella emitía a solas. Eran momentos más íntimos. Mi sensación era que nada interfería entre Sandra y yo, entre su exhibicionismo y mi apetito. Comencé a grabar sus emisiones y a introducirlas en mi teléfono móvil, para tenerlas siempre a mano durante el trabajo o dondequiera que fuese. Me daba una tranquilidad inmensa saber, que si de un día para otro Sandra decidía dejar de emitir, yo tenía «material» guardado para satisfacerme durante largo tiempo.

Sinceramente, creo que mi problema era la obsesión: si en un principio estuve obsesionado con toda clase de vídeos y más tarde me decanté por lo amateur, en aquel momento mi fijación eran Sandra y sus emisiones. Me masturbaba durante ellas y luego las reveía o jugaba mentalmente recordándolas. Podía excitarme con el simple recuerdo, como cuando tenía trece años, y eso no es algo habitual para alguien completamente acostumbrado a potentes estímulos visuales.

Incluso una criatura inadaptada y enferma como yo necesitaba, de cuando en cuando, hacer actividades propias del más común de los hombres: planchar, comer, cagar... o hacer la compra.

Nunca olvidaré aquel sábado a mediados de noviembre. Me levanté temprano por la mañana, disfruté de una de mis grabaciones y me di una liberadora ducha. Acto seguido cogí el coche y me dirigí al centro comercial más cercano a mi casa, una inmensa mole blanca, a las afueras de la ciudad, con tres enormes plantas sótano dispuestas a albergar a los gilipollas alienados que peregrinan allí cada cierto tiempo a buscar algo que les endulce un poco la jodida rutina de sus vidas.

Algunos buscan ese azúcar encerrándose en una sala de cine donde solo ponen mierda comercial y repetitiva. Otros (y especialmente otras) encuentran consuelo en renovar cada poco tiempo aquello que guardan en el armario. Ya sabéis, hay que estar a la última, hay que vestir lo que diga el nuevo catálogo de Zara o mierdas similares, o si no corres el riesgo de ser un don nadie. Todas las tiendas de ropa me parecen la misma basura solo que cortada por diferentes patrones. Busca tu etiqueta (pijito, alternativo, grunge...) y acude a la tienda que se ajuste a ella, donde te venderán ropa de mierda que a lo sumo te durará un año, para que tengas que volver pronto a por más.

¿Ha quedado claro que no me gustan los centros comerciales? Sin embargo allí estaba. Mis fines eran más prácticos: quería cargar el coche con comida para un mes, y así postergar lo máximo posible una nueva visita al templo del siglo XXI.

Realicé con bastante rapidez el recorrido por los pasillos de la pasta, los cereales, las galletas, los lácteos y la fruta, base alimentaria de quien entiende que cocinar y comer no es un arte, sino una tarea que hay que hacer por pura obligación y lo más

rápido posible para hacer otras cosas más interesantes y placenteras, como pajearse.

En pocos minutos estaba con el carrito cargado, una vez más ante la encrucijada de qué caja escoger para no alargar más de la cuenta el asunto.

Normalmente evitaba las colas donde había «familias felices»; ya sabéis, hombre de treinta y muchos con gafas y bien peinado, mujer más o menos elegante y a su alrededor un par de churumbeles haciendo las típicas gilipolleces de niño. En ocasiones acompañaba un abuelo y hacía la postal aún más «happy». Nunca me ha gustado mezclarme en las colas con esos grupos de película americana; sin embargo, era sábado por la mañana: las cajas estaban plagadas de familias que seguían el mismo y prefabricado esquema. No me quedaba más remedio que deslizarme entre ellas, yo, un eslabón perdido, un resultado incorrecto en un lugar al que no pertenecía.

Así pues, mi criterio a la hora de escoger caja fue sencillo: iré donde me atienda la cajera que esté más buena. Me gustan este tipo de condiciones simples, hacen la vida más fácil aunque sea por unos segundos. Oteé el horizonte que tenía ante mí: aparte de dos muchachos jóvenes y un hombre con obesidad mórbida que pedía a gritos una reducción de estómago, el resto de cajas estaban ocupadas por mujeres. De estas mujeres la gran mayoría eran auténticas chonis de barrio, afanadas en mantener la chulería, mascando chicle mientras giraban monótonamente las cajas para que el láser leyera el código de barras.

Tres de ellas físicamente consiguieron llamarme la atención. Siguiendo y rápido criterio: tetas. Hay infinidad de teorías sobre el asunto, creo que la más aceptada es que la hembra con los senos más grandes atrae más porque hace presuponer al macho que podrá amamantar sin problemas a su camada. Soy un animal, y por tanto no soy quién para disfrazar o negar los instintos. El caso es que finalmente me dirigí a la caja donde vi la muchacha que tenía las tetas más grandes que las otras. Era sencillo, rápido y en cierto

modo divertido. Etiquetar a las mujeres por sus tetas no era sino prolongar lo que ya hacía en casa, escogiendo vídeo ante la soledad de la pantalla, pero esta vez trasladado al mundo real.

Delante de mí fueron pasando sus compras dos familias (una de ellas de gitanos, que poblaban a sus anchas aquel centro comercial) y una pareja de mujeres. Supuse que eran lesbianas por la camisa a cuadros de una de ellas y su corte de pelo. No puedo dejar de etiquetar a la gente; muchas veces me han criticado por ello, pero rara vez me equivoco. Estoy seguro de que a mí mismo también se me etiquetaría fácil. Un jovenzuelo solitario. A veces nos creemos únicos, pero solo somos la personificación de distintos clichés sociales que todos conocemos.

Conforme fui acercándome a la caja registradora me percaté de la preciosidad que era la cajera. Sus pechos, insinuados tras la camisa de rayas del uniforme del hipermercado, eran prominentes y alzados (no en vano me habían atraído hasta ella), pero aquella carita joven tenía algo especial. Hubiera pagado por verla en alguno de mis vídeos, por verla quitarse esa camisa y dejar al descubierto esas dos tetas, que a buen seguro no se moverían un ápice aunque se deshiciese del sujetador.

Llevaba una melena lisa, larga y morena. Sus labios tenían el grosor perfecto. Sus movimientos eran gráciles y delicados.

Al entregar el ticket a la pareja de lesbianas las miró y sonrió por un instante.

Ese segundo me bastó para ver su hilera de dientes blancos, en cuyo centro destacaban dos paletas ligeramente más grandes, que le daban aquel aspecto de niña que me encantaba.

5. Una buena compra

Al fin mi turno.

Me planté frente a ella y nos saludamos protocolariamente. Registraba mi compra hábilmente en la máquina; no era nueva allí, ni mucho menos. Mientras tanto yo la observaba, la estudiaba, analizaba sus facciones con toda la precisión que podía permitirme. No había rastro de ningún piercing, pero allí estaban esos labios, esa barbilla, esa juventud y frescura, ese pecho insinuado bajo la camisa. En su etiqueta se leía en mayúsculas «Marina»; me lo esperaba: nadie era tan imbécil como para poner su nombre real en una web de sexo amateur. Las personas con dos dedos de frente siempre usan, o deberían hacerlo, un nombre alternativo en la red.

—¿Cuántas bolsas quieres? —me dijo, dirigiéndome la mirada. Me vi enfocado por dos hermosos ojos verdes, que eran inéditos para mí. Al fin completé la imagen de toda su cara, y no fue una decepción para mí, sino todo lo contrario. Era guapa, muy guapa. Una de esas caras ante las que uno no puede permanecer impasible.

—Pues... de momento dame 5, por favor.

Estaba casi seguro. Era ella. Demasiadas coincidencias físicas, una ciudad demasiado pequeña para dar lugar a dudas. Comencé a caer en absurdas e improbables casuísticas: ¿una hermana gemela, quizás? El instinto me decía que no. Mecánicamente iba introduciendo la compra en bolsas mientras mi cabeza bullía.

—Son sesenta y cinco con ochenta —me dijo tendiéndome el ticket.

Necesitaba asegurarme. Necesitaba ver su sonrisa una vez más, pero esta vez no quería la sonrisa fugaz entre el cajero y cliente. Debía hacerla reír. Me pregunté cuánto tiempo llevaba sin hacer sonreír a una mujer. Cuántas pajas habrían caído viendo los falsos gestos de felicidad de aquellas actrices bronceadas con rayos UVA, mientras el semen les chorreaba por la cara. Por momentos volví a sentirme un inútil, un fracasado. Aun así me armé de valor. Le dije la primera gilipollez que me vino a la cabeza:

—¿No cobraréis también por el papel del ticket, verdad? — pregunté con media sonrisa, intentando que no pareciese un comentario borde.

Y *voilà*: allí, para mi deleite, se le abrieron tímidamente los labios y formaron una sonrisa. No había duda: ese gesto, de total confianza y relajación al reír, esas mejillas donde se insinuaban unos hoyuelos. Todo eso había sido visto antes y en innumerables ocasiones por el solitario *Richard_dreyfuss* en la oscuridad de su habitación, desnudo y empalmado ante la pantalla.

Intuí que ella, por su parte, parecía bastante acostumbrada a sonreír a extraños.

—No somos tan malvados —respondió sin dejar de sonreír.

No pude evitarlo y comencé a sentir una fuerte erección bajo el pantalón. Se puede decir que era la reconciliación de mi polla con las mujeres reales, tras mucho tiempo reaccionando ante píxeles en una pantalla. Metí las bolsas en el carrito. Antes de despedirme, tenía que escuchar su voz y obtener alguna información útil.

—Marina, una pregunta. Mira, tengo una amiga que está interesada en buscarse un trabajo por aquí. ¿Qué horario tenéis en la caja? No quiero perderla de vista demasiadas horas —mentí.

—Uf, pues la verdad es que esto no es ningún chollo —sonrió amargamente, sin dejar de pasar por el escáner de códigos la compra de la siguiente familia—. Ahora mismo los que ves por aquí estamos de lunes a viernes desde la apertura hasta las tres, y un sábado sí otro no con el mismo horario. Los compañeros de tarde

echan aún más horas, porque tienen que currar hasta el cierre. —Ya no tuve ninguna duda. Iba deslizado las palabras suavemente, con un acento encantador. En sus emisiones el tono era totalmente distinto, pero su timbre no engañaba a nadie. Yo había escuchado esa voz rasgarse en interminables gemidos. La polla me iba a reventar en el calzoncillo.

—Vaya, vaya... —dije fingiendo algo de pena—. No sabía que el horario fuese tan abusivo. Mi amiga estudia en la universidad —dejé caer—, no creo que pudiese compaginarlo con esto.

—Cada uno hace lo que puede —dijo—. ¡Que se lo piense muy bien!

Misión cumplida. Me despedí cortésmente. De Rychard_dreyfuss el pajillero habíamos pasado al Rychard_dreyfuss acosador. Nunca deja de sorprenderme que la gente sea tan confiada. Cada día ponemos a disposición de miles de extraños nuestros datos, aficiones, horarios... y algunas ponen incluso su cuerpo.

Eran las doce del mediodía y yo estaba dispuesto a averiguar más cosas sobre Marina, aunque en mi interior seguía llamándola Sandra, pues ese nombre me traía mejores recuerdos. Nunca he creído en las casualidades. Pensaba que, si un tratamiento funciona, hay que seguir a muerte con él. Aún no había caído en que existen los efectos secundarios. En este caso, Sandra era la medicina para mi libido en el mundo real. Era el nexo de unión entre lo enfermizo de mi comportamiento en la red y el deseo tangible y realizable que un hombre siente al ver una mujer hermosa en primera persona.

Algo se había activado en mi interior. Una sensación nueva o que estaba tan olvidada que parecía que nunca la hubiera vivido. Y estaba dispuesto a prolongarla.

Tenía tres horas hasta que Sandra acabara el turno. Me daba tiempo de sobra para llegar a casa, soltar la compra, acicalarme

para la ocasión... y, cómo no, aliviarme.

Hay muchos tipos de pajas, aunque en realidad se pueden dividir en tres grandes grupos:

La paja contenta, aquella que te haces cuando llevas tiempo sin ver porno, por ejemplo. O aquella otra que te haces antes de follar, para aguantar más y disfrutar más rato de un buen polvo. Suelen ser rápidas e indoloras.

La paja aburrada. Ya sabes, estás solo en casa. No te apetece hacer nada. «¿Por qué no?». Te preguntas. Duración variable según lo aburrido que estés. Buen recurso de entretenimiento. Peligro de adicción, especialmente si vives solo.

La paja triste. La de los derrotados de la madrugada. Un meneo por cada vez que te han dicho «no» en aquel antro. Una venganza personal para aquellas divas. Si has tenido la suerte de pillar algún Facebook, la venganza puede ser personalizada; puedes derramarte literalmente sobre sus fotos en bikini, sobre las instantáneas donde enseña sonriente lo estupenda que es su vida, lo mucho que le falta a alguien como tú para poder ni siquiera soñar con entrar en ella.

No podría clasificar dentro de ninguna categoría la paja que me hice en casa tras ver a Sandra en persona. Puse al azar uno de sus vídeos. Me masturbé compulsivamente. Por una vez, tenía algo sobre lo que pensar más allá de la pantalla. Pasé la prueba de fuego: cuando eyaculé seguía inmediatamente interesado en verla de nuevo. Normalmente sucede todo lo contrario. Una buena paja es un instrumento infalible para detectar simples caprichos o no arrastrarse demasiado por ninguna mujer. Correrse y olvidar. Correrse y no intentarlo. Correrse y darte cuenta de que estás mejor solo. Al menos así me funcionó siempre.

Sin embargo aquella vez me corrí y, al rato, más decidido que nunca, me dirigí de nuevo al centro comercial.

6. Destapada

Tres menos diez.

La cafetería junto a la entrada del centro comercial estaba hasta los topes. No fumo, pero me acerqué a la máquina de tabaco y compré un paquete de Fortuna. Ignoraba si Sandra fumaba, pero debía asegurarme de tener las máximas herramientas posibles para establecer y prolongar un contacto amistoso con ella. O qué diablos, quizás me encendiera un cigarrillo para hacerme el interesante, como en las películas.

Subí las escaleras mecánicas hacia el hipermercado y me aposté allí, no lejos de la caja donde Sandra me atendió unas horas atrás, pero no tan cerca como para levantar ningún tipo de sospecha. La vi de nuevo: seguía allí clavada, atendiendo a la numerosa clientela, con presteza y amabilidad. No creo que yo hubiese aguantado dos horas seguidas de aquel trabajo.

Me apoyé sobre el escaparate de una tienda de animales, saqué el móvil y empecé a navegar sin ton ni son por los menús; para mí, este era el método clásico para disimular ante cualquier situación. Siempre lo hago, me resulta especialmente útil cuando camino por la calle y a lo lejos veo algún conocido a quien no tengo ganas de saludar. Saco mi móvil y hago como que estoy enfrascado en una importante tarea en su pantalla, que capta toda mi atención, cuando en realidad estoy desplazándome de un menú a otro repetitivamente hasta que la persona en cuestión ya ha pasado de largo; seguramente tampoco tendría intención ni ganas de pararse a charlar conmigo.

Tres en punto. Los minutos pasaban lentos. El nuevo turno de cajeros iba llegando uno a uno, con escasos segundos de diferencia, más o menos apresurados y colocándose correctamente las etiquetas o las mangas de las camisas. Uno nunca se fija en estas cosas si no está sentado esperando a alguien.

Al fin llegó el sustituto de Sandra, un muchacho enjuto. Se saludaron con una sonrisa, se dirigieron un par de frases y se despidieron. Asunto rápido y rutinario.

Ella caminó presurosa hacia el final de la línea formada por las cajas y atravesó una puerta de servicio. Con los nervios, casi no disfruté de su culo y de su contoneo al andar. Supuse que aquel cuarto donde entró se trataba de los vestuarios o las taquillas de los empleados. Recé porque no hubiera allí dentro otra salida directa al parking o a la planta baja. De ser así habría perdido mi oportunidad. Me acerqué un poco más, esta vez mi culo se posó sobre el cristal de una tienda de telefonía.

Mis plegarias fueron escuchadas. A los pocos minutos comenzaron a salir de aquel habitáculo los cajeros y cajeras del turno anterior, ya vestidos de calle. Unos sonrientes, otros más serios; todos con ganas de abandonar aquel lugar y hacer algo entretenido o de provecho con sus vidas tras horas y horas de estar pegados a sus asientos.

Uno, dos, tres, cuatro... fui contando uno a uno los que salían. Había veinticinco cajas. Cinco, seis, siete, ocho,... empezaba a preguntarme qué estupidez estaba haciendo allí. Nueve, diez, once, doce,... qué jodidamente buena estaba, esta locura merecía la pena. Trece, catorce, quince, dieciséis,... era un triste, un desgraciado, acechando a una chica porque creía haberla visto desnuda por internet. Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte,... las coincidencias no existen, si la había encontrado significaba algo, y si no, yo le estaba dando significado. Veintiuno, veintidós, veintitrés,... Sandra no aparecía y empecé a sudar.

No sé si pasaron dos segundos, dos minutos o dos horas, pero finalmente la puerta se abrió una vez más.

Allí estaba ella, vestida con una camiseta beige ancha y unos leggins oscuros. La acompañaba una de esas chonis teñidas de rubio que son fauna habitual en peluquerías, «Bershkas» y similares, aunque era bastante mayor.

No tenía muy claro cómo proceder. No había tenido en cuenta muchas cosas: para empezar, que saliera de allí acompañada. O que el novio estuviese abajo esperándola. Era una locura. ¿Cómo abordarla sin parecer un loco? ¿Cómo entablar un primer contacto sin que huyera escaleras abajo? Vino a mi mente una idea algo agresiva, pero que funcionaría para deshacerme de la rubia en poco tiempo y quedarme a solas con Sandra. Aún hoy no sabría explicar de dónde coño me nació la valentía aquella tarde. Yo no era, ni de lejos, el tipo de hombre que se lanzaba a conocer mujeres sin pensarlo, a lo loco, como aquel día pretendía hacer. A lo mejor tanta paja me había terminado por afectar el cerebro, o tenía un extraño batiburrillo de hormonas campando a sus anchas por mi cuerpo.

Las dos chicas ya recorrían el ancho pasillo hacia las escaleras mecánicas. Aligeré el paso y me puse a su altura:

—Perdona, ¿me disculpas? —dije mirando a Sandra (seguiré llamándola así, no puedo evitarlo).

Ambas se pararon en seco y me miraron algo extrañadas. Volví a ver aquel piercing sobre su labio superior. Supuse que no le permitían llevarlo mientras trabajaba en caja y en cuanto terminó su turno se lo volvió a colocar.

—Mira, no sé si me recuerdas. Estuve aquí hace unas horas y pasé la compra por tu caja. —Le dije. Entrecerró los ojos e hizo una graciosa mueca con la boca mientras pensaba.

—Ah, sí, sí, me acuerdo. ¿Qué pasa? ¿Te has olvidado algo?

—No, no es eso. —Tomé aire. Me sorprendí a mí mismo, pues iba a hacerlo... iba a jugar arriesgado, muy arriesgado, para quitarme de encima a la amiga y quedarme a solas con ella—.

Verás, lo que ocurre es que me fijé en la etiqueta de tu camisa, y creo que estaba equivocada; creo que debería poner Sandra, no Marina.

Su mueca tornó en un semblante serio y visiblemente más pálido; me miró fijamente a los ojos durante unos segundos. Estaba descolocada y sin saber qué hacer. Temí haber sido demasiado agresivo. Su amiga no entendía absolutamente nada y nos miraba alternativamente a ambos sin saber qué decir ni qué hacer. La situación era muy incómoda y yo tampoco sabía si decir algo más o quedar callado. Finalmente fue Sandra quien rompió el silencio.

—Oye Laura, si no te importa me despido aquí, ¿vale? —le temblaba ligeramente la voz. La había asustado pero estaba dando puerta a la amiga. Premio para el caballero.

—¿Estás segura? ¿Le conoces de algo?

—Sí, sí, no te preocupes, de verdad. Estoy segura de que es un antiguo compañero del instituto que me está gastando una broma — intentó fingir una sonrisa mientras me miraba—. Ahora me acordaré de quién es y como siempre quedaré como una tonta. No es la primera vez que me pasa.

—De acuerdo bonita, ¿me llamas luego? —al fin se dieron dos besos y se alejó, no sin antes dedicarme una última mirada desconfiada.

Cuando la amiga se hubo alejado lo bastante, Sandra puso los brazos en jarra y me miró desafiante:

—Vale, ¿quién coño eres?

—Tranquila, no te pongas nerviosa, por favor —ahora era a mí a quien le temblaba la voz—. No soy ningún loco aunque ahora mismo te lo parezca. Esta ciudad es pequeña, ¿tan difícil es que alguien te haya reconocido?

—Y ahora se supone que yo debo saber de qué me estás hablando, ¿verdad? —hablaba rápido, con un tono seco y algo de chulería. Me gustaba.

—¿Seguro que no lo sabes?

—Basta de jueguecitos y estupideces —dijo.

—Va, ya basta entonces. Pero no te hagas la tonta —me armé de valor—. Cada día a las cinco de la tarde, o mejor dicho de lunes a jueves, te vemos cientos de personas. Una vez casi llegaste a mil. Tarde o temprano te cruzarías con alguien de tu «audiencia», ¿no crees? —intenté sonreír para quitarle hierro al asunto, para hacer que la conversación pareciera amistosa.

Ella se quedó callada. Le vi los ojos vidriosos y enfurecidos. Por un momento pensé que me abofetearía y saldría corriendo.

—Mira, yo me llamo Ricardo —continué, tendiéndole la mano. Ella no hizo ni el ademán de devolverme el gesto—. Mi nick en el chat es *Richard_dreyfuss*, aunque probablemente no te suene de nada, porque nunca escribo. Para mí esto es igual de vergonzoso o más. A ningún hombre le gusta reconocer que ve cierto tipo de páginas web.

—¿Y qué pasa si simplemente te has confundido? ¿No crees que estás haciendo el tonto?

—Estoy seguro de que no me he equivocado de persona. Tu sonrisa no miente, ni tu voz, ni ese pendiente ni esos labios.

—Ya... debo ser la única con un piercing sobre el labio.

—No —dije—, pero si tú no fueras Sandra no habrías reaccionado de la forma en que lo has hecho, ni te habrías despedido de tu amiga en cuanto he pronunciado ese nombre.

De nuevo se hizo el silencio, pesado como yunque, durante interminables segundos. Cerró los ojos y suspiró.

—Ya está bien, es absurdo seguir con esto —dijo finalmente—. Te aviso que si pretendes chantajearme, o lo que sea, vas listo. Hago lo que quiero en mi tiempo libre, lo saben las personas a las que quiero, y punto. Para mí eso es lo importante —seguía bastante alterada. Las mejillas se le habían puesto coloradas. Recordé que también se ponía rojita cuando tenía un orgasmo. La conocía demasiado bien, y ella nada a mí. En aquel momento yo solo pretendía equilibrar la balanza.

Debía intentar por todos los medios romper el aire hostil que había tomado la conversación, del cual yo era cien por cien culpable. Por nada del mundo quería que pareciese un acoso, aunque cualquiera hubiera dicho que lo era. Mi cabeza bullía intentando pensar mil y una alternativas para corregir la situación.

—Si crees que pretendo aprovecharme de ti de algún modo, estás muy equivocada. Simplemente te he reconocido y quería saludarte. Y tú aún no me has devuelto el saludo.

Volví a ofrecerle mi mano y la aceptó con desgana; nos dimos un tímido apretón. En aquel momento darle dos besos hubiera sido tomarse un exceso de confianza.

Si hacía tres horas era yo quien había estudiado al milímetro su cara, embobado ante ella en la caja, ahora era su turno para hacerme un escáner completo. No hay una segunda oportunidad para dar una primera impresión. Era crucial que viese en mí al menos un pequeño resquicio para alimentar su confianza. No sabía exactamente lo que quería de ella pues solo estaba siguiendo mis impulsos, pero tampoco quería despedirme y que aquello quedara en una simple anécdota de pajillero.

—Bueno, saludado quedas —dijo—. La verdad es que tengo algo de prisa, Ricardo.

—Vaya, no te imaginaba tan tímida y tan fría, ¿no tienes tiempo ni de echar un cigarrito en la terraza de la cafetería? Te prometo que no te molesto más.

—No, de verdad. Me has dado un buen susto junto a mi compañera y lo que menos me apetece ahora es tomar algo contigo. ¿Puedes entenderlo, no? —me dijo mientras avanzaba hacia las escaleras—. Además luego tendré que andar inventando excusas y dando explicaciones.

—Vamos, Marina. Déjame compensarte por ese susto. Ahora mismo soy la envidia de cientos de machotes. Esto no puede quedar así... por lo menos un refresco, una cerveza, lo que sea.

Paró su marcha en seco:

—No, no y no. No soy de las que se van con el primer extraño que les habla. Te repito que me has asustado. —Contestó firme.

—Joder, no soy ningún extraño. —Le dije—. Para mí es como si te conociera, no enseñas solo carne, Marina. —Ésta frase al parecer logró que aminorara el paso y me concediera más atención—. ¿No te pica la curiosidad por enterarte qué sé sobre ti, o como te he reconocido? Ya sé que lo normal es que las personas se conozcan de otra forma más tradicional. Pero aquí estamos, este es un mundo nuevo, y únicamente me gustaría compartir algún rato charlando contigo.

Se quedó pensativa durante unos segundos tras mi pequeño monólogo. Me imaginé rechazado una y mil veces, observándola mientras se alejaba y obligándome a volver derrotado a mi piso, como tantas otras veces. Pero en lugar de ello alzó una ceja y me miró con cierto aire de extrañeza, o quizás algo de compasión, no supe descifrarlo.

—Solo te pido que charlemos un poco —dije. Se me agotaban las balas y sonó demasiado cercano a una súplica—. No sabes la ilusión que me ha hecho reconocerte. Un café. Vamos. Aunque sea cinco minutos.

—Va, cinco minutos. Pero invitas tú. —Dijo resueltamente. Definitivamente los milagros existían. Sus «cinco minutos» eran mi recompensa a la valentía y a haber reconducido la conversación. Ya era para ella solo un inofensivo y suplicante pajero. Seguro que se sentiría halagada aunque nunca lo fuese a reconocer.

Aun así, debo confesar que en aquella ocasión el «invitas tú», que normalmente me haría calificar automáticamente de puta diva a la mujer que me lo dijese, en aquella ocasión me sonó a triunfo. Un triunfo como el que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Bajamos a la cafetería y nos sentamos fuera, en la terraza. No era una situación muy cómoda. Lógicamente ella estaba muy cohibida; a buen seguro yo sería el primero que conocía a «Sandra» en persona. Sentía por momentos que estaba cometiendo una

locura, aunque en realidad solo se trataba de una charla amistosa entre hombre y mujer. Por supuesto que no era mi intención obtener ventaja de ella, o intentar ningún tipo de extorsión ni chantaje. Era un solitario pajillero, no un delincuente. Al menos, no por el momento.

Le ofrecí un cigarrillo y lo aceptó sin miramientos. Mi intuición volvía a no fallarme. Sacó el mechero y lo encendió con avidez. «Si fuma chupa», reza el dicho. Y si chupa por webcam, seguro que fuma. Le acerqué mi pitillo y también lo prendió. A decir verdad, yo no sabía fumar; siempre me introducía el humo en la boca y no sabía llevarlo hacia abajo, donde se fraguan las adicciones. Me parecía una estupidez y una vía rápida hacia el cáncer, pero esperaba que ella no se diera cuenta.

—Bueno, tenía entendido que estudiabas en la universidad... —dejé caer para hablar de algo. Quizás no fue la forma más apropiada de romper el hielo.

—Tendría que ser muy tonta para dar esa información.

—Tú mismo lo dijiste en alguna ocasión —«lo tengo grabado», estuve a punto de añadir.

—Que lo dijese no significa que sea verdad —me dijo con tono cortante—. Lo de la universidad es para dar más morbo y que me den más moneditas. Si se enteraran de que soy cajera a lo mejor no me daban tantas. —Me gustaba que ya no siguiera negando que era Sandra, aquella que había visto hacer de todo por webcam, y empezara a hablar abiertamente sobre ello—. Y también forma parte de las mentiras que cubren quién soy de verdad... aunque por lo visto no han funcionado muy bien.

—Al menos no conmigo. —Sonreí—. Tus labios y dientes son inconfundibles. Quizás sea porque es lo único que enseñas. De tu cara, quiero decir.

—Ya.

—De todas formas —añadí—, creo que a día de hoy lo de la universidad no es que sea muy importante en ningún aspecto. Yo

mismo tengo un título que no es más que papel mojado.

Le dio una profunda calada al cigarro. Seguía estudiándome, con aquellos ojos verdes entrecerrados que refulgían con el sol de cara.

Ella pidió una Coca-cola light, y yo una tónica.

Se fue soltando poco a poco, a medida que me fue notando inofensivo, e incluso me llegó a hacer las preguntas de rigor. A qué me dedicaba, mi edad, qué me llevó a la web... la tensión en su cara se iba relajando conforme pasaban los minutos. Llegó un momento en que me pareció percibir en su cara cierto atisbo de curiosidad.

Yo tenía mil preguntas por hacerle. Para empezar, qué llevaba a una chica hermosa como ella a exhibirse en una sórdida web. Quería saber qué otras mentiras había dicho en el chat para proteger su verdadera identidad. Por supuesto me guardé mi curiosidad para otra ocasión, si es que la había.

Pasaron quince o veinte minutos. Durante toda la conversación no conseguí arrancarle una sonrisa, pero me lo esperaba. Hacía un rato la había sorprendido desagradablemente y ahora estaba apurando el refresco junto a mí; podía darme con un canto en los dientes.

Finalmente se hizo uno de esos silencios incómodos, ya acabados los cigarros y las bebidas. Como siempre me ha pasado en esas situaciones, cogí el vaso y di un sorbo al agüilla que dejaban los hielos al derretirse.

—En fin, Ricardo, o Richard... lo que sea —dijo levantándose con un suspiro—. No he pasado mal rato contigo pero me tengo que ir.

—Richard barra baja Dreyfuss. Ese es mi nick. Yo también he pasado un gran rato. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—A ver con qué me sorprendes ahora —dijo colocándose el bolso.

—¿Seguirás emitiendo? Quiero decir... en cierto modo soy el primero que te ha «destapado». Espero que no te influya para mal,

no quiero que nada cambie por lo que ha pasado hoy. Es más, si te hace sentir incómoda, no volveré a aparecer por tu emisión... — mentí.

—Me has cortado un poco el rollo, para qué nos vamos a engañar. Pero no, no dejaré de emitir. Me lo paso bien y gano unos pocos euros extra al mes que no me vienen nada mal. Y tampoco me sentiré incómoda; ya has visto todo lo que había que ver.

—Me alegro. Antes de irte, y aunque te parezca una locura, quiero que me hagas un último favor. Te voy a dar mi número de teléfono.

—Sabes lo que te voy a decir, ¿verdad?

—Sí, sí, lo sé. Sé muy bien que tienes novio, demasiado bien diría yo... —no hizo atisbo de ruborizarse ni por un segundo—, pero me ha sido agradable charlar contigo. Vengo de vez en cuando a este centro comercial, no me queda lejos de casa. Si algún día te apetece llamarme o algo... no quiero que no suceda porque no tengas mi número. Yo no te pediré el tuyo, pero hazme el favor de apuntar el mío.

Por momentos me sentí el pagafantas más lamentable del universo. Las cosas no funcionaban bien cuando solo el hombre daba el teléfono sin esperar nada a cambio, pero tenía que agarrarme a algo.

Sandra sacó su móvil y apuntó el número, o hizo como que lo apuntaba. En esos momentos yo no podía saberlo a ciencia cierta.

Me puse de pie y le di dos besos. Se despidió sin hacer ningún gesto cariñoso o agradable, y desapareció sin más. No quise mirar su trasero mientras se alejaba. Sabía que la visión de sus piernas embutidas en aquellos leggins sería dolorosa. Me sentía más estúpido por momentos, con la sensación de haberla espantado y de haber hecho el ridículo con el numerito de «apunta mi teléfono». Me quedé un rato más allí afuera, contemplando los hielos medio derretidos de mi vaso bajo la luz de aquel agradable día invernal.

Volví a casa y pasé la tarde repasando los vídeos de Sandra. Ganaba más al natural, si cabe. También me metí en la web. Decidí buscar alguna otra «musa» para pasar las tardes. Sería bueno para mi salud mental desintoxicarme de mi paisana. Pronto supe que ninguna podría igualarla: había unas cuantas madres mendigando unos euros a cambio de enseñar sus tetas caídas, algunas sudamericanas entradas en carnes, una pareja de treintañeros practicando sexo anal... pero nada como ella. Nada como el erotismo de lo cercano, de lo posible, de lo natural.

Cayó la noche y mi arrepentimiento por lo sucedido iba a más. Había sido un memo. Si hubiera seguido siendo el anónimo pajillero tras la pantalla, no me estaría comiendo la cabeza de aquella manera. O en todo caso tendría que haber estudiado más el abordaje, la conversación...

Dieron las tres de la mañana. Estaba agarrado a la almohada sin pegar ojo. Sentí vibrar mi móvil en la mesilla de noche, o quizás me lo había imaginado. El síndrome de la vibración fantasma es otra lacra de la cual no me he librado.

Agarré el teléfono y un cerrado sobre blanco se dibujaba en la pantalla:

«Hola Richard. Soy “Sandra”. Puedes apuntar mi número, pero no me llames ni escribas por ahora. Si se entera mi novio tendremos un problema».

7. Máscaras

Aquel mensaje despertó en mi cuerpo sensaciones que creía que nunca jamás volvería a sentir. No, no podía confundirse con enamoramiento, ni ilusión, ni nada de eso, ni mucho menos. Quiero que esto quede bien claro. La cursilada de «la mariposa en el estómago» ya la había abandonado largo tiempo atrás. Los amores platónicos eran cosa de la adolescencia. En aquel momento lo que sentía era una mezcla de excitación ante lo desconocido y de deseo. Era algo carnal, duro, real, arrebatador. Quería correrme en aquellos labios. Quería que esos ojos verdes me miraran mientras le arremetía espadazos de carne contra la pared y mi sudor caía sobre su pecho.

Por supuesto que no la llamé. Tampoco la hubiera llamado en el acto si me hubiera dicho «llámame algún día»; habría esperado los prudentes cuatro o cinco días para hacerme el interesante, como dictaban las normas del «protocolo social de seducción exitosa» (el cual ya me había saltado a la torera en el centro comercial). De cualquier manera, este no era el caso; me dijo que no llamara por ahora y simplemente le hice caso. Para mí era suficiente saber que realmente había apuntado mi teléfono, y que encontró en mí algo, lo suficiente como para escribirme, pese a la forma tan lamentable en que propicié nuestro encuentro.

Puede que ella sintiese por mí curiosidad o algo de atracción física. Puede que fuese una ninfómana que necesitaba probar cada polla que se ponía a su alcance (esta opción era muy posible, teniendo en cuenta sus «actividades lúdicas» en Internet). O puede

que esperara encontrar en mí algo que su actual pareja no le daba, tal y como suele suceder cuando empieza a fraguarse una infidelidad de la mujer hacia el hombre.

Me la trae al paio si puede sonar machista lo que diré a continuación, aunque por otro lado creo que es bien sabido. Lo que cuento son mis reflexiones y mi vida, y no me apetece ser políticamente correcto: la infidelidad de la mujer hacia el hombre tiene connotaciones mucho más serias que en el caso contrario. Una mujer busca en un hombre un referente, una figura dueña de sí misma y que le de la confianza y seguridad de la que la mujer carece por sí sola. Esto ha sido así desde que vivíamos en cuevas, y los buenos cazadores eran los más cotizados por las mujeres por la seguridad de que proporcionaban de forma estable alimentos a ella y a su prole. Cuando una mujer traiciona a su pareja, es porque ha encontrado un mejor referente, alguien que supera a esta pareja en muchos aspectos esenciales, básicamente en la confianza que puede ofrecerle basándonos en capacidad física, intelectual y sobre todo económica (status social). En este aspecto, el funcionamiento del hombre es más sencillo: estamos creados para perpetuarnos, para esparcir nuestros genes allá donde vayamos. Cuando un hombre traiciona a su pareja, es porque sus hormonas han ganado una partida, ni más ni menos, porque éstas se han impuesto al respeto intelectual ante quien comparte la vida con él.

La monogamia no tiene sentido físico alguno para el hombre, es una convención social heredada y perpetuada porque tiene ventajas sociales, como por ejemplo la mayor cohesión de las familias. Pero ningún hombre sincero, por mucho que esté emparejado, negará que realmente le apetece follarse a decenas de mujeres distintas al día, y muchos no dudarían en hacerlo si pudieran estar completamente seguros de que su esposa o novia no se enteraría. Este tema daría para bastante más, pero no me eternizaré en ello porque aún queda mucha tela que cortar en mi historia. Y además es mi opinión, solo mi opinión. Puede compartirse totalmente, a

medias o nada. Podría ser cierto o podría estar completamente equivocado.

En cuanto a Sandra y su mensaje, también cabía otra posibilidad. Simplemente podía apetecerle jugar conmigo, tener en mí a alguien disponible que le hiciera sentir atraída aunque no pensara ir más allá. Desde luego yo no pensaba ser un «hombre-peluche».

Esperé impaciente a la primera emisión de Sandra tras nuestro encuentro. Al fin llegó el lunes, pasadas las cinco, y allí volvía a aparecer conectada, dispuesta a recoger bonificaciones de su desesperada audiencia, como si de un segundo trabajo se tratara.

Cliqué y allí estaba ella, enfocada desde la boca hasta la cintura, como siempre. A su lado el novio, y tras ellos, sobre la cama, el ejército de peluches que pronto quedarían desparramados por el suelo. Comenzaron de la forma habitual, respondiendo a las preguntas de los usuarios y poniendo caliente al personal. No había en ella ni en su sonrisa rastro de preocupación por el hecho de que alguien (yo) la hubiese descubierto.

Pasado el rato, comenzaron a besarse y desnudarse apasionadamente. Miré al menudo muchacho; no tenía ningún mérito ser un lobo feroz si tenías aquella caperucita sexy frente a ti, dispuesta a hacer lo que quisieras. Inconscientemente empecé a compararme con él en absolutamente todos los aspectos. Nunca he sido de quererme demasiado, pero creo que salía ganando yo, al menos físicamente. Sin embargo él estaba allí, a punto de follarse a una belleza de mujer, y yo estaba más solo que la una, con la mano izquierda en la polla y la derecha en el ratón.

Ella se quedó con un minúsculo tanga blanco, de hilo, y él con un bóxer del cual ya se le escapaba medio pene. De pronto Sandra se adentró en la habitación, fuera de lo que la cámara captaba. A los pocos segundos apareció con dos máscaras. Ya había visto

anteriormente máscaras así en bastantes vídeos amateur: cubrían los ojos y parte de la nariz, a modo de antifaz, y tenían colores vivos. La de Sandra era rosa y negra, con plumas a los lados. La de él era roja. Jodida horterada. Alguno que otro ya expresaba su descontento en el chat. Con máscaras todo se veía más premeditado, más profesional... era lo contrario a lo que buscábamos en la web.

Supongo que la idea de las máscaras la tuvo Sandra, seguramente como precaución después de que la reconociera. Así estaría segura de que no enseñaría la cara en algún descuido. Si solamente por la boca yo había sido capaz de reconocerla, era conveniente asegurar su anonimato. La ciudad no era grande y a buen seguro yo no era el único pajillero que iba de compras.

De cualquier modo, con la cara cubierta se sintieron más libres durante la emisión. Sandra ya no se obsesionaba con mover su webcam cada pocos segundos, asegurándose de que grabara justo la boca, mientras se la chupaba al chico.

Ya habían emitido unas cuantas veces juntos, pero aquella fue probablemente la más corta. Su novio no era un superhéroe ni mucho menos; solía durar de veinte minutos a media hora, pero aquella vez todo fue mucho más rápido. Tras la felación de rigor, cuando le dejó la polla dura como un mástil y empapada en saliva, el chaval se tumbó en la cama y ella se sentó encima, de espaldas a la cámara. Sandra le agarró la polla con una mano y se la introdujo de inmediato. Comenzó a mover el trasero suavemente, de arriba abajo, disfrutando, rozándose allí donde más le gustaba. Sus gemidos ya eran música para mis oídos. Cada vez empezó a moverse más rápido, y su novio se dejaba hacer. La cajera era una jodida máquina de joder. Buena jinete al galope; cabalgaba y su culo golpeaba sin reparo y cada vez más fuerte en los huevos del chaval. Cuando éste empezó a gemir la zorrilla aflojó el ritmo y empezó a contonear las caderas y cintura sobre él, hasta que echó todo dentro sin remedio. Un buen *creampie*, para quien domine la jerga pajillera.

Me pregunté cuánto tiempo habría durado yo de estar en el lugar del novio. Ella se reía complacida, se levantó y dejó las piernas abiertas, para que pudiésemos ver cómo caía la leche de su interior.

Otra buena grabación para mi colección personal. Ésta iría directa a los «grandes éxitos» de Sandra.

Durante el siguiente par de semanas, llegó a ser muy raro algún día entre lunes y jueves en que dejara de emitir. Como digo, se estaba tomando la web como un segundo trabajo, más placentero sin duda, pero era puntual y dedicada. Sandra comenzó a ser la campeona de los rankings semanales, basados en las bonificaciones obtenidas por parte de los usuarios. Cada vez más gente disfrutaba con ella.

No había vuelto a contactar conmigo; ese «no me llames por ahora» de su mensaje parecía haberse prolongado hasta el infinito. Quizás ya se había olvidado de mí. Aun así, la constancia en sus emisiones me convirtió en un adicto con horarios. Establecí una serie de hábitos.

Al levantarme, lo primero que hacía era masturbarme con alguna web más tradicional o alguna grabación. Después, desayuno y ducha, y podía irme contento y limpio (en todos los sentidos) al trabajo. Al regresar a casa, sobre las tres de la tarde, necesitaba a controlar mi instinto. El cuerpo me pedía tocarme de nuevo, pero sabía que Sandra emitiría en un par de horas. Me reservaba para ella, y eso era un ritual que me gustaba. Durante la emisión disfrutaba de «la gran paja» diaria; tranquila, sin prisas, de larga duración, con dedicación. Era como dar un largo paseo en bici por el campo, y disfrutar del aire fresco. Cuando me corría no dejaba de incordiarne algún sentimiento de culpa. En mi generación, y en las anteriores, nos inculcaron desde pequeños que masturbarse es algo malo. Supongo que eso tendría algo que ver.

Antes de dormir, tenía la necesidad de machacármela de nuevo. El cansancio posterior a la corrida, esa brutal bajada de niveles hormonales, me venía genial para conciliar el sueño.

Así pues, mi rutina quedaba establecida en tres pajas diarias, repartidas a lo largo del día. Estoy seguro de que esa media es compartida por muchísimos hombres que no se considerarían, ni por asomo, adictos al sexo en Internet. Yo sí me consideraba adicto, porque cuando no estaba machacándome frente a la pantalla siempre estaba contando los minutos hasta volver a estarlo. Lo necesitaba. Aun así, estaba satisfecho por haber dejado de violarme en horario laboral; todo quedaba entre las paredes de mi pequeño piso.

Y hablando del trabajo... aún no he contado nada sobre él y ya va siendo hora. Las personas que en allí compartían unas cuantas horas al día conmigo son importantes para lo que queda de historia. En especial una, que de forma inesperada convertiría mi vida en un tornado.

8. Los mediocres

Aquella fría y lluviosa noche de jueves celebrábamos la cena de Navidad de la empresa.

En el interior del céntrico restaurante no cabía ni un alfiler. Nuestra mesa estaba reservada en una sala de planta sótano. Allí estaba, presidiendo la mesa, Antonio Arellano, el director general, o simplemente el «jefe», como los demás le conocíamos. Su padre, además, fundó la empresa largos años atrás. Tenía unos setenta años aunque se negaba a cualquier tipo de jubilación. Era un hombre menudo y encorvado, cuyo espeso bigote destacaba en su cabeza despoblada de cualquier vestigio de cabello. A su lado se sentaba Felipe Torres, jefe de ventas: treinta y muchos, metro setenta, cabello canoso, actitud pensativa y poco sonriente. Probablemente fuera el mejor trabajador de la empresa; sin él y sus contactos todo se habría ido al garete en varias ocasiones.

Mis dos compañeros más cercanos eran Francisco Romero, encargado de producción, y Joaquín, el responsable de la línea de montaje. Francisco (a quien todos le llamábamos Paco) era un hombrecillo callado, como una ratita acorralada, mirando a los lados sin saber qué hacer o qué decir. Era igual en horario laboral, no aportaba mucho, pero no parecía mala persona. Yo me llevaba considerablemente bien con él. Dentro de su timidez, era conmigo con quien más confianza tenía dentro de la empresa. A sus cuarenta y tres, pese a su considerable estatura, tenía aspecto frágil, con aquella piel pálida y esas prominentes entradas que enmarcaban como una gigantesca M un cabello ralo y escaso. Por el contrario,

Joaquín era un chaval de lo más campechano y físicamente atractivo. Tenía solo veintidós años, pero mucho vivido, ya que no había perdido el tiempo con demasiados estudios. Había nacido y crecido en uno de esos barrios humildes del extrarradio, aunque nunca quería contar mucho de su infancia. Era el contacto entre la línea superior del organigrama y los obreros de la cadena de montaje. Pelo moreno cortado a cepillo, ojos ligeramente saltones y claros, complexión atlética, sonrisa perpetua en la cara y gran sentido del humor. Seguramente, en lo personal, era mi compañero más apreciado, aunque yo no era el único que lo pensaba. Joaquín era la típica persona que en seguida se hace muy popular entre quienes le rodean, por eso él a mí me tenía el mismo aprecio, ni más ni menos, que a los demás.

Entre otras cosas os preguntaréis a qué me dedicaba yo. Tras siete años estudiando una ingeniería «de las difíciles», me encontré con el título en la mano y sin experiencia laboral. Lo que me ofrecían era basura en la que consumir mi tiempo y mi energía vital a cambio de un sueldo mísero, que no me permitiría abandonar la casa de mis padres. Mi tío, proveedor, me habló de una vacante de administrativo en la empresa. Cuando les presenté mi currículum se vieron muy sorprendidos. «*Un ingeniero como tú...*» decían. Sí, un ingeniero como yo, que prefería un sueldo digno y un buen horario antes que decir el famoso «yo trabajo de lo mío», que en muchos casos solo esconde infelicidad y echar más horas que un reloj. Finalmente conseguí el puesto y pude emanciparme. Aquella era la ciudad donde cursé la carrera; la conocía bien y no estaba demasiado lejos (ni demasiado cerca) de mi hogar natal, con lo cual todo eran ventajas.

La empresa era «Puertas Arellano» (no creo que tras haber presentado el organigrama nadie pensara que se fuese algo relacionado con alta tecnología). Se dedicaba, como no podía ser de otra manera, a la fabricación de puertas. «Especialistas en madera, decoraciones, artesanía, bajorrelieves, molduras, vidrieras y

lacados» rezaba nuestro eslogan (si es que eso podía llamarse eslogan).

Yo era el «chico-ordenador». Me encargaba de tareas administrativas como revisar albaranes, llevar al día los datos, tener un registro informatizado de las entregas y envíos, etc. No era tarea compleja al tratarse de una empresa pequeña. Además, me encargaba de revisar y actualizar la web, de crear folletos para las promociones y de pequeñas cosas que iban surgiendo. ¿Un ingeniero malgastado en tales tareas? No, un conformista que no quería dejarse los huevos en un trabajo de setenta horas semanales.

Respeto a quienes sientan grandes ambiciones laborales, puede que se vean realizados mientras intentan conseguir sus objetivos. Por el contrario yo entiendo el trabajo como un mero medio para adquirir ingresos, no como un fin. Pero claro, puede que mi forma de pensar sea digna de los perdedores, y por ello mi puesto era de administrativo en una empresa vulgar. Ahora que lo pienso, puede que esta misma actitud fuese la que me condujo a la serie de eventos que sucederán en esta historia.

A la mesa también se sentaban algunos de los peones y comerciales, con los que yo tenía escaso o nulo contacto. Además, también estaba Begoña, la secretaria. Una mujer mayor (poco le faltaría para jubilarse), pero que era de la total confianza del jefe. No me caía mal, pero confieso que deseé fervientemente que se jubilara y en su lugar pusieran a una jovencita recién salida del horno, para que diese más juego a los empleados (incluyéndome a mí, claro). Una de esas con gafitas y minifalda, un poco tonta, como las que salen en las películas que tanto nos gustan a los hombres.

La cena fue desarrollándose con más o menos normalidad. Como en todas las grandes mesas, pronto comenzaron a formarse varios grupitos de conversación de tres o cuatro personas sentadas

cerca. A mi lado, Paco comía sin demasiada charla una gamba tras otra. Más allá, Joaquín era uno de los centros de atención, haciendo chascarrillos, siempre con éxito y risas, sobre cualquier tema que se hablara a su alrededor. A mi izquierda solo quedaba el vacío que corresponde a quienes son relegados a una esquina de la mesa.

Las copas de vino tinto y blanco se rellenaban una y otra vez, y el alcohol ya hacía mella en muchos comensales. Aquí y allá se escuchaban voces más altas de lo normal, se veían caras coloradas y algún pie trastabillado al levantarse para ir al baño. Lo normal en cualquier cena de empresa. Yo también bebía, pero no al ritmo impuesto por Joaquín y sus colegas de montaje. Paco seguía callado, pero sus mejillas sonrosadas y la extraña sonrisilla que ofrecía de cuando en cuando tampoco dejaban lugar a dudas.

El jefe y Begoña fueron los primeros en irse. Don Antonio nos dirigió unas últimas palabras antes de marcharse:

—Pasadlo bien muchachos —dijo poniéndose en pie—. Con precaución, cómo no, que mañana quiero veros a todos al pie del cañón, y me temo que algunos vais a pasarlo realmente mal cuando os suene el despertador.

Se escucharon algunas risas, más o menos falsas, pero todas respetuosas. A Antonio se le tenía mucho respeto en la empresa; no era un mal hombre. Acto seguido se marchó Felipe Torres, que no era precisamente el alma de la fiesta.

El camarero trajo un par de bandejas repletas de pequeños vasos de licor. A medida que el alcohol me iba haciendo efecto, empezaban a resultarme absurdamente divertidas todas las gilipolleces que se decían a mi alrededor. Cuando dimos buena cuenta de los chupitos, alguien decidió que fuésemos a «GoTa», el garito de moda en el centro de la ciudad.

Jueves por la noche. Cenas y fiestas para celebrar la llegada de las vacaciones de Navidad. Por doquier universitarias con un pedo

de tres pares de cojones. Yo acompañado de un nutrido grupo de hombres ebrios, casados y con panza cervecera. Y uno de los pocos solteros era Paco, cuya borrachera lo convertía en un ser aún más taciturno y extraño. La noche no era muy prometedora.

Nos pusimos en la cola de «GoTa», al final de la cual esperaban dos armarios humanos con pinganillo, actitud chulesca y un traje demasiado pequeño. A mi alrededor, algunos compañeros gruñían y bufaban como animales cuando algún grupito de muchachas pasaba a nuestro lado. Notaba especialmente alterados a aquellos que lucían anillo de compromiso. Se ve que el matrimonio no hace sino reactivar la sexualidad del hombre hacia mujeres ajenas.

Finalmente conseguimos entrar. Uno de los seguratas era, cómo no, conocido de Joaquín. Entramos y aquello tenía exactamente la misma pinta que cualquier otra discoteca que hubiese visto antes: otra cola para el guardarropa, llamativa barra, gogós recauchutadas sobre las tarimas y oscuridad en la pista de baile, para propiciar el roce. Siempre he ignorado por qué algunos sitios se ponen de moda en detrimento de otros, si todos son una basura muy similar.

Paco y yo acudimos pronto a la barra, mientras Joaquín y el resto del grupo se perdían en la oscuridad. Resultaba gracioso ver allí a aquellos cuarentones bailando torpemente, rodeados de tiernas jóvenes. Muchas de las ellas les lanzaban miradas de auténtico asco, en vez de tomarse las cosas con humor. Aquel era el típico comportamiento de diva nocturna que siempre he odiado.

Paco se apoyó en la barra y pidió un gin tonic. Yo un ron cola. Creo que no estábamos haciendo buena mezcla con el vino bebido durante la cena, pero daba igual. Una noche es una noche, como suele decirse. Y además, nunca solía salir y menos con compañeros del trabajo; tenía curiosidad por ver cómo se desarrollaba la noche.

Por un momento me vi allí, con Paco, sin decir palabra y cada uno con nuestra copa en la mano, mirando al surtido «ganado» que había en el interior. Éramos dos seres oscuros y callados observando atentamente a las mujeres de nuestro alrededor, pero

sin interactuar con ellas, como esperando un milagro que llevara a alguna a rozarse con nosotros, a pedirnos un trago, a decirnos «*llévame a casa y fóllame, por favor*». Muchos habréis visto seres similares en los ambientes nocturnos, agarrando bien fuerte el vaso de tubo para marcar bíceps, mientras ponen mirada interesante al horizonte, esperando un milagro. Quizá alguien con el físico de Brad Pitt logró alguna vez ligar así. Estaba claro que yo, y sobre todo Paco, no nos íbamos a comer un colín aquella noche. Me sorprendí a mí mismo pensando en Sandra, y por momentos albergué la esperanza de verla entrar por la puerta del local.

El local estaba atestado. Las veinteañeras bailaban en grupos de cinco o seis. Vestidos cortos, tangas marcados bajo la tela, culitos meneándose al son del nuevo excremento musical de moda. Yo estaba cachondo, pero como ya dije, no me apetecía entablar conversación con mujeres. Ni siquiera haría el intento, pues en casa me esperaban miles de señoritas dispuestas a complacerme fácilmente y sin que tuviese que invertir un euro o una palabra en ellas.

Otro gin tonic para Paco, otro ron cola para mí. Éramos invisibles. Paco intentaba bailar con alguna muchacha y solo se quedaba en un patético intento.

A lo lejos vimos a Joaquín, ya separado del grupo de todos los demás, cogido de la cintura con una chica bajita, de pelo castaño y culito respingón. La muchacha le aferraba cariñosamente, con ambos brazos alrededor del cuello; los dos se sonreían mutuamente. Empezaron a besarse.

—¿Pero no tenía novia? —balbuceó Paco haciendo un esfuerzo.

—Eso creo —respondí. Efectivamente, por lo que yo sabía, Joaquín tenía pareja desde hacía tres años o más, una impresionante morena que de cuando en cuando le recogía del trabajo. Cuando se marchaban, todos solíamos comentar lo buena

que estaba, la suerte que tenía el cabronazo de Joaquín. O a la feliz pareja le había pasado algo, o el muchacho era de los que dejan actuar libremente a su instinto sin importar las consecuencias. Se le veía disfrutando de la noche, y no tardó en perderse de la mano de la chica del culito respingón. Salieron de la discoteca, y solo la noche sabe qué hicieron y dónde.

Joaquín tenía mi «inmoral» aprobación. Cuando despertara al día siguiente, todo seguiría yendo igual con su novia. Ojos que no ven, corazón que no siente, pero él habría experimentado otro cuerpo, huido de la rutina por unas horas, alimentado el animal que había en él y que hay en todos los hombres. A ojos de muchos, Joaquín se convertiría en un ser despreciable. Para mí cada cual es libre de hacer con su vida lo que le salga de los santos cojones.

Otro gin tonic, otro ron cola. O no recuerdo si fueron dos rondas más, o quizás tres. Progresivamente el «género» disponible se iba vendiendo, como en un mercado. La noche estaba muy avanzada, y al fin se podía respirar en el interior del local. Allí seguíamos quietos los dos, apurando copa tras copa. Solo quedaban los restos; nosotros éramos parte de ellos. Quedaban algunas mujeres, reducidas a carroña para chicos a quienes la borrachera había convertido en despiadadas hienas. Yo estaba mareado y me estaba empezando a cansar.

Paco giró la cara lentamente y me miró a los ojos:

—Vámonos de putas —dijo. En su mirada ebria había cansancio y desesperación. Era su solución para dormir tranquilo aquella noche.

—Vamos —respondí mecánicamente, sin pensarlo. Solo había ido de putas en una ocasión, con algunos amigos tras una despedida de soltero. Recuerdo que todo fue muy fácil. Pagar y follar, sencilla transacción. Aquella vez escogí una chica del este, delgada y de pechos operados, con la que disfruté bastante, aunque

todo fuese tan mecánico. De lo que no disfruté fue de las sábanas acartonadas, con sospechosas manchas, y de los picores que tuve en la polla las dos semanas siguientes.

—Conozco un sitio —masculló. Tenía la lengua tan pastosa que casi no podía entenderle—, pero está lejos.

Soltamos las copas vacías en la barra, recogimos los abrigos y salimos a la fría calle. Llovía copiosamente. Eran las cinco y media de la madrugada. Aunque el sitio al que se refería Paco hubiese estado cerca, necesitábamos coger un taxi.

Fuimos a la parada más cercana. Había una gran hilera de gente esperando y como siempre escaseaban los vehículos. Hay algunas noches que se reducen a eso: soportar más y más colas, emborracharte y pasar frío. Triste diversión y pesada hipoteca para el día siguiente.

De pronto Paco se apoyó en mí, me agarró y se tambaleó hacia el hueco entre dos contenedores de basura. Empezó a vomitar entre desagradables alaridos. Me agaché e intenté ayudarle sujetándole la cabeza por su amplia frente.

No recordaba lo desagradable que es el olor a vómito, especialmente a vómito ajeno. Paco expulsaba entre toses los gin tonic, las gambas, las croquetas... su estómago debía ser un vertedero, una trituradora quemada. El olor me invadió, me mareé al levantarme y volví a caer a su lado. Mis náuseas también se transformaron en un vómito espeso e interminable.

A nuestro alrededor pasaban las zorras con las que no habíamos podido hablar, nos miraban y reían. Se compadecían de nosotros, dos mediocres vomitando bajo la lluvia entre dos contenedores. Dos sucios perdedores a los que no les quedaban fuerzas ni para contratar a una puta con la que satisfacerse.

Allí, arrastrándose como un gusano empapado, junto a su charco de vómito, uno de aquellos seres mediocres, cuyo nick era

Richard_dreyfuss, se empeñaba en seguir humillándose: apoyó la espalda en el contenedor, sacó su teléfono, buscó «Sandra» en la agenda y llamó sin contemplaciones.

9. Parking

No sé cuántos tonos escuché hasta que finalmente una voz sonó al otro lado de la línea en aquella madrugada fría, empapada y triste.

—¿Qué coño haces llamando, y a estas horas? ¿Acaso te dije que llamaras, eh? —la había despertado, lo notaba en su voz. A pesar de ello sus palabras sonaban directas; yo era un incordio y ella buscaba zanjar rápido la llamada. No pensaba rendirme tan fácilmente. Paco estaba semidormido sobre el suelo.

—Quiero verte —solté sin más. Medía la longitud de mis frases. No quería que me notase el balbuceo que arrastra quien lleva en sangre más alcohol de la cuenta.

—Definitivamente eres un puto loco.

—Te he dicho que quiero verte —repetí.

—¿Y a mí qué coño me importa lo que tú quieras o dejes de querer? Las cosas no funcionan así.

—Necesito verte. No me preguntes por qué —le estaba diciendo la verdad. Se dice que los niños y los borrachos nunca mienten. Tenía la necesidad de seguir indagando en aquella peculiar cajera. Allí, entre los contenedores, mi deseo era una punzada dolorosa, y lo había rumiado en mi subconsciente durante muchos días. Ahora había explotado. Las casualidades no existen, la encontré por alguna razón.

—Escúchame bien. Creo que estás borracho —me había calado, tampoco hacía falta ser muy lista—. Mi consejo es que te vayas a dormir. Que recapacites.

—Prométeme que nos veremos —solté. Sonó a súplica.

—Pasé un rato entretenido contigo cuando nos conocimos, no me caíste mal, eres mono y quise recompensarte con ese mensaje. Nada más. No pienses que tengo interés en repetir. Lo siento, Richard. —Pura psicología femenina. El mensaje fue «una recompensa». La zorra me había dado falsas esperanzas, o yo fui tan gilipollas como para albergarlas donde no había nada que rascar. Un golpe bajo.

Paco intentaba con dificultad levantarse del suelo, y noté que tenía escalofríos.

Lo inteligente hubiera sido colgar el teléfono y borrarla de mi agenda. Que siguiera siendo únicamente la conductora virtual de mi onanismo las tardes de lunes a jueves. El alcohol, el rechazo y la obcecación no son los mejores amigos de la razón, y yo quise poner solo un punto y seguido en mi conversación con Sandra. Seguiríamos hablando cara a cara, quisiera ella o no. Yo tenía muy buenas cartas para ello. Ya era hora de darle la vuelta a la situación, de dejar de ser el rechazado, el que va a remolque, el que está dispuesto a todo. Tuve uno de aquellos extraños de ebria lucidez y me aclaré la garganta; ahora me tocaba a mí golpear:

—Escúchame tú, Marina —por primera vez la llamé por su nombre real—. Mañana voy a estar ahí cuando salgas de trabajar. Y si me esquivas, estaré pasado mañana. Y si vuelves a esquivarme, el lunes. Así hasta que te vuelvas loca de tanto pensar que te estoy acechando detrás de cada puta caja de cereales. Tú verás. Con dolor o sin dolor, pero vamos a vernos por lo menos una vez más. Suelo ser muy persistente cuando algo se me mete entre ceja y ceja. No soy ninguna mosquita muerta, como crees.

—¿Y qué pasa si simplemente no me da la gana? —preguntó desafiante—. ¿Sabes lo que creo? Que soy solo la última de tus obsesiones de enfermo mental, que tarde o temprano te cansarás de mí y buscarás otra a la que perseguir.

—Puede ser —dije—. Pero mañana harás algo de tiempo cuando termine tu turno y me esperarás allí hasta las tres y cuarto.

—Probablemente a esa hora esté camino de casa, porque no te pienso esperar.

—Si voy y no estás allí, Marina, hasta el más gilipollas de tus compañeros se va a enterar de lo que has estado haciendo por las tardes enfrente de tu webcam.

Colgué. No le di tiempo a responder. Por experiencia sé que es una de las mayores afrentas que puedes hacerle a una mujer, y más a aquellas que van de listas. Dejarlas con la palabra en la boca, sin posibilidad de contrarrestar para quedarse por encima había resultado humillante para ellas siempre que lo había hecho, y no eran pocas veces a lo largo de mi vida. De hecho, no descartaba que mi móvil comenzara a vibrar en cualquier momento, y al otro lado de la línea estuviese Sandra hecha una furia intentando poner las cosas en su sitio. No fue así. Estaría rabiosa, pero tragándose la espuma de su boca en silencio.

Punto para mí. El miedo es un potente agente de cambio, aunque no tenía nada claro que Sandra fuese una de aquellas chicas que se amilana con facilidad. De cualquier forma, confiaba en haberla hecho «entrar en razón». Si ella hubiera sabido que yo jamás tendría la sangre fría de desvelar a nadie su verdad, más que nada por vergüenza propia, se hubiera reído ante mi amenaza. Porque, no lo neguemos, la acababa de amenazar, aunque en aquel momento no tenía ningún remordimiento; simplemente pensaba que había jugado mis cartas de forma agresiva, como hacen los ganadores.

Ayudé a Paco a ponerse en pie. Estábamos hechos una estampa, él en especial, con su cazadora vaquera empapada y con un gigantesco lamparón de vómito en un lado. Si de por sí era pálido, en aquel momento parecía brillar, como hacía el protagonista de aquella saga de mierda sobre vampiros cuando le daba la luz del Sol.

Finalmente conseguí meterlo a duras penas en un taxi; lo dejé allí, inerte y tumbado en el asiento de atrás, y apenas si pudo pronunciar su dirección.

—¿No me potará por toda la tapicería, verdad? —preguntó el taxista. Recordé mi época en la universidad y sonreí. Simplemente diré que el gremio de taxistas merece mi respeto y mis disculpas.

Yo tomé el siguiente taxi. Cuando llegué a casa ya estaban bien entradas las seis de la mañana. Mi despertador estaba programado a las siete. Tocaba ir «de empalme» al trabajo. Hice tiempo como mejor sabía, acudiendo a alguna que otra web; la paja triste, la paja del borracho, como recordaréis. Una rápida ducha para despejarme, un buen desayuno en el cual empapara el alcohol sobrante. Un zombi saliendo de casa, con un largo día por delante.

Por descontado que Paco no se presentó en su despacho en toda la mañana. Le disculpé ante don Antonio, le dije que no se había sentido bien en algún momento de la noche y tuvo que irse a casa. El jefe, perro viejo, me sonrió.

—Supongo que le sentarían mal las gambas —dijo guiñando un ojo—. En fin, conozco a Paco y sé que si hoy no se encuentra dispuesto para trabajar, el próximo día lo hará el doble. Es un hombre de pocas palabras pero siempre ha dado el callo. Se le disculpa.

Joaquín apareció radiante y sonriente aquel día. Seguramente su noche había sido más «productiva» que andar machacando el hígado hasta el amanecer.

Durante un momento del descanso, en el cual me quedé navegando por la web, me pidió permiso para entrar en mi pequeño despacho:

—Richi, ¿qué tal ayer colega? —preguntó sonriendo. Era el único que me llamaba Richi, sonaba ridículo pero él le daba un aire cómico, como a todo—. Tienes mala cara ¡Te vi ambientado! ¿Y Paco? ¿No ha venido?

—Me temo que no —respondí—. A ti no hay quien te engañe: pilló una borrachera como un piano. Dudo si se levantará para el lunes que viene.

Emitió una carcajada que resonó entre las cuatro paredes.

—Vaya tela... está mayor para tanta marcha. Bueno, en fin, Ricardo, quería comentarte un asunto serio... —dijo aflojando el tono, acercándose más.

—¿Te refieres a algo que sucedió ayer? —pregunté.

—Sí.

—¿Dentro de la discoteca?

—Veo que lo vas captando...

—Ah. Entonces debo decirte que no vi nada —le guiñé un ojo. No tenía porqué meterme en sus asuntos. Como dije, lo que hiciera o dejara de hacer cada cual no me incumbía mientras no me afectara. Joaquín se mostró aliviado, lo noté en su cara.

—Justamente era eso lo que quería comentarte. Si me dices que no viste nada, pues mejor que mejor. Hoy estoy pasando un día algo duro, yendo de aquí para allá pidiendo discreción a los chicos.

—A mí no tienes que pedirme discreción, ya sabes cómo soy —dije.

—Lo sé, Richi. Anoche... joder, no siempre uno hace lo correcto, y un pequeño fallo puede suponer muchas consecuencias.

—Un fallo lo tiene cualquiera.

—Pero yo quiero a Raquel, ¿sabes?

—No hace falta que te disculpes, Joaquín, y menos ante mí. Además, te repito que no vi absolutamente nada. El alcohol supongo.

—Joder, en fin, muchas gracias. No quiero perderla por nada del mundo. Eres un colega de verdad —me chocó la mano con fuerza y

desapareció por la puerta.

Lo que le sucedía a Joaquín era lo que a muchos, que lo quería todo. Quería a su novia y estaba acostumbrado a la estabilidad sentimental. Pero también quería polvos salvajes con desconocidas, probar nuevos sabores y vivir la noche al cien por cien. Solo los más precavidos pueden jugar a llevar una doble vida. Me pregunté si Joaquín tenía la suficiente cautela e inteligencia para seguir haciendo de las suyas sin que su situación reventase por algún lado.

Pasé la jornada laboral como buenamente pude, entre sorbos a mi botella de agua y algún mareo. Mis resacas eran jodidas desde siempre. Ya no había vuelta atrás respecto a lo de Sandra. La había asustado de verdad. Algo parecido al remordimiento me venía de cuando en cuando a la cabeza, pero pronto se marchaba dejando paso a la determinación, al deseo de indagar más en la chica. Se acercaban las tres de la tarde y le escribí este mensaje para asegurarme de que no pensara que nuestra conversación fue una mala pesadilla nocturna:

«Todo lo que te dije sigue en pie. Espérame en la cafetería donde la otra vez. Llegaré en quince minutos.»

No esperaba contestación, pero a las tres en punto mi móvil me sorprendió vibrando en el pantalón:

«Estaré en el parking junto a la entrada del hiper.»

En aquel momento se me pasaron muchas cosas por la cabeza. Lo primero y más importante, que abajo en el parking no solo estaría ella, sino su novio o algún amigo cachas dispuesto a darme una lección. También que lo último que le apetecía sería tomar un café conmigo. En cualquier caso pensaba extremar las precauciones.

Antes de salir, compré un sándwich y un paquete de chicles en la máquina expendedora. No quería llegar tarde. Le deseé buen fin de semana a Begoña y devoré mi comida mientras conducía hacia el centro comercial.

Al bajar al parking, decidí tener cien ojos tras cada esquina. Que yo supiera, ni Sandra ni nadie de por allí conocía mi coche. Aun así di un buen rodeo por el interior. A la mínima que sospechara de algo, como ver a alguien esperando en el interior de un coche, saldría de allí tal y como había entrado. No observaba nada fuera de lo normal: ajetreo de carritos y gente descargando compras. Puede que hubiese visto demasiadas películas.

Me acerqué a la entrada justo a tiempo. Allí estaba: la vi cruzar las puertas automáticas, con los brazos cruzados y una expresión tremendamente seria. Llevaba el pelo recogido, una ancha rebeca negra y unos vaqueros. Creo que intentaba parecer poco atractiva, o hacerme creer que no merecía la pena tanto ajetreo por una mujer tan simple. Pero a mí no me engañaba. Yo sabía bien lo que se escondía bajo esas ropas holgadas. Y el interior de su cabeza también me inquietaba, aún de forma tímida, pero lo suficiente.

Eché un último vistazo a mi alrededor, puse el coche junto a ella y bajé la ventanilla del copiloto:

—Hola, Sandra —dije intentando parecer inofensivo.

—Hola, puto loco de los cojones —su mirada era de fuego, aquellos ojos verdes querían lanzar rayos y abrasarme.

—Un sitio algo feo para vernos, ¿no crees?

—No pienso dejar que nadie me vea contigo. Y quiero tener mi coche cerca.

—Ajam. ¿Para qué, si puede saberse?

—Por si tengo que salir huyendo, o atropellarte si no me das otra opción —joder, tenía carácter. Aquello también me gustaba... pensándolo bien, ¿había algo de ella que no me gustara conforme la iba descubriendo?

—Guau, afloja. Espero que no lleguemos a esos extremos solo por hablar un rato.

—¿No tuviste suficiente el otro día? —preguntó.

—Me supo a poco...

Se hizo un incómodo silencio, y me daba que no sería el último. Allí seguíamos, yo dentro del coche girando el cuello para mirarla, y ella fuera, de pie, como una estatua con aquellos brazos cruzados, inamovibles. Apenas se inclinaba para hablarme, y bajaba la voz cuando alguien pasaba a menos de cinco metros. El piercing junto a su labio relucía bajo la luz de las lámparas incandescentes.

—Venga, éste no es sitio para hablar —dije finalmente—. Vámonos, sube.

—Estás más loco de lo que pensaba si crees que me voy a subir en tu coche —seguía en sus trece.

—¿Piensas que voy a secuestrarte o algo así?

—No sé qué pensar de un tío que me acosa en mi puesto de trabajo y que me llama borracho de madrugada con exigencias y fanfarronadas.

—Está bien, en realidad te comprendo. Pero piensa... ¿no te gustaría estar ahora mismo en otro lugar? Este aparcamiento es feo y ruidoso.

—No quiero que nadie nos vea juntos, pero ya te he dicho que tampoco me voy a subir ahí contigo. Las chicas que acaban semienterradas en un descampado empiezan así.

—Joder, Sandra. Mira, lleguemos a un acuerdo, ¿vale? —me miró incrédula, arqueando una ceja. A veces pienso que las mujeres ya nacen con esos gestos aprendidos o grabados a fuego en sus genes—. Yo aparco el coche aquí dentro, junto a otros. Como ves, no para de pasar gente. Apago el motor, te metes y hablamos.

Relajó mínimamente la expresión. Se lo pensó unos segundos:

—Si por un momento veo que mueves aunque sea un dedo de forma extraña, gritaré. Gritaré muy fuerte y en dos segundos tendrás a media seguridad del centro comercial aquí abajo rodeándote.

—Te prometo que no hará falta que grites, y los de seguridad pueden seguir tranquilitos.

—Primero aparcas y luego me meto en el coche. Ah, y los pestillos estarán abiertos durante todo el rato, que por cierto espero que sea poco.

—Trato hecho —le dije. El hecho de imponer aquellas condiciones le haría sentirse más confiada, como si tuviera el control de la situación, aunque era yo quien había conseguido meterme en un coche a solas con ella, cosa impensable horas atrás.

Me dirigí a un hueco libre entre dos utilitarios, no lejos de donde esperaba ella. Desde luego habría que ser muy imbécil para intentar allí algo que no fuera hablar, cosa que no se me pasaba por la cabeza. Era un obseso, pero no un violador, y estaba dispuesto a dejarlo claro.

Abrió la puerta del coche, entró y volvió a cruzarse de brazos.

—Bienvenida a mi humilde coche —bromeé.

Me miró fijamente.

—¿Qué es lo que quieres?

Sencilla pregunta y difícil respuesta. ¿Qué quería yo de ella? Dejando aparte el instinto carnal que cualquier hombre sano hubiera sentido por Sandra, yo me sentía atraído a más niveles, y sospechaba que conociéndola mejor esta atracción podía ir a más. Sentía que Sandra era la respuesta a algunas cosas que me iban mal. ¿Cómo cojones responderle si ni yo mismo lo sabía?

—Quiero conocerte un poco más —intenté ser lo más sincero posible.

—Ricardo, no sé cómo era tu vida antes de verme por la web y obsesionarte conmigo, pero creo que no sabes muy bien cómo funcionan las relaciones —en su voz había un deje de compasión. Realmente pensaba que era un total desequilibrado. Puede que no estuviese muy desencaminada.

—Sé muy bien cómo funcionan —me defendí.

—Pues no lo parece.

—Aunque no lo creas, he conocido muchas mujeres, y con éxito. Pero contigo, joder, no sé explicarlo...

La conversación se interrumpió: su móvil empezó a vibrar intensamente en el interior de su bolso. Lo cogió y lo silenció irritada. Estoy seguro de que no era la primera llamada que silenciaba aquel día. Durante nuestra charla en el coche la llamaron tres veces más, y ella siempre ponía aquel gesto algo furioso cuando miraba la pantalla de su teléfono. O yo no era su único «admirador», o su novio la echaría de menos.

—Te lo dije y te lo vuelvo a repetir —señaló mirándome—. Creo que te has encaprichado conmigo.

—Yo no me encapricho con nadie —repliqué. No me dejó continuar.

—Sé que está mal que yo lo diga, pero soy atractiva, estoy buena. Lo he sabido desde que tenía trece años y hasta mis familiares empezaban a mirarme con otros ojos. Se ha dado la casualidad de que te has encontrado conmigo aquí, y piensas que es un guiño del destino, o alguna historia así. A eso se le llama encapricharse.

—Es algo más. No lo comprenderías... —por supuesto que aún no pensaba hablarle de mis problemas con la masturbación e Internet—. Sí, puede que haya sido una casualidad —le concedí—, pero si lo ha sido, ha llegado en un momento algo especial de mi vida.

Me miró como si fuera un animalillo herido, con una mezcla de compasión y asco.

—Entiendo todas tus dudas —continué—, entiendo que creas que estás en peligro o algo así. De verdad siento haberte hablado así por teléfono, pero no me quedaba otra si quería verte de nuevo. Ya me dejaste claro que no pensabas mandarme un segundo mensaje.

—Siempre soy sincera, incluso con la gente a quien apenas conozco. Si tuviera que quedar con todos los hombres que me tiran los trastos mi día sería de treinta horas. Y además, te recuerdo que tengo pareja. Aunque eso a ti parece darte exactamente igual. Y en

cuanto a lo de revelar mi identidad... me pareció lamentable que tuvieses que recurrir a eso. Lo que hago en la web, lo hago porque me gusta; lo paso bien yo y los que me ven. Tú lo sabes mejor que nadie. Lo que me dijiste es de cobardes, Ricardo.

Le pedí perdón una y mil veces, y una y mil veces mentí. No sentía en absoluto haberla puesto contra las cuerdas, porque gracias a eso estaba allí, a menos de un metro de mí.

—Me jodió que me mandaras ese mensaje para luego echarte atrás —confesé.

—Te lo mandé. Lo hice y punto. Cometí ese error. Y desde luego con tu llamada no creo que esperases recibir otro.

—Nunca iba a recibirlo de todos modos, ¿no es cierto? Confíesalo, te gusta jugar.

—¿Y a quién no? Bueno, borra eso. Tengo pareja y se acabó.

—Tu novio no tiene de qué preocuparse —dije—. Es obvio que me atraes físicamente. Si no, no me habría aficionado a tus emisiones. Pero no por ello he de intentar nada contigo. Soy un hombre de principios y no entro a romper parejas.

—Me dejas algo más tranquila. Tú no sabes cómo es él... si se enterara de que estoy hablando en persona con alguien del chat no creo que se lo tomara muy bien. Es algo celoso.

—Algunos celos son buenos en su justa medida.

—Tú lo has dicho —apuntó—, en su justa medida. Cuando sobrepasan el límite de lo normal, hacen la vida imposible.

Noté resquemor en aquella parte de nuestra charla, cuando el tema giraba sobre su novio. Parecía que las cosas no iban demasiado bien. Y es que Sandra era corajuda, pero también transparente como el agua. Parecía costarle mucho ocultar sus emociones. Ya no me cabía duda de que las llamadas que recibía eran aquellas guiadas por la desconfianza, alimentada cada vez más al no ser contestadas. Quién no ha tenido una relación así, y finalmente se ha dado cuenta de que los celos y las sospechas tenían mucha razón de ser. Allí estaba Sandra, metida en el coche

con un pajillero del chat, mientras su novio no paraba de llamar, seguramente preguntándose por qué no contestaba e imaginando mil y un situaciones, a cada cual más retorcida.

Miré al reloj de la guantera y llevábamos media hora larga en el coche.

Sacó un pitillo del bolso, se lo encendió y me ofreció.

—¿Sabes, Richard? —ya volvía a llamarme con mi sobrenombre del chat, lo cual era una buena señal—. No pareces un mal tío. Si no fuera porque la has cagado sobremanera conmigo dos veces, incluso accedería a tomar algo en plan amistad.

Mientras tanto, me estudiaba con la mirada. La notaba pensativa, con el ceño fruncido, dando fuertes caladas al cigarro. Me estaba tanteando, lo percibía.

—Las cagadas pueden arreglarse —dije.

—Unas sí y otras no.

—Sí las que son propias de imbéciles que se pasan con el alcohol. Hacía tiempo que no bebía, y lo primero que se me pasó por la cabeza en la borrachera fuiste tú.

—Vaya, todo un halago...

Fue en este punto donde decidí, a riesgo de volver a perderla, poner en práctica uno de esos pocos trucos a los que a veces recurrimos los hombres. Me apetecía muchísimo, incluso más que una larga sesión onanista, seguir allí con ella, introduciéndome en aquellos ojos penetrantes y aspirando el humo de su boca. Sin embargo me lancé a la piscina, desnudo y sin flotador:

—Oye, Sandra, tengo cosas que hacer y debo irme —mentí; ella no pudo ocultar una cara de asombro—. Me ha gustado mucho esta conversación, bastante más que la primera. Espero que haya mejorado algo la imagen que tienes sobre mí.

—Ehm... ¿ya está? —bingo. Había logrado sorprenderla. Ella esperaba que suplicara por un nuevo encuentro.

—¿Cómo que si ya está? Pues claro que está. Aunque no fuese con los mejores métodos te cité aquí entre otras cosas para limpiar

mi imagen del otro día y conocerte un poco mejor.

—Pues me alegro. Hasta esta tarde pensaba que aparecerías con un cuchillo detrás de mí en cualquier momento —sonrió.

—Ya sabes que no —la tranquilicé—. El único cuchillo que te acercaría sería sirviendo la mesa —con esta gilipollez conseguí que riera relajada por primera vez.

De nuevo se hizo uno de nuestros silencios, pero esta vez no fue nada tenso.

—Una cosa antes de irme —añadí—. Que haya aclarado las cosas contigo no significa que no me apetezca verte de nuevo. ¿Trabajas mañana?

—Sí —respondió. La noté algo desconcertada.

—Si tu novio te lo permite, quizás mañana o pasado podríamos salir a tomar algo al centro. Este fin de semana estoy bastante libre de trabajo.

—Ricardo... —me miró con cara de reproche.

—Dile que se venga si quiere —la interrumpí. No sé si se notó la mentira que acababa de decir, pero lo último que me apetecía era que a Sandra y a mí nos acompañara otro hombre.

—Está de viaje —dijo.

—Pues dile que comes con unas amigas. Una mentira piadosa no hace mal a nadie.

—Supongo que no... —estaba en el borde entre mi terreno y el del «no». Debía reaccionar.

—Bueno, hagamos otro trato que haga esto más fácil. Mañana es sábado, mi día de compras. Como ya sabes, éste es mi sitio de confianza, y lo es desde mucho antes de haberme encontrado contigo. Pasaré por tu caja y, si te apetece me lo dices y te espero hasta que salgas mientras recorro algunas tiendas; tengo que empezar a mirar regalos de Navidad. ¿Qué me dices?

De nuevo pensó durante segundos, pero en aquella ocasión se llevó un dedo a la boca, divertida, haciéndose de rogar:

—Está bien —resolvió—. Pero prométeme que no insistirás si no me apetece. No me gusta decir que no veinte veces.

—Trato hecho.

Le ofrecí la mano y nos dimos un apretón, más fuerte y confiado que aquel día en el pasillo del hipermercado.

—Hasta mañana pues —le dije.

—Chao, Richard. Nos vemos en caja —abrió la puerta y se sumergió en la maraña de coches.

Fuegos artificiales. Celebración de gala. Aquel sábado tenía una pseudo cita en la caja del hipermercado, que podría llevarme a una cita real. Di las gracias al inventor de la psicología inversa, y me hubiera postrado ante él. Nunca solía fallar. Durante el último tramo de conversación había proyectado a la perfección la imagen de hombre ocupado, de ideas claras. Mi aparente falta de disponibilidad me convirtió automáticamente en alguien mucho más interesante para Sandra. Me sentí tan vivo como hacía mucho tiempo. Rejuvenecí y rescaté mi ego, que yacía en el subsuelo. Era un pajillero obsesionado por aquella chica de la webcam, pero aún tenía métodos de seducción. No estaba del todo oxidado.

Creía que Sandra había caído en mi trampa... pero puede que fuese yo quien había caído en la suya.

10. *Prime time*

Resulta curioso como el estado de ánimo nos cambia el color de todo nuestro entorno. Estaba demasiado acostumbrado a ver mi apartamento como un lugar anodino y gris, una cueva más en la sexta planta de un bloque de viviendas de lo más convencional. Aunque intentaba ser ordenado, había retos imposibles: mi cama permanecía deshecha los siete días de la semana, y alrededor de la mesa con mi ordenador se amontonaban folios, portaminas, cargadores, auriculares... y por supuesto papel higiénico. La cocina permanecía casi virgen, pues prácticamente solo daba uso al microondas.

Aquel sábado, al despertar, no puedo negar que vi las cosas de otra manera. Creo que lo llamaban ilusión, un término que había desaparecido de mi vocabulario años atrás, mientras era forzado a estudiar y hacer cosas que no me apasionaban. La posibilidad de conocer a fondo a Sandra traía a mi estómago aquella agradable sacudida que sentía de adolescente al besar y tocar a mis primeras novias. El ser consciente de que una chica tan imponente consideraba darme una oportunidad me llenaba de confianza. Ese día las cosas sucedían con colores muy vivos.

No quise dejar ningún detalle al azar en el apartamento antes de ir al centro comercial en busca de Sandra. Uno nunca sabe dónde puede acabar una cita. Desayuné bien, hice algo de limpieza general, ordené mi habitación y escondí todo aquello relacionado con «mi problema» (no sin antes darle rápido uso): varios discos duros externos y un bote de gel lubricante, que usaba de cuando en

cuando para mayor sensación de realidad al tocarme. El rollo de papel higiénico volvió a su lugar natural, junto a la cisterna del váter. Me di una larga ducha, con tres enjabonados con especial atención en los genitales, como mandan los cánones pre-coitales. Eché un par de condones en la cartera, y metí otros dos en la guantera del coche (por supuesto antes comprobé la fecha de caducidad). Como puede suponerse, gran parte de mis esfuerzos de aquel día irían encaminados a follarme a Sandra. Sí, me llamaba poderosamente la atención su personalidad y quería que me abriese cuanto antes sus pensamientos e inquietudes... pero antes me apetecía que me abriese sus piernas.

Arranqué el coche y puse rumbo al hipermercado. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras que amenazaban con descargar en cualquier momento, pero nada podía alterar mi buen temple. Recuerdo que incluso tarareaba las canciones que sonaban en la radio.

Aparqué, subí las escaleras mecánicas y comencé a recorrer los largos pasillos llenos de estantes. Me di cuenta de que aquel edificio últimamente había tomado mucha importancia en mi vida.

Realmente aquel día no necesitaba comprar; eso también formaba parte del paripé. Ahora que me había posicionado ante Sandra como alguien algo más «respetable», no quería desmontar el tinglado realizando una compra básica de sobres de pasta de marca blanca, puré de patata y platos precocinados para microondas. Decidí invertir unos euros en reforzar esa imagen de hombre con buen status social, que sabe lo que quiere, consumidor de productos de buena calidad. Desde luego me estaba trabajando muy bien el papel, y pensaba seguir haciéndolo hasta que dejara de funcionar.

En el carrito metí anchoas, una buena botella de vino tinto, el mejor queso Brie, un surtido de patés y otras delicatessen variadas.

La vi a lo lejos, dando el callo en su puesto. Qué buena estaba, daba igual la distancia desde la que mirara. La hubiera montado allí mismo, como un animal, sobre la banda transportadora de aquella caja veintitrés, y luego hubiera repetido en cada una de las otras.

La espera en la cola se hizo eterna. El resto de personas parecían espectros que flotaban entre ella y yo. Al fin nos pusimos al frente. Me dio los buenos días y sonrió ligeramente, pero hizo como si no nos conociéramos. Era una juguetona. Cuando la máquina expulsó el ticket, ella lo tomó por unos segundos, cogió un bolígrafo y escribió algo en él. Un movimiento de perfecta discreción, invisible para los espectros que volvían a aglutinarse detrás de mí.

—Aquí tiene —dijo tendiéndome el ticket—. Gracias por su compra.

—A usted —le respondí. Me metí el papel en el bolsillo, cogí las bolsas y me separé una distancia prudencial. Me moría por saber qué había escrito en el ticket. Por su sonrisa mientras estaba frente a ella, no me temía un rechazo. Pero nunca se sabe. Lo abrí:

«15:15 en la entrada del parking».

Un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para el pajillero *Richard_dreyfuss*. Aquella tarde la pasaría con una de las estrellas amateur del ranking de una conocida página de webcams mientras el novio estaba de viaje. Dicho así parecía el guión de una película porno barata. Pero no lo era. Yo era, por primera vez en mucho tiempo, el protagonista de algo interesante.

Las dos horas que siguieron las dediqué a recorrer tiendas sin ton ni son, con la cabeza en otro lado. La Navidad se acercaba, pero cuando fuese a casa de mis padres, mi hermana ya se habría ocupado de los regalos. Yo pagaría la mitad de ellos y santas pascuas. Esto sucedía así año a año desde que tenía uso de razón. Se puede decir que nunca fui un hijo muy detallista, pero ahora tenía otras cosas en las que pensar.

Solté las bolsas en el maletero y esperé junto a la entrada, en el mismo lugar en que el día anterior ella había aparecido de brazos cruzados. Se retrasó unos minutos, pero al fin cruzó las puertas de cristal, esta vez con aquella fabulosa melena suelta meneándose al son de esos pequeños tacones, vestida con falda vaquera ajustada por las rodillas, blusa blanca sin demasiado escote (aunque se transparentara el sujetador) y sobre ella un pequeño abrigo beige. Estaba provocativa y sexy, pero en su justa medida.

Ésta vez nos dimos dos besos.

—Veo que aceptaste mi oferta —le dije sonriendo.

—No te emociones demasiado; no tenía nada mejor que hacer —me sacó la lengua en gesto de burla—. ¿Dijiste que iríamos al centro, no? Tengo hambre Ricardito.

—¿Ricardito? Prefiero que me llames Richard —apunté, sin dejar de sorprenderme por la buena disposición que Sandra destilaba aquella tarde—. Y efectivamente, vamos al centro —yo estaba dispuesto a llevar la iniciativa. Tenía planeados los sitios donde haríamos parada, no demasiado elitistas pero tampoco cutres. Buscaba lugares desenfadados pero de calidad, y además no pensaba, en principio, invitarla a nada. No quería darle a entender que estaba pagando de ninguna forma por su compañía, cosa que les encanta a muchas mujeres. Como decía un viejo amigo mío: «no tengo dinero para tener novia».

Nos subimos al coche. Recordé lo difícil que había sido convencerla para subir menos de veinticuatro horas atrás. La evolución era evidente.

Durante el trayecto hacia el centro de la ciudad, charlamos sobre temas banales que se nos venían a la cabeza, para romper el hielo: el estrés de su trabajo de cajera, la baja calidad de las marcas blancas vendidas en el hipermercado, nuestros planes para las mini vacaciones de Navidad, etc. Recuerdo que cuando paraba en algún semáforo, permanecíamos callados, como si el ruido del motor mientras el coche avanzaba fuese el que posibilitase la

conversación. No era la primera vez que me pasaba al conocer alguna persona.

Dejé el coche en un céntrico parking subterráneo de dos euros la hora. Salimos a la superficie, bulliciosa y efervescente, pese a que el cielo era plomizo y amenazante.

—Bueno, ¿dónde vamos? —preguntó. La notaba algo impaciente.

—Ya lo verás —contesté—. Te voy a llevar a un par de sitios que conozco, y si luego sigues teniendo hambre, a otro mejor aún. —Intentaba parecer enigmático—. Por aquí, sígueme.

Callejamos un buen rato entre la muchedumbre. Luces de Navidad, versiones cutres de villancicos saliendo desde los altavoces de las tiendas, gente apresurada con bolsas, de un lado para otro. Cada cual con su vida, sus problemas e intereses, pero tan parecidos que les llevaban al mismo sitio a todos a la vez. Aquella zona céntrica, antaño escenario de hermosa y noble historia, y ahora convertida en pornografía del consumismo, en una sucesión de tiendas de moda con brillantes neones en sus escaparates, que engullían y ensombrecían todo lo demás. A menudo reflexionaba sobre qué estábamos haciendo con nuestras ciudades durante las últimas décadas, y no me gustaba en absoluto.

Al fin nos separamos de las arterias principales y disminuyó considerablemente el flujo de personas. Podíamos hablar de nuevo y caminar sin problemas el uno junto al otro.

—Me encanta la Navidad —dijo Sandra.

—A mí más bien me estresa.

—Pues a mí me trae grandes recuerdos de cuando era niña. Era todo muy mágico.

—Toda la magia se pierde cuando te enteras de que los reyes magos son los padres —bromeé—. Ahora ya ni siquiera hay reyes

magos en la imaginación de los niños... los han sustituido casi por completo por el gordito de Coca-cola.

Pasamos por un último recodo entre aquellas calles estrechas y allí estaba nuestra primera parada: la «taberna los Conquistadores». Se trataba de un sitio con mucha solera en la ciudad, pero desconocido para el público mayoritario. El mobiliario era de madera vieja y oscura y las mesas eran barriles antiguos de vino, con firmas en tiza de algunas personalidades que habían pasado por allí, en especial toreros y gente de la farándula de décadas atrás. A Sandra le gustó, lo veía en su cara.

—¿En serio no conocías este sitio? —le pregunté.

—En mi vida había venido aquí. Me gusta, Richard. Buena elección.

Por supuesto que Sandra no conocía aquel lugar, como tantas y tantas personas que no habían ido más allá de su barrio; gente que celebraba los cumpleaños en el bar de la esquina, y las bodas de la familia en la carpa prefabricada de algún restaurante junto a la carretera. Aún no podía saber si Sandra era una de aquellas personas, pero generalicé una vez más: cajera de hipermercado sin estudios, prostituyendo su cuerpo en una web a cambio de unos euros extra. Me jugaba el cuello a que no provenía de una familia de recursos.

Pedimos un par de cervezas. Me gustó que bebiera conmigo y no se le ocurriera pedir un refresco light en aquel lugar. Degustamos una tapa de queso añejo, y luego acompañamos media ración de jamón serrano con una copa de vino blanco. Aquello iba a salir por un pico y comencé a pensarme mejor lo de invitarla.

Durante aquel rato hablamos mucho y de cuestiones muy variadas. Sandra, la cajera de hipermercado, tenía buena conversación. No era la típica chica universitaria, brillante en los estudios pero de encefalograma plano y cero intereses a la que estaba acostumbrado. Debía replantearme seriamente mis esquemas.

Íbamos pasando de un tema a otro con naturalidad. De cuando en cuando le dejaba caer alguna broma. De todos es sabido que hacer reír a una persona es el mayor atajo hacia la confianza. Me gustó imaginar que aquella tarde no era fruto de mi amenaza y mis mentiras, que había conocido a Sandra como se conocen las parejas normales, en el trabajo, haciendo alguna actividad común o saliendo con los amigos.

Ambos nos sentíamos muy cómodos. Si de algo me puedo sentir orgulloso es de mi capacidad para adaptar la conversación a mi interlocutor. Creo que se llama inteligencia emocional, y solía ser casi nula en muchos de mis brillantes compañeros de aquellas clases de ingeniería. Yo aún la conservaba pese a haberme pasado un par de años sin demasiado contacto humano.

Dejé que cogiese el último trozo de jamón y pedí la cuenta. Mientras la esperábamos su móvil comenzó a vibrar. Rehusé hacer ningún comentario.

—Voy a desconectarlo —me dijo.

—Si no es mucho preguntar... ¿se puede decir quién es tan insistente llamándote y a la vez es tan molesto que no lo coges?

—No importa, Richard.

—Sí que importa —objeté—. No me gusta que se interrumpa una buena conversación.

—No hace falta que te diga quién es...

—Lo suponía... ¿tu novio, eh? —la noté incómoda, pero me daba igual. Quería que me contase por qué demonios no le cogía el teléfono.

—Efectivamente, pero no me apetece hablar de él ahora mismo —dijo. El tema le cansaba simplemente con rozarlo.

—De acuerdo, como quieras Sandra... o Marina, ¿qué prefieres? Hasta ahora no te lo he preguntado.

—Contigo prefiero Sandra, pero si nos encontramos con alguien que conozca ni se te ocurra llamarme así —dijo sonriendo.

Insistió en pagar a medias la cuenta, y yo insistí aún más en pagarla por completo. No era rebajarme, era cierta lástima. Mi sueldo no era ninguna maravilla, y aun así podía ser el doble que lo que ganaba una cajera de aquel hipermercado.

Salimos de la taberna cuando comenzaba a lloviznar sobre la ciudad. No teníamos paraguas y anduvimos rápido unos doscientos metros hacia la siguiente parada de mi itinerario, que en esta ocasión fue la «bodeguita de Rafa el tuerto». Si el anterior fue un lugar castizo, éste lo era tanto que rozaba lo cutre: unos treinta metros cuadrados, casi todos ocupados por una barra tras la cual solo estaba Rafael, nieto de aquel Rafa el tuerto que abrió el local y le dio su nombre cien años atrás.

Allí se comía, bebía y charlaba de pie, apoyado sobre la barra. En aquel sitio había una luz tenue, proveniente de una gran lámpara de araña colgada del techo y llena de mugre. Dos cervezas, un platito de aceitunas y frutos secos para acompañar. Repita la ronda si le ha gustado y está en buena compañía. Y vuelva a repetir las veces que desee. Aquel era el lema no escrito y la filosofía de esos lugares.

Cada vez hubo más risas entre nosotros. La cerveza en ocasiones las amplificaba a carcajadas, y a nuestro alrededor les ocurría igual a los demás. Era la magia de aquellos sitios desconocidos. Estábamos muy juntos, con los codos sobre la barra; podía ver sus ojos bien cerca. Yo hablaba embobado por su forma de mirarme y de observar su alrededor, con la curiosidad de un niño. Sin duda era una chica inteligente.

Creo que a esas alturas ninguno pensábamos en lo que nos había traído hasta allí. Ambos olvidamos por un rato que ella me había enseñado su cuerpo desnudo. Que la había visto gozando en

todas las posiciones imaginables. Que había escuchado sus jadeos. En aquel momento éramos dos personas normales que se estaban conociendo y pasándolo bien. La magia de lo cotidiano y lo tradicional en un mundo donde todo, incluso nosotros mismos, cambiamos muy deprisa.

—¿Sigues teniendo hambre? —le pregunté.

—Soy de buen comer, y la cerveza ayuda.

—Pues vámonos. Te voy a llevar a un sitio que te va a gustar.

En la bodeguita de Rafa el tuerto pagamos la cuenta a medias.

Fuera ya llovía con bastante fuerza. Avanzamos pegados a las paredes de los edificios, intentando en vano protegernos de la lluvia bajo las cornisas. Paramos en un italiano que se había convertido en uno de mis sitios favoritos de la ciudad. Pasaban las cinco y media de la tarde y la poca gente que quedaba en el interior disfrutaba ya del postre, pero de milagro la cocina permanecía abierta. Se puede decir que el sitio era romántico: había velas en cada mesa, bonitos cuadros colgados de las paredes de madera clara y una suave música de fondo.

Soltamos los abrigos mojados en los respaldos de las sillas. Yo estaba muy mareado. Seguíamos riendo. Debíamos hacer bastante ruido, porque notaba cómo se clavaban en mí las miradas del resto de clientes. Quizás me envidiaban, por estar acompañando a aquella chica. Intentamos bajar el tono, pero resultaba difícil: estábamos tocados.

Le recomendé los tortellini a la carbonara. Yo pedí lo mismo. Dijo que era la pasta más buena que había probado en su vida, y lo decía de verdad. Esperando al postre, adopté una pose más seria:

—Sandra, ¿me vas a contar qué te pasa con tu novio? —lancé. No le gustó la pregunta.

—Sabía que no ibas a tardar mucho en volver al tema. Es algo complicado, Richard. Las cosas no van muy bien últimamente —de hecho, pensé, llevaban ya varios días sin emitir juntos, aunque por supuesto no se lo comenté.

—Es lo más normal del mundo que las parejas atraviesen altibajos. Seguro que tiene solución... —dejé caer.

—No es tan fácil. Pero no me apetece hablar de ello, ¿vale? Mira, ya llegan los brownies.

Durante el postre cambiamos de tercio hacia temas más suaves, como nuestros gustos en cuanto a cine o música.

—Aunque no lo parezca, soy una heavy empedernida —me confesó—. No hay nada que me active más que poner Iron Maiden a todo volumen mientras estoy en la ducha por la mañana.

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—El heavy no es lo mío, la verdad. Pero conozco un sitio que supongo que a ti puede encantarte, aunque supongo que lo conocerás.

—¿A dónde me vas a llevar ahora? Vamos a dar más vueltas que una peonza —me dijo divertida. Dejaba entrever que estaba algo cansada de andar de aquí para allá.

—Te prometo que será la última parada. Aunque sea un sitio heavy se puede estar tranquilo a estas horas.

—¿Cómo un «chico bien» como tú conoce sitios como ese?

—Durante la carrera tuve amigos más cañeros de lo habitual.

—Amigos... nunca hubiera dicho que tenías amigos cuando te presentaste ante mí en el centro comercial. Parecías el típico loco solitario.

Se empezó a reír y paró en seco cuando vio que yo no lo hacía. El comentario me entristeció por verdadero.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—Nada, no te preocupes. Vámonos.

Por segunda vez pagamos la cuenta a medias. Afuera, la lluvia se hacía más intensa. Tocaba mojarse de nuevo.

A los quince minutos, ya fuera del centro y bastante empapados, llegamos al «Metal place». Era un lugar de lo más ecléctico en la ciudad. No se veía el color de las paredes, pues estaban atiborradas de pósters de estrellas heavy y grupos de rock, así como algunos cómics. Había un par de mesas de billar, y algunas mesas con cachimbas, rodeadas por raídos sofás. Sandra se mostraba encantada de nuevo. Empezó a hablarme de muchos de esos grupos y de sus canciones favoritas.

—¿De verdad una heavy como tú nunca había estado aquí?

—Nunca, Richard. ¡Me encanta! Siempre he sido la «rarita» de mis amigas en cuanto a gustos musicales.

—Me vas a tener que pagar por ser tu guía turístico. Tienes que probar los chupitos de este sitio —le comenté.

—No creo que nos convenga más alcohol.

—Tonterías, no puedes estar aquí sin probar alguno. Hace unos años corrió la leyenda de que estaban prohibidos porque superaban la cantidad de alcohol permitida por Sanidad.

—Uy, qué miedo. Habrá que probarlos, a ver si de verdad son tan fuertes.

Tomamos tres rondas. Aquella mezcla entre vodka, ron blanco y un chorrito de Blue Tropic sabía a rayos, y tenía el nombre de «Destroyer».

Nos sentamos junto a una cachimba y empezamos a fumar, esperando los efectos del chupito mientras dábamos caladas sabor fresa. Aquella borrachera ya no tenía vuelta atrás. Seguíamos conociéndonos, pero esta vez en el mundo paralelo y feliz que suele abrirse a los ebrios. Los melenudos de los pósters se convirtieron en graciosos monigotes, y los ojos verdes de Sandra en dos esmeraldas mágicas. El resto de personas entraban, fumaban y bebían, y luego salían, sin dejar de ser figurantes de mi película. No sé cuantas horas transcurrieron, pero se hizo de noche. Sandra

tenía un extraordinario aguante al alcohol. Chica de barrio, astuta, fuerte, curtida en borracheras desde los trece. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales oscuros del local. Pasó un rato más y la noté cansada.

—Imposible salir de aquí andando —dijo.

—Pues se pide un taxi —resolví—, y en cinco minutos estamos en el parking.

—¿En el parking? —rió con ganas—. Pero muchacho, ¿tú crees que estás para conducir? De eso nada, lo cogemos y primero que me suelte en mi casa y luego te deje en la tuya. Así compartimos gastos. Ah, y te pago la mitad del aparcamiento, que tu coche va a estar allí unas cuantas horas.

No me hacía excesiva gracia aquella jugada. Confiaba en tomar una última copa en casa, pero era cierto que no estaba en condiciones de ponerme al volante. Ya se me ocurriría algo dentro del taxi.

Esperamos tras la puerta hasta que vimos aparecer dos lucecitas verdes. La ciudad se sacudía bajo el aguacero. El taxi no se hizo visible hasta estar a pocos metros de la puerta.

—Calle La Luna veinticuatro, por favor —dijo ella. Ni me sonaba aquel nombre. Bromeé con que el loco de *Richard_dreyfuss* ya conocía su dirección. El taxi se dirigió al este de la ciudad. En el interior solo escuchábamos el atronador ruido de las gotas al caer pesadamente en los cristales, y de fondo la radio, tan tenue como suelen escucharla todos los taxistas.

—Ricardo... —comenzó a hablar, dubitativa, susurrando para proteger nuestra conversación de los oídos del taxista—. Mi novio vuelve el lunes, ¿sabes?

—Ajam —contesté. No sabía bien a dónde quería llegar.

—Quiero decir que... a partir de ahora va a ser más difícil, por no decir imposible, que nos veamos de nuevo. Me lo he pasado genial

contigo, eres un encanto, pero estoy convencida de que arreglaré las cosas con él. Lo quiero de verdad y no me gustaría perderle; llevamos tanto tiempo juntos que no sabría qué hacer. Y no soy de esas chicas que juegan a dos bandas.

Y ahí estaba, exactamente lo que me temía. «Me lo he pasado muy bien contigo, pero...», «eres un encanto, pero...». Cuando había peros, la misión había fracasado. Había pasado un día extraordinario con ella, habíamos reído juntos, me había sentido incluso gustado por momentos. Dudaba que su novio aún fuera capaz de hacerle pasar por ratos como ese, a juzgar por lo cabreada que apagó el teléfono. Aun así, allí estábamos, bebidos y pegados en aquel taxi. Debía intentar la última jugada. Debía comprobar si lo que me había dicho era solo un escudo para sentirse mejor consigo misma, aunque tuviera ganas de pasar la noche conmigo. Recordé aquellas fiestas universitarias, donde habían sido muchas las ocasiones en que una chica me había afirmado orgullosa lo contenta que estaba con su novio, lo fiel que era y lo a gusto que se sentía con él, para al poco rato acabar en mi habitación pidiendo que la follara más fuerte.

—Te entiendo perfectamente, Sandra —dije. Hice ver que aceptaba el no volverla a ver.

—¿De verdad?

—Lo prometo.

—Me alegro, Richard. Me ha costado decírtelo, lo he pasado tan bien...

—Y yo también. Pero antes de dejarte marchar... me tienes que hacer un último y gran favor —aquí comenzaba el todo o nada. No tenía mucho que perder. Tuve una de aquellas ocurrencias fruto del alcohol; una respuesta mental lúcida y rápida a un problema.

—Soy todo oídos. Espero que no sea algo a lo que tenga que decir que no... —me miró como una madre mira a un hijo gamberro.

El taxi cambió de carril y empezó a aminorar. Estábamos llegando.

—Tengo que guardar algún recuerdo de todo esto, de esta mini historia nuestra —susurré. No me apetecía que el taxista se enterara—. Nunca esperé que me pasara algo así. De una web a la realidad. Lo he pasado tan bien contigo... me gustaría tener algo en casa con lo que sonreír cuando pase un tiempo y ya me haya olvidado de esos ojos tuyos. Voy a dejar de verte en las emisiones, creo que es lo mejor que podría hacer.

Se mostró sorprendida. Incluso yo lo estuve. Nunca hasta ese momento pensé en dejar de verla en la web, pero súbitamente me di cuenta de que sería lo mejor para mi salud mental, o todo formaba parte del mismo bulo de borracho. Sandra realmente me gustaba, y disfrutaba de su compañía, eso sí era muy real. No podía lo mismo de casi ninguna mujer que hubiese conocido antes.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres?

—Verás, lo confieso, soy algo fetichista. Me encantan esos peluches que adornan tu cama. Encajan a la perfección con lo que eres, una niña, aunque luego hagas tantas travesuras y acaben esparcidos por el suelo —se llevó un dedo a la boca; estaba hablando demasiado alto.

—¿Y bien?

—¿Puedo quedarme con uno de ellos? Me haría mucha ilusión —dije al fin.

El taxi paró por completo. Antes de que dijese el precio de la carrera, le di un billete de veinte sin mirar, y seguí aguardando la respuesta de Sandra:

—Eres un poco raro, Richard —dijo divertida, e hizo una pausa mientras abría la puerta—. Está bien, anda. Sube a por él y elige el que quieras.

Boom. Muralla derribada. Y no era de piedra, sino de algodón. En la lógica con la que funcionan las cosas, no me hubiera invitado a subir si no estuviese dispuesta a más, mucho más. Mi pobre

excusa de los peluches, que me importaban una soberana mierda, me había dado la llave.

Bajé del taxi sin ni siquiera esperar al cambio. La lluvia no cesaba. Había pasado alguna vez por aquel barrio, pero nada me detuvo en él. Había más y más bloques de ladrillo visto y pocas plantas, calcados los unos a los otros, con calles trazadas a base de escuadra y cartabón.

Allí vivía Marina, allí emitía Sandra.

Entramos en su portal y comenzó a subir escaleras delante de mí.

—El ascensor está estropeado —me dijo. Vivía en un tercero. El tercero C. Su trasero era hipnótico, y sabía moverlo con ese ligero meneo de un lado a otro mientras sus piernas avanzaban. Creo que era consciente de que la estaba follando por detrás con la mirada, y no dio señales de que no le gustase.

Abrió la puerta, me invitó a entrar y nos miramos a los ojos. Ella se quedó quieta mientras yo avanzaba.

Antes de que le diera tiempo a cerrar, ya estábamos besándonos.

Avanzamos a trompicones por aquel pasillo de entrada, sin separar nuestros labios. Dejó caer su bolso en el suelo y me deshice de mi abrigo. De reojo vi lo que pude del pequeño apartamento. Vivía sola. Lo de «quedarse sola en casa» para emitir era otra estrategia de morbo, otra forma de aumentar ganancias, supuse. Me llevó hacia el salón, me tumbó sobre un horrible sofá verde y se sentó a horcajadas sobre mí, sin dejar de besarme.

Nuestras bocas sabían a alcohol y la saliva era espesa, pero daba igual. Le quité el abrigo y ella dejó caer sus tacones. Empecé a disfrutar del tacto de aquel trasero duro y pequeño, del tamaño perfecto de una mano por glúteo. La erección era imparable.

—Espera un momento —me dijo separando por primera vez nuestras bocas desde que habíamos entrado—. Vuelvo enseguida.

Se apresuró al interior del piso. Yo me quedé allí, sentado en el sofá, mirando aquellos sencillos muebles de Ikea y el televisor apagado. Pasó una eternidad, hasta tal punto de relajar mi entrepierna. Se oyó una puerta, pasos, otra puerta, y al rato la cisterna del váter.

Cuando apareció de nuevo en el salón no daba crédito: estaba con un sujetador una o dos tallas más pequeño, que hacía rebosar aquel enorme pecho, y un culotte negro de encaje. Cuando miré arriba, a su cabeza, la tenía cubierta por aquella máscara negra y rosa con plumas que tan horterera me pareció en su momento, pero que ahora me puso en marcha al instante.

—¿Te gusta, verdad? —preguntó acercándose, con la boca entreabierta.

Y tanto que me gustaba. Se había transformado en Sandra la zorrita, la que sabía ponerme cachondo como nadie en sus emisiones. Me sentí un triunfador. Iba a subir al máximo escalafón sexual, iba a disfrutar de aquel cuerpo durante toda la noche. Pensé que merecería la pena aunque no la volviese a ver. Hay cosas que suceden solo una vez en la vida, y más nos conviene disfrutarlas y atesorarlas en la mente para confortarnos para siempre.

Me cogió de la mano y me condujo hacia su habitación. Pensé por un instante en el pobre cornudo del novio, pero afortunadamente ese no era mi problema. Al menos por el momento.

Allí estaba el ordenador desde el cual se emitían mis sueños, la cama donde nos miraban los benditos peluches, y esas paredes pintadas de rosa claro que eran desde hacía tiempo el telón de fondo de mis fantasías. Era el cuarto de la chiquilla más puta, morbosa y atractiva de la ciudad.

—¿Aún quieres el peluche o prefieres otra cosa?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la del taxi? —bromeé.

—Calla.

Me tumbó sobre el colchón y empezó a quitarme uno a uno los botones de la camisa mientras me besaba por el cuello, y yo no dejaba de apretar con fuerza su trasero. Se quitó el sujetador. Era de esos con un cierre delantero, que causan aún más impresión al desabrocharse por delante. Vi aquellas tetas inclinándose hacia mí, esos pezones pequeños apuntándome. Empecé a manosearlas como si fuera un niño con su juguete preferido. No puedo describir el tacto de aquellos pechos, naturales pero duros, tersos y jóvenes; había que sentirlos, ver cómo se aplastaban uno junto al otro empujados por mis manos, o cómo caían suaves cuando se inclinaba hacia mí. No exagero: probablemente sean el último recuerdo que me venga a la cabeza antes de morir.

El pantalón sobraba desde hacía rato. Y también mi ropa interior. No había tiempo de más preliminares. Aquello era una danza salvaje. Del bolsillo del pantalón saqué la cartera, y de ella un condón. Finalmente no lo había cogido para nada. Me lo puse mientras ella dejaba caer en el suelo el culotte y los peluches, que ya no eran bienvenidos.

Tardé segundos en penetrarla. Mi pene se deslizó a gusto por aquel sexo depilado, húmedo, estrecho, acogedor. Empezó a cabalgarme de forma bestial. Jadeos, gemidos, el rebote de su carne en mis manos. Las plumas de la máscara bailando al aire. Empecé a notar el cosquilleo previo al orgasmo. Quería seguir disfrutando, y no podía permitir correrme sin que ella lo hubiera hecho.

Me incorporé y me puse de rodillas en la cama. Ella lo interpretó a la perfección. Me lamió la polla durante unos segundos y acto seguido me ofreció las mejores vistas traseras que un hombre pueda contemplar. La clásica postura del perrito, la que nos convierte en machos dominadores y a ellas en sometidas presas, lo cual nos encanta a hombres y mujeres por igual en aquel maravilloso invento de la creación llamado sexo, sin el cual nada tendría sentido.

Llevaba escaso tiempo penetrándola de esta manera y ella gemía cada vez más fuerte. Le gustaba que mis testículos rebotaran contra su clítoris. Estaba cerca de satisfacerla. Por mi parte, tenía que concentrarme seriamente para no correrme. Llegó un punto en el que dejé de disfrutar, pues no podía ni siquiera mirar hacia abajo, con tal de no ver el de lado el vaivén de sus pechos con mis embestidas, ni cogerla de aquella cintura estrecha.

Empecé a pensar en absurdos trucos que había leído en internet para retrasar la eyaculación: recité mentalmente la alineación de mi equipo, recordé a la fea de clase en el instituto, resolví operaciones matemáticas sencillas. Cualquier cosa valía para no defraudarla.

Podría usar esto último como excusa para lo que pasó. O el alcohol. O el cansancio. O el nerviosismo. O todas. Lo único cierto es que pasé de estar casi en el clímax a notar como poco a poco mi polla perdía dureza. Cada vez que la sacaba, veía el condón más arrugado, hasta que ya no pude volver a meterla. Un temido gatillazo, la maldición de todo hombre. No podía creer lo que me estaba ocurriendo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sandra sin cambiar de postura, mirando hacia un lado. Seguía ofreciéndome aquel culo, aquella vagina húmeda y sonrosada que en ese momento sería el sueño de todo macho heterosexual, que la hubiera rellenado y satisfecho sin miramientos.

—No lo sé. Joder, no lo sé.

Ella se dio la vuelta e intentó consolarme. Me acarició la cara sin ganas:

—Va, no pasa nada, Richard. Es normal que estas cosas pasen —a mí no me engañaba, y en aquella voz había un comprensible tono de reproche.

La situación era penosa. Y yo no quería ser consolado por ella, quería follarla hasta que me dijera basta, hasta que me suplicara parar porque el placer se convirtiera en dolor. Sin embargo allí

estaba sin explicaciones, con el condón cayendo de mi pene completamente flácido, y ella dándome un abrazo.

Me volví a vestir rápidamente.

—¿Te vas? —me preguntó extrañada, mientras se ponía la ropa interior. No se quitó aquella máscara en ningún momento.

Salí al pasillo y sin saber cómo, encontré el cuarto de baño. Abrí el grifo y dejé que el agua fría corriera por mi cara y mi pelo, en un pobre intento por calmarme. Quería desaparecer. Visto desde fuera, podría parecer un tonto por no haberme concedido a mí mismo una segunda oportunidad, pero en aquel momento no podía ni mirarla a los ojos.

—Lo siento —dije—. Supongo que lo comprenderás.

—¿Pero qué tonterías dices?

—No me apetece seguir aquí, eso es todo. Ha sido un placer, Sandra. —La había fallado, y me había fallado a mí mismo después de tantas comeduras de cabeza. Por supuesto, pasadas unas horas me maldije por no haberme quedado allí, dejando pasar unos minutos con tal de intentarlo de nuevo. Sin embargo, en esos instantes solo quería que la lluvia de la calle fuera ácido que me disolviese por el suelo. Salí del baño, recogí mi abrigo y me dirigí a la puerta.

—Es una pena que te vayas así —se lamentó Sandra—. Puedes quedarte, si quieres. O espera a que pidamos un taxi por lo menos. Está lloviendo a cántaros.

—Necesito irme, de verdad —le di un último beso en la boca. Ni siquiera intenté retener el sabor de aquellos labios, que no respondían y permanecieron quietos. Estaba muerto de vergüenza y ella se había quedado fría, sin saber bien qué decir. Me torturé; su novio era capaz de cumplir y yo no, lo cual era una razón más para volver con él. Todo sucedía rápido, y aun así cada segundo que permanecía allí me pesaba como una losa de hormigón sobre la espalda.

—No me esperaba esto —dijo, siguiéndome hasta la puerta—. Que te fueras tan pronto después de todo.

—Yo tampoco me esperaba lo que ha pasado.

—Supongo que no hará falta que te diga que...

—... que no habrá una segunda vez —completé. Ella afirmó con la cabeza.

—En fin. Adiós, Richard.

—Adiós, Sandra.

Bajé las escaleras y salí hacia el chaparrón. Eran las doce de la noche. Comencé a andar sin dirección, confiando en que la fría lluvia fuese curativa. Mi ánimo y mi orgullo estaban hundidos.

Era sábado noche. Desconozco si existe el *prime time* pajillero, pero de haberlo sería aquel día y a aquella hora. Miles de seres asociales machacándose la frente a la pantalla.

Y allí arriba, en la habitación de Sandra y enganchada sobre la pantalla de su ordenador, su webcam lucía desde hacía rato una luz verde en la parte superior.

11. «Siembra vientos...»

Aquel domingo fue triste, gris, lluvioso.

Salí en contadas ocasiones de la cama. El día anterior llegué a casa andando, entrada la madrugada, calado hasta los huesos. Un tremendo catarro era la consecuencia.

Si vivía para el sexo, había desperdiciado la amante más dedicada, el cuerpo más sensual, los mejores besos.

Si confiaba en recuperarme de mis adicciones y conocer a alguien de verdad, también había perdido la oportunidad, o quizás nunca llegué realmente a tenerla. Por momentos quise llamar a Sandra, hablar con ella, volver a verla. Sandra tenía pareja, pero uno nunca podía saber si realmente le merecía tanto la pena como para abandonarle y empezar una historia conmigo. Probablemente estaba desvariando; era solo un triste pajillero que había tenido la suerte de su vida y no la había sabido aprovechar. Nunca me lo perdonaría a mí mismo.

Pasé casi todo el largo día postrado en mi colchón, navegando en Internet, intentando concentrarme en alguna serie o evadirme un rato sin conseguirlo.

Pese a estar enfermo y desganado, consumí pornografía una vez más; esta vez, en cierto modo, me obligué: quería saber si mi miembro reaccionaba a estímulos, o si definitivamente había muerto por sobredosis de vídeos, emisiones, lubricante y manoseo.

Finalmente pude masturbarme y todo fue dentro de lo normal. Excitación, meseta, orgasmo, resolución. Las dos últimas no aparecieron con Sandra, y en su lugar lo hizo la triste visión de

aquel condón arrugado, untado de flujo vaginal y deslizándose de mi polla en coma. ¿Puede que, después de meses de locura onanista, fuese incapaz de satisfacerme con una mujer de carne y hueso? ¿Acaso el porno me había convertido en un discapacitado para el sexo real?

No recuerdo dónde, pero en una ocasión leí que no se sabe a ciencia cierta qué consecuencias puede traer a largo plazo el consumo de pornografía en internet. Hay generaciones enteras convertidas en un gigantesco experimento, expuestas voluntariamente y estimuladas visualmente desde edades tempranas con infinitas clases de variedades sexuales. ¿Cómo se sorprenderán estos jóvenes que hoy se la cascan con todo tipo de mujeres cuando su novia aparezca en la cama con un conjunto sexy? ¿Cuántos de esos chavales no convertirán el sexo en pareja en una rutina más que cumplir?

Como dije al principio de esta historia, al contrario que en la «vida real», las posibilidades eran infinitas en la red. Muchos consumidores como yo nos comportábamos como auténticos yonkis. De por sí se ha demostrado que Internet está cambiando el cerebro de la gente, que el acceso inmediato a todo tipo de información nos hace no llegar a asimilar ninguna y en cierto modo nos fuerza a ir de un lado para otro sin control. Nos vuelve, por qué no decirlo, más tontos. Y pienso que todo irá a peor en un futuro, cuando vayan naciendo seres humanos con toda la información del mundo en sus manos, pero incapaces de buscar una calle sin el uso de un dispositivo GPS.

Cuántas veces nos pasa esto: abrimos nuestro explorador de internet para buscar algo en concreto, y finalmente tenemos veinte pestañas y ya no nos acordamos de qué cojones íbamos a buscar en un principio. A mí me pasaba lo mismo con el porno, y todo ello se entremezclaba con la dopamina y con los mecanismos de acción-recompensa del cerebro. Algunos clics del ratón se convertían en placer, mucho placer. Podía repetir el proceso cuantas veces

queramos. Premio. Ahí había un cóctel difícil de detectar, diagnosticar y tratar; nunca se ha hablado de ello en las escuelas, en los institutos y solo tímidamente algún caso comienza ahora a aparecer en televisión. Puedo exagerar, pero creo que es una de las tragedias del siglo XXI. Una tragedia silenciosa, porque nadie habla de ello abiertamente por vergüenza, los afectados los que menos.

Todas estas reflexiones venían a cuento de lo sucedido con Sandra la noche anterior. A buen seguro existían legiones de mujeres sexualmente insatisfechas porque eran incapaces de competir con esas otras que solo se distanciaban, como digo, a unos clics de ratón de sus maridos, novios o amantes. Pero Sandra no debería haber sido una de ellas; de hecho Sandra era una de aquellas diosas que aparecía tras la pantalla...

Es por ello que pasé aquel domingo torturándome y humillándome en mi habitación, sintiéndome hijo de una época y lugar equivocados. Pensé que para mí todo hubiera sido mucho más fácil o más feliz miles de años atrás, en las cuevas, cubriendo a cualquier hembra sin mediar palabra, tras un agotador día de caza.

Solo fui capaz de moverme al caer la noche, cuando recordé que mi coche seguía estacionado en el centro. Tomé un taxi y fui a recogerlo. La noche me había salido demasiado cara en todos los aspectos.

El lunes, en Puertas Arellano comenzaba mi última semana de trabajo antes de las vacaciones de Navidad, que gracias al calendario eran de nueve días.

Llegué puntual a mi despacho y comencé a lidiar con las rutinas. Afortunadamente, los últimos meses no habían ido demasiado mal en ventas, y Felipe Torres había conseguido el milagroso encargo, a desarrollar durante el siguiente año, de que la empresa proporcionara las miles de carpinterías y puertas de una de las pocas grandes promociones costeras que comenzaban su

construcción, milagro en una época en la que todo parece ya construido.

Cuando llevaba una media hora inmerso en mis menesteres, me sorprendió que Paco ni se pasara a saludarme, sobre todo sabiendo que la última vez que nos vimos fue aquel jueves noche de la terrible borrachera. No puede decirse que fuésemos realmente amigos (hacía tiempo que no tenía ninguno, y de tenerlo no estaba en aquella ciudad), pero sí éramos buenos colegas, y eso que su timidez lo hacía tremendamente complicado. He de aclarar que mi concepto de «verdadero amigo» es muy restrictivo; en él entrarían solo las personas que harían cosas muy desagradables o importantes por mí, aun a riesgo de verse perjudicadas. Si alguien tiene una o varias personas así en su vida, hay que darle la enhorabuena.

Pensé que quizás Paco estaba molesto por no haber recibido llamada mía preguntando por su estado durante todo el fin de semana. La cogorza había sido de libro, y no creo que hubiera pasado el fin de semana en su apogeo físico. Con todo el asunto de Sandra ni siquiera había caído en la cuenta hasta entonces.

En cierto modo aquel hombre era tan solitario como yo. Que yo supiese, nunca había estado casado. En el trabajo cumplía sobradamente. Yo, y supongo que todos los demás en la empresa, desconocíamos a qué dedicaba el tiempo fuera de su horario laboral, aunque sabíamos que le gustaba el fútbol, cocinar, el buen vino y los toros. Aunque sus palabras salían con cuentagotas, era un tipo agradable al trato, de aquellos que parece que les da vergüenza sonreír por no quedar mal, y se quedan a medias con el gesto, pero no pueden evitar resultar algo entrañables algunas veces.

Decidí enmendar mi error y fui a su despacho para saludarlo.

—Toc, toc. ¿Se puede? —dije entrando por la puerta—. ¿Cómo se encuentra el cuarentón después de lo del jueves?

—Ah, hola Ricardo. Pasa —creo que le había dado un pequeño susto. Estaba sentado frente a su ordenador y se sobresaltó, aunque en seguida adoptó una postura impasible, mirándome durante una milésima de segundo por encima de aquellas gafas de cerca. Muchas veces habían estado a punto de pillarme viendo pornografía en mi ordenador del despacho, y siempre reaccioné con un involuntario respingo del asiento como el que acababa de dar Paco. Me senté frente a él.

—Solo pasaba para saludarte. Espero que don Antonio no te haya dicho nada sobre lo del viernes; te excusé ante él pero no se creyó nada. Lo comprendió y me dijo que no había problema.

—Lo sé, gracias hombre, gracias —no apartaba la vista de la pantalla y seguía tecleando con parsimonia.

—Estás más callado que de costumbre —observé.

—Todos tenemos nuestros días.

—Ya veo. Si no llega a ser porque el otro día el cuerpo dijo basta, a saber dónde hubiéramos acabado. No sabía que te iba ese rollo de las señoritas de pago, aunque sinceramente me lo esperaba; con esa cara hoy en día no se puede follar sin pagar —bromeé pese a mis pocas ganas, intentando llevar la conversación a aquel compadreo típico entre compañeros, que tantas veces conseguía con Joaquín y que de Paco en cambio obtenía con sacacorchos.

—Te rogaría que no me recordaras eso, Ricardo, y menos aquí —dijo secamente.

Me quedé callado unos segundos, esperando que dijese algo más, alguna pequeña broma para suavizar sus formas, o incluso una ligera disculpa o pequeño gesto. Él se limitó a seguir escribiendo y ni se dignó a mirarme. Me levanté de la silla y me fui hacia la puerta.

—En fin, me voy Paco, veo que estás muy ocupado.

Pretendí sentirme ofendido, y de hecho lo estaba, pero ni por esas.

—Hasta luego, Ricardo —contestó, y cuando avancé por el pasillo seguía oyendo su lenta cadencia al pulsar los botones del teclado.

Verdaderamente, no tenía ni idea de qué le ocurría. Supongo que se trataba de emociones humanas no muy desarrolladas en mí: arrepentimiento quizás, por haberse emborrachado como un niño quinceañero y haberme propuesto la visita a un lupanar. Yo me emborraché igualmente e hice cosas peores aquella noche, como amenazar a Sandra, pero pasados los días no me arrepentía en absoluto. Si de algo me arrepentía era de aquel vil gatillazo. Supuse que al fin y al cabo Paco y yo no tendríamos tanto en común, como solía suceder con casi todas las personas de mi alrededor, a las que siempre ponía un escalón moral por encima. Decidí que pasara un día o dos para que aquel desgarrado personaje volviera a su tímida normalidad.

Aquel lunes llegué a casa decidido a no entrar en la página de las webcam. Quería empezar a aplicar el «contacto cero» con Sandra. Por supuesto que no la vería en persona (ella ya lo dejó claro), pero tampoco pensaba llamarla y aún menos ver sus emisiones. Me destrozaría recordar mi gran ruta con ella bajo la lluvia. Echaba de menos su cálida compañía, su risa y su saber estar. También me sentiría como una mierda al ver de nuevo ese cuerpo que pude disfrutar de forma tan breve y con tan patético final.

Llegaron las cinco de la tarde. Recuerdo que puse a reproducir una de mis películas favoritas, «El Padrino», que además hacía años que no veía; versión extendida, la remasterización de Coppola. Más de tres horas de duración. Si todo salía bien, tras el último plano de aquel increíble Al Pacino serían más de las ocho, y la emisión de Sandra habría terminado.

No eran ni las cinco y veinte, y ya estaba minimizando la pantalla y comprobando si se encontraba conectada a la web. Me importaba un carajo revivir las desventuras de los Corleone. Tenía mono de Sandra. Era un puto yonki, necesitaba un buen chute de su carne hasta sudar, hasta consumir mis testículos.

No estaba online. Por primera vez desde hacía muchas semanas (no llevaba la cuenta), Sandra no emitía. Aquello era muy extraño. Su novio volvía aquel día; pensé que quizás habría ido a recibirle a donde quiera que llegase, para a continuación dibujar la reconciliación perfecta: cenita romántica y noche de sexo a la luz de las velas. Yo me convertiría solo en un mal recuerdo.

Tuve que tirar de videoteca. Visualicé polla en mano los fragmentos en los que se inclinaba de espaldas frente a la webcam, abriendo bien las piernas y dejando ver aquella vagina que fui incapaz de estremecer. Mi triste consuelo, mi metadona.

Durante aquella semana los días pasaban lentos, y las tardes tristes. No hubo rastro de Sandra en la web. Entré infinitas veces en su perfil, con aquel avatar de la pequeña fotografía de su escote; tenía desactivada la posibilidad de poder ver la última hora online. Se puede decir que a esas alturas ya conocía sus vídeos de memoria.

En el trabajo Paco seguía distante, raro, solo. Los descansos, en los que normalmente compartíamos café y alguna charla banal de fútbol con Joaquín y el resto, se le veía a lo lejos, hablando por su móvil, tenso. O eso o ni siquiera salía de su despacho. Había vuelto a fumar. En una situación normal, le hubiera preguntado qué le ocurría, pero no pensaba arrastrarme después de los malos modos con que me despachó el lunes. Ya se le pasaría y vendría a pedirme perdón, con aquella cara de cordero degollado, de no haber roto un plato en su vida. Con esa cara había que pagar para follar, pero se le podían perdonar algunos días comportándose como un gilipollas.

Finalmente llegó el viernes. Los compañeros apuraban las últimas horas antes de los días de asueto en familia. Se les veía contentos. Me alegraba por ellos aunque yo no sintiera mucha ilusión por la Navidad o por estar en familia. Quién sabe, quizás este año no me vendría mal desconectar de la soledad de mi apartamento y de aquella ciudad, olvidarme por momentos de Sandra, charlar un poco más con mis padres, que se hacían mayores, y con mi hermana; preguntarle cómo le iba la universidad, fingir que me interesaba que estuviera aprendiendo tal o cuál asignatura, o darle falsos ánimos diciéndole que cuando terminase los estudios todo iría a mejor y encontraría un buen trabajo.

A la hora del descanso ya tenía listas las tareas de contabilidad y el nuevo cartel que pondríamos en la fachada cuando reabriese la empresa tras las fiestas, felicitando el año nuevo a los clientes.

Alguien llamaba tímidamente a la puerta de mi despacho:

—Adelante —dije.

Era Paco. Supuse que querría arreglar las cosas antes de que nos marcháramos de vacaciones. Tenía mala cara, y una fina capa de sudor sobre ella. La camisa tenía dos grandes manchas en la zona de las axilas.

—Dichosos los ojos —intenté bromear—, ¿vienes simplemente a desearme feliz Navidad o ya se te han pasado las tonterías? Vaya semanita llevas, macho.

No llegó a pasar al interior. Se quedó clavado en el umbral de la puerta, mirando al suelo.

—Ricardo, tenemos que hablar.

—Tampoco es para tanto, hombre. Por mi parte te perdono estos días de mierda que llevas.

—No es eso. Te espero en cinco minutos en el aparcamiento de atrás, junto a mi coche.

Se dio la vuelta y echó a andar rápidamente por el pasillo.

—¿Cómo? ¿Dónde vas? ¡Espérame, jodido!

A aquel desequilibrado le pasaba algo. Me levanté e intenté ir tras él. Su móvil sonaba. Lo cogió y pude oír como susurraba:

—Ya voy para allá. Sí, justo afuera. Hasta ahora —hablaba rápido, apurado. Avanzaba deprisa por las escaleras.

Salí por la puerta trasera unos segundos después que él. Un Mercedes negro aparcaba en ese momento bajo las pérgolas del aparcamiento para los empleados. Paco lo miraba y me daba la espalda. Parecía esperarlo.

—¿Qué coño pasa? —pregunté. Empezaba a no entender nada.

De aquel coche salió uno de los hombres más grandes que había visto en mi vida. Seguramente medía más de dos metros. Rapado al cero, bigote y perilla, gafas de sol modelo aviador. Parecía caber a duras penas en aquella camisa azul, talla XXL o especial, que llevaba remangada enseñando un tatuaje en cada antebrazo, cuyo diámetro bien podía ser mayor que el de mis muslos. Sobre la piel de aquel cuello de búfalo asomaba otro dibujo, una especie de tribal. Era un animal de gimnasio, de hierros, combinación de genética hercúlea y suplementos prohibidos. No era grande, tampoco enorme. Era superlativo.

—Ricardo, éste es mi primo Álex —dijo Paco sin mirarme a la cara.

Lo miré brevemente.

—Muy bien, mucho gusto Álex —a decir verdad me incomodaba aquella imponente presencia y ni siquiera me acerqué a darle la mano. Su actitud tampoco invitaba a ello—. Disculpa un segundo.

Me acerqué a Paco y le susurré:

—¿Y esto? ¿Qué pasa aquí?

—Ricardo... —comenzó a decir Paco.

—No entiendo nada... —le interrumpí. Él temblaba y miraba al suelo.

—No sé ni por dónde empezar.

—Pues empieza ya porque estoy deseando saber qué me cuentas —yo tenía una mezcla de curiosidad y miedo, pero intentaba ocultar esto último.

—Verás... a veces hay situaciones en la vida... en que nos vemos obligados a hacer cosas que no queremos... —no hacía falta que me lo jurase. Todo esto empezaba a parecerme surrealista. Paco soltándome dilemas morales en aquel parking, con el morlaco del primo allí presente, bien atento a los acontecimientos, brazos tras la espalda, como queriendo demostrar el poder de su torso.

—Ve al grano. Te lo pido por favor —le dije. Curiosidad y miedo habían aumentado a partes iguales, y peleaban por dominar el partido que se jugaba en mi cabeza.

—Antes que nada, Ricardo, me gustaría explicarte que estoy en una situación muy difícil, tanto personal como económica.

—¿Económica? Cobras el doble que yo.

—Déjame terminar.

—Estoy de acuerdo con mi primo —intervino el grandullón, con una voz tan grave que imponía instantáneo respeto—. Déjalo terminar.

—Créeme, Ricardo —continuó Paco—, nunca quise tener que recurrir a algo así. Me he visto obligado y espero que lo entiendas, si no ahora algún día.

Se interrumpió para secar el sudor de su frente con la manga de la camisa.

—¿Entender qué? —pregunté a riesgo de provocar a Álex. Esta vez, por suerte, el primo no abrió la boca.

—Ha sido un recurso desesperado, de verdad. Lo último que pensaría poder hacer. Me he aprovechado... joder, me resulta tan difícil...

El miedo ganaba por goleada. No tenía absolutamente ni idea de qué me diría a continuación. Era una de aquellas situaciones en las que puedes esperar cualquier cosa y a la vez nada, pues te pillan completamente en fuera de juego. No sabía a qué atenerme, sentía

que estaba cayendo lentamente por un barranco sin saber cuándo ni cómo iba a parar. Una de las situaciones más extrañas e inesperadas de mi vida. Todo iba tomando un cariz muy negro.

—Paco por favor, me estás matando joder. Dime de una puta vez lo que me tengas que decir. Deja de dar rodeos.

Aquel triste hombre miró a su primo y se derrumbó. Se echó a llorar. Por descontado era la primera vez que lo veía así.

—No puedo, Álex, de verdad. No puedo... —se hizo a un lado entre sollozos. El primo dio un par de pesados pasos hasta situarse enfrente de mí.

—Lo que el débil mental de mi primo no puede decirte es que, casualidades de la vida, tenemos esto. Pásame el móvil, Paco.

Paco sacó la mano temblona del bolsillo del pantalón y le tendió su teléfono al gigante. Éste desbloqueó la pantalla, la pulsó un par de veces, puso el aparato en posición horizontal y lo sujetó entre sus dedos, bien fuerte, frente a mis ojos.

Era un vídeo. Probablemente grabado con ese mismo teléfono, pero se veía con nitidez. La cámara se dirigía presurosa a una pantalla de ordenador. Allí aparecía, en el interior de un recuadro muy familiar, yo quitándome la ropa sobre una cama. En un principio no entendí nada. Justo a mi lado entró en escena una mujer con una máscara. Sandra. El vídeo continuaba, con la imagen bien fija captando todo lo que sucedía en la pantalla del ordenador.

Joder.

Lo entendí todo súbitamente. Sentí un fuerte mareo, casi perdí las fuerzas y a punto estuve de caer al suelo. Cerré los ojos. No puedo expresar lo que me vino a la cabeza en aquel momento.

¿Incredulidad? ¿Vergüenza? ¿Furia? Probablemente fui dueño de lo más oscuro que puede albergar un corazón, elevado a su máxima potencia. El hijo de puta que sujetara aquel móvil grabó a conciencia la pantalla del ordenador donde una hija de puta estaba emitiendo mi intimidad, mis besos, mi sexo... y también emitiría aquella vergüenza de final.

Reuní el resquicio de razón que aún quedaba en mi cerebro. Miré una vez más. A la derecha vi el *topic* que Sandra puso en aquella emisión: «*Mucho morbo con Ricardo Gómez, no sabe que emitimos!!*». Por mi cabeza pasaron como un torrente de fuego decenas de modos de tortura, cientos de insultos y humillaciones. Me imaginé a Sandra empalada, crucificada, sangrando, enterrada. Aquella hija de puta me la había jugado. Para ella no fue ningún pasatiempo morboso esa vez. Ahí estaba mi nombre, mi apellido, mi cara, mi polla. Todo mientras ella mantenía su identidad tras esa máscara. Nunca habían jugado tan rematadamente sucio conmigo, y dudo que con alguien. Aquellas risas, aquellas cervezas, esas charlas... todo condujo al único fin de intentar joder mi anonimato y mi vida frente a cientos de personas.

Y un par de ellas se habían aprovechado de ello, o eso parecía. Yo sabía que no era el único pajillero de la ciudad. Ahí teníamos otro, llorando, agazapado; quizás había descubierto la web curioseando en el historial del ordenador de mi despacho, quién sabe. No, definitivamente no éramos tan distintos. Paco dejaría de agarrarse su micropene para coger el móvil con ambas manos y estabilizar la imagen, que se viera bien que era yo el humillado, el loco que emitía sin máscara y además era incapaz de follarse bien a aquella mujer. Cuántas risas a mi costa se darían el puñado de pajilleros durante el sábado noche. Los odiaba, odiaba a todos y cada uno de los seres vivos de este puto planeta.

La voz no me salía de las entrañas. Miré a las insondables gafas de aquel tipo, del cual ya no recordaba ni el nombre.

—Pasemos a la parte más divertida —dijo sonriendo. Miró la pantalla y pulsó sobre ella. A los dos segundos volvió a ponerla ante mí: allí estaba mi imagen, mirando al infinito ante el cuerpo anhelante de Sandra. Me veía reducido a un tipo sudoroso, derrotado en su completa desnudez, en su fracaso a todos los niveles. Era el retrato de un tipo avergonzado en el vídeo y ante ellos aún más, pues todo había trascendido de la intimidad de dos personas en una habitación.

Miró a Paco mientras le devolvía el teléfono:

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —dijo. Su voz retumbaba en mi estómago, que deseaba vaciarse en un venenoso vómito que abriera el suelo hasta tragarme y enviarme a los infiernos.

—Tú, primo, tú. Yo no puedo... —Paco seguía sollozando, apoyado contra el capó de un coche.

—Bien —dijo Álex dirigiéndose de nuevo a mí, que allí estaba, inmóvil. Ni siquiera pude reaccionar con violencia, supongo que dejaremos eso a los héroes—. Voy a ser breve porque todos estamos pasando algo de vergüenza aquí: mi primo tiene deudas, y muy serias, y desgraciadamente a mí también me afectan.

Iba recobrando la razón con cada palabra que salía de su boca. Aquí venía lo temido: la compensación, la intimidación, el chantaje.

—Lo hemos hablado largo y tendido —continuó—, y mi primo no quiere, ni mucho menos, joderte la vida. Yo no habría sido tan generoso, pero se ve que te tiene aprecio. En fin... le vas a dar un porcentaje de tu sueldo cada mes. Durante un tiempo. En metálico. Aquí, en la empresa, discretamente, nada más cobrarlo. Él decidirá qué porcentaje y lo cambiará a su antojo según necesite. Será durante unos meses hasta que pague lo que debe. Es justo avisarte de que no es poco.

«Justo». Me hizo gracia escuchar esa palabra de sus labios. No pude hacer otra cosa que mirar a Paco. Supongo que mi cara sería un poema, un mal cuadro de tristeza, ira, agotamiento. Paco al fin me miró, con surcos de lágrimas en las mejillas:

—Ricardo, no quiero joderte, de verdad —comenzó. Se estaba excusando. El muy hijo de puta tenía la poca vergüenza de excusarse, de intentar parecer bondadoso.

—No quieres joderme —fue lo único que salió de mi boca, despacio y de forma automática—. Me vas a robar, pero no quieres joderme.

Paco me ignoró o no me escuchó. A decir verdad ni siquiera recuerdo con exactitud si fui capaz de emitir algún sonido.

—Sé más o menos lo que gastas de alquiler, lo que puede quedarte para la compra, gasolina... de verdad, lo siento. Imagínate la situación en la que esto.

—Bien jodida —intervino el primo.

—Cuando te vi en aquella página... en fin, no he podido evitar sacar provecho de ello. Tenía que intentarlo. Me siento como una mierda, pero esto es lo que puede hacer la desesperación. «Situaciones desesperadas, medidas desesperadas». ¿Eso es lo que se dice, no? He tocado fondo y no sabes hasta qué punto, Ricardo.

En aquel momento me equivoqué. Me pudieron las emociones, me delataron mis reacciones al ver aquella grabación. Si la hubiera observado con naturalidad, si hubiera sonreído, si les hubiera dicho que soy un morbosos y que me encantaba emitir a cara descubierta con mi novia... hubiera sido difícil, por no imposible, chantajearme. Jugaron con mi miedo, con mi pudor. Fallé estrepitosamente, pero sé que no soy el tipo de hombres que tienen la sangre fría de interpretar un papel cuando sus cojones están encima de una mesa y hay un cuchillo colgando sobre ellos.

Mi interior seguía guiándome por unas emociones cenizas, tóxicas, densas:

—Eres escoria. Basura. Das vergüenza. No puedes llamarte persona —le dije. No me ayudó a sentirme mejor.

—Suave, campeón, no vaya a ser que me dé por aludido —intervino Álex—. Ni que decir tiene que, si te niegas, o si le cuentas esto a alguien en de la empresa o de fuera, el vídeo acabará en el escritorio de cada uno de tus compañeros, del jefe y hasta del televisor del encargado de mantenimiento. Y por supuesto en el buzón de tus padres; no creo que fuese un gran regalo de Navidad. Tampoco hará falta que te recomiende, o mejor dicho que te advierta, que no vayas a la policía.

El chantaje estaba completado y asegurado. Era algo bien pensado y muy premeditado. Supuse que durante esa semana habían estudiado la estrategia.

—Y no intentes hacer ninguna estupidez como agredir a Paco o intentar deshacerte del móvil —continuó—; no somos tan imbéciles como para no tener otras copias del vídeo.

No, desde luego no pensaba que fuesen tontos en absoluto. Habían jugado a la perfección aquel sucio y triste juego de la amenaza y el chantaje, a niveles que nunca hubiera imaginado, yo que también hacía mis pinitos. Donde las dan las toman. Justicia. Amenaza por amenaza. Tenía mi merecido multiplicado por mil. Tendría que comprar mi dignidad mes a mes por unos pocos cientos de euros. Por supuesto que se me ocurriría algo, y más me valía que pronto. Por el momento no opuse ninguna resistencia verbal, con aquella bestia a medio metro. Pensé que a veces es mejor callarse y contar hasta diez.

—Hay... hay otra cosa más —dijo Paco, ya más calmado, con ese tono casi inaudible que lo caracterizaba. Dudó unos segundos.

La paciencia de Álex se agotaba, tendría cosas importantes que hacer, u otros desgraciados a los que intimidar:

—¿Qué era? —preguntó pensativo—. Ah, ya recuerdo. Díselo ya, hombre, ¿o quieres que lo haga yo también? Joder.

Paco miró al suelo:

—Yo... —volvió a dudar. Creí que nunca acabaría la frase—. Yo también quiero follarme a esa puta de tu amiga.

12. Calle La Luna

¿Cuánto valía mi dignidad? ¿Cuánto valía la mirada de mis padres, o de mi hermana? ¿Qué precio poner a mi honorabilidad ante los compañeros de trabajo? Ésta y otras preguntas retumbaban en mi cabeza mientras permanecía encerrado en los aseos junto a mi despacho en el edificio de Puertas Arellano.

Lloraba de pura rabia, sentado en la taza del váter, intentando que no se escucharan mis sollozos más allá de la puerta. De cuando en cuando golpeaba las paredes, con tal fuerza que me hice daño en los puños. Hasta aquel momento no creía en el karma, pero si algo me había llevado hasta mi situación sin duda tenía que ser aquella caprichosa ley universal. Amenaza por amenaza, recordé. Sentí que era demasiado joven e inmaduro para vivir una situación como esa.

Todo aquello era nuevo y doloroso para mí, pero con el transcurrir de los minutos fui recobrando lentamente la calma. La furia no se apagó, ni mucho menos; seguía teniendo unas ganas salvajes de matar a la zorra de Sandra, al deshecho humano de Paco y al hijo de puta de su primo. Pero decidí que el cerebro y la razón me dictaran qué pasos podía seguir.

Finalmente todo se reducía a un dilema moral: el de perder dinero dejándome extorsionar o el de perder mi imagen ante muchas personas. Mi imagen... ¿Acaso tenía una imagen propiamente dicha que conservar? Sé que para mis padres, los cuales no mezclaré en esta historia, aquello hubiera sido un duro golpe. Habían sido y eran tradicionales y religiosos, pero también

trabajadores y buenas personas; yo era su único hijo varón. Creían que no había roto un plato en mi vida. Lo único que tenían que reprocharme era que aún no ejerciese como ingeniero. Lo hubieran pasado muy mal si les hubiera dicho la verdad, y es que nunca pensaba dedicarme a ello. No quería ni imaginar cómo se sentirían viéndome en aquel vídeo. Me repugnaba pensarlo. Aquel hijo modélico, buen estudiante, modoso y educado convertido en un actorzuelo del porno amateur, mostrando gratis sus vergüenzas en una web cualquiera ante cientos de personas.

Asimismo, todo sería tremendamente embarazoso con mi hermana, pero ella era joven y probablemente lo entendiera si me diera oportunidad de explicarle lo sucedido... quién sabe, incluso puede que visitara aquella web u otras parecidas. El vicio en internet no es solo cosa de hombres, aunque seamos gran mayoría.

Finalmente estaban mis compañeros de trabajo; sé que muchos, como Joaquín, alucinarían, pero posteriormente no pasarían de ponerme algún mote gracioso y bromear cuando me vieran en los pasillos. Estaba dispuesto a vivir con eso. Mis dudas se cernían en torno a la reacción de don Antonio y de Felipe Torres, que se postulaba como nuevo director de la empresa cuando el primero se retirara. Ellos dos eran buenos hombres pero serios, exigentes. Puertas Arellano no era precisamente el tipo de empresa que tuviese que dar una gran «imagen de marca» a los medios. Que el administrativo hubiera sufrido un gatillazo en directo no creo que fuese un grave problema para ellos, pero lógicamente no era plato de buen gusto que me vieran. Parecía que el problema y la vergüenza eran solo mías, así como la humillación.

En cuanto al gigantón, el primo... era lo que peor me seguía oliendo del asunto. ¿En qué coño andaría metido Paco para dejar que semejante personaje le presionara? Intenté poner en orden mis recuerdos e ideas. Paco estaba aturullado, avergonzado de haber tenido que recurrir a mi intimidación, pero aquel calvo interminable parecía ser el que manejaba la situación. No le tembló ni el pulso ni

la voz a la hora de chantajearme, de pedirme dinero, de mostrarme aquel vídeo. Para él todo esto era un juego de niños; hubiera apostado mi cabeza a que había encarado situaciones mucho más comprometidas.

Y Sandra, qué coño haría con Sandra. Aquella puta me las iba a pagar. Incluso estaba dispuesto a enterarme de quién era el cornudo del novio para contarle todo, a riesgo de llevarme un puñetazo. No podía quitarme las ganas de agarrarla por el pelo y tirar bien fuerte mientras le pedía explicaciones. En cuanto saliera del trabajo pensaba hacerle una llamada.

Una voz interrumpió toda la lluvia coléricas y precipitadas elucubraciones:

—¿Ricardo? ¿Estás ahí? —sonaba desde dentro de aquellos aseos; ni me había dado cuenta de que alguien entraba.

—Sí, ¿quién es? —intenté que no se notara cómo me sorbía a toda prisa la nariz y pasaba la manga de la camisa por mis mejillas, intentando enjuagar las lágrimas calientes.

—¡Soy Joaquín! ¿Cagalera pre-vacaciones, eh? ¡Venga colega, estamos todos abajo! Begoña ha abierto una botella de cava para felicitarnos las fiestas.

—¡Bajo en un minuto! —le dije. Prefería que pensara que sufría diarrea antes de que sospechara algo. En aquellos momentos todo el asunto con Paco y su primo tenía que ser mi doloroso secreto, hasta tanto no siguiera reflexionando.

Salí de aquel cubículo y me enjuagué con dedicación en el lavabo; no quería que Paco viese en mi cara ningún síntoma más de debilidad... bastantes había visto ya en el aparcamiento.

Cuando bajé a la entrada estaban todos reunidos. Había risas y algún que otro gorro de Papá Noel entre los empleados. Un

ambiente encantadoramente navideño, pero mi cabeza era un cementerio donde los putrefactos cadáveres asomaban las manos entre la tierra.

Era el único que faltaba. Begoña me recibió con una sonrisa, llenándome una copa de cava mientras los demás miraban. La acepté sin vacilar y corrí a refugiarme entre Joaquín y sus colegas de montaje, en un segundo plano; nunca me había gustado ser el centro de atención, y menos en aquella ocasión. A pocos metros, al otro lado de la reunión, vi a Paco dando pequeños sorbos a la bebida. Me di cuenta de que aquel hombre convertía todo en pequeño; pequeñas palabras, pequeños pasos, pequeñas miradas, pequeñas deudas, pequeños chantajes.

Aquel desgraciado no me miraba. Evitaba el contacto visual con mis ojos. Era justo lo contrario a lo que yo hacía; intentaba perforarle el cerebro a distancia, creía en el milagro de que se desplomara sobre el suelo o, conociéndole, más bien que se desvaneciese en el aire.

—¡Un brindis por todos nosotros, por la buena gente que está sacando esta empresa adelante! —exclamó Begoña, poco dada a hacerse notar pero seguramente con un par de copitas de cava revoloteando por aquel grueso cuerpo.

«La buena gente», pensé. Entre mis pocos conocidos en aquella empresa había un infiel redomado, un obseso del sexo virtual (yo) y una piltrafa con deudas solo él sabía de qué tipo, que se hacía acompañar de un matón. Cuántas historias vergonzosas escondería la aparentemente sencilla y buena gente entre aquellas cuatro paredes. Mi confianza en el ser humano, de por sí escasa, estaba empezando a desaparecer por momentos.

—¡Por unas felices fiestas! ¡Que el próximo año nos traiga felicidad! —prosiguió la secretaria, levantando la copa en alto. Bonita frase. Hay gente que sigue confiando en esa mística de empezar de cero con cada nuevo año, para semanas más tarde darse cuenta de que no es sino la prolongación de la misma rutina,

los mismos pensamientos, los mismos fallos, la misma infelicidad. Aunque, todo sea dicho, esa gente suele tener la asombrosa capacidad de regenerar todos sus deseos para la siguiente Navidad. Por mi parte, mientras me obligaba a brindar sin dejar de mirar a Paco, pensé que el nuevo año me traería cosas bastante distintas al tradicional concepto de felicidad. Si en aquel momento me hubieran dicho lo que estaba por sucederme a la vuelta del calendario, no hubiera brindado, sino que hubiera cavado una zanja bien profunda en la tierra para correr a esconderme.

Por sorpresa, don Antonio dio por concluida la jornada laboral tras aquel brindis. La gente comenzó a despedirse. Me dirigí a Joaquín, nos dimos la mano y nos deseamos unas felices vacaciones.

Entré a mi despacho. Mientras recogía mis cosas, Paco me sorprendió a medio metro detrás de mí:

—Ricardo, hasta la vuelta de vacaciones no hablaré contigo sobre el asunto que ya sabes —susurró—. Quiero que no le des muchas vueltas a esto durante la Navidad. Ve y disfruta de la familia; ya habrá tiempo de concretar cosas el mes que viene.

Fue la gota que colmó el vaso. Aquel pellejo se permitía el lujo de ser benévolo o condescendiente conmigo. En ningún modo me considero violento, pero me di la vuelta y le agarré fuertemente por el cuello de la camisa:

—No vuelvas a hablarme en tu puta vida —le dije al oído. Espero que notara como mi aliento le abrasaba. Opté por contenerme como buenamente pude, pero hubiera pagado por lanzarme hacia su vientre, abrirle el estómago y sumergirme en sus entrañas. Contra mi instinto, no quería demostrarle que aquello me importaba de una forma vital. Quizás reflexionara durante aquellos días y decidiera que no tenía sentido seguir amenazándome con aquel vídeo. Pero yo mismo sabía que ya era demasiado tarde.

Se sobresaltó por un momento y acto seguido me miró con tristeza y desapareció por la puerta, escurridizo y sin hacer ruido, tal

y como había llegado. En mi mente, Paco ya era únicamente una serpiente venenosa y huidiza.

Cuando subí al coche eran la una del mediodía. Había decidido, bastante rato atrás, hacer una parada en el centro comercial, antes de que terminara el turno de las tres.

Llegué al parking donde empezó todo. Qué hostil me parecía en aquel momento: Miraba al techo, a la maraña de tuberías vistas y de cables, e intentaba distraerme pensando quién coño decidió que aquellas estancias serían tan horribles.

Subí las escaleras hacia el hipermercado. Estaba decidido a no llamar la atención, no quería montar ningún numerito. Esperaría la salida de Sandra disimulando, mirando escaparates como hice aquella vez.

No estaba en su caja habitual, la veintitrés. Cuando recorrí con la mirada la línea formada por el resto de cajas seguí sin avistarla. Esperé unos minutos, por si daba la casualidad de que hubiese ido al baño, u otro compañero la hubiera sustituido momentáneamente. Nada.

Al fin me decidí a acercarme y preguntar a alguna de sus compañeras. En la caja diecinueve estaba aquella hortera que estaba con ella el día que la abordé en el pasillo. Era ella u otra muy parecida; ese tipo de mujeres me parecían todas iguales.

—Disculpa —dije—, ¿sabes dónde está Marina?

La cajera me miró con aire desconfiado, alzando una ceja, y no contestó.

—Soy un amigo —añadí—. Esperaba encontrarla en su caja a esta hora.

—Pues no serás tan amigo —me respondió cortante—, cuando no sabes que está de vacaciones desde el miércoles.

Se puede decir que Sandra había hecho una buena jugada. Emitir conmigo y desaparecer del mapa, o al menos del sitio donde

podía encontrarla fácilmente. También se había tomado vacaciones de la web. Quizás nunca más pensaba emitir por miedo a que en el chat los pajilleros hicieran preguntas comprometidas sobre mí delante del novio.

Volví a subirme en el coche. Busqué su número en la agenda y llamé. Sonó aquel temido mensaje: «el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento». Otra serpiente reptando entre mis dedos.

Antes de volver por unos días a mi ciudad, a casa de mis padres, tenía que cruzar unas palabras con ella. Activé el GPS de mi móvil y tecleé «calle La Luna»; no recordaba el número. En veinte minutos estaba en aquel barrio del ensanche; calles ortogonales, impersonales, calcadas y reflejadas hacia todas las direcciones. Podría haber sido cualquier otro barrio de cualquier otra ciudad. Pero era ese donde emitía Sandra y donde vivía Marina. Yo quería hablar con «ambas».

Ejercité mi sentido de la orientación. La noche del anterior viernes había llegado allí en taxi y borracho, y había salido desconcertado y sin rumbo. Aun así recordé pequeños detalles; una panadería (que aquella noche permanecía cerrada), un contenedor sin tapa, un pequeño bar haciendo esquina. Había infinidad de bloques de pisos iguales, pero aparqué ante el que yo creía que era el correcto; era el número veinticuatro. Necesitaba comprobarlo.

Para entrar en el portal usé una técnica por todos bien sabida desde la niñez cuando uno ha jugado en la calle. Llamé a un porterillo al azar en la quinta planta:

—¿Quién es? —contestó una voz de anciana desde el otro lado.

—Correos, ¿me abre por favor? —hubo un par de segundos de duda, y finalmente se escuchó el fuerte zumbido de la cerradura automática.

Cada vez tenía menos dudas de que aquel era su portal. Bajo la escalera estaban los buzones. Ella vivía en un tercero. Me detuve a estudiar con atención las etiquetas con los nombres de los vecinos. En el tercero A vivía una pareja, María y Julián, y en el B un hombre, Salvador. La etiqueta del tercero C era diferente, una hojita plastificada y pegada al borde del buzón, con un nombre escrito a bolígrafo: Marina Lorenzo Cano. Canté línea y bingo. No solo era su portal, sino que ahora sabía sus apellidos. Tenía la intuición de que esa información podía serme útil. Cualquier persona con un mínimo de habilidad puede averiguar cientos de cosas en internet con un nombre completo.

Subí las escaleras hasta el tercer piso. De las tres puertas, la suya quedaba justo a la izquierda. Me acerqué sigilosamente y pegué la oreja a la puerta durante unos segundos. Si algún vecino me hubiera encontrado así hubiera tenido que salir pitando escaleras abajo.

Voces. Risas. Al menos un hombre y una mujer. Tintineos de cubiertos sobre la vajilla. El televisor encendido de fondo y a bajo volumen. Todos aquellos ruidos provenían del interior del apartamento. A través de la puerta podía oírles hablando, pero no entendía lo que decían. Eran las dos y media, hora de comer. Sopesé la posibilidad de llamar a la puerta y hablar con ella y con quien fuese el acompañante. Por supuesto imaginaba que era su novio, y que ya habían llevado a cabo la reconciliación. No sería la primera ni la última, pensé.

Tomé la decisión de esperar. Hacerlo en la escalera hubiera sido una locura; podría haber alarmado a cualquier vecino. Decidí volver sobre mis pasos, bajar las escaleras y esperar abajo durante un rato por si había movimiento. Con toda la tensión acumulada casi no me daba cuenta, pero mi hambre era atroz. Me acerqué a la panadería y compré un croissant vegetal y un refresco. Entré en el coche y comencé a devorarlo mientras miraba por la ventilla hacia la tercera planta, en la zona donde estimé que se encontraba la ventana su

salón. No podía ver gran cosa, puesto que las cortinas estaban corridas. Encendí la radio y sintonicé uno de esos programas en los que unos cuantos periodistas charlatanes se creen expertos debatiendo sobre cualquier tema de actualidad. Así me sentiría algo más acompañado, y definitivamente no tan imbécil.

Su novio, o quien quiera que fuese el que estaba allí arriba con Sandra, bien podía terminar de comer y quedarse semidormido con ella acurrucada en el sofá, o quizás echar un polvo salvaje con la digestión sin hacer. Puede que fuesen a compartir todo el fin de semana, o que salieran juntos de viaje. Había muchas posibilidades, y casi ninguna pasaba porque Sandra se quedara sola aquella tarde.

Ya eran las tres y media. «Media hora más y me voy», me dije. Aquel día era frío; los cristales del coche ya estaban casi totalmente empañados por mi respiración y tenía que pasar la mano por ellos de cuando en cuando si quería seguir viendo. Las ganas de pedirle explicaciones a Sandra no se iban, pero comencé a pensar que aquello de esperar la oportunidad agazapado en el coche era una soberana tontería.

Estaba accionando el contacto del motor con la llave cuando decidí echar una última mirada hacia el edificio. La cancela de hierro del portal se movía, o a lo mejor estaba alucinando cegado por mis ganas. No, la vista no me engañaba: en efecto se estaba abriendo. Decidí que el motor seguiría apagado unos segundos.

Por aquella puerta pasó, caminando lentamente, un hombre joven. Era moreno, delgado y más bien corto de estatura. Iba vestido con vaqueros anchos y una chupa oscura de cuero sobre una camiseta blanca. La descripción física perfectamente podía coincidir con aquel muchacho de torso huesudo que acompañó tantas veces a Sandra en las emisiones. Pero, mirándole a la cara, he de decir que nunca lo imaginé así. Llevaba los laterales de su

cabello muy cortos, casi rapados, y en la parte superior de la cabeza el pelo era considerablemente más largo. Me pareció ver alguna mecha más clara. Sus cejas eran bastante pobladas, y en una de ellas tenía un piercing de aro; la otra la llevaba permanentemente levantada, como si fuera un incrédulo permanente. Aquellas líneas de pelo enmarcaban dos ojos vivos y penetrantes incluso en la distancia. El resto de su cara se conformaba de facciones duras y algo angulosas. Movía la cabeza alternativamente a los lados, y estudiaba cada milímetro cuadrado de la calle barriendo con la mirada. Me pareció uno de esos hombres astutos, puro nervio. Cruzó la acera y se introdujo en un BMW blanco. Arrancó y con un buen acelerón se perdió de vista en la interminable calle.

Como digo, si era el novio de Sandra, mi imaginación no pudo estar más equivocada respecto a él. Recuerdo aquella primera (y para mí dolorosa) emisión juntos; él vestía camisa a cuadros, aunque poco le duró puesta. En mi mente lo tenía por un muchacho universitario de cara aniñada, con la que habría conquistado a Sandra. Pensaba que se habría dejado influenciar por su novia y por el morbo, como les pasaba a muchos componentes de parejas amateur en internet, convencidos para grabar vídeos e hipotecando con ello su imagen para siempre. Aunque, por otro lado, solo me había guiado por las patrañas con las que Sandra adornaba las emisiones. Aquel no era un muchacho bonachón, era un hombre de cara inquietante. En cualquier caso, poco tardaría en comprobar si efectivamente era su pareja.

Pasados unos minutos, bajé del coche. Repetí el truco del porterillo, ésta vez llamando a un par de apartamentos de la sexta planta. Qué fácil resultaba entrar en cualquier edificio de viviendas. Casi nadie suele recordar la hora de paso del cartero.

Subí las escaleras y posé de nuevo mi oreja en la puerta del tercero C, con sumo cuidado. Ésta vez solo se oían las voces enlatadas del televisor. Ni un paso, ni un ruido. Aun así no me confiaba; aquel hombre que había visto salir del portal podía ser

cualquier vecino, mientras Sandra seguía acompañada. Me quedé escuchando durante otro par de minutos.

Ahora o nunca. Nadie es más peligroso que quien no tiene nada que perder. Llamé al timbre y mi corazón comenzó a bombear con fuerza.

Comencé a oír unas leves pisadas. Fuese Sandra o su acompañante, llevaba zapatillas de andar por casa.

—Cari, ¿eres tú?, ¿se te ha olvidado al... —abrió la puerta confiadamente, me miró y no vio a quien esperaba. Su voz se interrumpió.

—No soy tu cari —dije. Había una mezcla de terror e incredulidad en su cara—. Y no me he olvidado de nada.

Le tapé la boca con la mano izquierda mientras con la otra cerré la puerta detrás de mí.

13. Confesiones

—Eres una maldita zorra —le dije. Al ver sus ojos, tan verdes como mentirosos, volví a sentirme inundado de rabia. Ella lo notó y se quedó paralizada, sin poder reaccionar—. Tú y yo tenemos que hablar seriamente. Voy a quitarte la mano de la boca poco a poco; no grites si no quieres empeorar las cosas.

Sandra temblaba como un flan; ni siquiera hizo amago de escabullirse, morderme, o de zafarse de mí de cualquier otra forma. La resuelta, lista y exhibicionista muchacha estaba completamente empequeñecida ante mi violencia y ante la desagradable sorpresa de haberme encontrado en su puerta. Dimos algunos pasos por el pasillo, hacia el salón, todavía conmigo tapándole la boca. Estaba vestida con una bata azul de andar por casa y unas pantuflas del mismo color. Por un instante sentí ganas de quitarle aquella ropa y follarla salvaje y dolorosamente contra la pared, mientras le preguntaba por qué me hizo la jugarreta aquel día. Sin embargo, me contuve y aparté poco a poco la mano de su cara. Me dejó un buen rastro de saliva en la palma.

—No me esperabas, ¿verdad? —pregunté. Y tanto que no. Ella me miraba con los ojos fijos, sin intención de retarme. Me sorprendí de haberla asustado tanto; pensé que era lo mínimo que merecía, un buen susto, que sintiera durante algún tiempo lo mismo que yo sentí ante Paco y el grandullón horas atrás.

—¿Estás loco? —dijo tras unos segundos, en los que realmente se dio cuenta de que lo que estaba viviendo no era una alucinación. Poco a poco su expresión recuperó la normalidad, algo desafiante,

mientras le volvía el color a la cara—. ¿Qué derecho tienes a plantarte así en mi piso, insultándome, callándome por la fuerza?

—¿Acaso tú tenías derecho a grabarme y emitirme follando ante todo internet? —fui al grano. No quería que pensara, ni por un momento, que estaba allí para mendigar su compañía como un desesperado.

El silencio cayó como un yunque de hierro en aquel salón. Sandra no podía imaginar que le haría aquella pregunta. Volvió a quedarse muda, y esta vez no había mano sellando sus labios.

—No pienses en negarlo ni por un momento —continué—. He visto el vídeo con mis propios ojos. He venido hasta aquí a por respuestas, y espero que me convenzan porque me has jodido a base de bien.

Sandra miró al suelo en busca de una contestación convincente, y luego a las paredes, como si ellas le fuesen a dar las claves para tranquilizarme. Sus ojos ya no buscaban a los míos. Pude notar cierto rubor o vergüenza, pero ni pizca de arrepentimiento; ese era un sentimiento vedado en mujeres como ella.

—Joder... —suspiró. Se pasó una mano por el pelo, sofocada. Sus mejillas adquirieron un tono más rojizo.

—Ya estás tardando en escupir por esa boca.

—¡No me hables así! Es algo complejo de explicar, Ricardo. Se supone que tú no tendrías que haberlo sabido...

—Pues la cuestión es que lo sé —interrumpí—. Y no soy ningún lelo, me da exactamente igual lo complejo que sea. Quiero que me expliques todo y lo quiero ahora.

—Ahora no, no puede ser —dijo negando con la cabeza—. Has venido en un momento muy poco oportuno. De milagro no está aquí Alberto, ha salido un momento a por tabaco.

«Alberto». Otro retal de información más sobre Sandra. Junto a sus dos apellidos vistos en el buzón no eran mal botín para llevar tan poco rato en aquel portal.

—Supongo que te refieres a tu novio, a ese al que no le cogías el teléfono mientras me reías las gracias. Ese al que ibas a dejar, y al que has engañado vilmente conmigo y con quién sabe cuántos más —dejé caer, intentando provocar en ella algo de culpabilidad o inquietud; para nadie era plato de buen gusto lidiar con la posibilidad de que una infidelidad sea conocida por otros, potenciales reveladores del secreto a la pareja.

—Ya te dije que las cosas no son tan sencillas como parecen.

—Nada es sencillo, bien lo sé. En todo caso dudo que tu querido Alberto haya tenido que coger la chaqueta y montarse en el coche para ir a por tabaco, habiendo un bar justo abajo con una bonita máquina expendedora. Bonito BMW, por cierto.

Se mordió el labio inferior con preocupación. Aquella chiquilla era más transparente que la ropa interior que usaba en sus emisiones. Definitivamente no tenía que inquietarme porque su novio, Alberto, apareciera en escena.

—Me da que tenemos todo el tiempo del mundo antes de que Alberto vuelva para defenderte con una caja de cigarrillos en la mano —observé con todo el cinismo que pude—, ¿me equivoco?

—Supongo que no hay otro remedio. Siéntate, por favor —me dijo señalándome el sofá verde intenso. No podía evitar que aquel asiento me recordara al peso de ella sobre mi cuerpo, los manoseos y los besos.

Ella optó por situarse a una distancia prudencial de mí, y se quedó en uno de los dos mullidos sillones que completaban el salón.

—¿Cómo lo sabes, Richard?

—¿Qué importa? Lo sé y punto. Asúmelo de una vez.

—¿Pero cómo? Por más que le doy vueltas no consigo entender cómo has llegado a saberlo. Se supone que no debería ser así.

—Error. Las preguntas las hago yo, señorita. Y no me apetece que me llames Richard —quería poner los puntos sobre las íes. Estaba allí para que ella resolviese convenientemente mis incógnitas, no para observarla lamentándose de que su plan, si es lo

hubo, fracasara—. Voy a ahorrarme decirte lo que pienso de ti; los actos de las personas hablan por ellas mismas. Voy a resumírtelo todo en una pregunta, Sandra, y ya la sabes: ¿Por qué emitiste sin mi consentimiento?

Esta vez miró al techo. Dejé que reflexionara, que midiera sus palabras, que pusiera en orden sus ideas... o quizá le di tiempo a inventar excusas.

—Puede parecerte una locura. Hay varias razones, Rich... Ricardo.

—Nada te impide empezar a decírmelas —le dije—. Para eso estoy aquí.

Ella seguía sin mirarme. Cerraba los ojos y suspiraba.

—Veamos... no sé ni por dónde empezar. No pensaba verte nunca más. La emisión debía quedar entre mi conciencia y quienes estaban en la web aquella noche.

—Qué bien —reí irónicamente—. Tú, tu conciencia y cientos de pajilleros. Y yo como un estúpido, sin idea de nada. ¿Crees que así es como actúa una persona cabal?

—No, pero tampoco actúa como ahora estás haciendo tú, presentándote de improviso en mi apartamento como un violador. O como hiciste en su momento, amenazándome por teléfono de madrugada —aceleró el habla. En ella también había furia contenida.

—¿Se trata de eso, no? —pregunté—. Venganza. Nunca me perdonaste que me entrometiera en tu vida. Debí imaginarlo.

—Se trata de más cosas.

—¡Pues déjate de rodeos y dímelas de una vez! —grité. Dar muchas vueltas a un tema solía ponerme de los nervios, y más de la forma en que lo hacían algunas mujeres como ella, llevando la conversación por sendas que hiciesen parecer culpable al otro, siempre al otro. No había allanado de aquella forma su tranquilidad para someterme a la distorsión femenina de la realidad. No quería que diese la vuelta a la tortilla de forma tan evidente.

—Tú has definido bien una de esas cosas: venganza —me miró y supe que estaba comenzando a ser más clara—. No sabes de la forma en que me sentí cuando me abordaste a la salida del trabajo. No puedo expresarte con palabras lo que me pasó por la cabeza al saber que conocías toda mi intimidad.

—Si tanto te preocupaba tu intimidad, la solución era bien sencilla: no haberla vendido en internet de la forma en que lo hacías a diario —interrumpí.

—No es tan sencillo. Nada es blanco o negro, Ricardo —en eso, pensé, no podía estar más de acuerdo con ella. Dejé que siguiera explicándose—. No me conoces tanto como crees. Puedo ser una chica ejemplar, aunque no digo que lo sea, ni mucho menos. Puedo ser alguien celosa de mi intimidad, que lo soy aunque no lo parezca. Pero también puedo ser alguien sexualmente inquieta, con fantasías algo arriesgadas que ponen en juego el resto de mi personalidad. La jugada me salió mal y me descubriste en mi trabajo, el de la «vida real». Intenté que pareciera que no me importaba, quitar gravedad al asunto por si así pasabas de largo. Lo último que necesitaba era meterme en problemas con un desconocido.

Quedaba claro que ella sí había sabido jugar ante mí el papel que yo no había podido interpretar ante Paco y Álex. Aquel día, mediado noviembre, en que la descubrí en el hipermercado, me dio la impresión de que era una chica desinhibida, que aceptaba plenamente ante ella y los demás que actuaba movida por el morbo. «Hago lo que quiero en mi tiempo libre», me dijo. Si realmente era tan recatada como ahora me hacía ver, no merecía menos de una nominación al Óscar. Aunque ahora recordaba su mirada mientras fumaba el cigarrillo que le ofrecí; no, aquel día no me estudiaba con un ápice de curiosidad, sino con toneladas de inquina.

—No termina de convencerme lo que me estás diciendo —le dije—. Y no sé hasta qué punto pretendes llegar. Tampoco sé qué clase de venganza es esa de emitir conmigo y revelar mi identidad en una situación tan íntima —al adjetivo «íntima» añadí interiormente

«penosa»; aún no olvidaba ni olvidaría aquel gatillazo—. Según tú no debería haberme enterado de nada, y por tanto hubiese seguido mi vida de forma normal. Una venganza no es venganza si el otro no la sufre en sus carnes.

—¿Nunca has vivido pasiones locas? ¿Nunca has tenido deseos que van en contra de lo razonable? —preguntó. No contesté y no estaba seguro de la respuesta; por desgracia mis deseos y sucias pasiones hacía tiempo que emanaban de mis manos y una pantalla de ordenador—. Quería devolverte parte de lo que me hiciste. La gota que colmó el vaso fue que me obligaras a verte bajo amenaza, con aquella llamada nocturna. En aquel momento supe que te la devolvería. Desde bien pequeña no he dejado que me pisoteen, y crecí en un sitio donde lo fácil era que lo hicieran, créeme.

—Me estás diciendo que todo el sábado pasado fue un tremendo paripé por tu parte con tal de devolverme la jugada...

—No exactamente Ricardo.

—Entonces sigo sin entenderte... —aquella charla me estaba descolocando más de lo esperado.

—Reconozco que fui con esa idea —dijo—, pero más tarde comencé a pasarlo genial contigo. Me caíste bien. No estaba fingiendo cuando reía o cuando me interesaba lo que me contabas. Después...

—Después me invitaste a subir aquí. Fuese cual fuese tu intención entonces, ya sabes lo que pasó. Follaste conmigo. Tienes pareja y no has parado de repetirlo desde que nos conocimos. ¿Sabes en lo que te convierte eso, no?

—Creo que no eres el más indicado para dar lecciones morales.

—Comparado contigo soy un santo. ¿Cuántas veces y con cuántos has engañado ya a tu novio?

—Ésta ha sido la única vez.

—Ya, claro. Permíteme que lo dude.

—Y no metas en esto a Alberto, por tu propio bien —advirtió—. Si llegara a enterarse... te juro que no sé cómo reaccionaría. Pero te

aseguro que los dos podríamos salir muy malparados. Tiene un temperamento como no he visto en nadie más.

No hacía falta que lo jurase. La cara de aquel tipo no me había dado buena espina desde que lo vi cruzar la puerta del edificio y dar unos pasos por la acera. Por ahora no pensaba informarle de los asuntos que su novia y yo nos trajimos entre manos.

—Si tanto le temes como das a entender... ¿no te parece de completa chalada haber emitido conmigo?, ¿haberle sido infiel a ojos de tantísima gente? —pregunté—. No termina de encajarme. No puedo evitar pensar que mientes o que me ocultas algo.

—Sí, fue una pequeña locura —admitió—. Ahí estaba la gracia.

—Yo no le veo nada de gracia.

—Ni yo tampoco ahora. Que lo hayas descubierto me hace sentir muy imbécil.

—Tu novio acabará por enterarse y lo sabes —dije. En realidad no lo pensaba. Cada día se cometen un sinfín de infidelidades de las que nunca tendrán conocimiento las otras mitades de las parejas. En cada conciencia está el poder mirar a los ojos al otro, el actuar con normalidad, el no verse traicionado por llamadas inoportunas, por un temblor de voz, por una mirada al suelo tras alguna pregunta incómoda. Creo que Sandra era una de esas mujeres transparentes con sus sentimientos, pero a la vez calladas de sus actos. Las más peligrosas, las que invitan a otorgarles confianza ciega hasta que te das cuenta de que guardan un puñal bien afilado bajo la ropa.

—Puedo asegurarte que por mi parte nunca llegaré a enterarse —dijo buscando algo de complicidad—. Aunque no lo creas, tomé bastantes precauciones. Él estaba de viaje... trabajando. De hecho, por ese motivo pude quedar contigo, como recordarás. No iba solo, con él estaban personas muy cercanas, que aun así nunca llegaron ni llegarán a saber que yo emitía, y menos que a veces lo hacía con él. Y además, supongo que habrás comprobado que desde entonces no he vuelto a conectarme a la web; de hecho he dado de

baja el usuario, aunque eso me cueste dejar de ganar unos cuantos euros. La excusa que le he puesto es que estoy cansada de esto; no es cierto, y creo que pasado un tiempo me registraré de nuevo en alguna web parecida, con otra identidad. Lo tercero, fingí haber perdido el móvil; así me aseguraría de que no volvieses a contactar conmigo y arriesgarme a que fuese en su presencia. Si todo esto te parece poco es que has visto demasiadas películas. Sé perfectamente cómo cubrirme las espaldas.

—¿Ves? Eres una infiel por naturaleza. Una caprichosa. Lo quieres todo. He conocido a otras personas como tú.

Mi comentario podía ser hiriente, pero en efecto Sandra había calculado con una perfección quirúrgica todo el procedimiento a seguir tras su intencionado «desliz» conmigo. Era una forma de actuar habitual en muchos conocidos. Salvando las distancias con ella, mi compañero Joaquín actuaba de forma parecida, asegurándose de que cada empleado en Puertas Arellano no soltaría palabra sobre su divertimento nocturno con aquella chica que conoció en la discoteca. Se trata de gente que sabe arreglar el estropicio y limpiar bien la escena del crimen antes de seguir haciendo vida normal. Así es esta sociedad, tan podrida de egoísmo. Sin embargo, nunca podré negar que yo también he procedido así en ocasiones.

Aun así, seguía sin entender con exactitud lo que llevó a Sandra a conectarse a la web aquel sábado, encender su cámara y apagar la pantalla, para posteriormente llevarme a la cama y dejarme en cueros ante la audiencia para mostrarles todo.

—Aún no me has respondido convenientemente a lo principal —le dije—. ¿Por qué lo hiciste? Sé que querías vengarte, pero me has reconocido que te caí bien, que no estabas actuando. No entiendo que cambiases de parecer a última hora.

—No cambié de parecer. Ya te he dicho que nadie me ha pisoteado nunca. Yo sabía que tarde o temprano te acabaría haciendo daño. No pensaba que fuese en aquel momento, ni en

aquel lugar ni de aquella manera. Ese sábado noche en mi cabeza se formó un buen cóctel...

—¿Cóctel? —comenzaba a desesperarme de nuevo.

—Pasión, revancha, morbo —dijo secamente. Parecía que al fin había encontrado las palabras correctas con que expresarse y tuviese que soltarlas rápidamente, no vaya a ser que escaparan—. Las copas de más, los dos cachondos en ese sofá donde estás sentado. Me dejé llevar. Fui al baño y tuve uno de esos momentos lúcidos en mitad de una borrachera, nada fue premeditado... me puse a cien solo de pensar en lo que iba a hacer. Fui a mi cuarto, encendí el ordenador y me puse la máscara. Me metí en la web, escribí el *topic* y empecé a emitir. Después vine a por ti y...

—... me llevaste hasta tu habitación... —completé.

—Exacto. Te llevé allí por puro morbo. Quizás se me puede considerar enferma, o viciosa, me da igual reconocerlo. Lo que más me pone en este mundo es que me vean, lo sabes bien, joder, tú mejor que nadie. Emitir contigo era lo que me apetecía en aquel momento, o mejor dicho lo que necesitaba. Escribí tu nombre y apellido, bien visible para todos. Aunque tú no lo supieras, te estaba devolviendo el daño; mi orgullo quedaba tranquilo y a la vez me satisfacía. Dos pájaros de un tiro.

Puede llamarse destino, justicia poética, karma... como uno desee; en cualquier caso ya no tenía ningún sentido no creer en ello. Sandra me había devuelto el daño que le hice multiplicado por mil. Cierto es que otros factores entraron en juego, pero al fin y al cabo estaba jodido y yo mismo me lo había buscado. No dejaría de arrepentirme de no haber pasado de largo en aquella caja registradora. Podría haber vivido tranquilo sabiendo que Sandra la amateur estaría allí día tras día, como un secreto tesoro descubierto por mí, tan valioso que no podía tocarse ni abrirse, pues una vez abierto desataría fuerzas incontrolables.

Estaba tan inmerso en mis pensamientos que seguramente pasó un buen rato sin que ninguno de los dos dijera nada.

—Ricardo... —susurró Sandra—, lo hecho, hecho está. Sé que no puedo remediar lo que hice, y te diré la verdad, no me arrepiento de nada; no va en mi carácter. Pero no tienes que preocuparte por la discreción. Por descontado que la tendré, a mí también me va mucho en ello. Así que, si estás de acuerdo, aquí no ha pasado nada. No sé cómo coño te has enterado de todo esto; si alguien grabó y colgó el vídeo en alguna otra web puedes pedir que lo borren... en cualquier caso es difícil que te identifiquen, y quien lo haga nunca lo admitirá con tal de no reconocer que mira ese tipo de páginas; los hombres sois así de orgullosos. Más tengo yo que perder; sé que debe haber bastantes grabaciones mías repartidas por ahí... y aunque no haya enseñado la cara mis seres más cercanos me reconocerían al instante en cualquiera de ellas. No le des más vueltas, esto es un empate entre nosotros, así se queda y santas pascuas. Y que cada uno siga con sus asuntos y sus problemas.

—No lo entiendes, joder —exclamé—. Me has complicado mucho, pero que mucho, la vida con todo esto. No soy quién para decirte que eres una enferma, pero sí que eres una caprichosa y una egoísta. Nunca se sabe quién va a estar al otro lado de la pantalla como para desnudar la identidad de alguien.

—Pues no, no te entiendo —dijo—. Fue un polvo lamentable, pero admítelo y pasa página. No eres el primero ni serás el último hombre en tener un gatillazo, ¿sabes?

—Ojalá ese fuera el problema —suspiré.

—¿Entonces cuál es? —preguntó. Yo también sabía agotar su paciencia—. Ahora eres tú quien está liando las cosas. Por mi parte está todo aclarado. Te has presentado aquí horrorizándome y ya tienes las respuestas que buscabas. No entiendo qué es exactamente lo que te pasa por la cabeza. No imaginaba que pudiese afectarte de esta forma.

—Están intentando joderme, Marina —dije al fin.

La llamé por su nombre real, me salió solo. Marina. Estaba sentado frente a ella, que me miraba con ojos inquietos pues también era parte implicada en mis problemas, no ante la juguetona y viciosa Sandra.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó escéptica, e intentó responderse a sí misma—. Si es alguien de la web, ponte en contacto con el administrador y borra todo rastro de tu usuario; no creo que a nadie le interese tanto como para ir más allá.

Puede que fuera su mirada, prestando toda su atención, sus ojos verdes anhelando respuestas, dispuestos a escucharme como hacía mucho tiempo nadie me había escuchado. O simplemente necesitaba desahogarme, como suelen hacer los humanos normales, aquellos que se apoyan en otras personas e intentan disipar sus miedos en compañía y buscan soluciones y respuestas en los demás. Realmente no sabía por qué, pero comencé a contarle todo, absolutamente todo, a ella, quien prendió la mecha que condujo a mi delicada situación... ¿o fui yo?, qué más daba, el caso es que por mi boca fueron desfilando Paco y su primo, la forma en que me enseñaron la grabación, el chantaje, mi equivocada reacción, mi firme deseo de que aquel vídeo no llegara a nadie, en especial a mis padres...

Lo expulsé todo (o casi), sin esperar nada a cambio. Ya no me sentía tan solo con aquella carga de vergüenza. La cara de Sandra se había ido transformando a medida que mi relato avanzaba: del recelo, suspicacia y desconfianza pasó a la preocupación, con un deje de tristeza, de empatía. No daba crédito a la extrema coincidencia, a que Paco estuviese observando la web aquella noche a la hora señalada, ni tampoco a la creativa maldad de que hizo gala al correr a grabar la escena para chantajearme. Se preguntaba cuán desesperado ha de estar un hombre para traicionar de forma tan ruin el honor de un compañero, con aquella cobardía, con aquella violencia.

—La ciudad es pequeña, para bien o para mal —reflexioné ante ella—. Yo te encontré a ti, y él me ha «encontrado» a mí.

—Denúncialos —resolvió. Estaba dispuesta, a su manera, a ayudarme—. Merecen cosas peores, pero si ven que no te amilanas se echarán atrás.

—Dijeron claramente que si hablaba del asunto con alguien el vídeo acabaría difundiéndose en la empresa. Y también lo mandarían a mi casa, a mis padres. Esta última idea es la que no puedo soportar.

—Fácil —dijo abriendo bien los ojos—. Creo recordar, me contaste, que tienes un hermano viviendo en casa con tus padres...

—Hermana —corregí. No quería mezclar a mi familia lo más mínimo en la conversación, pero no tenía sentido mentir, y estaba ansioso por ver cuál era su idea.

—Bien, pues antes de denunciar a esos cabrones, dile que esté atenta a cualquier cosa que pueda llegar al buzón o a casa. Además, dudo que incluso tengan la dirección y se atrevan a hacerlo realmente. Si ella te pregunta... ya es tu decisión contarle todo o confiar en ella para que no meta las narices. En cuanto al trabajo, tú mismo puedes controlar los movimientos de ese imbécil de Paco para que no enseñe nada.

—Mi empresa me importa algo menos, por no decir nada. Pero no es tan fácil —dije. Salpicar a mi hermana con mis oscuros asuntos no era una idea grata. Si de algo estaba convencido y cada vez más es que solo yo estaría involucrado, aunque ahora también, en cierto modo, lo estuviese Sandra—. Sé que Paco es un cobarde de los pies a la cabeza, lo ha demostrado. No podrá volver a mirarme a la cara. Pero su primo, ese tal Álex... tú no lo has visto. Asustaría al mismísimo demonio. Pienso que lo del vídeo es solo una excusa para él; si no existiera ya encontraría otra forma de coaccionarme. Me da que han encontrado en mí un filón, una mina.

—Total, que vas a pagar —concluyó—. Eres la víctima perfecta, Ricardo.

—Lo cierto es que por ahora no he soltado un céntimo. Paco ha venido más tarde a visitarme al despacho, como si fuera un gánster; me ha dicho que tras las vacaciones «hablaríamos». Por eso no quiero precipitarme con lo que haga, pero te adelanto que no me arriesgaré a que el vídeo sea visto por más gente, ya es una cuestión de honor.

—¿Tan horrible fue acostarse conmigo? —preguntó intentando poner una nota de humor. Yo no estaba dispuesto a frivolar con el tema.

—No me vengas con gilipolleces. Si no hubieras emitido nadie hubiera podido grabar.

—Óyeme bien, muchachito —exclamó subiendo un dedo—. Yo no tengo la culpa de que te dejes manipular por esos dos. Faltaría más. Si quieres que te pida perdón, adelante, lo siento, pero nunca me harás sentir culpable de lo que hagan o digan esos dos aprovechados. Te he dicho las opciones que yo tendría en cuenta. Pero si prefieres dejarte robar por esos tipos, allá tú.

—Por supuesto que no pienso dejarme robar —repliqué—. Tengo unos días para reflexionar sobre qué hacer. Ni quiero pagar ni quiero que el vídeo vaya a ningún lado.

—Ha tenido que ser un golpe duro que alguien tan cercano a ti te haya hecho esto... —reflexionó Sandra.

—No tiene sentido darle vueltas a eso. Para mí, Paco está muerto. No le daría ni agua. Pero tengo que llevar la situación con la máxima normalidad, no voy a hacer ninguna locura.

Me quedé callado y apoyé mi cabeza sobre las manos, cansado física y mentalmente. En muchas ocasiones me habían dicho que tenía algunos gestos de niño, y creo ese era uno de ellos. Quizás por eso a Sandra se le ablandó algo el corazón. Se levantó de su asiento y me dio un abrazo, consolándome. Nunca pensé que viviría aquello, tal y como había entrado en su piso rato antes.

—Oye, lo siento, lo siento de verdad —me dijo al oído—. Si lo llego a saber por supuesto que no hubiera hecho lo que hice. Una

nunca sabe hasta dónde puede llegar la maldad humana. Pero no seas tonto, Ricardo; mejor dicho, que no te tomen por tonto. Yo sé que eres todo lo contrario. Eres muy listo, y te harás valer, ya lo verás. Lo necesitas.

Reconozco que sus palabras me animaron ligeramente. Tenía unos días para preparar la partida de ajedrez: mi cabeza, mi lucidez y mi inteligencia contra una situación humillante y cuanto menos extraña, inédita en mi vida. Yo contra un tipo desesperado y la voz y músculos de su primo. Supe que no tenía porqué perder aquella partida y me sentí reconfortado. Pero aún había un detalle que no le había contado a Sandra. Me costó decidirme a abrir la boca una vez más, dado que no había ni pasado por mi cabeza hablarle sobre ello hasta ese mismo instante.

—Marina... —dije titubeando—, hay algo que no te he contado y te afecta más directamente si cabe.

Levantó la cabeza y frunció el ceño, preocupada; no esperaba que tuviese nada más que añadir. Proseguí rápido para aliviar la angustia.

—Paco dijo que parte de nuestro trato te incluiría a ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó incrédula.

—Dijo, con estas palabras, que «también quería follarse a la puta de mi amiga». Supongo que cree que nos vemos habitualmente, o que mantenemos algún tipo de relación, y él no quiere ser menos. Esperará que de alguna forma pueda arreglarle un «encuentro» contigo.

La boca de Sandra tornó en una mueca de asco, mientras sus ojos delataban otras emociones no mucho mejores. Supuse que Paco estaría acostumbrado a ver ese tipo de caras tras hacer algún ofrecimiento a una mujer. Por lo menos, ahora, Sandra y yo compartíamos la misma o parecida animadversión ante el encargado de producción de puertas Arellano.

—No sé quién se ha creído ese hijo de puta, pero no soy algo con lo que se pueda comerciar —habló serena, decidida, fuerte.

Sandra tenía muchas virtudes de las que yo andaba escaso—. De mi parte le puedes ir diciendo que recorra todos los prostíbulos de la ciudad, y si hay alguna señorita con estómago suficiente para hacer un trato con esa alimaña, que se dé con un canto en los dientes. Espero que al menos no seas tú quien se lo pague. Por lo que me cuentas debe ser un hombre aficionado a vicios caros.

—Bueno, solo quería que lo supieras. Le diré cualquier excusa, que te has ido de la ciudad, o que estaba borracho y no me diste tu número.

—Por lo que más quieras no le des ningún dato mío, Ricardo —pidió.

—Tranquila. Ya me inventaré algo.

Lo cierto era que, aunque no esperaba ni mucho menos que Sandra reaccionara de otra forma, su evidente negativa era otra preocupación más que añadir a la lista. Aunque, al menos, este era un deseo únicamente de Paco y por suerte el primo no tenía nada que ver. Me veía capacitado para, en este asunto, lidiar con mi compañero, y transmitirle el no de Sandra o trazar una maraña de excusas que le quitaran de la cabeza aquella idea de tener sexo con ella.

—Por mí esto está bien zanjado —me advirtió Sandra—. No se te ocurra pensar que algo puede hacerme cambiar de idea. En esto te las tendrás que apañar como puedas con él, yo ya te he dado suficientes consejos para que soluciones lo tuyo. Pero escúchame, si ese tipejo se pone en contacto conmigo de alguna forma, no hará falta que envíen ese vídeo a tus padres ni a tus jefes; yo misma me encargaré de que lo vea todo el país.

Acto seguido se relajaron sus facciones. Que una mujer tuviese más agallas que yo me hacía sentir pequeño e indefenso. Pero así era esta vez. La firmeza de Sandra no admitía excusas. Si mi dignidad estaba en juego la suya había sido puesta a prueba, pero había superado hábilmente el envite.

Me levanté del sofá dispuesto a irme. Debía hacer las maletas y conducir a mi ciudad natal, «de vuelta a casa por Navidad». Era raro en mí, un ser descastado, pero entonces sentí ganas de estar allí; me hubiera teletransportado si hubiera tenido oportunidad.

Sandra me acompañó a la puerta.

—Y una cosa más, Ricardo... —dijo—, te repito que si mi novio se entera de todo esto... hoy te la has jugado mucho viniendo hasta aquí.

—Hablas de él como si fuera uno de los más buscados por el FBI —sonreí sin ganas.

—Solo te advierto que no todos los hombres han tenido la suerte de nacer en una familia y un entorno como tú, de haber estudiado, de haber crecido en paz.

—Por favor, me lo estás pintando como si fuera el tipo más «chungo» de la ciudad. Seguro que no es para tanto... ¡si ni siquiera lleva tatuajes! —le comenté aquel detalle que no me había pasado desapercibido, que en realidad desentonaba con el aspecto del resto de aquel tipo.

—Eso no tiene nada que ver. Además, es alérgico a la tinta. A mí tampoco me gustan, y por mi trabajo y aficiones todo indicaría lo contrario. Tampoco hubieras podido imaginar que ese compañero tuyo es como es. En fin, Richard, no lo repetiré más.

Me llamaba Richard de nuevo, y yo se lo permitía. Lo que empezó siendo una tarde violenta acababa con confianzas. No era extraño que me pasara eso con ella; quizás ahí radicaba buena parte de la «magia» que había sentido en nuestros encuentros anteriores.

—Puedes estar tranquila —dije—. Alberto no se enterará de nada.

Abrió la puerta y me dio dos besos. El roce de sus labios en mis mejillas fue agradable y húmedo. Pude olerla. Emanaba esa

fragancia corporal que pocas chicas, por muy jóvenes que sean, tienen la suerte de poseer. Esa que volvería loco al más recto de los hombres. Y yo allí, cabizbajo y de nuevo postrado ante ella. Había entrado en su piso, envalentonado como un jabato, y ahora era un ser dócil y manso, un cachorro desvalido. Ella, sin embargo, era una leona. La maldije en el pensamiento, la maldije por saber calmarme con su sola presencia, con sus excusas, con su voz.

Antes de desaparecer por la escalera la observé por última vez. La mirada que me devolvía era compasiva, tierna, triste. «Pobre diablo», pensaría. Nunca había visto nada igual en los ojos de una mujer. Esa vez Sandra no estaba interpretando ningún papel.

14. La Navidad de *Richard_dreyfuss*

A nadie le sorprendería si digo que aquellas fueron unas vacaciones de Navidad bastante más tristes de lo normal.

A solo ciento cincuenta kilómetros de Sandra, de Paco, de Puertas Arellano y del oscuro agujero de mi piso de soltero, estaba mi antiguo hogar, aquel que me vio crecer con ilusiones vanas, aquel que abandoné por primera vez pocos años atrás, para empezar una carrera que me convertiría definitivamente en un infeliz más en el gigantesco rebaño.

Los lugares rara vez permanecen iguales cuando se abandonan por un tiempo. Las personas que los habitan cambian, maduran o se hacen mayores. Asimismo, la imagen que conservamos en el recuerdo sobre algún sitio se ve invariablemente cambiada por la realidad, que es ruda y no entiende de sentimientos pasados. También influyen los ojos con que miramos las cosas. Cuando eres niño tu casa es tu reino, tus padres los reyes, tu habitación es tu templo y tus juguetes los dioses. Después vas creciendo, y esas claras jerarquías, esa confiada seguridad del hogar van mutando en otras estructuras más complejas nacidas en nuestra cabeza. Vivimos otras experiencias, sentimos otras necesidades, solemos hacernos más independientes con respecto a las personas y a las cosas. Nunca volví a sentir esa sensación de estar en «mi hogar» tras abandonar el nido por vez primera y regresar de cuando en cuando, como tampoco la sentía allá en la otra ciudad, en el apartamento alquilado que al menos pagaba con mi trabajo. Dicen que uno ha de conformarse poco a poco su morada; en la mía

faltaban personas y sobraban la soledad y las horas muertas ante la pantalla, alimentando vicios que tornaban en trastornos.

Cuando llegué a casa, aquel viernes noche, me di cuenta de lo exageradamente espaciadas que habían sido mis visitas los últimos tiempos. Estaba a hora y media en coche, no había excusa. Pensé en la cantidad de viernes, sábados y domingos encerrado entre cuatro paredes, ante una supuesta ventana al mundo que en realidad es un agujero negro que todo lo traga, especialmente el tiempo. Qué me hubiese costado establecer alguna rutina para volver, por ejemplo cada dos semanas, y dar esa alegría a mi familia, que aunque parezca mentira era capaz de reconfortarse con mi sola presencia, y añadir así una novedad a la monotonía de sus días. Y es que mis padres, ambos, eran ya jubilados. No tenían ninguna obligación más allá de ellos mismos. Esto sería bueno si no fuese por el recuerdo de que ya vivieron responsabilidades, y las tristezas y alegrías en simbiosis con las mismas, y sin embargo ahora únicamente veían fluir los días, casi invariables, siendo conscientes lentamente del atardecer de sus vidas. Por suerte tenían a mi hermana, aplicada estudiante y alma cálida, que les hacía compañía y necesitaba de ellos, siendo esta la mejor forma de alimentar los mecanismos necesarios para el buen funcionamiento de cualquier familia.

No quise mezclarles en mis asuntos, y tampoco lo haré en esta historia, en la medida en que me sea posible, o al menos lo intentaré con todas mis fuerzas. Buena parte de mis acciones hasta ahora y las que están por venir se guiaron por no alterar la vida tranquila de ellos tres y de aquella casa, que si bien y como he dicho ya no consideraba mi hogar, seguía siendo para mí un valioso y último refugio de tranquilidad, así como un grato almacén de memorias. Por ello no habrá descripciones, ni nombres reales o ficticios, ni diálogos en que ellos se vieran involucrados.

Sí señalaré que mi madre era tremendamente hábil en ese arte que todos conocemos bien, que consiste en adivinar exactamente

qué le pasa a un hijo tras mirarlo durante un par de segundos. Mi cara al llegar debía ser de cansancio y preocupación; tampoco mi hermana fue ajena a ello. Supongo que ese instinto no será solo cosa de madres, sino cosa de mujeres al fin y al cabo.

Mis excusas fueron las más socorridas en estas situaciones: el estrés del trabajo (lo cual no era del todo falso, pues en Puertas Arellano y concretamente en Paco nacían buena parte de mis problemas) y, en cuanto a mi mala cara, se debía a la fiesta a la que había acudido la noche anterior (lo cual era, esta vez sí, una mentira al cien por cien). Ni mis padres ni mi hermana dudaron, ya que lo normal en alguien joven y sin aparentes problemas como yo era ejercitar al máximo la vida social: pasarlo bien con frecuencia, salir y conocer gente. De hecho, pensaban que no tenía pareja porque prefería disfrutar de compañía femenina variada cada cierto tiempo. Estaban en lo cierto; lo que no imaginaban es que pasaba de mujer en mujer con un clic de ratón.

Aquel primer día en casa, tras disfrutar de las fabulosas croquetas de mi madre, caí rendido en la cama. Cuando uno tiene sed, hambre o sueño todo queda en un segundo plano, incluso las necesidades sexuales, aunque cueste creerlo.

Desperté como todo hombre sano que se precie, con «vigor» bajo el pantalón del pijama. Tocaba hacer buen uso del miembro reproductor. Si bien es cierto que las necesidades antes dichas son las primarias y vitales, también es verdad que satisfacerse sexualmente constituye una agradable tarea que nos hace olvidar cualquier problema, por grave que sea, durante unos minutos. Por un breve lapso de tiempo ya no importaban Paco y Álex, ni tampoco Sandra. Se encargarían de volver a mi cabeza una vez dejasen de latirme con fuerza mis bajos instintos.

Benditas compras navideñas, que habían dejado la casa vacía y silenciosa. Ni perdí tiempo en desayunar; saborearía mejor cualquier cosa tras el orgasmo y la eyaculación, como bien es sabido. Saqué el portátil, lo puse sobre el escritorio de mi habitación, lo encendí y

conecté a la red. Pensé qué hubiera sido de mí en caso de haber tenido esas herramientas durante mi adolescencia, cuando solo había un ordenador en casa, situado en el despacho de mi padre, y aun así me las apañaba para consumir y disfrutar pornografía. Mi caso, como sabéis, se había agravado con el tiempo, pero en cualquier caso apliqué la máxima habitual del pajillero, ya sea casual o habitual: «casa desierta, paja cierta». Decidí que sería cosa rápida, no sabía el tiempo que mi familia llevaba fuera y por tanto cuándo volverían.

Una vez terminado, desayunado y duchado, ya era de nuevo el buen Ricardo, el que verían mis padres al llegar, bien vestido y sentado frente al televisor u hojeando el periódico, ignorantes de que minutos antes me había retorcido de placer ante el *gang bang* de tres tipos a una negrita de dieciocho años, que lejos de disfrutar había llorado con cada acometida de aquellos hombres por su orificio anal. Prácticamente una violación consentida y grabada. Espero que por lo menos pagaran bien a la chica.

No todos los días fue tan fácil satisfacerme estando en casa. Me veía obligado a escaparme furtivamente al baño, móvil en mano, mínimo dos veces al día, despertando las sospechas de mi madre, que me preguntó con insistencia si tenía algún problema estomacal. Redescubrí un viejo truco ya perfeccionado por mí en mi etapa de instituto: dejaba correr el agua de la ducha, un buen rato, mientras me masturbaba. Una vez terminado procedía a ducharme de verdad; aquella era mi «coartada» y también mi posterior limpieza. Eran tácticas onanistas que podrían resultar graciosas en un muchacho en plena pubertad, pero que eran más bien vergonzosas en alguien ya crecido como yo.

Entretanto, por supuesto, no dejaba de dedicar buena parte del tiempo a pensar sobre Paco y su primo. Sopesaba las opciones que Sandra me había dado y las más propias. Intentaba no

atormentarme con este asunto durante el día, para que no se me notara demasiado reflexivo o serio, pero al caer la noche, en la cama, pasaba horas en vela analizando pros y contras, reconstruyendo la imagen del gigante sujetando el móvil ante mí, e imaginando las reacciones de unos y otros si tomaba tal o cual decisión, como si fuera una película con varios finales alternativos.

El único final «inocuo» era aquel en el que me plegaba a las exigencias de los chantajistas. Debía darle más vueltas.

Los quehaceres propios de las fechas navideñas, tales como acudir a centros comerciales atestados para comprar regalos o cenar con familiares a los que no ves desde las anteriores Navidades, no me resultaban de mucho agrado, como ya puede intuirse. Sin embargo me mantenían activo y, quisiera o no, me evadían durante horas del problema.

Ante mis ojos desfilaron, durante la cena de Nochebuena, decenas de primos y sobrinos segundos que crecían a un ritmo sobrenatural. Chiquillos de catorce o quince años cuya estatura normal es metro ochenta; pienso que las generaciones venideras nos dejarán aún más sumidos en complejos físicos y odiosas comparaciones.

También, y aunque con ello me desvíe ya demasiado de la historia que quiero contar (abusando de la confianza de quien lea estas líneas), debo dedicar alguna reflexión a los reencuentros navideños. Ya sabéis, volver a ver a esos amigos de la infancia, los que compartieron con uno los mejores tiempos, esos años en los que la máxima preocupación era saber quién llevaría un balón de reglamento para jugar en el recreo. Creo que una infancia feliz es el mayor patrimonio que un ser humano pueda tener, ya que no son pocas las veces a lo largo de la vida en las que se echa mano, con una sonrisa en la boca, de esos recuerdos y esos lazos que entonces se crearon con otras personas.

El problema viene cuando te das cuenta de que la mayoría de esas personas tomaron caminos muy diferentes entre sí hace

bastantes años, y las reuniones de Navidad se convierten en un guirigay de charlas y preguntas triviales, donde por norma hay que fingir que te interesa si tu antiguo compañero de pupitre ha dejado su antiguo empleo por otro que le pilla más lejos. Tampoco hay que ser tan ingenuo como para pensar que a él sí que le interesa que tú acabases la carrera y comenzases a trabajar en una empresa de maderas.

Por supuesto que había personas más afines y con las que no había perdido el contacto durante estos años, esas a las que la mayoría llamaría «amigos». Si yo los hubiera considerado como tal quizá les habría expuesto mis preocupaciones y no me hubiera limitado a compartir copas. Ellos, en consonancia con el resto de las cosas, también iban cambiando y evolucionando (o al contrario): algunos ya tenían planes de casarse con sus novias a corto o medio plazo. Existencias comunes, como locomotoras guiadas por raíles gastados, de tanto haber sido recorridos antes de igual forma por otros muchos. Casarse, tener hijos, verlos crecer mientras tú menguas con el paso de los años entre preocupaciones, para que ellos repitan el proceso con su prole. No envidiaba casi nada de esa vida, si acaso el hecho de dormir caliente cada noche, con una voz amiga a tu lado que te cuidara, comprendiera y mantuviera alejado de problemas como los míos. Después recordaba muchos casos cercanos de dolorosas separaciones, infidelidades, divorcios, batallas judiciales y ruinas económicas y espirituales donde antes se presumía de cariño y estabilidad. Entonces se me quitaban las tonterías del pensamiento. Si vivir con uno mismo a veces da quebraderos de cabeza, vivir en pareja asegura una doble ración a cada mitad de la misma.

Así fueron pasando aquellas veladas de reencuentros, que siempre prometen mucho más de lo que finalmente dan de sí.

Antes de darme cuenta, los nueve días de vacaciones llegaron a su fin, y yo no tenía nada claro cómo actuar al volver a mi alterada rutina. Por no estropearla más, decidí cobardemente seguir esperando, no ya como la promesa de una venganza frente a Paco, sino como un tullido espera a que lo lleven de un lugar a otro, resignado y paciente en su camilla. No hacer nada se convirtió en mi defensa del *statu quo*, aunque sabía que a la vuelta Paco vendría a hablar conmigo y como mínimo perturbaría mi situación económica, ya veríamos en qué medida. Pecados de inmadurez, de inexperiencia, de cobardía; triste procrastinación de asuntos vitales. Sandra ya me había anticipado, a su manera, que me tomarían por tonto. Paco y Álex estaban ganando la partida, su primer movimiento era un jaque mate.

Preparé el coche y me despedí de mis padres y mi hermana. A ellos, les dejé la promesa de que vendría más a menudo, aunque desde el momento en que las palabras salieron de mi boca todos supimos que realmente no la cumpliría. A mi hermana le deseé suerte con los exámenes, aunque sabía que no la necesitaría; pensé que haría mejor en guardarla para cuando se viera con un título bajo el brazo mendigando un trabajo digno.

Cuando volviese a bajar del vehículo estaría de nuevo en aquella puta y fría ciudad habitada por frías almas, como la de Paco... y, por qué no, como la mía. Quizás era mi sitio, el hábitat que corresponde a gente como yo. Ninguno de mis colegas, los normales, los que empleaban los viernes en ir al cine con sus novias, estaban siendo chantajeados ni tenían problemas parecidos a los míos.

Me sentí como una víctima de *bulling* esperando lentamente a la llegada de un nuevo lunes que volviese a lanzarme al infierno. La sabandija de Paco, y mis tormentos nocturnos, habían convertido Puertas Arellano en un lugar hostil al que no tenía la más mínima gana de volver.

Al fin llegó un terrible aunque bien conocido zumbido, que los lunes parece más intenso y desagradable. «Abandona el calor de la cama, enfréntate al mundo» parece decir. Afortunados los hombres que no viven bajo la dictadura del despertador.

Una hora después estaba cruzando las puertas de cristal de la empresa, al menos confortado por la calefacción. En la entrada coincidí con Felipe Torres, que parecía contento de volver al trabajo, como una máquina recién engrasada. Ya había llegado Begoña, que deseaba feliz año nuevo a los que íbamos llegando y nos hacía las preguntas de rigor. No me entretuve mucho y subí a mi puesto. Pasé por la puerta del despacho de Paco, pero estaba cerrada. Aún no había llegado, y cuando lo hiciera no esperaba una visita amistosa post vacacional, como tampoco él la esperaría por mi parte.

Encendí el ordenador e intenté que me absorbiera mi tarea, que en aquella ocasión consistía en revisar y contestar al correo recibido durante los últimos días. A decir verdad, esperaba con ansia la hora del descanso. Aún tenía la esperanza de que Paco hubiera reflexionado e hiciera conmigo borrón y cuenta nueva, invadido por ese absurdo empezar de cero que a mucha gente le llega con el nuevo año, como ya comenté con anterioridad. Me aferraba a aquella idea como un niño se aferra a la creencia de que su caries se curará por sí sola para así evitar la visita al dentista.

No hizo falta esperar a la hora del bocadillo. A los pocos minutos allí estaba Paco, apoyado en el marco de la puerta de mi despacho y sin querer pasar. Igual de delgado, blancuzco y encorvado; si acaso un poco más calvo.

—Hola, Ricardo —dijo. De milagro me miraba a la cara, aunque su esfuerzo le costaba—. Espero que hayas pasado unas buenas vacaciones.

—¿Qué quieres?

—Cuando tengas un minuto, te espero en mi despacho.

Volvió a desaparecer sin darme tiempo ni a contestar. Por supuesto que tenía un minuto, y lo tenía ya. Cuando llegué a su puerta aún no había terminado de sentarse.

—Te he dicho que qué quieres —pregunté, cruzándome de brazos, lo más desafiante que pude. Paco me conocía, sabía que aquello era pura fachada, más endeble que un puñado de hojas secas.

—No hace falta que estés tan tenso. Ya tuvimos suficiente aquel día, ¿verdad? —notaba su voz temblorosa. Apostaba a que no me gustaría lo que me iba a decir—. Ante todo te vuelvo a pedir perdón. Esto no es plato de buen gusto, Ricardo...

—Dímelo a mí. Ve al grano.

—Verás... ¿recuerdas a Álex, verdad? Sí, supongo que sí. He estado hablando con él estos días y hemos acordado algunas cosas.

No me lo podía creer. ¿Los milagros existían? Por sus palabras, parecía que podía estar dando marcha atrás. Sin embargo, ¿por qué aquel tembleque en la voz?, ¿por qué su frente sudorosa? Decidí esperar antes de lanzar las campanas al vuelo.

—¿Qué cosas? —intenté no parecer ansioso.

—Todo se resume en que queremos que este tema se resuelva lo más rápido posible. Es lo mejor.

Paco intentaba de forma fallida acompañar sus palabras de una sonrisa, pero tenía poco engrasado el gesto.

—Como has visto —siguió—, hemos cumplido hasta ahora. Ese vídeo tan vergonzoso solo es cosa de nosotros tres. Ahora, lo que hace falta es que tú también cumplas. Queremos llevar todo esto de forma amistosa, sobre todo yo, Ricardo; mi primo es más lanzado. Le he dicho que eres buen chico, que mereces un buen trato por su parte. Por la mía por supuesto que lo tienes, eso ya lo sabes.

—Deja de poner paños calientes, Paco. Y deja de andarte por las ramas.

—Bueno... sabes que no es poco lo que hay que pagar, ya te lo dijo Álex.

«Lo que hay que pagar». Daba lástima que emplease aquella forma verbal impersonal, que intentase ocultar tras las palabras su vergonzosa verdad, que no dijese «lo que tienes que pagar en Dios sabe qué deudas, porque soy un inútil y un miserable, y ni siquiera cobrando el doble que tú me alcanza para administrarlo como un hombre responsable». Continuó hablando:

—El caso es que, si queremos hacer las cosas bien y rápido, tú también has de poner de tu parte, y así más pronto que tarde nos habremos olvidado de todo. Es lo mejor, te lo aseguro, lo mejor.

No paraba de repetir esa última coletilla. Me ponía de los nervios.

—Me resulta bastante patético como intentas parecer un mafioso, cuando no eres ni medio hombre —dije—. Dime de una vez lo que tengo que pagar.

—Comprendo que estés así, Ricardo, lo comprendo bien —se levantó de su sillón y se acercó a mí. Intentó ponerme una mano sobre mi hombro pero me aparté y se ensombreció su cara, más triste y pálida que de costumbre.

Puso sus brazos hacia delante, lo cual era una señal inconsciente de actitud defensiva. Definitivamente no me gustaría lo que diría, y fui estúpido por ilusionarme minutos antes. Separó sus finos labios, que eran como dos rojizas colas de rata, pero las palabras no salieron hasta pasados unos segundos:

—Este mes... será un treinta por ciento —dijo al fin, y volvió a mirar al suelo.

Yo me eché a reír de forma inconsciente. No sé por qué reaccioné así. En aquel momento todo me parecía tristemente cómico. Supongo que son mecanismos cerebrales que nos protegen.

—Sé el gran esfuerzo que supone —continuó—, pero nos conviene, de verdad. Álex quería más, y le dije que ni hablar. Hice

mis cálculos y podrás vivir normal, quizá sin darte algún capricho de más, pero bien. Serán unos meses. Por encima de mi cadáver intentaré arruinar a alguien como tú, lo sabes. Te tengo aprecio, aunque no lo creas ahora, y mucho. Pena de situación en la que estoy... ojalá pudiera invitarte a unas cervezas y contarnos cómo han ido las vacaciones, en vez de esto, ojalá...

La comicidad desapareció tal y como había llegado, sustituida por pensamientos negros como el carbón. Intenté canalizar y expulsar mis ganas de estrangularle allí mismo. O de desangrarle, como él estaba haciendo conmigo. Decidí que lo mejor era quedarse callado, con cara inexpresiva. Autocontrol: no más envalentonamientos vacíos ni tampoco más muestras de debilidad ni risas de desequilibrado. Algo de provecho había que aprender.

Paco me miró durante un largo rato y supo que no saldría palabra alguna de mi boca.

—Lo último antes de que te marches —dijo—. La nómina se cobra el día treinta, creo que esta vez cae en lunes, si mal no recuerdo. Si queremos hacer las cosas bien, y en esto ha insistido Álex, debes ir al banco ese mismo día y sacar en metálico lo acordado, para traerlo el martes y dármelo aquí. Tienes que ser muy discreto, ¿de acuerdo? Yo quería ser más flexible, mucho más, pero es mejor no presionar al otro, créeme. Si por fuerza mayor el tema se retrasa uno o dos días, por mí no hay problema, pero es mejor hacer todo como él quiere. Le conozco bien, desde que éramos niños. He intentado convencerle de que eres un buen chaval, y él dice que ocultas algo, que tiene mucho ojo para la gente. Suerte que yo le paro los pies un poco.

Miraba alternativamente al suelo y a mis ojos. En ambos casos se encontraba con una superficie dura, fría e impenetrable.

—En fin... nada más —concluyó—. Ya sabes dónde estoy. Para lo que quieras. No soy tonto y sé que con todo esto he perdido tu amistad y tu respeto. Pero confío en que con el tiempo todo se arregle. Soy un buen hombre, un hombre de palabra, Ricardo. Si en

un futuro las cosas cambian... si todo me fuese mejor de lo que hasta ahora me ha ido... no dudes en que intentaría devolverte el favor que vas a hacerme. Me lo he prometido.

Le lancé una mirada gélida, con la que espero que comprendiera que no había dicho mi última palabra, y que de hecho aún no había movido ficha. Si él se había prometido devolverme el «favor» en un futuro, yo me había prometido que esto no iba a quedar así «en un presente».

—Ah, se me olvidaba —añadió—. Lo de la chica... sé que no es el momento. Más adelante, cuando los tres, Álex, tú y yo, estemos más cómodos con esta situación, ya habrá tiempo de hablar de ella. Qué suerte tienes, amigas así... si no es mucho pedir, le podrías ir hablando sobre mí. Sé que la muchacha es liberal. Bueno, en fin, esto es lo de menos Ricardo, ya lo hablaremos.

Los emails de los proveedores y clientes podrían esperar. Me dediqué el resto de la jornada a hacer cábalas. Si algo había deducido de la conversación con Paco es que quien realmente llevaba las riendas era su primo el gigante. Y eso no me gustaba un pelo. Su presencia y palabras fueron aquel día tan impactantes y poderosas que se daba el lujo de no estar presente de nuevo, dejando el trabajo sucio al débil de la extraña pareja. Elucubré y no vi descabellado que las deudas fueran de Paco hacia Álex, y de ahí naciese tanto interés del segundo por cómo se habían de realizar las transacciones y cuáles serían las cantidades.

Pensé sobre el porcentaje asignado para aquel mes. Con mi sueldo suponía un duro mazazo. Me sorprendí haciendo cálculos sobre gastos inamovibles (alquiler y facturas) y superfluos. No me daba caprichos materiales, y aun así ahorraba realmente poco. Pensé en alternativas de ahorro en caso de acceder al chantaje, como dejar de gastar gasolina y optar por el transporte público. Adiós a la puntualidad, hola al aire irrespirable, a rodearse de caras

desesperanzadas en un ambiente enfermizamente cargado cada mañana, y después andar un buen trecho al trabajo. Todo ello eran suposiciones, ejercicios de pesimismo por si finalmente, pasadas esas tres semanas hasta el día treinta, no había pensado en otra alternativa que no fuese pagar.

Lo que estaba claro es que, lo que hasta ahora había sido una amenaza latente, ahora era un terror real, cuantificable. O me pagas o te jodo. Mecanismo sencillo y que podía funcionar dilatándose infinitamente en el tiempo, si así lo desea quien lo acciona. La idea de denunciar, aunque no sabía bien qué, se hacía más apetecible. Me maldije por no haber grabado la conversación con Paco. Fallos de principiante en estas lides. Instintivamente, sabía que el vídeo era una simple excusa para Álex. Aunque ya lo hubieran emitido por la televisión pública, me daba la impresión de que podía seguir jodiéndome por otro lado. Quizás desvariaba, pero cualquier precaución era poca ante él.

Joaquín apareció en mi despacho sujetando una chocolatina, me deseó feliz año y me invitó a salir afuera con él para despejarnos con los demás. Decliné la oferta, aduciendo estar con trabajo acumulado y sin ganas de pasar frío. Me asomé por la ventana y Paco fumaba un cigarrillo con el resto de trabajadores que habían salido. Se comportaba con normalidad, a veces incluso se atrevía a reír con ellos, y eso era otro punto a su favor. Parecía que le había llegado la tranquilidad tras haberme aclarado cómo funcionarían las cosas. Yo seguí dándole vueltas a la cabeza hasta las tres.

Salí tan ensimismado, tan absorto, que hasta que no estuve a pocos metros de mi coche no me percaté de la presencia de una figura femenina junto al mismo.

—¿Qué... qué haces aquí? —la pregunta salió trabajosamente por mis cuerdas vocales.

—He conseguido escaparme un poco antes del hiper —contestó Sandra. Aunque hubiese una temperatura bajo cero, ella seguía hermosa, cualidad que pocas personas tienen.

—Creía que no recordarías dónde trabajo —todo me había pillado de sorpresa, y no recordaba haberle mencionado nunca Puertas Arellano.

—Recuerdo más cosas de las que crees. No soy de esas que escucha y olvida.

A decir verdad, estuve realmente bloqueado durante unos instantes, mirándola como un páncilo hasta que me dio un escalofrío.

—Bueno, ¿qué quieres? —pregunté finalmente—. Pensaba que no te vería de nuevo, y ya van varias veces. No esperaba encontrarte aquí. Será mejor que hablemos dentro del coche.

—Tienes razón —dijo. Abrió su coche, un pequeño utilitario rojo.

—Si Paco te viese por aquí... —le dije, una vez sentado y guarecido del viento gélido.

—¿Si me viese, qué?

—Que confirmaría que eres mi «amiga» y pensaría que tiene alguna posibilidad de cumplir su deseo, que no es otro que tener sexo contigo, como ya sabes.

—Si por un momento piensa eso, yo misma le quitaría la idea, y no le iba a gustar la forma.

—Pues hoy mismo me ha vuelto a hablar de ti —comenté.

—Me da igual —resolvió—. No estoy aquí por eso. Bueno, en parte sí. Primero tengo que preguntarte si por fin has hecho algo para solucionar lo que tienes entre manos.

—Nada... decidí dejarlo estar, y ahora las cosas han ido a peor, como era de esperar. Ya me han hablado de cantidades; bueno, Paco me ha hablado. El otro no sé donde estará. ¿Por qué has venido? —pregunté. Estaba realmente intrigado. ¿Iría a consolarme plantándome un beso? ¿A decirme que arreglara el estropicio de la última vez? Seguía teniéndole algo de rencor, pero no hubiera dicho

que no a otro intento con ella, y menos en aquel momento triste, cuando sus labios cálidos hubieran sido buen bálsamo.

—Sabía que te estarías quieto —me dijo, en tono de triste reproche—. Eres como el niño débil de la clase, del que todos se ríen.

—Bueno, ya vale, bastante tengo que aguantar. ¿Qué haces aquí?

Sandra miraba abajo, hacia sus manos. Sus dedos jugaban con los cordones de su abrigo. Suspiró y negó con la cabeza.

—Sabía... intuía, que te dejarías chantajear, que te estarías quietecito como un animalillo —repitió.

—Si crees que no voy a hacer nada al respecto, estás muy confundida. Solo necesito tiempo.

—Cuanto más tardes en reaccionar, va a ser peor, Richard. He estado pensándolo mucho durante estos días y... no me preguntes por qué, pero creo que puedo ayudarte. Es arriesgado, para ti y en especial para mí, pero si me dejas puedo ayudarte.

15. Los Girasoles

El barrio de Los Girasoles no era, a priori, distinto a otro cualquiera en el ensanche de la ciudad. También sus calles eran anchas, sus acerados simétricos, y sus edificios se alzaban por igual, con precisión milimétrica, vestidos con las mismas pieles de ladrillo, no fuese a destacar uno sobre los demás causando resquemor entre los vecinos, tan dados a mirar la casa de enfrente antes que la propia.

Sin embargo había algo muy diferente en aquel barrio, y es que el desorden parecía ganar la partida al orden establecido o inherente a la propia ciudad. La urbe, o quienes la gobiernan, decían «aquí vivirán las familias desfavorecidas, como principio de igualdad se dispondrán en pisos semejantes, organizados en bloques de planta baja más tres alturas», y los que allí comenzaron a habitar se empeñaban desde el día cero en llevarles la contraria: por doquier los soportales de planta baja se llenaban de puestecillos permanentes de venta de fruta o ropa, los locales se convertían en viviendas ilegales, y en las terrazas, además de tendederos que dejaban al aire las vergüenzas de todos, asomaban antenas parabólicas, cada cual más grande que la de la vivienda de al lado. Uno se preguntaría con qué pagaban aquellas gentes la cuota mensual para ver cientos de canales, y sobre todo cómo podían permitirse aquellos vehículos de gama alta que poblaban ambos lados de la calzada. Añado que solo los más ingenuos se hacen tales preguntas.

Lo que sí despierta dudas, o al menos siempre las ha despertado en mí, es la pasividad de los agentes de la ley y el orden ante tal realidad. Uno ve muy fácil la posibilidad que tendrían de seguir a alguno de aquellos coches, un día cualquiera, y descubrir (o más bien confirmar) sucios asuntos de toda índole. Por qué no lo hacían quizás se debía a que en Los Girasoles sobraba dinero para comprar muchas personas y cosas, aunque se pagasen parabólicas y Audis. Y, como ya sabemos, el dinero hace milagros. O puede que estuviese equivocado, bendita ignorancia, y la policía no fuese sino una víctima más de la absurda burocracia que empapa el funcionamiento de todo, y para atrapar al ladrón hubiese que ir con una pesada orden del juez por delante, en lugar de pistola en mano, como querrían el común de los ciudadanos.

Puede que convivieran estas dos opciones o muchas más. Como dijo Sandra y como yo también pensaba, la realidad no es ni blanca ni negra, más bien se descompone en infinidad de tonos de gris. Abarcar y comprender todos ellos y sus relaciones es imposible, y hay muchos que prefieren refugiarse a uno u otro extremo del gigantesco pastel para así sentirse más seguros.

Así pues, Los Girasoles constituía una pieza de anarquía adosada al resto de la ciudad, que no se preocupaba en exceso ante éste y otros barrios similares (ninguno peor, todo sea dicho) pues ya se establecían las barreras físicas necesarias para el sano aislamiento entre la gente «de bien» y aquellos que viven en calles cubiertas con grafitis y ensuciadas por jeringuillas. En estos casos, unas oportunas vías de tren, una circunvalación que rodea la urbe y la atraviesa justo allí, qué casualidad, o un gigantesco y desierto parque suelen hacer las veces de muralla entre lo bueno y lo malo. No hay tono de gris que valga para políticos y urbanistas, tan maniqueos, cuyo principio es y ha sido siempre «divide y vencerás».

Ya habrá tiempo de ahondar en la sucia realidad de aquel gueto y en las razones que me llevaron a recorrerlo en más de una ocasión, y que comenzaron dentro del pequeño coche de Sandra, el frío lunes de enero en que se presentó en Puertas Arellano ofreciéndome ayuda.

—Vámonos de aquí —resolvió, mirando inquieta a través del parabrisas, que comenzaba a empañarse—. Pensándolo bien, no tengo ganas de que nos crucemos con Paco y meterte en más problemas.

—Será lo mejor.

—Supongo que no has comido. Yo tampoco, coge tu coche y te sigo hasta algún sitio cercano donde podamos parar. Allí te explicaré todo.

A decir verdad, no tenía hambre alguna, únicamente ganas de escuchar lo que tuviera que contarme. La lástima que desprendía hacia mí en nuestro último encuentro, en el umbral de su puerta, se había transformado durante las vacaciones en una decidida voluntad, la de ayudarme. Aquella irresistible mujer no dejaba de sorprenderme. Tampoco de atraerme, para qué negarlo, aunque sobre ella hubiera vertido mi odio y lanzado toda clase de maldiciones unos días atrás. Si físicamente resultaba perfecta a mi paladar, y eso que lo tenía acostumbrado al caviar de las diosas del porno, cada vez tenía más curiosidad por su personalidad. Qué diferente es la atracción cuando pasa de lo puramente carnal a un escalón superior. Todo deseo no correspondido se sufre, pero del que hablo aún más, bien lo sabe cualquiera que lo haya experimentado. No había señal de que Sandra tuviera otro tipo de interés en mí que no fuera el de ayudarme, que bastante era

sabiendo las circunstancias. Y además, para cerrar la ecuación estaba Alberto, su novio, aquel hombre de mirada afilada.

A escaso medio kilómetro de Puertas Arellano, saliendo del polígono industrial, desviándome hacia una vía secundaria aun así salpicada de naves y cerciorándome de que detrás de mí solo estaba el coche de Sandra, giré hacia la «Venta López», el primer restaurante que vi en el trayecto. Menú del día a precio de saldo. Aquel lugar no se parecía en nada a los que recorrimos empapados por el centro de la ciudad, pero tampoco estábamos en el mismo contexto. Sandra no se quejó, parecía tan ansiosa de contarme sus planes como yo de escucharlos.

Escogimos una mesa algo apartada del jaleo y del ir y venir de los trabajadores de la empresa de cementos cercana, que engullían sus platos ansiosamente. Ambos pedimos el menú, sopa de picadillo y filetes de ternera con patatas asadas, aunque yo sospechaba que mis platos quedarían intactos. Sandra miró la etiqueta de su refresco y empezó a despegarla lentamente con las uñas.

—¿Y bien? —pregunté—. Cuéntame qué ha pasado por tu cabeza. Aún no me acabo de creer que hayas venido hasta aquí.

Dio un largo sorbo directamente de la botella. Me debatía entre la necesidad de que empezara a hablar y el deseo de que sus labios siguieran perpetuamente formando esa «o».

—A ver... —dudó—. No te he hablado casi nada de mi novio, de Alberto.

—Ni falta que ha hecho.

—Puede que ahora sí haga falta.

—Antes de vacaciones me diste suficientes datos para no querer saber más.

—Déjame empezar. No te he hablado de él, no quería y no ha hecho falta hasta ahora. Pero le he dado vueltas una y otra vez. He pensado mucho sobre todo esto. Y me he dado cuenta de que quizás él pueda serte útil.

La miré con expresión desconfiada. Mi cerebro funcionaba a muchas revoluciones y aun así no veía de qué manera podía «serme útil» aquel a quien su novia había engañado conmigo. Sandra supo que tenía que seguir dándome explicaciones, y muchas.

—Alberto conoce a bastante gente, más de la que imaginas. Gente de todo tipo. Incluso gente que puede que sepa quién es el primo de Paco.

—Mejor sería no meter a ese tipo en la conversación —recomendé.

—¿Puedo seguir? A lo que iba: ese tipo de personas suelen tenerse «controladas» las unas a las otras, tú me entiendes. Y como tú siempre dices: la ciudad es pequeña. Me he tomado la libertad de decirle que tengo un buen amigo con problemas y se ha ofrecido a ayudar.

Me llevé las manos a la cabeza. Pensé que había sobrevalorado la perspicacia de aquella chica. Puede que todo este tiempo hubiese estado confundido y que en efecto no fuese más que otra cajera de cortas luces.

—Se te ha ido la cabeza —dije suspirando, mientras nos servían los platos, y esperé a que el camarero se alejara una distancia prudencial para poder seguir hablando—. ¿De verdad has pensado, por un momento, que era una buena idea hablarle a él sobre mí y mis problemas? ¿Sabes de dónde vinieron, no? ¿Lo recuerdas?

—No sé a qué te refieres. Tus problemas vienen de ese hijo de puta de tu compañero.

—Mis problemas empezaron aquella noche en tu apartamento. Me has dejado de piedra... y me has hecho un flaco favor, y también a ti misma, después de todo lo que dijiste sobre tu novio. Siempre has repetido que si se entera de lo que pasó entre nosotros tendríamos un problema, y ahora has dado pie a que pase. Yo no quiero saber nada.

—Para el carro, Richard. En ningún momento he dicho que le haya hablado sobre ti o sobre el vídeo. Tendría que ser muy estúpida. Solo he tanteado el asunto y he comprobado que puede ayudarte. Si decides que no, no he dicho nada, y le diré que por tu cuenta has sabido salir del bache. Nunca sospechará nada.

—¿Y cómo iba a ayudarme? ¿Acaso iba a pagarme lo que me pidan cada mes? O no, mejor aún, les dará una buena paliza a Paco y a Álex —añadí, irónico—, ¿a eso te refieres? Dile que se sorprenderá con el tamaño de uno de los dos.

—Te confundes. No creo que jamás haya sido violento con nadie, a no ser que realmente le hayan sacado de sus casillas —dijo intentando tranquilizarme, mientras soltaba el cuenco de sopa, ya vacío, y se metía en la boca un trozo de filete.

—Ya, y eres tan ingenua de pensar que no acabará viendo la grabación, a poco que se entrometa con esos dos; creo que eso sí le sacaría de sus casillas. Alberto no me da buena espina, te lo tengo que decir.

—No le conoces. Que lo hayas visto una vez no te da derecho a decir esas cosas.

—El caso es que me parece huir del fuego para caer en las brasas. No quiero entrometer a más gente en esto, y menos a tu novio. Que me lo hayas propuesto me parece una locura. Te tenía por alguien más lista.

Ella dio un trago a su bebida y se aclaró la garganta.

—Y yo creía que no me tomarías por una cría —me miró directamente a los ojos; el reflejo del exterior en el verde de los suyos se hacía intenso, difícil de mirar—. Sé muy bien lo que hago. Tengo que explicarte algunas cosas sobre Alberto... lo primero y más importante es que su ayuda consistiría en presentarte a la gente adecuada. Él poco más tendrá que ver, te lo aseguro. Y si no fuese así, que lo dudo, rechazas su oferta y punto, por tu bien y por el mío. Si se diera el caso yo también tendría mucho que perder. Así que fíjate si puedo estar segura de lo que hago.

—¿Se puede saber quién demonios es tu novio y qué tipo de gente conoce? —inquirí. Ella se lo pensó por unos instantes y me contestó con otra pregunta.

—¿Has ido alguna vez al barrio de Los Girasoles?

—Nunca.

—Lo suponía.

—No se me ha perdido nada allí —dije. De todos eran conocidas las historias que contaban sobre aquel suburbio. Algunas serían leyendas, magnificadas de boca en boca, claro está, pero como suele decirse, «cuando el río suena agua lleva», y tenía en mente el dato de que ni siquiera la policía acudía a ciertas calles del barrio.

—Pues Alberto vive allí, desde siempre. Se crió en Los Girasoles y dice que solo lo saldrá de allí en una caja de pino.

—No me pareció un gitano.

Sandra soltó una carcajada.

—¿Y yo, te parezco una gitana?

—Qué pregunta más estúpida, pues claro que no.

—Pues también me crié allí.

Debió ver como cambiaba la expresión de mi cara; estaba encantada de su poder de sorprenderme.

—Tuve la suerte de irme de aquel sitio hace ya muchos años —continuó—. Me crié allí con mi abuela; todo lo que tengo se lo debo a ella. No era buen lugar para una niña, y ella no paró de trabajar y ahorrar hasta que con el sudor de su frente tuvimos dinero para mudarnos a un barrio mejor. Alberto no tuvo esa suerte, pero sí una buena cabeza para saber lo que se hacía, para camelarse a unos y a otros y hacer buenas amistades. Él siempre ha destacado sobre los demás. Es muy listo y muy querido en el barrio. Muchos van a consultarle o a pedirle ayuda cuando tienen algún problema. Me hace gracia que los que no tenéis ni idea de lo que es eso creáis que solo hay gitanos y chatarra. Hay gente de todo tipo, trabajadores y delincuentes, o los dos.

—No sé qué decir —balbuceé. Mi sopa y filetes permanecían intactos, quietos, fríos; parecía que también se habían congelado con la sorprendente historia de Sandra—. Ahora que me has hablado de estas cosas, si antes te decía «no» a lo de ayudarme, ahora es un no rotundo. Por lo que me cuentas parece que es una especie de «padrino» o algo así. Si llega a saber lo que hicimos estoy muerto.

—¿«Padrino»? —rió—. Cuánto daño hacen el miedo y las películas. Reconozco que he tenido algo de culpa en que te sientas así, pero Alberto no ha hecho daño a nadie. Nació allí, no tuvo tanta suerte como tú, pero al menos él ha sabido aprovechar su inteligencia y tiene un nombre en el barrio. Si allí hablas de «Sable» todo el mundo sabe quién es.

—¿Tiene un nombre en el barrio, eh? Apuesto a que no te ha contado todo lo que hace o a qué se dedica. «Sable», menudo apodo.

—Todo el mundo tiene alguno allí. A él se lo dicen desde niño. Llevamos saliendo desde que nos conocimos —reflexionó en voz alta, mirando por la ventana—. Se enamoró de mí cuando yo solo tenía doce años. Decía que era la chica más bonita que había visto, y que tenía que ser para él. Y lo fui. Hemos tenido altibajos, y es verdad que últimamente no nos va todo lo bien que debería, pero le quiero por como es. No me importa que no tenga un trabajo fijo, o que no pare quieto durante todo el día. Cada uno se gana la vida como puede.

—¿Llevas con él ocho años? Ya debes quererlo, sí.

—¿Aún piensas que tengo veinte? —sonrió—. Ese era otro truquito para la audiencia. Tengo cinco años más, Richard, aunque aún parezca algo niña.

Veinticinco. Solo era un año y poco menor que yo. Con tanta novedad estaba olvidando el tema principal de la conversación. Ella ya había terminado con la bola de helado que habían traído como postre en algún momento que me pasó desapercibido.

—Eres una caja de sorpresas —dije—. No me dijiste nada sobre tu edad aquel día.

—A veces me gusta guardarme cosas para mí misma.

—Ya veo. En fin, te agradezco tu intento de ayudarme, pero no, gracias. Me las apañaré yo solo.

—Pagarás tú solo, mejor dicho. Allá tú, Richard. Algún día dejarás de ser un cobarde. Prométeme que te lo pensarás por si llega ese día.

Cogió el bolso, sacó un billete de diez euros, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie.

—¿Te vas? Llévate esto, anda —dije devolviéndole el billete.

—No, me da que a partir de ahora vas a necesitar cualquier moneda que encuentres. De nada, por cierto. Al menos lo he intentado.

Se puso el abrigo apresuradamente, y caminó hacia la entrada.

—¡Espera! —le dije. Me acerqué a la barra y pagué la cuenta.

Ambos salimos a la vez, de nuevo a la glacial intemperie.

—Espera, escúchame —dije agarrándola por la manga del abrigo para que se volviera. Había salido escopeteada hacia su coche—. ¿Qué alternativas va a darme él?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que me parece una idea de locos, y viniendo de donde viene, quizás implique más extorsión, o incluso violencia, y más precio a pagar por mi parte.

—Eso tendrías que hablarlo con él. Y no, por supuesto que no tendrías que pagar nada por su ayuda. No es una especie de mafioso como tú crees. El favor que te hace es por mí.

Cavilé durante unos segundos. Quise pensar en lo que podía ganar y perder con la decisión que tenía que tomar. Si volvía a decir que no, la vería desaparecer al instante y para siempre. Solo me quedaría el triste consuelo de verla en el centro comercial, escondido entre la multitud. Si accedía a hablar con su novio aún estaría aferrado, aunque de forma extraña, a su presencia, a su

interés, como mínimo a otro encuentro en el que preguntase sobre mis avances sobre aquella solución nacida en su cabeza. Ante ella, desechaba inconscientemente cualquier otro razonamiento que no condujese a verla otra vez. Así de traicionera es la voluntad cuando una mujer bonita se cruza en el camino. Mientras tanto Sandra ya se había metido en su coche, muerta de frío.

—Está bien —dije al fin—. Hablaré con él.

Ella bajó la ventanilla.

—Sabia decisión.

—Pero si algún detalle no me convence, o su mirada, o la gente a la que supuestamente me va a presentar...

—No tengas tanto miedo, joder —intervino—. Lo único que debes recordar es que si él mismo se ofreciese a hacer algo, a entrar en contacto de algún modo con Paco y el primo, tú debes dar marcha atrás. Lo único que él sabe es que hay gente intentando joder a un amigo mío. Es cosa tuya inventarte otra historia en la que por supuesto no nombres la palabra «vídeo» o algo parecido. No piques su curiosidad. Él despacha asuntos así todos los días, pone a unos en contacto con otros. A eso se dedica. Sobre él gira buena parte del barrio, ya te lo he dicho.

—Lo sé, lo sé, ya me guardaré de no meter la pata. ¿Cómo me reúno con él? ¿Dónde?

—¿Has pagado con mi billete? —preguntó, arrancando el coche y poniendo la calefacción al máximo.

—Por supuesto que no, aquí lo tengo para devolvértelo.

—Creo que te conozco mejor de lo que crees —dijo sonriendo—. Míralo, haz el favor. En cuanto a Alberto, si ya le has visto antes no tendrás problema en reconocerlo. Hasta otra, Richard.

No esperó a mi respuesta. Arrancó el coche y en pocos segundos se perdió en la distancia.

Saqué del bolsillo aquel papel arrugado. Sobre la banda de color rosa claro, al lado izquierdo, había algo escrito con bolígrafo:

«*Miércoles 18:30. Bar Vélez*».

Curiosa forma de citarme para el encuentro. De haber pagado con su billete, no sé si me hubiese dicho de palabra aquella hora y dirección para reunirme con Alberto. Sin embargo lo había conservado con la sana intención de devolvérselo y eso era lo que importaba. Quizás el propio Alberto le había apuntado ahí a Sandra la hora y lugar a las que estaría disponible, y simplemente a ella no le apetecía hablar más conmigo en el frío de la calle. Siempre hay una explicación más sencilla de lo que uno cree.

Llegué a casa y encendí el ordenador. Antes de ponerme «a lo mío», abrí los mapas de mi ciudad en la web. En la barra de búsqueda introduje «Bar Vélez».

Apareció una única flecha roja, justo en el interior de Los Girasoles.

16. *Sable y Pajas*

A día de hoy, aún me parece misterioso por qué decidí acudir a aquella extraña cita. Eran muchos los factores, demasiadas las posibles explicaciones; podrían ser la falta de alternativas, el misterio por conocer un poco más al tal «Sable» y saber qué tenía que ofrecer, y sobre todo el deseo de ver a Sandra una vez más, de seguir en contacto con ella, pues había conseguido colarse en mis entrañas de una forma rara, dura, casi violenta, pero más real que el resto de cosas que había en mi vida. No tenía su nuevo teléfono y tampoco sabía exactamente por qué se decidió a prestarme su ayuda. ¿Finalmente algo habría removido su conciencia? ¿Sentía que me debía algo? ¿Seguía siendo solo lástima? Lo único que yo sabía es que quería verla de nuevo.

Por otra parte, creo que a veces uno toma decisiones por pura rebeldía ante lo que considera normal en sí mismo. El empeño por contradecirnos es sano y rompe jaulas de fuertes barrotes, esas que nos forjamos poco a poco durante años y sin darnos cuenta. Llevarle la contraria al curso natural de nuestra vida nos reinventa aunque sea por momentos. Ricardo Gómez hubiera muerto de viejo sin pisar un barrio como Los Girasoles. Ricardo Gómez hubiera vivido solo, sin mayor compañía que la del teclado y ratón. Ricardo Gómez hubiera pagado silencioso a Paco y Álex hasta que dijese basta.

Sin embargo, lo único cierto es que allí estaba. Quizás ya no era Ricardo Gómez y ahora me llamaba *Richard_dreyfuss*, el que empezó todo cuando reunió las agallas para detener a Sandra en el

pasillo del hipermercado. Todo rebotaba una y otra vez en mi cabeza. Eran las seis y veinte y recorría con mi coche la ronda urbana. A un par de kilómetros encontraría el desvío hacia Los Girasoles, y no tenía la certeza de que realmente fuese capaz de seguir adelante, de no caer en la tentación de volver a casa y seguir siendo, definitivamente y por siempre, Ricardo Gómez, el triste perdedor. Pensándolo bien, *Richard_dreyfuss* también era un fracasado, pero al menos le echaba más huevos a la vida.

Puse el intermitente y comprobé como la carretera descendía hacia otro mundo. Supe que, si era capaz de detener el coche en aquel barrio, si era capaz de salir de allí a pie y caminar hacia el Bar Vélez, habría cruzado la línea que separa al cobarde del valiente. En cualquier caso, si las cosas se ponían feas por cualquier motivo, no tendría más que volver al coche y salir de allí. De hecho, tenía muy presente una de las condiciones que puso Sandra: si inesperadamente surgía la mínima posibilidad de que Alberto llegase a estar cerca del vídeo, todo tendría que cancelarse.

Tenía puestos tres mil ojos en el volante. Llegué a una rotonda con tres salidas. La primera iba directa a una gigantesca y yerma extensión de tierra, salpicada con algunas chabolas. Por un pequeño camino entre los hierbajos quemados y la suciedad, caminaban un hombre y una mujer, sucios y famélicos. Supuse que aquel era el lugar del barrio donde el yonki común deambulaba de aquí para allá durante la abstinencia, y a donde volvía rápido, colérico, extasiado, a inyectarse una nueva dosis con que calmar momentáneamente su sed. Adictos. No eran tan diferentes a mí, aunque su adicción terminaba poco a poco con sus vidas. Pude ver basura amontonada y niños jugando sobre ella ajenos, o probablemente acostumbrados, al solitario camino de ese hombre y mujer, repetido una y mil veces por otros, como así lo sería por muchos de ellos pasados los años, pues pocas cosas suelen

cambiar en lugares así. No era difícil imaginar que de cuando en cuando pisarían alguna jeringuilla, que probablemente les complicara más si cabe su existencia.

Era allí donde iban a parar los acabados, los que no tenían ninguna esperanza, aquellos cuyo día a día consistía en conseguir el dinero justo para un pico con el que seguir machacando sus venas, cada día más fáciles de encontrar, perdida la grasa y el color de la piel. «Son escoria», dicen algunos. Allí, viéndolos de cerca desde el coche, comprobé que eran humanos con una triste historia tras ellos. Habían tenido mala suerte al nacer; todo suele reducirse a eso, por muy triste e injusto que sea.

Junto al arcén también había una prostituta, ajada por las penurias y las horas a la intemperie, con un pequeño silloncito sin respaldo sobre el que apoyaba el bolso. Iba vestida con una suerte de corpiño negro, que no daba ni para apretarle las escasísimas carnes, y una minifalda que cubría lo estrictamente necesario. Cuando vi su cara comprendí que dentro del bolso, además de condones, lubricante y toallitas, también habría papel de plata, una cuchara, un mechero y papel de fumar, entre otras cosas. O quizás una jeringuilla. Eso iba a gusto del consumidor.

La siguiente salida se dirigía a mi destino, el núcleo principal del suburbio, donde al menos la gente vivía bajo un techo firme. Los últimos rayos de sol ya languidecían por el oeste, recortándose tras los bloques de ladrillo. El Bar Vélez no quedaba lejos de la entrada al barrio, pero tampoco todo lo cerca que hubiera deseado.

Las calles estaban pobremente iluminadas. Tanto en la calzada como en la acera había niños, muchos niños, riendo y correteando tras pelotas de plástico o persiguiendo a sucios perros. No era raro, pensé, ver tanta población infantil allí donde la mejor o única distracción es la compartida en el lecho por hombres y mujeres, que se buscan unos a otros sin miramientos, sin barreras ni educación para ponerlas, con el fin de abstraerse del duro día a día.

También había chavales más mayorcitos, algunos sobre desvencijadas motocicletas con escape libre. Tendrían quince, dieciséis... edades a las que empiezan a meterse en problemas y también a consumir. Estaban en la obligación de ser el más chulo para ganarse un hueco en la pandilla. En Los Girasoles, para comenzar a ganar el respeto de los demás quizás tendrían que robar un bolso o atracar una panadería. No bastaba con ser bueno jugando al fútbol.

Todo el que estaba en la calle miraba extrañado a mi coche; allí se controlaba a la perfección quien entraba y salía del barrio. Todos se conocían. Tras los cristales, mi buena apariencia era una nota discordante en aquel particular concierto.

A ambos lados, las viviendas se alzaban como gigantescos campos de concentración. Eran todas idénticas. Construcciones de forma cuadrada, revestidas de ladrillo, dejando al interior enormes plazas que podían entreverse desde la acera, y donde a buen seguro tendrían lugar todo tipo de intercambios, a la sombra de miradas no convenientes. Un minúsculo cartel patrocinado por Coca-cola pendía de la esquina achaflanada de uno de los bloques. Allí estaba el Bar Vélez.

Aparqué el coche en un hueco de la acera de enfrente. Desde dentro del bar podría tenerlo controlado, aunque no llevaba nada de valor, ni siquiera la radio, a buen recaudo en mi piso.

Justo al bajar del coche apareció de la nada un hombre moreno, andrajoso y demacrado. Tenía saliva concentrada en las comisuras de los labios, y una barba rala de color grisáceo. No habría sabido decir si se trataba de un gitano; tanta calle y tanta droga habían desdibujado hasta sus rasgos, e incluso el color de su piel.

—¡Amigo!, déjame cinco euros, que no he comido aún —dijo mientras se acercaba, rompiendo cualquier límite o barrera de mi espacio vital; supuse que esas cosas pertenecían al mundo civilizado. También me percaté de que no formuló su deseo en forma de pregunta, sino imperativamente. Unos chiquillos, montados

en bicicleta, se acercaron derrapando y empezaron a reírse. Acababa de salir del vehículo y ya tenía buena conciencia del lugar donde estaba. Si hubiera aparcado más lejos del bar quizás me hubiera metido de nuevo en el coche para salir pitando de allí, pero solo tenía que cruzar la calle.

—No tengo, lo siento —contesté alejándome.

—¿Que no tienes, mamón? ¿Que no tienes? —chilló. Yo seguía en dirección a la otra acera y el daba pequeños pasos, pero sabía que no me seguiría—. ¡Mira el pijo cómo se va! ¡Mamón, *agarrao!*

Entré al Bar Vélez temiendo más que nunca por los cristales de mi coche, mientras el hombre chiflaba bien fuerte con los dedos en la boca, intentando que me detuviese y me diese la vuelta, cosa que lógicamente no hice.

El establecimiento era sencillo, de forma cuadrada y con un par de ventanas enrejadas en las paredes que daban a los soportales del exterior. En Los Girasoles todas las ventanas tenían rejas. Pensé que no sería mala costumbre para algunos de los que allí vivían; una adaptación temprana a un futuro guiado hacia cualquier prisión. Había algunas mesas cuadradas, un par de ellas ocupadas por señores jugando al dominó. Las paredes eran amarillentas, y estaban adornadas con fotografías del equipo de fútbol del barrio. La barra tenía forma de ele y era de madera barata y desgastada. Tras ella, modestas baldas con algunas botellas medio vacías y un camarero, el único en el local, que rellenaba una jarra de cerveza mientras me miraba con cara de pocos amigos. Se trataba de un hombre menudo, de piel enrojecida y grandes bolsas bajo los ojos. Yo era una presencia desconocida, y ya me había dado cuenta de que, en aquel barrio, lo desconocido no era precisamente sinónimo de bienvenido.

Al fondo, junto a la puerta del baño y el televisor, había un tablero de dardos. Ante él, y de espaldas a mí, se divertían un hombre de mediana altura y un chaval de unos diez u once años, rollizo y con el pelo revuelto. Me acerqué un metro más, notando la

mirada candente del camarero, y pude comprobar que era Alberto quien jugaba, presumiendo ante el niño de su precisión con algunas risas y palmaditas en la espalda. Llevaba vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero desgastada y abierta de forma casual. Era la misma persona que vi salir del portal en la calle La Luna, no había duda, pero ahora estaba relajado y sus facciones me parecían menos duras. Me acerqué algo timorato.

—Hola, ¿eres Alberto? —pregunté, intentando que mi voz sonara firme y haciendo que se diera la vuelta.

—Ese soy yo —respondió con una media sonrisa, mientras soltaba los dardos en una mesa—, pero aquí nadie me llama así. Tú debes ser el amigo de Marina... Marcos. ¿O era Ramón?

—Ricardo —corregí—. Me llamo Ricardo.

—Eso es, no me acordaba —miró al niño y le dio dos toquitos en la cabeza—. Vete a jugar a la calle, anda.

—Joder, ¡no hemos terminado la partida!, ¡te iba a machacar!

—En tus sueños. Corre a la calle que tengo cosas que hablar, luego te busco.

El niño refunfuñó y tiró con fuerza sus dardos al suelo antes de perderse por la puerta.

—Putos niños... —dijo Alberto—. Les das la mano y te cogen el brazo. De éste me ocupo yo. No quiere ir al colegio el pequeño cabroncete, y se pasa el día conmigo. A lo mejor así aprende más, quién sabe. En fin, siéntate. ¡Torete, un par de cañitas por aquí!

El camarero abrió el grifo y tiró a la perfección la cerveza. La sirvió en la mesa y se retiró sin dejar de mirarme. Alberto y yo tomamos asiento, y al fin pude observarle bien: llamaba la atención la parte superior de su cara, donde sus cejas resultaban como dos gruesos ciempiés, uno de los cuales estaba atravesado por un aro metálico. Bajo ellas relucían dos ojos negros como el azabache y ligeramente achinados, penetrantes. Era una mirada inteligente, algo fría. De pronto rió de nuevo. Si algo me sorprendió de aquel muchacho delgado fue su capacidad para sonreír, que demostraba

cada pocos segundos. Se veía un hombre satisfecho y seguro de sí mismo. No me extrañaba, con una mujer como Sandra compartiendo con él su vida y su sexo. Eso tenía que dar seguridad a cualquiera.

—Colega, tienes unos huevos bien gordos para haber venido hasta aquí con esas pintas —señaló mirándome de arriba abajo; yo llevaba vaqueros azules y una chaqueta de marca sobre el jersey. No caí en la cuenta de que mi indumentaria no era la más adecuada para no llamar la atención más de lo normal—. Raro es que no te hayan robado de camino, se ve a dos kilómetros que eres un «niño bien» de la ciudad.

—Lo cierto es que se puede decir que ya lo han intentado —sonreí, intentando quitar hierro al asunto.

—En cuanto te vean conmigo ya no lo intentarán más —dijo guiñando un ojo en expresión cómplice.

—Bueno, no sé lo que te habrá contado Marina... —dije—. No tenía muy claro si venir.

Alberto se inclinó hacia mí para hablar con voz más baja:

—Me dijo que un amigo tenía problemas, que estaban intentando joderle en el curro. No me dio más detalles.

—Así es, *grosso modo* —por un momento dudé si comprendería esta expresión.

—Pues has venido a un buen sitio. Los problemas de mi Marina son los míos, y ella estaba preocupada con lo tuyo. ¿En qué trabajas?

No pensaba darle demasiados datos a aquel hombre. Sabía que me llamaba Ricardo. Consideré que incluso eso sobraba y había sido un error de Sandra, llegado el caso de que las cosas no marcharan bien. Tenía la respuesta preparada:

—En una consultora de ingeniería, en el centro.

Sus ojos se desplazaban rápido por los míos, como analizando cada milimétrica palpitación, cada titubeo involuntario, cualquier indicativo que le dijese si mentía o no. Supuse que era una de esas

personas nacidas con mirada analítica y gran comprensión. La vida le habría enseñado, a fuerza de algún que otro palo, a desconfiar. De pronto sentí el miedo, muy racional, de estar contándole medias verdades, de estar al filo del alambre para no decir más de lo debido.

—Vaya, ¿ingeniero entonces, eh?

—Efectivamente, ingeniero industrial.

—Un coquito —sonrió.

—No tanto. Solo se trata de tener constancia.

Me miró con una cara mitad pena y mitad admiración.

—Toda tu juventud estudiando, esforzándote para conseguir un buen trabajo, para que ahora te intenten joder. Muy triste.

—Sí, sí que lo es.

—Joder, quiero decir, ni en los mejores sitios os libráis de estas movidas... ya sabes, un compañero que le hace la vida imposible a otro, cosas así; supongo que es de eso de lo que estamos hablando.

—Exactamente de eso —dije.

—¿Sabes qué? Yo cortarí por lo sano. Al cien por cien. Pero entiendo que toda la gente no es igual. ¿Cuántos son? Ya sabes, los que tienen ese mamoneo contigo. Ahora van a venir un par de buenos amigos... a ellos les vas a dar los detalles, pero cuéntame algo más.

Intenté disimular mi cara de alivio. Sandra estuvo en lo cierto y parecía que Alberto quedaría al margen, como simple mediador entre mi persona y quienes se encargaban del «trabajo sucio» que fuesen a proponer. A simple vista no me quedaba claro su papel en aquel barrio, pero lo mío serían minucias en comparación con otros asuntos con los que lidiar. Aún así, no pensaba contarle demasiado. Como reza el dicho: un hombre es esclavo de lo que habla y dueño de lo que calla. Tenía que cuidarme de no despertar demasiada curiosidad en él.

—Pues verás —dudé—, concretamente son dos. Saben... algo mío que yo no quiero que nadie sepa. A algunos podría parecerles una tontería, pero yo cuido mucho de mi privacidad. Ellos me amenazaron, y desde entonces me obligan a pagarles una cantidad al mes para que no salga a la luz.

—Entiendo... —reflexionó—, te tienen cogido por los huevos.

—Y bien cogido.

—Pasa más de lo que crees. Pero, escúchame, ellos pueden decir lo que quieran. Sería tu palabra contra la suya. Te lo digo para ahorrarte estos «trámites».

—No es tan fácil. No son simples infamias —dije. También tenía la duda de que conociera la palabra.

—¿Tienen algún tipo de prueba con la que asustarte?

—La tienen —confesé.

—Entonces estamos hablando de palabras mayores —adoptó un tono más serio—. No quiero entrar en el tema, pero me lo imagino... jodiendas con la mujer del jefe, o su hija, o vete a saber. Tampoco hace falta que digas más.

«No, no te lo imaginas», pensé. Si te lo imaginaras ya estaría recibiendo una paliza o algo peor.

—Te lo agradezco, Alberto —dije. Él volvió a sonreír por un instante.

—No me acostumbro a que me llamen así. Aquí todo el mundo, y cuando digo todo es todo, tiene algún mote.

—Interesante... —fingí—. ¿Y cuál es el tuyo?

—Sable —dijo henchido de orgullo por unos instantes—. Si te esperas a que haga una llamada, te cuento el porqué. Aunque... ¿no serás poli, verdad? —bromeó—. Voy a avisar a Cazuela y Furby. Ellos se encargarán de lo tuyo; te caerán bien, ya lo verás.

Se levantó sacando el móvil del bolsillo del pantalón, y salió por la puerta, dejándome solo. Ya no me sentía observado solo por el camarero, sino también por el resto de clientes. Es raro e inquietante ese instinto de saberse observado, aun estando

completamente de espaldas ante quienes miran. Apuré mi cerveza y a los dos minutos apareció de nuevo Sable. Le concederé el favor de no volver a llamarle Alberto, tampoco por escrito.

—En un rato estarán aquí —anunció—, son tíos ocupados, de los pocos que tienen trabajo fijo en el barrio. ¿Por dónde iba? Ah, sí, lo de Sable. Te habrás quedado algo extrañado. Te lo cuento y así hacemos tiempo. Puede que hasta se te quite un poco de miedo de estar aquí, que te veo la cara muy tensa.

—Es verdad —confesé—, es la primera vez que vengo por aquí y no me habían hablado muy bien de este sitio.

—Te comprendo. Nadie de fuera viene por aquí si no es a lo que es. Esta es la fama que tenemos. Pero creo que no la merecemos. Los Girasoles es como un pueblo; en los pueblos todo el mundo se conoce, y lo que te estaba contando, se ponen apodos los unos a los otros.

—¿Desde cuándo te llaman así?

Sable pidió otras dos cañas y comenzó a narrarme su historia, de forma algo inconexa. Aun así, he de admitir que no se expresaba mal para tratarse de alguien sin estudios, sumergido en la realidad de un mal lugar. No se trataba solo de matar el tiempo; me daba la sensación de que Sable me hablaba de su vida para aumentar su magnetismo ante mí, para ganarse el respeto (y puede que el miedo) de alguien de fuera de Los Girasoles.

Con sus palabras, me contó que el barrio exigía a los niños, desde bien pequeños, a ser los más listos, los más valientes, los más cabrones. Él empezó con pequeños hurtos a los ocho años. Su madre no podía controlarle, y no llegó a conocer a su padre, quien se marchó de casa antes de que naciese. Esta historia, dijo, era calcada a la de muchos de los yonkis que ahora se dejaban la vida en «el campillo» (así es como conocían al poblado chabolista junto a la rotonda).

A tan tierna edad comenzó a hacer pequeñas escaramuzas por los barrios y urbanizaciones más cercanas de la ciudad. A los trece, ya era un visitante asiduo de las comisarías, donde pasaba como mucho un par de horas antes de que le soltaran. Por entonces, incluso más que en nuestros días, las armas blancas eran los juguetes de los niños de Los Girasoles. Allí no se jugaba con balones ni patinetes ni consolas. Él consiguió, no recordaba cómo, una gran navaja tipo mariposa, que por algún defecto de fabricación tenía la hoja doblada y no podía cerrarse, con lo cual la llevaba siempre abierta, en mano o colgando del pantalón con una cadena. La relación de tamaño entre el huesudo niño y su navaja torcida era casi cómica, aunque nadie se reía si él andaba cerca, ni siquiera los chavales mayores. Parecía llevar una espada curvada en la pequeña mano, un sable. Así, por este motivo casi anecdótico, se le empezó a conocer, y con los años el nuevo nombre resultó más que adecuado, porque su mirada, sus palabras y sus acciones eran más afiladas y cortantes que la defectuosa navaja. Sable conocía a todos y todos le conocían, y no hacía falta decir que este hecho era suficiente para vivir muy bien en aquel barrio.

Ya podía entender su nervio, la tensión en sus ojos, su forma de analizar cada imagen y cada palabra. Puede que la dureza en aquellas facciones también hubiera sido esculpida día tras día en esa vida difícil y perra, como hacen las olas del mar con las rocas.

Por un lado me pareció una historia trágica. Era triste conocer de primera mano la realidad de muchos niños, obligados por su entorno a llevar una vida de delincuencia prácticamente desde que abandonaban la cuna. Aun así no me dio lástima. De entre todos esos niños con navaja, Sable quizás había sido el más listo, y ahora disfrutaba de una buena posición en la jerarquía del barrio. Había evitado ser uno de los autómatas del «campillo». No solo eso, sino que con su instinto, su inteligencia y una dosis de esfuerzo, daba la impresión de que podría haber logrado salir de allí y realizar lo que se propusiese, aunque dudo que esta idea le pasara por la cabeza.

Había preferido destacar entre la mierda antes que ser uno más fuera del barrio.

—La calle es jodida —concluyó—, pero al menos me sirvió para conocer a Marina. Creo que si me tuviera que quedar con algún recuerdo de esos años, sería con ese, con haberla conocido.

—Vaya historia... si te contara la mía te echarías a reír. Lo he tenido todo tan fácil...

—Ya sé cómo van las cosas ahí fuera —dijo haciendo un ademán con la cabeza—. No salgo mucho de aquí pero veo lo que hay. Los chavales pueden ser lo que quieran ser, pero no se les ve felices. Muchos se pasan la vida encerrados en el ordenador, sin pensar en otra cosa, a verlas venir. Aquí o espabilas bien pronto o eres un desgraciado toda tu vida.

Le dio un último trago a su vaso. Me levanté hacia la barra con intención de pagar.

—Quieto ahí —dijo—. Invito yo.

Se lo agradecí y se dirigió a la barra. Me quedé observándole. Era difícil juzgar a un hombre así. No me cabía duda de que las circunstancias hacen a las personas. Volvió a sentarse, al borde de su silla; eran más de las siete y supuse que estarían al llegar esos a quienes había llamado.

—A lo mejor no me hubiera venido mal un tiempo aquí —bromeé—. Creo que yo aún no he espabilado del todo.

Me miró durante unos segundos en silencio, tantos que llegó a provocarme una sensación molesta:

—Creo que eres un buen tío —pronunció como un veredicto—. ¿Sabes lo que pienso?, en el fondo hay dos clases de personas: la buena gente y la mala gente. Aquí no se ven muchos de los primeros. Tú eres uno de ellos.

—Vaya, gracias —no sabía muy bien que decir—. ¿Y tú?

—Yo de los segundos. Tú trabajas de ingeniero en el centro y yo estoy fichado y casi no puedo moverme de mi barrio.

Me reí con él.

—Antes de despedirnos, ¿puedo preguntarte algo? —dijo.

—Por supuesto —contesté. No esperaba tales formalismos de su parte.

—¿Cómo conociste a Marina?

—¿Qué cómo la conocí? —pregunté con la voz entrecortada, y recé porque no me lo notara.

—Sí. Si te digo la verdad, he tenido «controlados» a los hombres con los que trabaja. A sus amigos también. Pero tú... no sabía ni que existieras.

Me pilló fuera de juego. No esperaba aquella pregunta tan personal. Gilipollas de mí, no llevaba alguna respuesta-bala en mi recámara para aniquilar la duda. Pasaron algunos segundos, creo que me puse rojo y Sable lo notó. Nada escapaba a los dos negros y estrechos pozos de sus ojos.

—En el centro comercial —compuse al fin—. Allí la conocí.

—¿En el centro comercial? —me miró extrañado—, ¿cómo pasó de ser tu cajera a tu amiga?

Hizo una mueca con la boca, parecida a una media sonrisa pero nada agradable. Su mirada comenzó a abrasar.

—¿Algún amigo común? —continuó interrogándome—. Venga, dime de una vez cómo la conociste.

—Nada de eso. Verás... yo... —estaba en una encrucijada. Bajo la presión de Sable consideré mis opciones: seguir mintiendo descaradamente, descomponiéndome hasta el desmayo, o decir la verdad aun a riesgo de salir corriendo. Se inclinó hacia mí y pude sentir su aliento a cerveza:

—A ver qué me cuentas colega —susurró—. Me muero de ganas por escucharlo.

—Verás, no es que la conociera allí —dije al fin—, más bien la reconocí.

—¿De qué hablas?

—Me da algo de vergüenza pero te lo explicaré: era asiduo a vuestras emisiones por la webcam.

—Vaya, vaya... —se reclinó sobre su asiento y aún no pude descifrar qué actitud estaba adoptando.

—Hace unos meses —continué—, comprando en el hipermercado, Marina me atendió en su caja. Supe que era ella la chica de la web y se lo dije. Nos caímos bien. A veces, por horario, hemos coincidido allí y hemos charlado un rato. Un día me notó muy raro y le conté lo que me estaba pasando en el trabajo.

Sable se irguió sobre la silla y en aquel momento no supe qué vendría después. Durante un rato que se me hizo eterno no pensé que se hubiera creído lo que le acababa de contar, que no era sino la realidad maquillada con múltiples capas de pintura.

Finalmente su cara pareció despejarse de preocupaciones. Comenzó a reír suavemente, y gradualmente fue dejando escapar una carcajada, audible en todo el bar.

—¡Así que era eso! Joder, con razón no sabía de ti. ¡Me cago en mi puta nación, eres uno de esos raritos del chat! No me lo habría imaginado en la vida, tienes pinta de no necesitar ver esas cosas, hombre...

Yo era un manojo de nervios. Aún no sabía cómo reaccionar o comportarme.

—Pues ya ves —reí—. Eso es lo que pasó. Supongo que ella tampoco te había contado nada por vergüenza.

—¡Ya lo creo, a mí también me está dando vergüenza de escucharlo! Y pensar que me has visto en pelotas, hay que joderse.

Sable seguía riendo y yo empecé, por fin, a respirar más relajado.

—Bueno, no erais la única emisión que veía —mentí—. Simplemente coincidió que estamos en la misma ciudad. Estuve seguro de que era ella cuando la encontré.

—El mundo es un pañuelo, ya lo creo —dijo. Con el dorso de la mano, se secaba las lágrimas provocadas por la risa—. Sé muy bien lo que hacéis los que os metéis en esas páginas mientras tanto.

—No creas, a veces es por puro aburrimiento.

—Claro, claro... condenada cría, sabía que acabarían reconociéndola. Enseñaba demasiado.

Volvió a sonreír, esta vez más bien hacia sus adentros, mirando por la ventana del bar.

—¿Sabes lo bueno de esto? —preguntó—, que se me acaba de ocurrir un buen mote para ti. Me lo has puesto a huevo. Ya no te llamarás Ricardo en Los Girasoles.

Desconocía si era una buena o mala noticia, si Sable lo hacía por integrarme más, en muestra de amistad, o si aquello daría pie a alguna mofa. Pronto lo supe:

—A partir de ahora —dijo—, aquí te llamarás «Pajas».

17. Hombre bueno, hombre malo

Lógicamente, el sobrenombre «Pajas» no me gustaba. Aunque, pensándolo bien, expresaba a la perfección lo que era. No quedaba más remedio que aguantar la broma. Tampoco pensaba que después de aquel día fuese a regresar al barrio. Me lo tomé como un *nick* para el alternativo, corrupto y oscuro mundo de Los Girasoles, al igual que era *Richard_dreyfuss* en la red de redes. Lo poco que quedaba del verdadero Ricardo estaba diluido. Por un momento sentí que era una caricatura mal dibujada de mí mismo.

Sable seguía mirándome, feliz con su ocurrencia, cuando se abrió la puerta del bar con gran estruendo. Aparecieron dos tipos vestidos con mono azul, manchados de grasa hasta las cejas. Parecían el gordo y el flaco.

—Ahí están —dijo Sable—. ¡Cazuela, aquí!

Los dos hombres se acercaron a la mesa y pude observarlos mejor. Ambos vestían el atuendo de trabajo, pero el obeso llevaba la cremallera hasta arriba, lo que hacía parecer que iba a estallar bajo la presión de la tela. En su cabeza destacaba un espeso bigote pero casi no había rastro de más pelo. Tenía dos pequeños ojos marrones, como de ratón. Un colgante dorado, con la imagen de una virgen, relucía en su pecho. Podía rondar los cuarenta años.

El otro era mucho más joven, quizás acabase de cumplir la mayoría de edad. Su mono estaba desabrochado por la cintura. Se cubría el torso con una camiseta blanca, ahora más bien negruzca de suciedad. Viéndole los grandes brazos, fibrosos y surcados de venas bien visibles, no era difícil imaginar que bajo la misma habría

una hilera triple de abdominales como la que se afanan en conseguir millones de personas a diario. Era un muchacho bien parecido, de ojos azulados muy saltones y pelo negro tizón. Desde el primer momento encontré su rostro muy familiar.

—Cazuela, Furby... este es Pajas —introdujo Sable, invitándoles a compartir asiento en la mesa. Era verdad que el condenado no pensaba utilizar más mi nombre.

Di la mano brevemente a cada uno de ellos. No sé dónde, pero escuché que no había que fiarse de alguien que no mira a los ojos mientras estrecha tu mano. Ninguno de los dos me miró. Parecían cansados.

—Ahora cuéntales en detalle lo de esos dos hijos de puta. En cuanto termines búscame en el parque —dijo Sable levantándose. Debió ver mi cara de preocupación; sabía que no estaba preparado para ir dando trotes por el barrio—. Está ahí mismo, justo enfrente del bar. Estaré echando una pachanga con los chavales.

—Vosotros dos —se giró hacia los hombres—, mañana os veo. Bueno, Cazuela, a ti te llamo luego. Tengo que comentarte una cosa. En cuanto a éste, cuidádmelo bien, que está algo blandito —sonrió y se perdió de vista.

Me dejó allí, sentado frente a dos completos y mugrientos desconocidos con aquellos apodos que en un principio me parecieron tan cómicos. Sin decirles nada, el camarero se acercó a la mesa con dos jarras de cerveza. Conmigo no tuvo ni la cortesía de preguntar si deseaba tomar algo más.

El gordo, Cazuela, sacó un mondadientes y empezó a jugar con él y a moverlo de un lado a otro de la boca. Sudaba copiosamente, y desprendía un fuerte olor corporal. Si esas dos personas eran la solución a mis problemas el mundo era un lugar jodidamente curioso.

La situación era algo incómoda. El gordo no dejaba de mirarme, y su boca hacía ruido al salivar. Respiraba fuerte. Me recordaba vagamente a un viejo y somnoliento bulldog. El otro daba grandes

sorbos a la cerveza mientras sostenía la jarra con ambas manos, como intentando transferirse el frescor del recipiente.

No sabía si lo correcto era que yo comenzase a hablar. Los dos hombres se miraron uno al otro por unos instantes. El silencio entre los tres me llegó a parecer tan espeso y tenso que no tuve más remedio que acabar con él:

—Bueno, supongo que queréis que os cuente lo que ya le he contado a Sable.

No hubo ningún asentimiento ni afirmación por parte de ellos, pero noté que me miraban con un ápice más de interés.

—Hay dos personas —continué— que pretenden chantajearme con algo que saben sobre mí y que no quiero que salga a la luz.

Volvió a hacerse el silencio. Era como si no hubiera dicho nada. El mondadientes seguía balanceándose en la boca de Cazuela, de un lado a otro como si tuviera vida propia. Por un momento se detuvo y se hizo a un lado:

—¿Y puede saberse qué es eso tan importante que saben?

—Creo que eso es lo de menos —respondí—. El hecho es que lo saben y quieren joderme con ello.

—Deja que yo decida si es o no lo de menos —dijo Cazuela. El otro permanecía callado pero atento a la conversación—. Por saber pueden saber lo que quieran, o inventárselo. Ayudaría si contaras algo más, muchacho.

Estaba claro que Cazuela era veterano en estas lides. Tan pronto como abrí la boca detectó que algo fallaba. No era el verbo «saber», era el verbo «tener»; no era «algo», era un vídeo manteniendo relaciones con la novia de Sable. Era tan absurdo y arriesgado que estuviese allí que por momentos sentí ganas de correr hacia el coche. Sortearía las preguntas como buenamente pudiese, y adiós muy buenas.

—Está bien, seré más concreto, pero supongo que tampoco harán falta detalles. Precisamente estoy aquí porque no quiero que nadie los conozca. Esas dos personas... además de saber algo

sobre mí tienen pruebas para demostrarlo y chantajearme con ello. Saben que para mí es un tema importante y se están aprovechando de la situación.

Cazuela y Furby volvieron a mirarse. Se conocían bien y no hacían falta las palabras. Por un momento pensé que, si las cosas viniesen muy mal dadas, el chantaje de Paco y Álex podía considerarse un juego de niños comparado con el que podrían llevar a cabo estos dos elementos.

—Ya que tú no estás siendo demasiado claro —dijo Cazuela—, voy a serlo yo. Creo que no entiendes como funcionan estas cosas. Los detalles se necesitan para saber de qué clase de tipos estamos hablando, y en función de ello fijar las condiciones. Vamos a hacer esto como un favor a Sable, pero aun así necesitamos saber más.

Dentro de la oscuridad de la conversación, con sus medias palabras y sus lecturas entre líneas, lo que el hombre estaba diciendo era lógico: no era lo mismo proceder ante dos matones que ante dos pardillos de barrio, fuese cual fuese el «procedimiento».

—Uno de esos hombres —dije—, no creo que entrañe demasiado peligro. Lo conozco más o menos bien... bueno, al menos eso creía.

—¿Qué pasa con el otro? —inquirió Cazuela. Parecía tener prisa por recabar la información.

—El otro es diferente. Es primo del primero. No está en mi trabajo, aunque se ha pasado por allí. Apenas le conozco, pero físicamente impresiona. Parece peligroso.

Cazuela giró la cabeza hacia Furby y ambos esbozaron una media sonrisa. Los peligrosos eran ellos, me daban a entender. Parecían jueces silenciosos, que con miradas dictaminaran muchas cosas que a mí se me escapaban. Incluso parecían divertirse con mi manera inexperimentada de describir la situación.

—Oigan, les aseguro que yo soy el perjudicado en esta historia. No les he hecho nada malo. De hecho —confesé—, me consideraba amigo de uno de ellos. Ya ven las vueltas que da la vida.

Cazuela se deshizo del mondadientes y adoptó un tono aún más serio:

—Oye chico, aquí da igual quién sea culpable y quién no. Para aclararlo hay otras vías. Y aun así, solo Dios sabe quien lleva la razón, si es que alguien la lleva. Nosotros hacemos lo que tenemos que hacer, y luego cobramos.

—¿Y qué es eso que van a hacer?

—Eso depende del que paga. De cuánto está dispuesto a soltar. Evidentemente, hay límites... cosas que ni por todo el dinero del mundo conviene hacer, ya me entiendes.

Furby asintió con la cabeza.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —pregunté—. ¿Violencia, intimidación...?

Una sonrisa cínica apareció en la boca de Cazuela. Sus dientes eran muy amarillos.

—Tenía razón Sable con eso de que estás blandito. Explícale, Furby, haz el favor.

El chaval tosió para aclarar la voz y soltó la jarra, ya vacía, en la mesa.

—Dependiendo de lo que se paga se hace más o se hace menos. Se pueden dar «sustos»: pequeños, grandes o más grandes. Se pueden hacer visitas. Puede haber charlas amistosas. O puede haber más que palabras si lo anterior no es suficiente.

—Eso es —dijo Cazuela—. Como yo siempre digo, esto se trata de dar advertencias. La gente ve muchas películas y se cree que todo es muy fácil, o peor aún, que tienen derecho a lo que sea cuando pagan. Y a veces no se puede hacer nada. Así es el negocio.

—Yo no soy así —dije—. Si no se puede remediar la situación, lo entenderé.

—En este caso, como ya he dicho, esto es un favor: tú eliges lo que te convenga. Ni que decir tiene que nuestra seguridad está por

encima de cualquier trabajo, así que podemos cancelar todo si lo creemos conveniente. Honrados somos, pero tontos no.

Los dos hombres tenían la lección bien aprendida. Rehusaban pronunciar palabras que implicaran algún tipo de delito. En su entorno nunca convenía hablar más de la cuenta. Este tipo de sabiduría popular está grabada a fuego en la piel de algunos hombres curtidos en la calle. Cazuela y Furby estaban demostrando, con creces, encajar en ese prototipo.

Aquellos dos pendencieros, en resumidas cuentas, me estaban ofreciendo varios «grados» de actuación, o así creí entenderlo: la «vía amistosa», que supuse consistiría en una visita, un brazo alrededor del hombro y un pequeño paseo explicando tal o cuál cosa; un «no volverá a ocurrir», dos palmaditas en el hombro y todos tan contentos. El «menú mediano», que probablemente incluyese pinchazos de ruedas, alguna carta o similares métodos de disuasión. Y por último estaría el «big king»: los dos hombres, y probablemente alguno más, apareciendo súbitamente y probablemente ocultos tras pasamontañas, descargando violencia sobre el objeto del contrato, llegando la advertencia solo instantes antes a una ambulancia que lo trasladase oportunamente al hospital, donde tendría semanas para reflexionar, lamerse las heridas y hacerse a la idea de las nuevas cicatrices llegadas por encargo.

De pronto los imaginé, ataviados con ropas oscuras y sujetando barrotes de hierro, descargando profesionalmente golpes y puntapiés sobre otras personas. Me pregunté cuántas veces lo habrían hecho, y si aquel sucio oficio al menos les daba para vivir. O puede que estuviese imaginando demasiado, y que fuese uno de esos que han visto muchas películas.

Estuve mirando al infinito un buen rato. No pensaba en Paco pero sí en su primo, con quien sospechaba no valdría otra cosa que no fuese el «número estrella». La idea de verlo hecho un gigantesco

ovillo de lana en el suelo recibiendo una tunda era reconfortante, para qué negarlo. Seguía teniendo dudas:

—¿Qué pasa si algo sale mal? —pregunté.

—Cuando uno hace bien su trabajo, nada sale mal —contestó Cazuela. Sacó un cigarro, lo encendió y comenzó a fumar. En Los Girasoles, o al menos en aquel bar, las prohibiciones eran recomendaciones dichas en voz baja.

—Os repito que uno de ellos puede ser peligroso. Mide dos metros, o más, y parece un toro. No he visto a nadie más fuerte jamás.

Furby pareció sentirse incómodo con el comentario.

—Llevo poco tiempo trabajando con Cazuela —dijo—, pero si te contara la de hombres grandes que hemos visto llorar como nenas, te echarías a reír.

—¿Y qué pasa después?, quiero decir, ¿qué ocurre si después, ya sean días o semanas, todo sigue igual? O peor aún, ¿y si por mera rabia esos dos hijos de puta hacen justo lo contrario de lo que deben hacer? Esto me puede complicar la vida aún más.

Me daba la impresión de que estaba haciendo demasiadas preguntas. Quizás estaban acostumbrados a recibir un nombre, o una dirección, hacer su trabajo y no dar más explicaciones. Me sentía como el alumno cargante de la clase, que roba minutos de recreo a los demás intentando resolver hasta la más mínima duda. Para mí, que desde siempre viví lejos de situaciones de violencia, esto no era ningún juego.

Cazuela entornó los ojos y expulsó el humo muy cerca de mi cara, no por casualidad.

—Ahí entra en juego el arte de quien sabe hacer las cosas —dijo—. Si encuentras en la ciudad gente mejor que nosotros para resolver estos casos, avísame, que estaré interesado en conocerlos.

De no ser un cobarde, aquella respuesta me hubiera dado algo de confianza. Supuse que el valor de lo que estos personajes hacían no residía en el acto en sí, sino en el temor que podían ser

capaces de infundir. El miedo es el mayor paralizante conocido. Aun así, no era capaz de visualizar a Álex achantado, diciendo «no volverá a ocurrir», ni siquiera para sus adentros.

Y además estaba Paco.

Aunque yo mismo quería estrangularle con mis propias manos durante buena parte del día, en el fondo sabía que era un pobre desgraciado. Probablemente, de forma indolora, entraría en razón tarde o temprano. Desconocía si podía pedir algún «tratamiento» personalizado para él y otro para el primo, aunque Cazuela y Furby no parecían andarse con tonterías.

Pensar en mi compañero fue lo que dio pie a un intenso debate interior sobre si aceptar o no la solución que me daban aquellos hombres, y por ende, la solución de Sandra.

En este rápido devaneo se entremezclaba la ética con las consecuencias legales, lo inmoral con lo apetecible, lo correcto e insatisfactorio con lo golosamente equivocado. Maldije mi incapacidad de no saber poner en orden mis ideas y prioridades, bajo la presión de los cuatro ojos que me miraban. Reduje la cuestión a la simple y socorrida idea del «bien» y el «mal», que no era otra cosa que el blanco y el negro, yo que ya he repetido que estoy tan en contra de estos dos colores. Sin embargo, en aquella ocasión, tuve que hacer de tripas corazón.

«Mal» era encargar amenazas o violencia a mi compañero de trabajo, por muy repugnante que fuese, y a su primo, por más sucio que me pareciera él. Además, si algo me apetecía era hacerles sufrir con mis propias manos, aunque esto fuese imposible. Por otro lado, la violencia engendra violencia, y había que ser muy ingenuo para pensar que con una simple advertencia las cosas se solucionarían.

«Mal» era contratar a los dos tipos que tenía enfrente, fomentando la economía subterránea del chantaje y la extorsión, que era precisamente mi problema.

«Mal» era simplemente estar en aquel barrio hablando con ellos.

¿«Hacer el bien» era seguir quieto y dejarme mangonear? No. Estaba seguro.

El laberinto mental solo pudo deshacerse cuando entró en acción el miedo, mi miedo, como un poderoso ácido que se come cualquier análisis. Yo temía, cómo no, miedo a que las cosas salieran mal con Paco y Álex. Y también sumaba una nueva preocupación, con la que entré en Los Girasoles: que se produjese una vuelta de tuerca llevando a Sable hasta el vídeo. Iba a marcharme exactamente igual, pero habiendo conocido al propio Sable y a la calaña de sus contactos.

Aunque el tiempo y lo que sucedería más tarde volverían a dejarme en evidencia, aquella tarde sentí que no había cruzado (aún) el límite entre lo que separa a un hombre normal de un ser sin escrúpulos.

De pronto lo vi claro: acudiría a la policía. Les contaría absolutamente todo. Dejaría la vergüenza a un lado y confiaría en que pudiesen ayudarme. Sabía que la justicia es siempre insípida e insatisfactoria si no se ejerce con las propias manos. Pero eso era mejor que nada. En aquel momento me pareció la opción más sensata, aunque me dejase con sed de sangre.

Sentí deseos de contarle a Sandra la experiencia, no con resquemor ni reproches, sino con orgullo de haber sabido decir «no» a ciertas cosas.

—No tenemos todo el día —soltó Cazuela.

—Lo siento, pero tengo que estudiarlo —mentí. Estaban contrariados. Se miraron una última vez, perplejos, no acostumbrados a posponer para otro momento lo que fácilmente puede liquidarse en el acto. Se levantaron de sus sillas y pasaron por mi lado sin mirarme.

Cuando ya estaban en la puerta, Cazuela volvió sobre sus pasos, dio una larga calada a su cigarro y se inclinó sobre mí. La virgen de su colgante se tambaleaba a pocos centímetros de mi pecho. Lo tenía tan cerca que podía sentir su olor a fritanga. Casi

podía reflejarme en la resbaladiza superficie de su piel grasa. No sabría decir si en su bigote había hebras canosas o si eran restos de pintura.

—Te repito —dijo, tras una niebla de humo espeso— que no hay nadie como nosotros. A lo mejor el día de mañana te arrepientes de no haberlo entendido a tiempo.

Salieron del bar y se adentraron en el barrio, a seguir con sus menesteres, fuesen cuales fueran, aunque yo me hacía a la idea. Concluí que si uno se encuentra seguro cuando cierra la puerta de casa con llave es por la existencia de esta clase de hombres. Fue un encuentro breve pero intenso.

A los pocos segundos, fui yo quien me levanté. Me parecía que habían pasado siglos desde que entré en el bar. Eran más de las ocho y fuera estaba muy oscuro. Cuando abrí la puerta del bar me sobresaltó una voz a mi espalda:

—Eh, tú —era el camarero, con los brazos cruzados tras la barra—. La bebida no está incluida en la visita.

Las cervezas de Cazuela y Furby corrieron de mi cuenta.

Salí a la calle y el panorama nocturno del barrio era desolador. En un primer y rápido vistazo vi dos carretas metálicas transportadas por sendos vagabundos, hasta los topes de chatarra recogida durante todo el día. En los soportales se habían reunido grupos de chavales que trapicheaban y fumaban de todo menos tabaco. A lo lejos se oyó una sirena de policía; hubiera apostado mi cabeza a que el sonido no se acercaría demasiado.

Crucé la acera hacia un amplio parque de forma lineal que recorría las entrañas del barrio, no sin antes echar un rápido vistazo al coche y comprobar que, de momento y a simple vista, seguía intacto.

Me pareció un milagro que aún quedaran restos de césped y árboles en el «Parque de las Tres Culturas» (así rezaba el cartel). Algunos bancos de hierro forjado estaban despedazados; solo habían resistido los de hormigón, revestidos tras capas y capas de

pintadas. A unos veinte metros, entre la penumbra de farolas rotas, se abría un claro donde se jugaba un partidillo de fútbol y donde se arremolinaba gente para cuchichear o pasar el rato.

Allí estaba Sable, rodeado de niños y adolescentes, como si fuera un mesías. Jugaba para uno de los equipos. Observé que todo el mundo le reía las gracias. Si hay algo que no soportaba de niño es que un mayor viniera a joder los partidillos entre colegas, pretendiendo hacer alardes y malabarismos con el balón. Allí no importaba; Sable cogía el balón y no lo soltaba. Hacía cabriolas hasta que chutaba a la portería contraria.

Estuve mirando unos diez minutos, intentando fingir que no me sentía observado por el resto de espectadores. Al fin hubo una especie de descanso, acordado entre todos para recuperar el resuello y echar un trago de agua. Llamé la atención de Sable con el brazo.

—¡Joder, Pajas, qué pronto estás aquí! —se acercó sudando y sonriendo—. ¿Has disfrutado de la samba? Menuda carita llevas, cuéntame.

—Solo venía a despedirme —dije—. La verdad es que te agradezco mucho todo esto, pero les he dicho que me lo tengo que pensar.

—¿No piensas volver por aquí, eh? —me había calado.

—No lo sé. Tengo que pensar si me lo quiero pensar —bromeé. Sable hizo caso omiso a mi estupidez, me puso el brazo encima del hombro y comenzó a andar conmigo a un lugar algo más apartado. Se secó el sudor de la frente y me miró a los ojos.

—Mala pinta tiene lo tuyo —sentenció.

—¿A qué te refieres?

—A que me parece que vas a pagar a esos tíos hasta que se cansen. Y uno nunca se cansa de recibir dinero.

—Ya veré qué hago —dije. Estaba harto de escuchar esta proyección de futuro.

—Bueno, con tu sueldazo de ingeniero quizás tampoco sea tan grave el problema... ¿o me equivoco?

Puede que no se hubiera tragado aquel bulo. No supe qué contestar. Por suerte apareció corriendo el niño gordito que le acompañaba en el bar para avisarle de que el partido se iba a reanudar. Éste le indicó que siguieran sin él, que se reincorporaría en un minuto.

—Escucha, piénsatelo bien —dijo—. Se ve a la legua que eres un buen tipo, pero si supieras el favor que te hacen Cazuela y Furby, y que me hacen a mí... joder, ahora que lo pienso les habrá sentado como un tiro. A ellos no se les dice «ya lo pensaré». He trabajado muchas veces con ellos y te aseguro que son buenos en lo suyo. Los mejores.

—No lo dudo. Pero no es por eso...

—Hay quien se merece mano dura. Aunque te sobre el dinero no es cuestión de regalarlo por ahí, Pajas.

—No me sobra el dinero, para nada —confesé—. No todo el monte es orégano. En cuanto al favor, lo sé, y yo te lo agradezco de nuevo, pero...

—Mira, no hace falta que digas nada definitivo. Voy a darte mi teléfono y si cambias de idea primero hablas conmigo —sacó el móvil del bolsillo trasero. En aquel momento, uno de los chiquillos que estaba jugando profirió un grito que consiguió helar la sangre a medio barrio. Se puso de rodillas junto a la portería; no dejaba de mirarse la mano. Sable salió corriendo y yo me acerqué también.

Por lo que se ve, el niño había hecho la última parada a un balón en mucho tiempo; un pelotazo a bocajarro había situado sus dedos anular y meñique en una posición amorfa y dolorosa, doblados sobre sí mismos a partir de la primera falange. No quise ni imaginar la maniobra que tendría que sufrir para volver a ponerlos en su sitio.

Sin dejar de mirar al crío, Sable me tendió su teléfono.

—Espera. Llama a tu número desde aquí, así yo también apunto el tuyo. —Se agachó y se fundió con el resto de curiosos que

rodeaban al pequeño, que aún se resistía a empezar a llorar.

Me alejé unos pasos. La idea de que Sable tuviese mi número no me alegraba demasiado, pero le obedecí y marqué mi teléfono. Volví a mirar hacia la portería y todos seguían atentos al niño; algunos reían, pero eran los menos. Me alegró ver algo de bondad en la mayoría de los allí presentes, que estaban preocupados por la lesión del pobre chico.

Se me ocurrió aprovecharme un poco de la situación, llevarme algún beneficio de mi visita.

Abrí la agenda del móvil de Sable. Navegué hacia la S. Ni rastro de Sandra; me extrañó. Pensé que probablemente ella también tuviese un mote en Los Girasoles, pero era un misterio para mí. Comencé a hacer un rápido barrido por toda la agenda, mirando nervioso hacia la portería. Había cientos de números. Gilipollas. De pronto caí en la cuenta. Marina. Se llamaba Marina, palurdo. En la M, después de Manfredo y Marica (pobre de aquel que tuviese aquel apodo en el barrio) estaba ella. Confié en que hubiese actualizado el contacto con su nuevo número.

Sable ya se había levantado y venía hacia mí con algo de prisa. Abrí la agenda de mi teléfono y apunté rápidamente el número que relucía en la pantalla del suyo. Sable llegó justo cuando apreté el botón de inicio de ambos teléfonos, con las manos temblando.

—Ya está —disimulé mientras le devolvía el aparato—. Luego me apuntas con el nombre que quieras, aunque creo que sé cuál va a ser.

Intenté sonreír, pero los labios también me temblaban.

—¿Cómo está el chaval? —pregunté.

—Jodido. Creo que tiene dos dedos rotos. Su hermano y yo vamos a llevarlo al hospital. Hoy creo que me quedo sin ver a la churri —gruñó. «La churri», menuda expresión.

—Si queréis yo puedo acercaros. Tengo el coche justo ahí.

—Déjalo, también sabemos salir de aquí, aunque muchos lo tengamos casi prohibido —me guiñó un ojo.

—Bueno, suerte entonces —dije—. Espero que al final quede en cosa leve. Yo vuelvo a casa, que ya es hora.

—Lo dicho, piénsate muy bien todo, Pajas. Y estamos en contacto.

Me dio la mano con firmeza y me miró a los ojos por última vez.

—Encantado, Sable.

—Lo mismo digo. No todos los días pasa por Los Girasoles un ingeniero pajillero —inesperadamente me miró con un deje de respeto, o incluso de admiración—. Fuera coñas; es una pena que tenga tanta prisa. Me has caído bien. Eres un «blandito» pero has tenido un buen par de huevos para plantarte en el barrio. Más gente como tú haría falta por aquí, con valores, y las cosas no irían tan mal. Y lo dicho, piénsate muy bien todo o vas a estar jodido hasta el fin de tus días. ¡Hasta otra!

«Hasta nunca», pensé. Acompañó al niño accidentado fuera del parque y desapareció entre las sombras. Me apresuré hacia mi coche; más me valía no perderle el respeto a esas calles en las que ya estaba bautizado.

Sable, Cazuela, Furby. Tres buenas razones para reflexionar.

Cuando regresé a mi apartamento me sorprendí de estar tan cansado. Mi propio barrio y el resto de la ciudad nunca me volverían a parecer los mismos tras haber caminado por Los Girasoles, aunque fuese de forma tan breve. Me parecía haber buceado en dos mundos muy lejanos a la vez que peligrosamente cercanos, sin haber entre ellos descompresión alguna.

Entré a mi habitación y me desnudé, como si deshaciéndome de la ropa pudiera volver a ser Ricardo. La pantalla de mi ordenador decía «ven a mí». Ya me iba olvidando de otras cosas, ¿esta era mi descompresión? Las luces del router parpadeaban como los neones de un casino de Las Vegas: «el juego está listo». Diversión y sexo sin límites a cambio de una cuota mensual.

De todos son bien conocidos los beneficios de la paja nocturna. Tras el largo día del estudiante o trabajador, sometido a toda clase de estímulos visuales (desde la publicidad en la parada del autobús hasta el generoso escote de la compañera de clase), qué mejor que una liberadora eyaculación. Durante unos minutos, se recopilan y reorganizan dichos estímulos y se reconducen y expulsan por el único orificio de nuestro más querido miembro. Se tira de la cadena y se reinicia el contador, dejando una liberadora sensación de somnolencia (favorecida por una ducha caliente), contribuyendo a un correcto descanso desprovisto de pensamientos turbadores. La paja nocturna, ya sea contenta, aburrida, triste o de otros tipos, es siempre higiénica para mente y cuerpo.

Sin embargo, vi la cama y no pude resistirme a tumbarme en ella. Me sentía tan exhausto que por primera vez en mucho tiempo no tenía necesidad alguna de masturbarme. Pajas no tenía ganas de paja. Lo único que necesitaba era descansar, ir librándome de los altibajos de adrenalina sufridos desde que bajé a los infiernos, y en especial dentro de aquel sucio bar. El contador que deseaba reiniciar era el de los pensamientos, y así poder olvidar por unas horas que hay personas tan sucias como ese tal Cazuela, dispuestas a todo a cambio de dinero.

Esa noche el cansancio y el hecho de sentirme a salvo en casa tras mi paso por Los Girasoles fueron un efectivo sustituto de la estimulación sexual.

Aquella noche no me masturbé. Algo había cambiado para mí.

18. Al acecho

—¿Sí? ¿Dígame?

Eran las tres en punto del día siguiente a mi visita a Los Girasoles. La noche había sido razonablemente tranquila, pero la mañana improductiva e inquieta. No había podido esperar más para volver a escucharla. El día soleado convertía el interior de mi coche en un invernadero.

—Hola Sandra.

—¿Quién eres?

Una sonrisa se dibujó en mi cara cuando confirmé que era su voz.

—Soy Richard —dije—, no hace falta que contestes si no estás sola.

—¡Richard! ¿Cómo has conseguido este número?

—Uno también tiene sus recursos. Ya sabes, Internet y todo eso —mentí—, no sabes los datos que las compañías telefónicas publican sin que lo sepamos. Supongo que ya has hablado con Alberto, o mejor dicho, con Sable. Ya no tiene sentido que le llame de otra manera.

—No deberías haberme llamado. Si no te di mi nuevo número es por algo.

—Siempre con las mismas. Me apetecía llamarte y además quería preguntarte si has hablado con tu novio.

—Me llamó anoche. Le caíste bien.

—¿No te dijo nada más? —pregunté.

—No hablamos mucho, estaba en el hospital. La verdad es que me sorprendió que fueras. Espero que te sirviera de ayuda.

—Te reirías si supieses su reacción al contarle cómo nos conocimos.

—Algo me ha contado. Espero que no metieras demasiado la pata.

—Casi lo hago, pero no. ¿No tienes curiosidad por saber qué pasó, qué me ofreció?

—Eso queda entre vosotros —contestó—. Si algo he aprendido es a no meterme en los asuntos de los demás. Yo simplemente te di una alternativa.

De nuevo salía a relucir la habilidad de Sandra para hacerme sentir un imbécil. Era una chica bien enseñada. Si por momentos me hacía pensar que le importaba algo, atrayéndome hacia ella como un imán, después desvanecía el encanto con una buena dosis de indiferencia.

—Escucha —continuó—, tengo algo de prisa. Precisamente ahora voy a verle.

En esos momentos vi a Paco salir del edificio por las puertas de cristal. Parecía un milagro que éstas se abrieran al paso de un ser tan enjuto y encorvado. No reparó en mi presencia y se introdujo en su utilitario, tan sucio y gris como él mismo. No pocas veces bromeé con respecto a su coche, un viejo Renault Laguna («el tanque», como le llamábamos en Puertas Arellano); él siempre contestaba que el mío tampoco era para estar orgulloso.

Cuando arrancó y desapareció hacia la calle se me ocurrió algo.

—¿Estás ahí? —preguntó Sandra.

—Sí, sí, perdona. Me gustaría comentarte algo. En persona. ¿Cuándo puedo verte?

—Ay, Richard... —suspiró. No dijo nada más. No hacía falta.

—Te lo pido por favor —dije. Lejos quedaban los días en que nos veíamos bajo amenaza—. Prometo no entretenerte mucho rato.

—Está bien —volvió a suspirar—. Esta tarde estaré de nuevo en el hipermercado. Hoy tengo doble turno.

—¿Te viene bien sobre las siete? ¿En la cafetería de la primera vez?

—¿Eres un chico de rutinas, eh?

—Qué bien me conoces.

—De acuerdo. Estaré ahí poco antes de las diez —dijo.

—Allí nos vemos.

Pensé que es curioso como las parejas, pasado un tiempo, suelen caer en la más aburrida de las rutinas. Los mismos lugares, las mismas conversaciones, las mismas reacciones ante las cosas. Los porqués darían para escribir mil y un tratados, y a buen seguro ya estarán escritos. Me daba la impresión de que Sandra y yo, pese a no ser ni mucho menos una pareja, en cierto modo nos dejábamos llevar hacia lo fácil, que era reunirnos en lugares ya vistos como el dichoso centro comercial.

El parking, las escaleras mecánicas y la cafetería parecían recordarme una y otra vez mis errores. Sin embargo, aquella tarde me sentía enérgico y vivo. Recordé que llevaba más de veinticuatro horas sin masturbarme, y me pareció milagroso. Acostumbrado a andar «vaciado» por el mundo, en ese momento me sentía en un plano físico superior y más vigoroso. Las mujeres me parecían más deseables, y no podía dejar de mirarlas mientras caminaba.

Sandra y yo aparecimos en la cafetería prácticamente a la vez. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y una blusa color violeta, semitransparente, bajo un abrigo de piel.

Nos sentamos y se quitó el abrigo. Su sujetador sin tirantes se transparentaba bajo la blusa. Es curioso como los problemas adquieren menor importancia con un buen par de pechos en primer plano.

—Para ella una Coca-cola light —dije cuando se acercó el camarero—, y para mí...

—Una tónica —continuó ella. El muchacho tomó nota y nos dejó solos.

—¿Aún te acuerdas, eh?

—Y tú también —dijo.

Los siguientes minutos transcurrieron tranquilos, compartiendo banalidades. No podía evitar disfrutar con su mera presencia, y ella con su refresco.

—Dijiste que no me entretendrías mucho rato —dijo de pronto—. ¿Me vas a contar de una vez lo que me tienes que contar?

—Una paliza —contesté; si se trataba de ser cortante con el otro, el especialista era yo.

—¿Cómo?

—Que básicamente me ofrecieron darles una paliza. Dos colegas de Sable. No me extraña que no quieras saber nada de lo que tu novio se trae entre manos en el barrio.

—¿Quieres bajar la voz? —se puso roja—. Ya te dije que eso quedaba entre vosotros. No puedes reprocharme nada. Además, si te soy sincera creo que se merecen eso y más.

—Entonces, ¿tú sabías de qué iba todo esto, no? No son formas de solucionar las cosas. Y sobre todo... el remedio puede ser peor que la enfermedad.

—Lo que hagan o dejen de hacer los colegas de Alberto no es responsabilidad mía.

—Ninguno de ellos es trigo limpio, Sandra —dije—. Ni siquiera el propio Alberto, o Sable, o como le quieras llamar; ya me contó la historia. Comparado con sus amigos parece un santo, pero no lo es, sé que no lo es.

—¿Acaso tú eres un santo... «Pajas»? —preguntó irritada.

—Muy graciosa. Veo que te lo ha dicho. Confiaba en que ese nombre no saliera de Los Girasoles.

—Ha sido una imprudencia por tu parte haberle contado la verdad, aunque sea a medias. Tienes suerte de que no se lo haya tomado a malas, o de que aún no le haya dado tiempo a pensar demasiado sobre ello. Aun así me hizo unas cuantas preguntas... demasiadas.

Sandra estaba usando la archiconocida táctica del cambio de tema y el reproche añadido, método habitual de mujeres (y algunos hombres) desde el principio de los tiempos.

—Pues conmigo casi todo fueron risas, aunque te confieso que daba miedo cuando se ponía serio; era imposible engañarle y aguantar la mirada. No imagino cómo te debes sentir con él.

—Me siento estupendamente, por si lo dudas —mientras hablaba un ligero temblor le traspasó la garganta, y desvió la mirada. El lenguaje no verbal nunca miente, y yo no soportaba que sus palabras contradijesen lo que sentía.

—¿De verdad estás a gusto con un matón de barrio? —pregunté —. ¿Qué clase de futuro crees que te espera con él?

Me pareció adivinar dos finas películas de lágrima en sus ojos. Pero era una mujer fuerte y nunca las habría dejado derramar por sus mejillas delante de mí en aquella cafetería.

—No he quedado contigo para que me des lecciones de con quién debo estar o no. Te estás comportando como un jodido padre. De hecho, no sé qué coño sigo haciendo aquí.

Mientras se levantaba le agarré el brazo con suavidad, obligándola a sentarse de nuevo.

—Escucha, lo siento —dije—. Tienes razón. No he venido aquí a darte lecciones —tomé aire para proseguir—. He venido para contarte que voy a ir a la policía, y voy a denunciar a esos cabrones. Me resigno. Que el vídeo acabe donde tenga que acabar.

—Quizás deberías haber hecho eso desde un principio.

—Más vale tarde que nunca. Pero primero he de pedirte algo.

—Estoy cansada de que me pidas cosas —suspiró.

—No tendrás que hacer nada. Voy a pedirte algo material. Es tu coche.

—¿Mi coche? ¿Y para qué coño quiere mi coche? —preguntó sorprendida.

—Antes de ir a comisaría y desatar una tormenta voy a darme un último capricho. Mañana mismo voy a seguir a Paco. Voy a saciar mi curiosidad, a intentar saber en qué coño anda metido. Conoce a la perfección mi coche, por eso necesito el tuyo, para no levantar ni una sospecha. Probablemente acabe haciendo el tonto delante de la puerta de su casa, pero al menos he de intentarlo.

—¿No eres algo mayor para jugar a los detectives?

—Ojalá fuera un juego —apunté—. ¿Me harás ese favor?

—Lo haría, pero necesito el coche para ir y venir al trabajo. No me gusta el autobús y no hay parada cerca de mi casa.

—Tú te quedas el mío y yo el tuyo. Te lo devolveré mañana por la noche, lo prometo. No hay excusa.

—Soy algo torpe conduciendo —confesó, intentando disuadirme—. ¿Qué pasa si lo arañó?

—Supongo que es el precio que tendré que pagar por tu favor. Venga, dime sí o no, no te lo volveré a pedir.

—Eres como un niño pequeño y malcriado, Richard.

—Lo sé. Puede que tenga el síndrome de Peter Pan... ¿Y bien?

—De acuerdo —dijo al fin—. Pero solo mañana, y solo unas horas. Y como no me devuelvas a mi pequeñín sano y salvo y a tiempo, te denuncio por robo.

—No te preocupes. Mañana antes de que anochezca lo tendrás en tu puerta. Yo también le tengo aprecio al mío, que lo sepas.

Le tendí mis llaves y acto seguido ambos bajamos al parking a realizar el intercambio. El pequeño Clío rojo de tres puertas de Sandra estaba aparcado a un par de calles de mi coche. Aquel era un vehículo enteramente de mujer joven: en la trasera había pegado un par de figuritas de flores, y llevaba colgado del retrovisor un

ambientador rosa con forma de algún personaje de dibujos de una serie infantil.

Abrió su bolso y tras un minuto rebuscando al fin dio con sus llaves:

—En serio, no sé por qué hago esto. Supongo que yo también tengo curiosidad por saber a qué dedica Paco las tardes. Ten mucho cuidado.

—¿Te preocupas del coche o de mí? —pregunté.

—Eres idiota —dijo—. Vamos, llévame al tuyo.

Mi coche, un viejo Peugeot de segunda mano, la esperaba con facciones demasiado duras y viejas para ella. Aun así lo miró con más curiosidad que miedo. De pronto la vi allí, con sus ojos verdes moviéndose de un lado a otro del vehículo, y la sorprendí con un abrazo.

—Gracias —dije—. Mil gracias —tras unos segundos de cortesía me apartó cuidadosamente de su lado.

—Bah, no es nada.

—Te prometo que no le pasará nada malo a tu coche.

—Más te vale. Llámame si averiguas algo interesante, o cuando vayas a comisaría.

—¿Ahora me pides que te llame?

—De perdidos al río. Alberto ya sabe que nos conocemos. Mientras siga sin saber ciertas cosas, supongo que no pasará nada.

Cuando la vi alejarse, supe que ya estaba listo para ser «detective» por un día.

Dediqué el resto de la tarde al beneficio de mi cuerpo y mente: una suave carrera bajo la lluvia, una sesión de abdominales, la preparación de una cena sana y nutritiva... y mi negación a encender el ordenador. No podía estar más orgulloso de mí mismo. Una vez mi decisión de denunciar estaba clara (o eso creía), mis devaneos mentales se centraban únicamente en el día siguiente.

Y es que aquel viernes era el día D. Aquel en el que pensaba, con suerte, enterarme de una vez por todas de los lugares y

personas frecuentados por Paco, de sus escauceos, de su itinerario en la ciudad. Quizás no era sino otra versión de mí mismo, y los viernes se recluía en casa como un conejo en su madriguera. Pero puede que, como sospechaba, fuese un hombre de vicios. Y a los vicios les encanta el fin de semana, pues quienes los practican de lunes a jueves, los viernes tienen la excusa perfecta para seguir ejercitándolos, y quienes durante la semana son trabajadores intachables, necesitan foguearse en su tiempo de asueto.

Lo fundamental aquella mañana era que Paco no supiese que había venido a trabajar en el Clío rojo. Así pues, decidí aparcarlo a unos metros de la entrada de Puertas Arellano, en la calle, entre vehículos anónimos. Fuese quien fuese el que preguntase, mi coche estaba averiado. Afortunadamente nadie preguntó.

Solo tenía que procurar salir a la vez que Paco, para que me diese tiempo a arrancar el coche de Sandra antes de que él abandonase el parking con su vehículo y así poder seguirle.

Ultimé la presentación de los resultados del trimestre anterior para que Felipe Torres se la trasladara a don Antonio, y después fingí estar ocupado. Conforme se acercaba la hora de salir, le echaba ojeadas cada vez más frecuentes al despacho de Paco, haciendo como que iba al baño o a hacer fotocopias. En una de ellas le vi recogiendo, así que me puse manos a la obra. Deseé buen fin de semana a Joaquín, que pasaba por allí, y a Begoña, siempre atenta y sonriente.

Me introduje en el «pequeñín» de Sandra y arranqué el motor sin dejar de observar la salida de vehículos de Puertas Arellano. No pasaron ni dos minutos cuando el «tanque» de Paco giró en dirección a la calle. Sobre el coche había una fina película de polvo que lo envejecía aún más.

Justo en aquel momento, una furgoneta de reparto se situó tras su vehículo. Era perfecto para mis planes, pues siempre que pudiese pensaba dejar entre Paco y yo como mínimo un coche, y

así asegurarme de no ser descubierto e identificado en una mirada a su retrovisor.

La furgoneta desapareció de nuestro camino al cabo del rato, pero conforme nos acercábamos al núcleo de la ciudad otros coches fueron adoptando su papel. Yo me cobijaba entre ellos como podía, y exprimía los escasos sesenta caballos del motor para alcanzar a Paco cuando se alejaba demasiado. En un par de ocasiones estuve demasiado cerca, y tuve que retrasarme cambiando de carril cuando algún inoportuno semáforo se disponía a dejarme justo a su lado.

Pasado un rato, atravesada buena parte de la ciudad, empecé a impacientarme. Ya me resignaba a un trayecto hacia su casa y a una espera en vano junto a su portal, cuando súbitamente cambió de dirección en mitad de una avenida, adentrándose en la pequeña vía para automóviles de un restaurante de comida rápida.

No podía ir detrás de él, así que detuve el coche en doble fila junto a la entrada, ocasionando algunos toques de claxon. Lo que menos quería era llamar la atención; puse las luces de emergencia y bajé del coche.

Entré en el restaurante y me dirigí hacia el otro extremo, donde podía contemplar la pequeña ventanita desde la que se ofrecía el servicio a los coches. Aquello estaba repleto de familias felices saboreando carne de rata y refrescos con gas. El coche de Paco asomó y pronto le sirvieron un menú individual, envuelto en la típica bolsa marrón y arrugada. Era hora de volver al coche y continuar con al acecho. Para mi sorpresa Paco no salió del recinto del restaurante, sino que giró y aparcó en una de las pocas plazas libres frente a la cristalera del acceso. Ni que decir tiene que cualquiera que haya visitado uno de estos restaurantes sabrá como es cualquier otro en el mundo entero.

Me hice a un lado y, disimulando tras la gigantesca papelera para bandejas pude observar que, sin salir del coche, empezó a dar buena cuenta del pedido, con bocados pequeños e insistentes, como una ardilla royendo un succulento pedazo de madera.

Salí y me acomodé tras un frondoso seto en la entrada. Nadie reparaba en mí. Era solo un hombre más; cualquiera podría pensar que era un chico normal, esperando a su novia o a sus amigos. Sin embargo era un solitario esperando a otro solitario, que celebraba el viernes comiendo solo, en su coche aparcado junto a un restaurante familiar. Por momentos sentí lástima de aquel hombre, unida a la perpetua lástima por mí mismo.

Me dio tiempo a reflexionar sobre el destino o lo que la vida reserva a cada cual. Probablemente Paco, de ser algo más atractivo o menos introvertido, habría conocido alguna mujer. Lo sé, una mujer no era mi respuesta, pero sí podía serlo para otras personas. Me imaginé a Paco rodeado de hijos, comiendo en una gran mesa de aquel mismo restaurante. Probablemente una vida «estándar», pese a su superficialidad y a sus desengaños, habría sido una vida más feliz para él.

Me descubrí pensando en hijos, en el poder curativo de la sonrisa de un niño, y me asusté. Quizás el reloj biológico también hacía resonar sus inquietos mecanismos en mi interior. Resulta curioso como nuestro inconsciente animal intenta traicionar a nuestras decisiones y pensamientos. No, definitivamente no quería traer a un nuevo ser a este extraño mundo (ni tampoco tenía la posibilidad), pero los tiempos muertos dan lugar a reflexiones que son capaces de sorprender a uno mismo.

Entre las hojas del seto podía ver, a medias, el perfil de Paco, su chepa y sus mandíbulas moviéndose a un meticuloso compás. No sé si era prisa, pero desde luego parecía tener otras cosas que hacer, y puede que sintiera cierta vergüenza de estar allí.

Al fin terminó de comer, con una prolongada succión a la pajita del refresco. Bajó la ventanilla, dejó los desperdicios junto al coche y arrancó. Yo también me puse en marcha.

Siguió su camino por la avenida principal durante muchos minutos, hasta el punto en que ésta se convirtió en una calle estrecha en la que dejaron de verse tantos vehículos, y tuve que

extremar las precauciones. La vía, llamada avenida del Diamante, serpenteaba cuesta arriba entre chalets ocultos tras altas y elaboradas verjas; era el barrio rico de la ciudad.

Llegó un momento en el que su coche y el mío eran los únicos que rompían el silencio de aquella vía. Frené hasta que su vehículo fue solo un punto gris alejándose. Las parcelas de casas dieron paso a solares casi vírgenes, separados de la carretera por un viejo quitamiedos de ladrillo descamado. A dónde cojones vas, pensé.

Al rato giró a la derecha, entrando en una parcela con dos inmensas puertas enrejadas y negras, abiertas de par en par. Siguió hacia un caminito de tierra enmarcado por dos inmensas y bien cuidadas palmeras, que destacaban sobre la silueta de una inmensa casa. Era imposible seguirle de forma segura en aquel punto, así que detuve el coche a un lado de la calzada y continué a pie.

Pasé entre la sombra juguetona de las palmeras, que se mecían ligeramente con el viento. El edificio era una casona enorme y rehabilitada, de tres plantas de altura. Junto a la puerta de entrada, un gran letrero rezaba: «Casa Damaris».

19. La Casa Damaris

No había letras de neón, ni dos gruesos hombres armario en la puerta. Aquel club debía estar reservado a bolsillos pudientes. Lo cierto es que el nombre me resultaba familiar, y me costó un rato saber por qué.

La respuesta estaba en mis largas sesiones masturbatorias, cuando conducido a ciegas por la libido, coqueteaba con la idea de pasar del sexo virtual al real, introduciéndome en webs de contactos profesionales. Era entonces cuando me la machacaba viendo las fotos de las putas de la ciudad, a sabiendas de que fácilmente podría follármelas a cambio de dinero. Algunas de ellas, las más atractivas, a veces ofrecían sus servicios durante días en la Casa Damaris, que de casa tenía mucho y de prostíbulo también, aunque esto último no pudiese confesarse ante las autoridades por el vacío legal en torno a la prostitución.

Como digo, experimentar en mitad de una paja la posibilidad factible y palpable de follar fue durante un tiempo estímulo suficiente para alcanzar el clímax. Una vez eyaculaba, la idea de pagar por sexo se desvanecía de mi cabeza, y mis escasos billetes seguían tranquilos en la cartera. Por tanto, aquel nombre, Damaris, nunca pasó de ser una vaga idea, pero ese día se estaba convirtiendo de un plumazo en algo muy nítido.

La apariencia del edificio era muy cuidada. La casa era de forma rectangular, con sus tres plantas encaladas de un blanco reluciente que hacía destacar los amplios balcones tras los que se entreveían

cortinas de terciopelo azul. Una leve escalinata ante la entrada confería cierto aire monumental.

Al exterior habría unas veinte plazas de aparcamiento, casi todas ocupadas, y una pequeña verja que separaba del recinto privado de la parcela, con una piscina de buenas dimensiones.

La conclusión se revelaba clara y directa: Paco era un putero. Un putero de libro. Y se suponía que yo iba a pagarle las putas. Con esa información ya podía irme «tranquilo» a casa y después a la policía. Sin embargo, la estupidez reside en decisiones como la de curiosear en el interior de la Casa Damaris. Supuse que, ya que estaba allí, quizás podría averiguar algo más. Esperé unos minutos y crucé la puerta; no deseaba encontrármelo en la barra nada más entrar.

Cuando accedí al edificio me sorprendió la cantidad de luz en el interior del salón principal, filtrada desde las cristaleras. Había una barra en forma de U donde una atractiva camarera de pelo ondulado y castaño servía copas a un par de individuos trajeados que charlaban. Tras ella, destacaba un abarrotado estante de cristal, surtido con las mejores y más caras marcas de bebida. Normalmente, uno tiende a pensar en un club como un lugar oscuro, propicio al anonimato. Sin embargo, quien entrara en la Casa Damaris tenía poco que ocultar. Supongo que sería la filosofía del sitio: el vicio de las putas caras es tan legítimo como cualquier otro, pero conlleva rascarse el bolsillo.

A ambos lados del salón surgían dos amplios pasillos que daban a otras estancias. Había algunos sofás de diseño y cuero blanco diseminados en el recinto, y un par de televisores de pantalla plana, colgados de las paredes, emitían vídeos musicales. Pero ni rastro de Paco. Supuse que ya había entrado acompañado a alguna habitación para disfrutar de los servicios que allí se prestaban.

Enseguida un par de señoritas se presentaron a agasajar a los dos tipos de la barra. Observé que tampoco ellas eran putas al uso. No vestían ligeros, minifaldas ni corpiños. Buscaban despertar el

morbo de la elegancia, el deseo de follar con chicas jóvenes, estilosas y educadas, no con juguetes rotos y desgastados. Una de ellas llevaba una chaqueta gris y falda larga y ajustada que la hacían parecer una empresaria de éxito; la otra un vestido azul sin mangas. Ambas lucían sugerente escote. Los prietos y profundos canalillos eran el reclamo más puramente carnal.

Los dos hombres tardaban poco en hacer buenas migas con las prostitutas, entre risas y falsa seducción: la de ellas, puramente profesional, y la de ellos, pagada con el dinero que les permitía hacer lo que jamás podrían en un bar cualquiera.

—Buenas tardes, ¿qué le sirvo? —me preguntó la camarera con cordialidad.

—Un gin-tonic, gracias.

—¿Es la primera vez que viene por aquí?

—Sí —admití.

—No se preocupe, en seguida le atenderá una chica. Ah, le digo esto porque siempre suelen preguntar: todo se paga al salir, habitación y consumiciones —me sirvió la bebida, me guiñó un ojo y se volvió a retirar con una sonrisa, solo menos espectacular que su trasero.

Al minuto se oyó ruido de tacones al acercarse, y por uno de los corredores apareció una belleza espectacular: metro setenta, rubia natural, ojos claros, gafitas negras de pasta a juego con la falda por las rodillas y camisa blanca abierta hasta el tercer botón, mostrando en el escote parte de un sostén tan ajustado en su generoso pecho que parecía que fuese a reventar de un momento a otro. Se acercó a mí y no pude dejar de desnudarla con la mirada ni por un segundo.

—Soy Evelina, encantada —dijo con acento del este, pero voz sugerente a la vez que firme. Me dio dos besos y me cogió de una mano, guiándose en ella para dar una vuelta sobre sí misma, para mostrarme su «material de trabajo». El culito respingón parecía querer salirse de la falda y empezar a jugar. Tenía las piernas bien

contorneadas y definidas, y ese magnífico hueco entre ellas que solo algunas mujeres tienen la suerte de poseer. Esa chica hacía deporte, mucho deporte. Se cuidaba. Toda una profesional.

—Encantado. Me llamo Roberto —mentí; tampoco aposté a que su nombre real fuera Evelina. No quería ser descortés, y le acerqué un taburete a la barra.

—¿No me vas a invitar a una copa, Roberto?

—¿Por qué no? ¡Oiga, otro gin-tonic por favor!

—Gin-tonic... qué poco gusto para una dama —bromeó—. Mejor un vodka azul con lima y una cucharadita de azúcar.

—Como quieras.

La camarera hizo caso a su compañera y le trajo la bebida azulada.

—¿Me alcanzas una pajita, por favor? Me gusta más chupar que beber del vaso —me miró sonriendo.

Supongo que fingir una conquista o ligoteo puede resultar excitante para algunos hombres, pero a mí me resultaba cómico contemplar aquellas pretendidas poses y actitudes sensuales. Entre un cliente y una puta hay simplemente un contrato no escrito: uno paga y la otra se abre de piernas. Lo demás, a mi entender, sobra. Aun así, meforcé a recordar que no estaba allí para disfrutar de aquella mujer. Ojalá hubiera tenido el dinero y la disposición para hacerlo. La verdad sea dicha, no sé si hubiera podido; probablemente Sandra hubiera aparecido por mi cabeza impidiéndolo.

No tenía intención de darle conversación a Evelina, pero ella se encargaba de que no pasáramos ni un segundo en silencio.

—Nunca te he visto en la Casa —dijo tras dar un largo sorbido a la bebida—. Resultas atractivo, ¿sabes?

—No soy de por aquí.

—Uh... ¿forastero, eh? Yo también lo soy, aunque de más lejos, seguro.

—Se nota —apunté.

—¿Y no te gustan las chicas de fuera? Dicen que somos más ardientes.

—Me gustan todas y ninguna —comenté. Le provoqué una carcajada más falsa que una moneda de cuero. Intentaba no girarme hacia ella, pues cada vez que la miraba mis ojos se desviaban al memorable hueco entre sus tetas.

—Eres misterioso —susurró—. Eso me gusta.

Me posó una mano en el pantalón, suavemente. La subió lo justo para que no me sintiera demasiado ruborizado, y lo suficiente como para que naciera un suave y placentero calorcillo en mis entrañas.

—Escucha, solo he venido a tomar una copa —le dije. Tenía que deshacerme de su fatal distracción como fuera—. De hecho, ya me marchaba. Quizás venga otro día y te invite de nuevo, Evelina.

—Oh, es una pena. Pero estás muy rojo, Roberto, ¿seguro que te encuentras bien? Dejamos aquí la bebida y después la terminamos, tienes que sentarte en un sitio más cómodo —me quitó el gin-tonic de la mano y me cogió la otra, guiándome hacia fuera del salón, avanzando por el pasillo, que estaba más oscuro que el resto de la casa. Se la veía decidida a no desperdiciar un cliente.

Yo balbuceaba excusas para intentar separarme de su lado, pero ella me agarraba con fuerza una de las manos en su cintura, o quizás la única fuerza residía en mi visión de sus nalgas.

—Tienes que descansar un poco —me decía—. Creo que la bebida se te ha subido a la cabeza.

Me llevó a un saloncito apartado que se abría al pasillo y a una escalera. Tenía un gran ventanal, pero tapado por una de aquellas gruesas y oscuras cortinas que se veían desde fuera, y que únicamente dejaba pasar al interior sugerentes hilos de luz. El resto de la estancia se iluminaba con un par de candelabros eléctricos en las paredes. Había un televisor que solo emitía música tranquila y un gran sofá de piel color rojo. Evelina prácticamente me lanzó sobre él.

—¿No pensarías que te iba a dejar conducir bebido, verdad? — dijo sentándose a horcajadas sobre mí; para ello tuvo que subirse bastante la falda, tanto que pude ver que llevaba un tanga blanco con encajes muy pegado a la piel de su pubis, lo que me hacía pensar que el rasurado era completo y perfecto.

—Si me hubieras dejado beber, quizás sí estaría bebido — intentaba esforzarme en ser poco cordial—, pero mi copa está casi intacta en la barra.

—Si lo que quieres es beber, ya habrá tiempo de más luego — ahora sí puso la mano sobre mi polla, que ya estaba tan dura que dolía. Me bajó la cremallera y acarició sobre el calzoncillo, agarrando suavemente de mi miembro viril. Se desabrochó otro botón de la camisa—. Ahora mejor hacemos otras cositas.

No podía articular palabra y me dejaba llevar. El control de mis actos estaba ya muy por debajo del estómago.

—Te gustaría que te chupara esto que tienes aquí, ¿verdad que sí? —me la agarró con más fuerza—. Yo lo hago muy bien, profundo y con mucha saliva. Seguro que así te gusta. Si quieres me hago una trencita para que me puedas agarrar bien.

Súbitamente se escucharon en el saloncito unas risas y algunas voces masculinas provenientes de alguna habitación contigua. Me extrañó que aquel sitio también tuviera servicios homosexuales, o es que había una fiesta alternativa. No pude evitar que una de las voces me resultara más opaca que las demás, más familiar, más audible.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—¿Qué?

—Las voces. ¿No las oyes?

—¿Qué más da?

—Escucha —dije. Intenté apartarla de mí con suavidad—. No voy a hacer nada contigo, y no por falta de ganas —me levanté y la dejé espatarrada sobre el sofá. Creo que ella también estaba algo mojada. Un desperdicio de apetecibles fluidos.

Me dirigí a tientas hacia la fuente de las voces, una puerta entreabierta no lejos del saloncito donde Evelina seguía rumiando su fracaso mientras se volvía a bajar la falda y a abrochar la camisa.

Me asomé con cuidado a la habitación, moviendo ligera y lentamente la puerta. Había varios hombres, cuyo número no alcancé a contar en un primer vistazo. También tenían una pesada cortina echada tras la ventana, pero el cuarto estaba bien iluminado, en especial la gran mesa circular con un tapete rojo que ocupaba casi toda la superficie. Sobre ella había cartas y fichas. Allí se estaba jugando, o se iba a jugar, una partida de póker.

Me retiré justo a tiempo para indicarle a Evelina que estuviese en silencio. Ella puso los brazos en jarra y se acercó a la puerta. Eché una segunda ojeada y le vi: Paco no reía, pero fumaba un puro mientras otro hombre cogía todas las cartas, las amontonaba y comenzaba a repartirlas de nuevo. Esta vez los conté: eran seis hombres, todos de mediana edad. Dos de ellos bien trajeados y gordos como cerdos cebados. Parecían tipos importantes, sobre todo el que se situaba a la derecha de Paco.

Volví a apartarme y llevé a la puta lejos de la puerta, de nuevo junto al sofá rojo.

—Evelina, necesito que me hagas un favor. Quiero que te asomes por esa puerta, sin que te vean, y me digas quiénes son esos hombres.

—¿Y por qué tengo que hacerlo?

—Porque si lo haces te voy a pagar como si te hubiera follado y ni siquiera te habrás despeinado —dije. No se sorprendió.

—¿La tarifa completa? —preguntó.

—¿Es que hay alguna más?

—Me vas a pagar una hora.

—Chica lista. ¿Venís con la lección bien aprendida, eh?

—Mejor dos. Te veo muy interesado. Más en ellos que en mí, parece —la puta se había tomado mi rechazo como algo personal, y pensaba cobrármelo bien.

—No subestimes mi generosidad —dije—. Yo mismo podría entrar a la habitación a preguntar, pero no quiero ser maleducado.

—Dos horas o nada. Y podría pedirte más.

—Joder. Está bien —tuve que ceder—. Dos horas.

Me dio un leve empujón mientras emitía un gruñido y se dirigió a la puerta conmigo. Estudió con la mirada el interior durante varios segundos y se apartó de nuevo. La alejé una distancia prudencial de la puerta.

—Juegan todos los viernes —dijo con voz queda. Los dos hombres de la barra avanzaban por el pasillo acompañados de sus dos «amigas». Subieron la escalera entre risas, cada uno agarrando el culo de una chica.

—¿Hace mucho que se reúnen para jugar?

—No lo sé —respondió—. Desde que yo estoy aquí juegan todos los viernes.

—¿Y desde cuándo estás aquí?

—Un año, más o menos.

Un año. No esperaba que fuese tanto. Paco era, además de putero, un asiduo jugador. Las putas y las cartas no son baratas.

—Dime quiénes son —demandé. De Evelina se obtenía información con sacacorchos.

—Conozco bien a casi todos. No son maricones, como tú. No rechazan a una chica atractiva —refunfuñó.

—No te voy a pagar para que me insultes. Dime quiénes son.

—Dos de ellos... ni idea. No los he visto. A veces viene gente nueva. A veces repiten, a veces no. A veces juegan y luego vienen conmigo o con otra. Otras veces juegan y se van sin hacer nada. Apuestan mucho dinero y quien gana a veces invita a bebida y a chicas. Y quien pierde no tiene ganas de mucha fiesta.

—Dime quiénes son los que conoces.

—Uno de los gorditos, el de la barba y el traje gris: se llama Mario y es el dueño de todo esto. Le gusta jugar tanto como follar. El otro, el del traje negro, es empresario, creo. No conozco su nombre.

Una vez su mujer le siguió hasta aquí y empezó a gritarnos a todas y a tirar las copas y los jarrones por el suelo. Casi tienen que llamar a la policía. Luego está el del jersey morado, que viene con él y se llama... bah, no recuerdo; siempre que puede me elige a mí para pasar el rato cuando acaba la partida.

—¿Y el otro? ¿Cuál es el otro que conoces?

—El de la camisa de cuadros, el feo —dijo—. Se llama Francisco. No sé el apellido. Solo sé que es el más putero de todos. Se va con cualquiera. Bueno, se iba. Hace tiempo que no va con ninguna.

—¿Por qué?

—No lo sé. A veces sale con mala cara. Puede que tenga algún problema. Creo que sigue viniendo porque aquí tiene a Álex.

—¿Álex? ¿Conoces a Álex? —aquello empezaba a no gustarme.

—Claro. ¿Le conoces? Aquí le decimos «el oso». Es el hombre más grande del mundo. Creo que es amigo de Francisco.

Un oso llamado Álex y conocido de Paco. No había duda.

—No es su amigo —corregí—. Es su primo. ¿Trabaja aquí?

—Demasiadas preguntas. Y él no está en la sala.

—Te pagaré media hora más —concedí—. ¿De qué conoces tú a Álex?

—Se encarga de la seguridad. Él mira las cámaras, y si hay algún problema baja y todo se acaba rápido.

Cámaras. Miré al techo y de un rápido vistazo vi dos, pequeñas y situadas una a cada extremo. Creía que era alguien observador, pero siempre había algo que pasaba por alto. El edificio entero estaba lleno de cámaras y no me había dado cuenta. En todo caso, jamás habría pensado que tras ellas, observando, pudiese estar Álex. Era hora de salir pitando de allí. Ya tenía todo claro sobre Paco y había contratado los servicios de una prostituta (aunque no fueran carnales); no había nada más que me mantuviese en la Casa Damaris, y nada debería haberme hecho entrar. De pronto me agobiaron las prisas.

Ya habíamos vuelto a la barra cuando Evelina me dijo la exorbitada cantidad que le debía por su información. Me llevé las manos a la cabeza. De hecho y por suerte, llevaba justo ese dinero en la cartera.

—Las bebidas van a tener que correr por tu cuenta —dije. Ella refunfuñó aceptándolo de mala gana.

Le puse los billetes en la mano apresuradamente. Cuando me metía de nuevo la cartera en el bolsillo de atrás, alguien me dio dos duros toques en el hombro llamando mi atención.

Allí, detrás de mí, estaba la mole.

20. Deudas

—Vaya, vaya —dijo Álex—. Una visita inesperada.

—¿Acaso no puedo tomar una copa? —intenté hacerme el valiente, pero no podía ocultar el tembleque de mi voz.

Me puso una manaza en el hombro y me obligó a bajar de la silla. Me sentí como un niño travieso cuando, acto seguido, me cogió de la oreja y me la retorció, hasta un punto en que me vi obligado a girar la cabeza de forma un tanto cómica. Evelina había desaparecido en algún momento indeterminado, y la chica de la barra fingía estar ocupada unos metros más allá.

—Acompáñame.

Sin soltarme ni por un instante, me guió por el pasillo oscuro y luego escaleras arriba, hasta una pequeña habitación cerrada con llave, pobremente iluminada, de paredes pintadas en gris. Había una mesa con tres grandes monitores de ordenador, y tras ella un sillón de cuero. Delante había dos sillitas. Aquello parecía la consulta de un doctor psicópata y algo siniestro.

—Muy bien, estrellita del porno... ¿qué coño estás haciendo aquí? —inquirió justo enfrente de mí, mirándome desde arriba y muy de cerca. Su tono de voz, como siempre, indicaba que no era alguien dispuesto a tonterías.

—Te lo he dicho antes, tomar una copa. Y, por qué no, divertirme con alguna mujer.

—Lo siento amigo, pero no me la vas a colar. Este no es sitio para gente como tú.

—Las putas son caras aquí —dije—, pero cualquiera puede darse un capricho de cuando en cuando.

Instantáneamente me cruzó la cara de una bofetada. Sospecho que estaba cansado de bromas. La mejilla me ardía y no creo que emplease ni un uno por ciento de la potencial fuerza de sus brazos. Se me saltaron las lágrimas.

—Me parece que no estás para demasiados caprichos... —sonrió—. ¿Por qué has venido? ¿Acaso creías que no me iba a enterar?

No estaba dispuesto a que me abofeteara de nuevo.

—A decir verdad, no sabía que estarías aquí. No tenía ni idea.

—Si piensas que me voy a creer que estás aquí por pura casualidad vas listo.

—Solo quiero respuestas.

—Y yo también. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—He seguido a tu primo.

—Así que ahora te ha dado por jugar a los espías...

Pareció divertirle la situación. Se sentó en el sillón giratorio, que me pareció de juguete en cuanto lo ocupó; aquel inmenso y musculado cuerpo sobresalía por todos sitios.

—Desde aquí controlo todo lo que pasa en esta casa —continuó—. Te he visto con Evelina, curioseando y entrometiéndote donde no debes. En cuanto termine contigo, esa zorra se va a enterar.

Sacó su móvil, se giró ligeramente y empezó a marcar un número. En aquel momento sentí unas irresistibles ganas de echar a correr, pero sensatamente no lo hice.

—No vas a creerte quién ha venido a visitarnos —dijo Álex al teléfono—. Sube en cuanto termines esa mano.

Colgó y se quedó tamborileando los dedos sobre la mesa mientras me miraba. Fue la primera vez que me fijé en sus ojos: eran de un azul oscuro e intenso, y parecía que pudiesen perforar la carne.

—Siéntate —ordenó—. ¿Así que has venido en busca de respuestas, eh? A lo mejor Paco se divierte dándote algunas. A mí no me parece divertido.

—Ya que me estáis pidiendo dinero creo que tengo derecho a saber en qué andáis metidos...

—No te estamos pidiendo nada —interrumpió—. Simplemente tú nos lo vas a dar, porque vas a echarle una mano a mi primo y porque eres un chico discreto.

—Tu primo es un incontrolable putero y un jugador. Después de lo que he visto hoy ya sé de qué va esto.

Paco apareció por la puerta con la cara desencajada y transpirando sudor por la camisa. Lo noté más envalentonado, incluso con otra postura corporal. Entre las cuatro paredes de la Casa Damaris parecía estar transformado.

—Paco, ¿no te pitaban los oídos? —le preguntó Álex riendo—. Mira a quién he encontrado: ahora mismo estaba hablando «maravillas» de ti.

—¿Qué... qué cojones haces tú aquí? —me preguntó Paco.

—Ya ves. A uno también le gustan las copas y las putas.

—¿Quieres que te de otro aplauso en la cara? —exclamó Álex—. Dile la verdad.

Yo me quedé callado. No me apetecía dar explicaciones. Me habían pillado allí y punto. Nunca debí entrar en aquel edificio y ahora tenía que apechugar con las consecuencias.

Álex rompió el silencio, mirando a su primo con la cara tensionada:

—Te ha seguido hasta aquí.

—¿Cómo es posible?

—Tú sabrás —contestó Álex. Paco tomó asiento en la desvencijada silla junto a la mía. Se miraban y hablaban como si yo no estuviera allí—. Lo he pillado in fraganti. Estaba asomado a la partida con Evelina, y los dos cuchicheaban.

—Solo quería ver a qué dedicas tus tardes —intervine—. Ya me ha quedado claro por qué tienes problemas económicos.

—Ahora no te he dado permiso para hablar —prorrumpió Álex.

Paco se había girado hacia mí, con una pierna cruzada sobre la otra:

—Déjale —dijo—. Deja que hable. Adelante, Ricardo. Si crees que debes hablar, lo mejor será que no te guardes nada.

No sabía ni por dónde empezar, ni qué pretendía exactamente.

—Te he seguido. Lo admito. Ya está.

—Continúa.

—No. Ya está bien —dije—. Solo quiero marcharme de una vez.

—Vamos, Ricardo... solo estamos hablando. Cuanto más hablemos más claras quedarán las cosas. Probablemente ese ha sido mi error, nuestro error, no hablar lo suficiente. Cuéntame. ¿Qué has visto ahí abajo? ¿Me has visto jugando, no es así?

Me hablaba como si fuera un padre blando, de los que no creen en las regañinas y pretenden solucionarlo todo con una charla amistosa.

—Te he visto jugando, sí. Jugando con tipos trajeados que seguramente tengan más dinero que el que tú tendrás en treinta vidas —miré a Álex y exploté—. Me chantajeáis, me queréis quitar mi dinero para que este tipejo pueda seguir apostando y acostándose con putas de lujo. No sé cómo no se os cae la cara de vergüenza. Si el mundo fuera un lugar justo no habría lugar para gente como vosotros. Ni siquiera habrías nacido, o ya estarías bajo tierra.

Por una vez, Álex no respondió con violencia. Se quedó e hizo una señal a Paco dando a entender que por el momento no pensaba intervenir.

—Eso es lo que ahora piensas —señaló Paco—, y a decir verdad no te culpo. Pero lo que pasa en realidad puede ser bien diferente.

—Yo he admitido que te he seguido hasta aquí. ¿Tanto te cuesta admitir que eres un vicioso y un derrochador?

—Joder, Ricardo. Me gusta el póker y adoro a las mujeres bonitas, como todo hombre en este mundo.

—Y ahora te has quedado sin dinero y quieres que yo te lo financie. Lo imaginaba y hoy lo he confirmado.

—Ojalá fuera tan sencillo —suspiró—. Y si así fuera, no estaría haciendo esto.

—Yo creo que es bien sencillo.

—¿Vas a darme la oportunidad de que me explique, Ricardo?

—Haz lo que quieras —dije. En realidad tenía curiosidad por saber con qué saldría esta vez.

—¿Sabes quién era el gordito del traje gris que estaba a mi lado en la mesa? —preguntó.

—No, o sea, sí, en parte. Es el dueño de este club. Me lo ha dicho la puta.

—En efecto.

—¿Y qué tiene que ver en esto?

—Le debo dinero —soltó—. Bastante.

—Cuidado con lo que dices, primo —interrumpió Álex—. No sé qué necesidad hay de contarle nada a éste.

—Tranquilo, Álex, tranquilo. Merece una explicación, y voy a hacerle un pequeño resumen de lo que está pasando aquí. Te rogaría que nos dejases solos.

—Entonces espera —dijo Álex mientras se levantaba. Se notaba que no le hacía gracia abandonarnos, o no se fiaba de dejar a Paco a solas conmigo. Se dirigió hacia mí, me levantó de la silla, me palpó por el interior de la camisa y los pantalones y extrajo mi móvil de mi bolsillo izquierdo. Lo apagó y lo puso sobre la mesa, junto al suyo. Yo no ofrecí ninguna resistencia. A posteriori, cuando uno recuerda tardes como aquella, siempre piensa en lo que pudo hacer, en mil y una opciones heroicas y violentas, en salir del embrollo con la cabeza bien alta y dejando a los adversarios por los suelos. A

posteriori todo parece posible, mientras que en ese momento, cuando Álex se levantó frente a mí para cachearme, yo estaba tan paralizado que me hubiese dejado hasta desnudar—. Ya está. No me fiaba de que este pimpollo estuviese grabando o algo así. Volveré en cinco minutos. Con eso tienes más que suficiente para hacerle tu «pequeño resumen».

Cogió un manajo de llaves y los dos teléfonos, el suyo y el mío, y desapareció dando un portazo.

—A lo que iba, Ricardo —continuó Paco. Tomó aire y se aclaró la garganta—. Te lo pido por favor, déjame terminar de decirte lo que te voy a decir, y luego habla.

—Adelante, sorpréndeme —dije con ironía.

—Tenemos poco tiempo. Le debo dinero a Mario, y tú te preguntarás por qué. Crees que juego a las cartas por simple gusto, apostando tu dinero, y no podrías estar más confundido.

—No he visto que nadie estuviera apuntándote con una pistola para que jugaras.

—En ocasiones no hacen falta pistolas para obligar a alguien a algo. Empecé jugando porque me gustaba, cómo no. Uno tiene aficiones que a veces le pueden meter en problemas. Verás, yo conocí a Mario hace bastante tiempo, justo cuando rehabilitó esta casa y empezó a llamarse Damaris y la llenaron de alcohol y mujeres. Yo venía por aquí dos o tres veces por semana, como mínimo. Me gustaba el ambiente y, qué carajo, un hombre soltero se puede permitir esos caprichos. Como digo, conocí a Mario porque él siempre estaba aquí, siendo como era el dueño. A los pocos meses de inaugurar la casa, alguien, no recuerdo quién, propuso una partidita de póker entre los habituales. Yo me apunté. No hizo falta que me insistieran. Cartas, mujeres y bebida. Qué más podía pedir. Me sentía en Las Vegas, a quince minutos en coche.

»Apostábamos dinero, pero cantidades pequeñas. Quien ganaba podía pasar un buen rato con una chica e invitar a una ronda. Ganáramos o perdiéramos, lo pasábamos bien. A decir verdad, yo

ganaba más que perdía, aquí donde me ves, tan callado como soy, ya me conoces. Un hombre de pocas palabras. Creo que fue eso le gustó a Mario, y comenzamos a llevarnos muy bien, hasta el punto en que le recomendé a mi primo cuando me dijo que necesitaba a alguien que se encargara de la seguridad, y él lo contrató sin mirar más candidatos.

»A partir de este momento, todo fue a peor. Todo lo que puede ir mal, acaba yendo mal, ¿no crees? El caso es que la casa era cada vez más conocida y, como buen sitio caro, empezó a llenarse de gente pudiente. El dinero hace buenas amistades, y Mario congenió con ellos; pronto los invitó a las partidas. Los habituales nos vimos sustituidos por esa otra gente podrida de dinero, gente con la que no conviene apostar a las cartas.

»Mario me avisó, no puedo culparle. Recuerdo lo que me dijo un día: “Paco, las partidas de los viernes se van a poner más serias. Las cantidades ya no son moco de pavo. Tienes más que perder que por ganar”. Yo me tomé aquello como un insulto e insistí en jugar. El primer viernes que aquella gente decidió ponerse en serio con las apuestas me pasó lo peor que podía pasarme: gané la partida. Yo me confié y creía que iba a hacer mucho dinero jugando. El segundo viernes me fue peor, y el tercero aún peor. Lo que gané la primera semana ya estaba más que gastado.

—¿Por qué no dejaste de jugar en ese momento? —pregunté.

—Porque la estupidez y la avaricia pueden ser muy grandes en una persona. Y porque no soporto que se rían de mí. Ahí abajo hay un médico, uno de esos con buena fama en la ciudad, con clínica privada donde hacen liposucciones y esa clase de arreglos a las ricachonas. Él puede gastar, jugando, el equivalente a mi nómina cada semana. Si vieras cómo me sonrío cuando me gana una mano, Ricardo... No soporto que nadie se ría de mí de esa manera. No quiero perder el hilo de lo que estaba contando. Perdí todo lo ganado y entré en un bucle de derrotas. Solo quien juega a póker asiduamente sabe lo que es eso. En vez de retirarme me empeñé

en intentar ganar de nuevo, como hice la primera vez. Pensaba que no era tan difícil.

»Ahí fue cuando tiré de ahorros. Pasaron las semanas y los meses y mi cuenta corriente bajaba y bajaba, y lo peor es que no me importaba. ¿Para quién he ahorrado? ¿Para los estudios de los hijos que nunca tendré? —rió amargamente—. En realidad sí que me importaba. Ya no podía, y sigo sin poder, acostarme con mis amiguitas de aquí. Por eso te pedí que me presentaras a la tuya... uno tiene sus necesidades, ya lo sabes.

»Solo quería volver a ganar, Ricardo. Estaba tan obsesionado que no pensaba en otra cosa. Y cuando me quedé sin dinero... Mario me empezó a prestar. No, no pienses que él es tan tonto como lo fui yo. Él puso condiciones, en las que siempre sale ganando. Para empezar, el trabajo de mi primo es el primer aval. Y Álex no es un solitario como nosotros... él tiene una familia que mantener y este es el mejor empleo que podría encontrar. Y me temo que hasta aquí te puedo contar.

Me sorprendió la larga confesión de Paco y su entereza a la hora de hablar. La voz no le tembló ni un instante y sus ojos, vidriosos, fueron capaces de mirar a los míos durante más de dos segundos antes de apartarse. Aun así, la injusticia y el chantaje que se estaba cometiendo conmigo se hizo aún más carente de toda disculpa. Por lo menos ya me quedaba algo más claro el papel de Álex.

—Entonces, si te he entendido bien, quieres que yo sea quien pague lo que le debes al jefe de tu primo para que no le ponga de patitas en la calle.

—Tómalo como un préstamo que nos haces, Ricardo.

—Y una mierda. Te has metido en esta situación tú solito, y tú solito deberías salir.

—Ya no puedo. Mario ya no me deja ni un euro más.

—Es lógico. Lo que me extraña es que siga dejándote entrar en su negocio.

—Es complicado, joder, muy complicado. La única forma que tengo de salir de ésta es seguir jugando. Jugar y ganar. Lo que gane no será para mí, sino para pagar la deuda que tengo con él. Y para seguir jugando necesito dinero.

—Deudas para cubrir deudas. Creía que eras más inteligente. La deuda que pretendes contraer conmigo va más allá del dinero.

—Estoy cogido por los huevos, Ricardo. Estoy obligado a seguir jugando.

—No entiendo por qué.

—Yo nunca gano, ¿lo entiendes? —su voz sonó como una súplica. Por un instante me miró y supe que había algo que le era imposible contar. Reflexioné por un instante.

—Ganes tú o gane Mario, siempre gana él. ¿Trampas quizás? Dos jugadores como si fueran uno —resolví—. Multiplicar por dos las posibilidades. Quizás tengáis un código de gestos o miradas. Te acaricias la oreja y sabe que vas de farol, o cosas así. No soy un experto en póker, pero creo que eso se hace en otro juego. Le debes tanto que va a utilizarte hasta que le devuelvas todo. Y tú me vas a utilizar a mí.

Mientras yo mismo argumentaba en voz alta, aquello me recordaba a la cadena alimenticia, a la ley de la selva. El animal grande se come al pequeño. Mario era un león, un tiburón. Paco era una rata, un asqueroso y vulgar pez de los que acaban arrojando al váter. Pero conmigo se había confundido. Yo no era ningún insecto. Yo no era plancton. Continué hablando:

—Eso es. Necesitas dinero con el que jugar, haciendo trampas para cubrir deudas —mientras pronunciaba estas palabras, creí ver como Paco asentía con la mirada—. En buen jardín estás metido. ¿Sabes que ahora mismo podría bajar a esa sala y hablar de todo esto, verdad?

—Si no quieres tener problemas con más personas, incluido Mario, más te vale no hacer eso. Además, eres tú el que ha sacado esas conclusiones. Yo ni quiero ni puedo decir nada más.

¿Comprendes mejor ahora por lo que estoy pasando, Ricardo?
¿Comprendes que lo tuyo ha sido lo último a lo que agarrarme?
Ayúdame. Volveré a ganar, lo sé. Con suerte, en tres o cuatro
partidas todo puede quedar solucionado. Ayúdame y borraremos
juntos ese condenado vídeo.

El vídeo. Hasta me había olvidado de él. El vídeo era lo de
menos. No contesté.

—He de seguir jugando —dijo—. Puede que hoy mismo todo
empiece a cambiar a mejor. Nos vemos el lunes en la empresa.

Se levantó y me dio un par de tímidas palmaditas en el hombro.
Lo gracioso es que, en aquel momento, Paco creía que yo me había
quedado conforme con sus explicaciones. Creía que le «ayudaría»
sin más. Creo que ni se imaginaba que yo tenía más ganas que
nunca de retorcerle el cuello. Cuando abrió la puerta para
marcharse, Álex ya estaba allí. Yo también me levanté dispuesto a
irme, pero el grandullón me cerró el paso.

—Siéntate.

—Quiero irme.

—Ahora te vas a esperar. Paco te ha dado su charlita y yo no
voy a ser menos. Tranquilo, la mía será mucho más breve.

—Ya veo que hoy estáis habladores.

—No creas. Lo mío no son las palabras. Lo mío son los hechos.
Y el hecho de hoy es que te has plantado aquí siguiendo a mi primo.
No me gustan los niñatos como tú, y menos cuando se las dan de
algo que no son. Tú no eres un poli, ni eres el protagonista de una
peli de acción. Tú eres un fracasado que no puede ni follarse en
condiciones a una mujer.

Yo ya estaba escarmentado. Sus insultos me entraban por un
oído y me salían por el otro. No hay mayor desprecio que no hacer
aprecio.

—Te lo repito: lo de hoy no me ha gustado nada —continuó—.
No sé qué te habrá contado el blando de mi primo. Ahora que lo
pienso sois tal para cual. Lo que sé es que vas a pagar

religiosamente lo acordado, y si vuelves por aquí fijaré contigo y personalmente nuevas condiciones que no te van a gustar nada. Creo que no hemos puesto de forma clara los puntos sobre las íes: si te niegas a pagar, o si por un momento sospecho que has ido donde no debes a contar lo que no debes, puedo asegurarte que esa vergüenza de vídeo va a ser el más pequeño de tus problemas. ¿Me has entendido?

No contesté. No hubo en sus palabras nada que yo ya no sospechara desde hacía tiempo. El vídeo era una simple excusa para que Álex me atormentara, me chantajeara y amenazara.

—No saldrás de aquí hasta que digas que me has entendido.

—Te he entendido —dije. Solo quería desaparecer de aquella casa cuanto antes. Me lanzó mi teléfono y él mismo me abrió la puerta.

—Tienes la cara colorada —señaló—. Cuando te mires al espejo esta noche te acordarás de lo que debes y lo que no debes hacer.

Cerró la puerta a mis espaldas y se quedó dentro de la habitación. Fuera ya estaba oscureciendo, y se habían encendido todas las luces de la casa. Eran rojizas y cálidas, pero a mí me parecían lamparones de lava salidos del infierno.

Pensé que, en cuanto arrancara el coche, no sabría a dónde ir. No sabría si acudir a comisaría a denunciar, ignorando las amenazas de Álex. No sabría si ir a casa, acostarme y no volverme a levantar.

Miré mi cara enrojecida en el espejo retrovisor; casi se intuía la forma de la mano de Álex sobre mi carrillo izquierdo. Volví a encender mi teléfono y a los pocos segundos recibí una llamada. Era Sable.

21. Piso franco

—¿Diga?

—¡Pajas! ¿Qué tal todo, campeón?

—Sable, qué alegría —mentí. No me apetecía hablar con nadie y menos andar fingiendo con él—. Aquí vamos, como siempre.

—¿Cómo va aquel tema del que estuvimos hablando tú y yo?

—Sin novedad.

—Entonces quizás te interese venir a verme.

—Mira, te lo tengo que decir, no me convenció demasiado lo que me ofrecieron tus dos amigos.

—Esto es diferente, hombre —se quejó—. Seguramente te interese. Venga, ¿recuerdas el Bar Vélez? Allí te veo en media hora.

—Estoy cansado —objeté—. ¿Por qué tanta prisa?

—Porque es algo que quiero cerrar cuanto antes. Es algo precipitado, pero si no tienes nada mejor que hacer deberías venir. Si no, la oportunidad pasará de largo y otro la va a aprovechar.

Ni a la comisaría ni a mi casa; finalmente se abría una alternativa, otro destino para aquella fría tarde. Sabía que en Los Girasoles no había nada que pudiese merecer la pena, pero acepté. Acepté por huir de mi realidad. Acepté por retrasar un poco más el paso definitivo que habría de tomar. Siempre he pecado de demorar enfrentarme a mis problemas, como si fuesen a desaparecer solos. Quizás por eso, por no coger el toro por los cuernos y no mirar de cara a las dificultades, he pasado gran parte de mi vida siendo un infeliz.

De cualquier manera y como suele decirse, cuando se cierra una puerta se abre una ventana. No siempre es así, pero en esta ocasión la ventana por la que tomar algo de aire fue la llamada de Sable.

Eran las seis de la tarde y yo tenía que devolverle el coche a Sandra. Hubiera sido muy poco inteligente aparecer con aquel vehículo rojo en las narices de su novio.

Me presenté en el número veinticuatro de la calle La Luna y llamé al tercero C con la tranquilidad de que Sable no andaría por allí.

—¿Quién es?

—Sandra, soy Richard. Aquí tienes tu coche. Te lo he dejado aparcado en la puerta.

—¡Richard! ¿Subes? Tienes que contarme...

—No tengo tiempo. Asómate a la ventana del salón.

Desde abajo, la vi aparecer con una toalla puesta en la cabeza. Estaría recién duchada; no pude pensar en otra cosa que en volver a ensuciarla.

—¿Y estas prisas? —preguntó. No me gustaba hablar a viva voz en la calle, como si fuésemos dos vecinas cotorras, pero no había otro remedio y realmente quería ser puntual a mi nueva cita en el Bar Vélez.

—Ya te explicaré.

—Joder, tienes un lado de la cara completamente rojo —observó preocupada.

—Te he dicho que ya te lo explicaré. Tírame mis llaves.

—¿Y las mías qué?

—Aquí van —se las lancé con fuerza y milagrosamente no tuve que lamentar mi falta de puntería.

—Estás loco.

—¿Dónde has aparcado mi coche?

—A unos veinte metros, en aquella bocacalle —dijo señalando con la mano. Le vi las mangas del albornoz, pero no tenía tiempo de

pensar en más guarradas.

Fue a buscar mis llaves y me las dejó caer. Las cogí al vuelo haciéndome bastante daño en las manos.

—¿Estarás con alguien esta noche? —le pregunté, dándome la vuelta cuando ya me estaba dirigiendo hacia mi coche. Ella miró a ambos lados de la calle, como cerciorándose de que nadie escucharía su respuesta.

—Creo que no —contestó—. Llámame. Si respondo lo sabrás.
Le dije adiós con la mano.

Llegué a Los Girasoles justo a la hora acordada. No sería yo el impuntual. Me sorprendió comprobar cómo el miedo que sentí la primera vez que pisé aquel barrio había disminuido casi por completo. Aparqué y empecé a recibir miradas raras, pero nadie se me acercó. Los chiquillos y los yonquis permanecieron a distancia. Hacía solo un par de días que me habían visto paseando con Sable y eso parecía suficiente garantía para que no me molestaran.

En la puerta del Bar Vélez estaba aquel muchacho de ojos saltones, Furby. Esta vez no llevaba mono de trabajo ni estaba manchado de grasa, y es por eso que me resultó aún más familiar que la primera vez. Se parecía a alguien y no acertaba a decir a quién.

—Eh, Pajas —me llamó. Se quedó mirando sin disimulo mi mejilla colorada—. Vengo de parte de Sable.

—¿Dónde está?

—En el piso. Me ha pedido que te acompañe.

«El piso». Me resultó una expresión extraña.

—¿Por qué no ha bajado él? Me dijo que estaría aquí.

—Está ocupado —contestó tajante—. Vamos.

Le seguí un par de minutos bajo los soportales. Aquel chaval, poco más joven que yo, no era muy locuaz. Prefería eso a que fuese uno de esos tipos incapaces de dejar un segundo de silencio con su

interlocutor, y que rellenan cada instante con cualquier gilipollez que les venga a la cabeza. Furby era callado y yo también. Estaba oscureciendo y los pocos negocios que se mantenían en el barrio eran casi lo único que iluminaba las sucias calles. Vi a cuatro niños sentados en la puerta de una peluquería esperando a otro colega; eran todos iguales, rapados, pero se habían dejado un puto cenicero de pelo en la cabeza, y reían orgullosos de cualquier imbecilidad. Aquel barrio era una reunión de catedráticos y futuros premios Nobel.

Anduvimos hasta un portal situado en la calle perpendicular al bar. Observé que en Los Girasoles no había cristales tras las rejas de los portales. Para qué ponerlos si iban a durar poco. El frío se colaba en las entrañas de los edificios.

No había ascensor, así que subimos por las escaleras hasta la primera planta. En las paredes del bloque había algunas pintadas con rotulador indeleble, pero no estaba tan sucio como habría supuesto. Finalmente Furby llamó al timbre, y le abrió un tipejo que me miró de arriba abajo con asco y por supuesto no me saludó. Era muy alto, moreno de cara y con el pelo largo y grisáceo por las innumerables canas. Tenía nariz aguileña e iba vestido con una camiseta de propaganda. Todo un jaque del siglo XXI.

Se oía a Sable hablando por teléfono en el interior del piso.

—Espera aquí —me dijo Furby, y se fue a la cocina con el perdonavidas. Poco después salieron con un plato lleno de embutido y me ofrecieron pasar al pequeño saloncito que se abría a la entrada. Al final resultaba que no eran tan malos anfitriones. Llevaba desde la mañana sin llevarme nada a la boca y agradecí el gesto. Pasé los siguientes minutos comiendo en silencio y con disimulo; no quería parecer un muerto de hambre ante aquellos tipos. La estancia estaba llena de cajas de cartón, unas cerradas y otras abiertas. Imaginé que allí se gestaba algún tipo de contrabando.

—¡Pajas! —exclamó Sable apareciendo sonriente en el salón—. Sabía que no me fallarías.

—La curiosidad siempre me puede.

—Vosotros dos —dijo dirigiéndose a Furby y al pelanas—, echad una partidita a la consola. Voy dentro a hablar tranquilamente con el muchacho. Por aquí, Pajas.

Me guió hacia una habitación situada al fondo del pasillo. El resto de puertas estaban cerradas. Aquel cuarto era una especie de despachito mal iluminado, con una mesa de escritorio y un par de sillones. Sobre la mesa había un flexo emitiendo una luz mortecina y amarillenta que iluminaba cientos de motas de polvo en flotación. Me pregunté cuántas veces al año se limpiaba ese piso.

—Siéntate —invitó. Parecía que el día consistía exclusivamente en sentarse frente a personas y escucharlas. Pero esa vez estaba allí voluntariamente y no quería pensar en Álex ni en Paco—. ¿Todo igual, eh?

—Si te refieres al problema que tengo entre manos, sí. Y si te refieres a mi vida en general, también —reflexioné.

—¿Una auténtica mierda, verdad? Levantarse por las mañanas a ganarse la vida cuesta mucho, pero que encima otras personas anden calentándote la cara debe hacerlo más difícil —dijo señalándose su mejilla y mirando a la mía. A él tampoco se le había pasado por alto—. Llegar por la noche a casa y darte cuenta de que no tienes más que facturas por pagar. Encender la puta tele y ver qué mierda echan para olvidarte de todo por un ratito, hasta quedarte dormido y que al día siguiente todo vuelva a empezar.

—Sí, en general todo es una mierda... —dije. Me sorprendieron las reflexiones de Sable. Un tipo como él había descrito a la perfección mi vida y la del ciudadano medio. Si hubiera cambiado «encender la tele» por «encender el ordenador y masturbarse» hubiera acertado de pleno.

—Pues tengo que darte una buena noticia —soltó, quedándose después callado y sonriente con aquellos ojos penetrantes bien

abiertos, esperando que yo me emocionase o reaccionara de alguna manera.

—¿Cuál? —pregunté fingiendo algo de ánimo. La verdad es que tenía bastante curiosidad.

—A partir de ahora dependerá solo de ti que tu vida siga siendo una mierda. O por lo menos que siga siendo *tan* mierda.

—¿Y cómo es eso?

—Podrás preocuparte de lo que quieras excepto de temas económicos. Podrás pagarles a esos imbéciles de tu curro, o podrás comprar a alguien para que les pinche las ruedas del coche. Yo no entro en lo que cada uno hace con su dinero.

—¿De qué dinero me estás hablando? —aquello empezaba a inquietarme.

—Del que vas a ganar de una forma tan fácil que hasta no te lo vas a creer.

—No hay nada fácil ni nadie regala nada, y menos dinero — señalé.

—A veces sí que hay formas muy fáciles de ganar pasta... tan fáciles que son como un regalo.

—¿Legales? —pregunté—. No lo creo.

—Ahí es a donde quería llegar, Pajas —me guiñó un ojo.

—Me lo esperaba.

—Antes de seguir... quiero decirte que, si te sientes incómodo hablando de estos temas, o ya sabes de antemano que nada de lo que te diga te va a interesar, podemos dejarlo como está y no se hable más.

—Por mí puedes seguir —dije sin pensármelo, movido por la curiosidad—. Legal e ilegal son solo palabras.

—Esto que voy a comentarte, o a proponerte, es completamente ilegal y quiero que lo sepas para que no te asustes.

—No me asusto tan fácilmente.

—¿Ah no? ¿Y entonces qué fue eso de rechazar la ayuda de mis dos compadres? —dejó caer. Ahí estuvo bastante fino—. De hecho

me he pensado si llamarte o no. Pero en fin, esto es otra historia. Aquí nadie va a resultar perjudicado.

—Cuando estamos hablando de ilegalidades, siempre suele haber perjudicados.

—A veces no —objetó—. Voy a ir al grano... ¿dominas el *tema*?

—¿Qué tema? —me pareció una de aquellas preguntas que supuestamente se hacen los gays en los locales nocturnos para iniciar el coqueteo.

—Hum... ya veo que no. Te lo explicaré de forma muy sencilla. Ya está bien de rodeos: resulta que hay un polvito mágico y blanquito que les encanta a todos, ya sean ricos o pobres, de pueblo o de ciudad. Y sin él no hay fiesta. Sin él... los fines de semana, las cenas de empresa y todo eso, se hacen más aburridas. ¿Comprendes?

Drogas. Era eso. La confirmación de que Sable no era un simple listillo de barrio. Su posición tenía que deberse a algo más, y aquí estaba la prueba. Por un momento me resultó cómico estar allí hablando de aquel asunto mientras que oía los gritos de gol que proferían Furby y el otro jugando en el salón. Aun así no me asusté demasiado. La droga es parte del día a día, más en aquel barrio, y no tenía por qué escandalizarme. O al menos debía intentar que no me notara sorprendido.

—Polvo blanco... —reflexioné—. ¿Cocaína, verdad?

—Por aquí la llamamos perico. Pero sí, eso es.

—¿Y qué tiene que ver la cocaína conmigo? No voy a meterme en ningún asunto de drogas —advertí.

—Eso es lo bueno. Que no te vas a meter en «ningún asunto de drogas». Ni siquiera vas a verla si no quieres.

—No te entiendo... —estaba cada vez más confundido.

—Verás. Lo único que tendrías que hacer es lo siguiente: llevar un coche desde un punto A a un punto B a sesenta kilómetros. Alguien te espera, abre el maletero, lo vuelve a cerrar y tú vuelves a

traer el coche. Como máximo en una hora y media está todo hecho. Así de fácil y rápido.

—¿Lo que se llama una «mula», verdad?

Sable soltó una carcajada:

—Lo de mula es muy feo, hombre. Yo prefiero llamarlo «transportista».

—¿Y por qué yo? Quiero decir... ¿por qué has pensado en mí?

—Te voy a ser sincero —dijo—, nuestro transportista habitual ha fallado y, en vez de dar al traste con todo, enseguida he pensado en ti: eres perfecto para este trabajo porque eres un «chico bien». Nadie va a sospechar de alguien como tú. Tanto yo como mis compadres nos arriesgamos mucho si salimos de la ciudad, mientras que tú puedes hacerlo tranquilamente. Yo estoy fichado desde hace años así que me tienen agarrado por los cojones. Pero con esto, tú solo puedes ganar... y borrar de un plumazo esos problemas que tienes. Y, quién sabe, cuando todo salga bien y compruebes lo fácil que es, quizás hasta quieras repetir cuando haga falta.

Yo aún estaba estupefacto por lo que me estaba ofreciendo. Que los verdaderos tejemanejes de Sable se me hubieran revelado de forma tan simple podía significar dos cosas: la primera, que estuviesen realmente desesperados por una «mula» (verdadera palabra para definir el trabajo que me ofrecían); la segunda, que fuese una especie de prueba para saber en quién confiar en un futuro, o porque sospechasen de mí en mi primera visita a Los Girasoles.

—A ver si lo he entendido —dije intentando aclarar las ideas—. Me ofreces llevar cocaína en un coche, desde la ciudad a otro lugar a sesenta kilómetros y traer el coche de vuelta.

—Más o menos. Pero míralo así: tú sabes que es cocaína porque eres muy listo y muy curioso, pero no tendrías ni por qué saberlo. Simplemente se trata de conducir un coche. Es como darse una vuelta. Y créeme que nadie paga tan bien el darse un paseo.

Claro que no. Pero nadie pagaría a las «mulas» si no hubiese un grave riesgo de que fuesen pilladas. O peor aún, quizás estaba siendo protagonista de una de esas historias de envíos falsos, con poca cantidad de droga, de los cuales se da un chivatazo y sirven de señuelo para que la policía capture a alguien mientras que por otro lado se está realizando la verdadera operación. Quizás yo era la víctima perfecta de algo así, igual que lo estaba siendo del chantaje de Paco y Álex. Un saco de boxeo continuamente zarandeado y golpeado por todos lados. Ya estaba bien. No me interesaba meterme en más problemas, y menos con el transporte de drogas (por muy suaves que fuesen), pero decidí ir de frente y decirle a Sable lo que pensaba antes que andarme con remilgos como una niña asustada.

—¿Qué me hace pensar que no sería una «mula» falsa?

—¿Cómo?

—Lo que oyes. ¿Qué garantías tendría de que nadie va a llamar a la poli para que me cojan mientras que estáis haciendo de forma segura otro transporte?

Sable se rió a carcajadas.

—Eres más listo que el hambre, Pajas. ¡Cómo se nota que eres ingeniero! Se ve que piensas en todo y que eres cauto, y precisamente eso me gusta de ti. Cuando estos te comenten como se va a hacer el transporte seguro que se te quita esa idea de la cabeza. Además, la falsa mula es de hijos de puta que no saben a lo que juegan. Esto es un negocio entre tú y yo. Créeme, soy el primer interesado en que no te pillen.

—Estos asuntos son muy peligrosos —concluí—, sobre todo para alguien inexperto como yo. Además, siempre tengo mala suerte; seguro que al arrancar el coche se me pincha una rueda con un coche patrulla a mi lado.

—Aunque te pasara eso, te puedo asegurar que no te iban a coger. Está todo pensado. Por lo menos, déjame que te de los detalles y te lo piensas. Pero no mucho.

—Está bien —dije por contentarle.

—Ven conmigo al salón. Furby y Copito te van a explicar el resto.

En cuanto los dos nos vieron aparecer, pausaron su partida y pusieron caras más serias.

—Este chaval le echa huevos a la vida —anunció Sable—, y está interesado en el tema.

No era exactamente eso lo que yo le había dicho, pero lo dejé estar.

—Qué sorpresa —dijo ese tal Copito—. No hubiera dado un duro por un pijito como tú.

—Este pijito tiene unos cojones más grandes que tu cabeza —intervino Sable—, así que a partir de ahora le hablas con respeto.

—Lo que tú digas —respondió de mala gana y me miró—. ¿Qué quieres saber?

Pensé que saciando mi curiosidad no haría daño a nadie:

—Principalmente la cantidad a transportar —dije—, cómo iría oculta en el coche y por supuesto cuánto se gana con esto.

—La cantidad son doce kilos, ni más ni menos. Van ocultos en la rueda de repuesto de una forma que yo he «patentado» —sonrió— y que no puedo decirte hasta que no sepa si se vas a hacerlo o no. Es imposible de detectar. Y lo que puedes ganar...

—... es esto —completó Furby, que había aparecido con un maletín sin que me diera cuenta. Lo abrió y vi paquetitos de billetes de cincuenta y de veinte euros. Muchos. Cuando yo mismo dije la cifra se sorprendieron de la exactitud con la que había estimado la cantidad. Era aproximadamente mi sueldo de medio año, y aun así supondría solo un pequeño porcentaje de lo que ellos ganarían con la operación. Mentiría si no dijese que, en cierto modo, aquello era tentador, muy tentador, y lo pintaban todo tan extremadamente fácil que a más de uno se le hubiera hecho la boca agua. Pero eran doce kilos. Una cantidad que a todas luces podría acarrear una gran temporada en prisión. Una cantidad que, seguramente y una vez

llegada al destino que me proponían, se repartiese a continuación a otra u otras provincias.

—Como ves —indicó Sable—, el dinero ya está preparado para quien haga el trabajito. Ir y volver. Eso es todo. Un par de horitas en carretera y listo, el maletín es tuyo y con billetes que no de los que no se sospecha en ningún lado.

Por momentos reflexioné sobre la moralidad del asunto. Sobre el papel que juega el «repartidor» en el negocio de la droga. ¿Dónde está el límite de la culpabilidad? ¿Acaso quien reparte obliga a punta de pistola a drogarse a los jóvenes (y no tan jóvenes) de medio mundo? Sin embargo, ¿cuántas cabezas se habrían cortado en otros países con tal de que yo tuviese acceso a ese maletín de dinero? Es un tema que podría dar para mil y un ensayos y libros de ética. A mí me lo vendían como «llevar un coche de un punto A hasta un punto B». Y me lo vendían a mí porque, para ellos, seguramente yo fuese el tipo más pringado y maleable que había pasado por el barrio.

—¿Dónde tendría que dejar el «material»? —yo también empezaba a rehusar la palabra «cocaína» o «droga», como si esto quitara gravedad al hecho delictivo del que estábamos hablando—. Sé que el punto está a sesenta kilómetros, pero no sé dónde.

—Fácil —dijo Furby—. Conducirías por autopista y tomarías una salida y un desvío hasta una carretera comarcal. Ahí recorrerías un par de kilómetros hasta desviarte a un camino de tierra privado de un olivar y llegar a una casucha donde alguien te estará esperando para abrir el maletero, sacar la rueda y volverlo a cerrar.

—¿Nada más? —pregunté.

—Nada más —respondieron Sable y Furby al unísono.

—Sería imposible perderse —continuó este último—, porque en el coche hay instalado un GPS con el punto exacto.

—He de reconocer que me tiente, y mucho —dije al cabo de unos segundos—. Pero me lo tengo que pensar. No se puede decir que sí tan rápido a algo como esto.

—Piénsatelo, pero necesitamos saber tu respuesta antes de mañana a mediodía —indicó Sable—. El transporte se haría pasado mañana. Me cago en mi vida, odio los fines de semana tan moviditos. Tengo a «mi mujer» abandonada.

—¿Pasado mañana? ¿Tan pronto? Es muy precipitado, ¿no crees? —dije.

—Lo sé, lo sé. Te lo he dicho antes, nuestro transportista habitual nos ha fallado. Pero tenemos que mantener el día y la hora. Esto no depende solo de nosotros. Y además, los domingos son el día perfecto para hacerlo.

—Los domingos a media mañana —completó el canoso—. Si se hace muy temprano hay controles para la gente que sale de farra los sábados. Y si se hace muy tarde hay más poli en la carretera porque hay tráfico de personas volviendo a sus casas después del fin de semana.

—Exacto —dijo Sable.

Si todo estaba bajo tan estricto control, me pregunté por qué no lo hacían ellos mismos. Aun así me vi incapaz de decir que no a la mejor «oferta laboral» que había recibido en mi vida. Mis dudas morales estaban semienterradas por la atracción que ese maletín de dinero ejercía sobre mí. Dinero silencioso con el que contentar a los desgraciados de Paco y Álex y dejar de temer más amenazas. Dinero para mantener el *statu quo* de mi vida y no desmoronarla por completo. El ser humano (y por tanto yo como espécimen común del mismo), puede ser muy imbécil: transportar droga me resultaba, al fin y al cabo, mucho más tentador que ir a comisaría y poner una denuncia. Pero no, aquellos desgraciados querían que yo fuese quien, sin comerlo ni beberlo, tomase los mayores riesgos. Querían que fuese el eslabón débil, la zona de la cuerda que se parte sin que pase nada. Si tan fácil era, pensé, ellos mismos lo harían y ganarían más. Al carajo con ellos, y al carajo con seguir siendo el estúpido que se deja manipular. A todas luces eran gentuza indeseable y aprovechada.

—Piénsalo. Después ya sabes a quién tienes que llamar —me dijo Sable guiñando un ojo y acompañándome a la puerta—. Si no llamas antes de mañana a las doce buscaremos a otro.

—Lo pensaré, no lo dudes —concluí. No pensaba llamarles, pero cuanto más tiempo pasaran sin buscar a otro, más les jodería.

—Por cierto —me dijo bajando la voz e impidiendo que los otros le escucharan desde el salón—, sé que eres amiguito de Marina, pero no le comentes nada de lo que hoy se ha hablado aquí entre tú y yo, ¿de acuerdo? Esto son cosas de hombres y deben quedar entre hombres.

—Sin problema —dije. Me chocó la mano y me dio un pequeño abrazo.

—¡Furby, acompáñale al coche!

El muchacho salió conmigo de vuelta a la calle. Ya eran más de las ocho, noche cerrada, y las pandillitas se acumulaban en los bancos del parque al otro lado de la calzada. Me alegré de ir acompañado.

Cuando llegamos al coche, le miré y no pude soportarlo más:

—Perdona, Furby —dije—. Me suenas mucho de algo. ¿Tienes familiares que se parezcan a ti y que quizás yo conozca?

—No creo. Mi padre murió. Y tengo un hermano al que nunca veo.

—¿Cómo se llama?

—Joaquín, igual que mi padre, que en paz descansa.

—¿Joaquín, eh? Ahora no caigo en ninguno —mentí. En ese momento lo veía claro. Furby era una extraña versión, más joven y musculada, de mi compañero de trabajo.

—Se fue del barrio hace años. Ya no quiere saber nada de mí ni de mi madre.

—Una pena.

—Una pena no, que le den por culo.

—Bueno, me tengo que ir.

—Piénsate bien el viajecito —me dijo cuando ya me había metido en el coche—. Creo que merece la pena.

Arranqué y empecé a conducir tan ensimismado en mis pensamientos que ni me di cuenta de haber recorrido cientos de metros. El gracioso y afable Joaquín era un descastado con una historia en Los Girasoles, un barrio donde absolutamente todos tenían cosas que ocultar.

22. Donde nacen las ideas

Llegué a la calle La Luna al borde de las nueve. Aquel día estaba siendo uno de los más largos de mi vida. Parecía que hubiese pasado una semana desde el tortazo de Álex, y sin embargo la cara me seguía ardiendo.

De nuevo usé el «truco del porterillo», y subí las escaleras hasta el tercero C para presentarme directamente ante su puerta. Me hubiera gustado que, algún día, ella me hubiese sorprendido así. Tenía la total tranquilidad de que Sable no molestaría esa noche.

Llamé al timbre y enseguida retumbaron unos pasos que se dirigían hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Sandra al otro lado.

—Un pajillero en rehabilitación.

—Joder.

Abrió, y antes de que dijese nada, no pude evitar hacerle un escaneo completo, de arriba abajo. Llevaba una camiseta sin mangas que le quedaba lacia sobre el cuerpo y mostraba el sujetador, y unos pantaloncitos grises y cortos, pantuflas y calcetines. Estaba espectacular incluso vistiendo de andar por casa. Todo en ella era puro morbo y hacía que mis problemas se desvanecieran durante un tiempo.

—No deberías haberte plantado aquí sin llamar —reprochó.

—Sabía que estarías sola, y sin ningún plan.

—¿Eres muy listo, no?

—Creía que ya lo sabías —bromeé sin demasiadas ganas—.

¿Puedo pasar?

—Solo si me cuentas por qué tenías tanta prisa y por qué tienes un lado de la cara completamente rojo... o morado, o yo qué sé qué color es.

—Todo a su tiempo. Pero dame un vaso de agua y algo de comer, por favor. No sabes el día que llevo.

Me dejé caer sobre uno de los sillones del salón. Solo entonces me di cuenta de que estaba tan sumamente cansado. Ella se dirigió a la cocina con sus peculiares andares.

—Ahora en serio... —me dijo desde la cocina mientras me preparaba un sándwich— no deberías haber venido sin avisar. Te lo dije. No entiendo por qué sabías que estaba sola, ¿me vigilas o algo así?

—No seas tonta —corté—. Sabía que estarías sola porque acabo de estar con tu novio.

—¿Qué? ¿Qué hacías con él?

—¿Ahora somos «amiguitos», no recuerdas? Pajas y Sable... en fin, luego te cuento —dije intentando eludir el tema. No me apetecía ponerme con ello en aquel momento— pero primero, ¿no quieres saber a qué se debe el color de mi cara?

Me acercó una bandeja con un buen vaso de agua lleno hasta el borde y un sándwich de pan integral, pavo y queso. Empecé a devorarlo sin contemplaciones.

—Desembucha —me dijo—. Y cuidado no te vayas a atragantar. Parece que llevaras días sin comer.

—Gracias. Prácticamente no he comido nada desde esta mañana. Ha sido un día intenso.

—Cuenta —dijo expectante—. ¿Seguiste a Paco? ¿Qué pasó?

—Lo seguí —dije. A decir verdad, en cierto modo estaba disfrutando con ella expectante, prestándome toda su atención—. Ya te puedes imaginar a dónde fue. Creo que tú fuiste la primera en adelantarlo.

—¿Prostitutas?

—Ajam.

—¿Fue a un club de alterne?

—Exacto. Y no era un club. Era *el* club.

—¿A qué te refieres?

—A mujeres despampanantes y guapísimas —me pareció ver un atisbo de celos pasando fugazmente por su mirada—, y no solo eso, sino juego; Paco estaba jugando una cara partida de póker con gente. Gente mucho más rica que él.

—¿Y de dónde saca el dinero para apostar? ¿Y para lo demás? ¿Pretende que tú le pagues la mala vida?

—No exactamente...

Le trasladé como buenamente pude la conversación que tuve con Paco. Mientras la historia se iba deslizando cansinamente por mi cabeza y mi boca, Sandra ponía todo un muestrario de caras: primero incredulidad, luego sorpresa, después ira y finalmente una mezcla de todas. Aun así estaba guapa, radiante en aquella gélida noche de enero, mientras que yo debía ser poco más que un espectro.

—Ese tipo es más imbécil de lo que pensaba —resolvió—. Nadie que esté en sus cabales se mete en esos líos.

—Más que imbécil, yo diría que se ha creído demasiado listo. Y ahora necesita ayuda para resolver la papeleta.

—Ayuda que por supuesto no le vas a prestar.

—Ya te dije que no pienso hacerlo, pero...

—... pero ahora viene lo de tu cara.

—Exacto —convine—. Bueno, en realidad esto fue antes de hablar con Paco. Ya te imaginas quién lo hizo. Él no atiende a razones ni a palabras. Es él de quien tengo miedo.

—Hijos de puta... pobre Richard —dijo mientras me acercaba la palma de la mano a mi mejilla. Noté el tacto caliente y energizante de su piel, y fue más balsámico que la mejor pomada—. Tienes que acabar con esto de una vez.

—Deja que lo posponga hasta mañana. Sí... mañana iré a la puta policía. Me voy a quedar con las ganas de hacerles sufrir por

mí mismo, pero iré. Déjame descansar por hoy... descansar de este tema y mandarlo todo al cuerno aunque sea por unas horas. Estoy tan cansado, tan harto de todo...

—Se nota. Tienes mala cara: estás pálido... bueno, excepto esa parte de tu cara —intentó bromear.

—Muy graciosa.

—Perdona. Olvídate de todo y mañana será otro día. Bueno, mañana será el día en que harás lo que quizás tendrías que haber hecho desde el principio. Yo tengo parte de culpa en esto. Lo siento, Richard.

—No lo sientas, todo lo que he hecho y he dejado de hacer ha sido cosa mía.

Ella se incorporó sobre su asiento, se golpeó ligeramente las rodillas con los brazos y se puso en pie.

—¿Sabes qué? Algunas decisiones hay que celebrarlas. Por ejemplo, ésta última. Ya es hora de que dejes de pensar en este tema, levantes ese ánimo y te rías un poco. No te veo reír desde aquel día... —se dirigió a la cocina.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —pregunté. Estaba tan hecho añicos que sus pasos retumbaron en mi cabeza, recordándome que solo quería echarme a dormir—. Haría falta magia para hacerme volver a sonreír.

—Yo no hago magia, pero quizás esto sí —me enseñó una botella de vino sin abrir y dos buenas copas. Si hubiese estado en otra disposición, me habría excitado pensando en emborracharla y en verter el vino por su pecho.

—No sabía que te gustara el vino.

—Ni yo —dijo—. Lo compré por si organizaba alguna cena de navidad, y aquí sigue intacto. No creo que haya una mejor ocasión para abrirlo.

«Cualquier noche con tu novio», pensé, pero no quise decirlo. Parecía haber olvidado que venía de estar con él y yo no tenía ganas de recordárselo. Ya habría otra ocasión para hablar de ello.

Llenó las dos copas, con poca maña y casi hasta rebosar, y se sentó en el sofá:

—Aunque no lo creas, yo también llevo una semana de perros.

—¿Qué ha pasado, no funcionaba el lector de códigos?

—Estúpido...

—Lo siento, estoy más irónico que de costumbre.

—Estos días tras las vacaciones han sido una mierda —dijo—. Yo también le he dado muchas vueltas a lo tuyo, ¿sabes? No veo a Alberto desde el martes, y encima han echado a mi amiga Laura del trabajo.

—¿Laura? —pregunté—. ¿Te refieres a aquella rubia con la que te vi el primer día?

—La misma. No le han dado ningún motivo, pero todo el mundo sabe que ha sido por ser demasiado mayor. Y solo tiene cuarenta. Me he dado cuenta de que nada es para siempre.

«A buenas horas», pensé. En efecto, nada dura. Todo cambia más rápido de lo que uno desearía. Tan pronto uno se acostumbra o está satisfecho con la vida, ésta se empeña en darte una colleja para que tengas que volverte a levantar. Algunos como yo, en el fondo, ansiábamos ese golpe que nos hiciera sentir vivos y nos sacara de la rutina. Pero para otros puede ser un hecho destructivo y del que jamás se recuperarán.

Sandra comenzó a contarme sus temores como nunca antes mientras daba sorbos cada vez más largos a su copa. Era capaz de expresar con palabras y gestos lo que algunos solo podemos llevar muy adentro. Ella lo expulsaba y se liberaba. La escuché atentamente durante un tiempo indefinido. Habló y habló, y no fue como escuchar a otra más de aquellas mujeres que habían pasado por mi vida y cuyas infantilidades y estupideces me importaban menos que una piedra. Sandra consiguió, con la inestimable ayuda del vino (que yo también comencé a beber dando largos tragos) que empatizara con ella y sus miedos, que al fin y al cabo no eran tan

distintos a los míos. Qué le estaba pasando a *Richard_dreyfuss*, allí parado escuchando a una mujer, sin pensar en nada más.

Solo después de un buen rato, y tras varios silencios en los que solo se oyó el líquido rojo y oscuro verterse de nuevo sobre las copas, comencé de nuevo a fijarme en el cuerpo que tenía ante mis ojos. El sueño, milagrosamente, estaba desapareciendo. Podía intuir el canalillo de Sandra a través de su camiseta, y cuando se inclinaba para rellenar las copas una y otra vez, los tirantes del sujetador se abrían ligeramente enseñando su apetecible carne. Sí, definitivamente el vino estaba haciendo su efecto y ya volvía el calor a mi entrepierna.

No recuerdo cuántas veces rellenó las copas. Yo no tuve que hacer nada excepto beber. Llegó un punto en que el alcohol hablaba por nosotros, o más bien potenciaba lo que teníamos dentro. La noche pasaba y en nuestra conversación pasaba de lo profundo a lo absurdo, del llanto a la risa. Y eso solo pasa cuando se está a gusto, cuando la confianza es mutua y bien cimentada. Los cimientos de nuestra relación eran de papel, pero aquella noche parecían de dura roca, como si nos conociésemos de toda la vida. Más adelante hubo solo risas; el vino y ella eran mágicos al fin y al cabo. Me olvidé de Paco, de Álex, de Sable, de la cocaína y de las decisiones erróneas. Todo sigue y nunca hay vuelta atrás.

A ella se le trabó la lengua un par de veces. Por mi parte, cuando me levanté para ir al baño constaté que estaba más ebrio que otra cosa, y me tambaleé al ponerme en pie. Era una de esas borracheras totalmente conscientes, que no lleva al ridículo pero en las que se sueltan las palabras y la risa. El pequeño reloj de pared colgado en la cocina marcaba las doce y media de la noche. Las horas con Sandra pasaban como minutos. Hubiera matado por una perpetua noche con ella, porque el tiempo no pasara, porque el mañana no llegara y se quedara eternamente suspendido en el futuro. El presente era bonito.

Me lavé las manos tras una interminable meada y me miré al espejo donde tan derrotado me vi una vez. El vino me había hecho recuperar algo el color de mi cara, y ya no me pareció que mi mejilla estuviese tan enrojecida. Quizás no era tan débil como suponía.

Cuando abrí la puerta del baño ella me esperaba allí, apoyada en la pared de enfrente, con los brazos cruzados en la espalda y sus ojos verdes bien abiertos.

—¡Eh! ¡Qué susto! —me sobresalté.

—¿Tan horrible te parezco? —sonrió.

—Sabes que no.

—¿Entonces?

—Me has asustado ahí parada. No me lo esperaba.

—Hay cosas que uno nunca se espera, ¿no crees?

—Sí.

—Qué paradito eres, Richard.

Aquella frase hizo que se me empezara a acelerar el corazón. Me sentí como un adolescente antes de su primer beso.

—Si tú lo dices... —balbuceé.

—¿Aún no sabes lo que quiero?

—Si me lo dijeras sería más fácil. No estoy para adiv...

Me cogió una mano y se la llevó a uno de sus pechos.

—Quiero que termines lo que empezaste aquella noche de mierda. Y quiero compensarte por todo lo que ha venido después.

Se abalanzó sobre mí como un león sobre su presa. Cuando me quise dar cuenta me estaba desnudando ferozmente. Mi camisa yacía en el suelo con tres botones arrancados y yo también empecé a desnudarla. Le agarré el culo, duro como una piedra, bajándole los pantaloncitos. No llevaba ropa interior y enseguida palpé con mi mano la humedad entre sus piernas. Estaba tan borracha, mojada, depilada y dispuesta que sentí como si me inyectaran vida en mi torrente sanguíneo. La estaba besando tan fuerte y tan intensamente que me hice daño en la boca con su piercing, pero me dio igual.

Allí estábamos, comiéndonos con la boca, las manos y los ojos en mitad del pasillo del apartamento. Toda nuestra ropa yacía hecha un barullo sobre el suelo, como un testigo mudo de lo que allí estaba sucediendo y de lo que yo aún no daba crédito. Esa noche era *la* noche, y el mañana poco importaba. Pronto mi polla fue un duro mástil y ella lo notó y sonrió. Tardó segundos en ponerse de rodillas, agarrarla y metérsela en la boca. La felación fue intensa, profunda y más placentera que una eternidad en el paraíso. Estuvo un buen rato moviendo la cabeza, adelante y atrás, y llevó mi mano hasta su pelo; le gustaba sentirse dominada. Con una de sus manos me masturbaba con movimientos rítmicos y rotatorios, y con la otra se acariciaba a sí misma el clítoris. Era toda una viciosa y aquello parecía una de las películas por las que solía navegar.

Se puso de pie y me guió hasta su habitación, esa que tan malos recuerdos me traía. Qué diferente sería todo esta vez, lo sabía. Con un barrido apartó de la cama todos los peluches.

—¿Ves esto? —cogió la webcam de lo alto de la pantalla de su ordenador, arrancó el cable y la tiró al suelo con fuerza—. Hoy solo somos tú y yo, *Richard_dreyfuss*.

Me lanzó sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre mí. Estaba tan mojada que la penetré sin la menor dificultad. Lo estábamos haciendo sin ningún tipo de precaución, pero me daba lo mismo. No creía que Sandra fuese portadora de alguna enfermedad, y si así fuera, era bienvenida a mi cuerpo después de aquello. Uno tiene que apechugar con lo que hace. Comenzó a jadear y a cabalgarme como una amazona indomable mientras yo disfrutaba conteniendo con mis manos el pequeño respingo que daban sus pechos con cada acometida.

Llegó un momento en que dejó de follarme y empezó a moverse en círculos, y luego hacia delante y atrás, sobre mi miembro. Se estaba corriendo. Noté sus espasmos vaginales apretándome el pene. Miró hacia arriba y puso los ojos en blanco en un interminable

grito de placer que a buen seguro despertó a los vecinos más lejanos del bloque.

—¡Joder! —gritó—. ¡Joder, joder, joder!

—Ahora me toca a mí, ¿ya es hora, no? —bromeé.

—Sí... ahora te toca a ti.

Se tumbó sobre la cama y levantó las piernas, bien juntas, de tal modo que las sujeté por los tobillos con una sola mano mientras que con la otra le masajeaba las tetas. La percutí durante un buen rato hasta que se corrió de nuevo. La estaba follando sin compasión, descargando mi rabia en cada embestida. «Por el hijo de puta de Paco, por el puto gigante, por el barriobajero de mierda». Empecé a alcanzar el clímax y mantuve el ritmo hasta que no pude aguantar más. Ella lo notó y se incorporó, masturbándome hasta que terminé sobre su pecho, que quedó perlado de sudor y semen.

Me di la vuelta y caí rendido sobre la cama durante unos minutos. Aquello no fue como en las películas: no nos quedamos dormidos y abrazados, tapados estratégicamente. Ella sonrió, me dio un beso en la frente y se fue corriendo a la ducha, con esa especie de pudor que nos invade a veces, tanto a hombres como a mujeres, después del sexo. En cuanto salió entré yo; estaba sudado como si acabara de correr una maratón, e impregnado de ese olor dulzón a sexo al igual que toda la habitación. Cuando salí de la ducha ella estaba cambiando las sábanas de la cama.

—¡Uf! —suspiró.

—¿Qué?

—Nada, que ha estado muy bien.

Yo estaba exultante pero a la vez muerto de cansancio, y no comenté nada. Siempre me parecían absurdas las conversaciones de ese tipo después de follar.

—Quédate a dormir —me dijo.

—¿Crees que hay suficiente cama para los dos? —bromeé.

—¿Quién ha dicho que vayamos a dormir los dos en la cama? —si de vacilar se trataba, ella siempre ganaba.

—De acuerdo, yo la cama y tú el sofá.

—Qué tonto eres, Richard. Acabas de comprobar que hay cama de sobra para los dos.

—Pero eso era porque estábamos uno encima del otro.

—Podemos pasar así el resto de la noche.

La proposición era imposible de rechazar. Lo hicimos dos veces más, más calmadas, a lo largo de la noche, que fue un extenso duermevela entre el sueño y el sexo. Me parecía estar viviendo en un mundo paralelo a mi realidad.

Acabábamos de hacerlo por tercera vez y mi móvil marcaba las cinco y media de la mañana. No quedaba mucho para el amanecer. Estábamos despiertos mirando al techo como dos adolescentes en celo.

—No puedo evitar sentirme mal por Alberto —me susurró. A mí solo me apetecía dormir unas horas más, pero sabía que ella tenía que soltar lo que llevaba dentro, y el momento más propicio para algunas mujeres suele ser justo después de un polvo. A ellas se les activa el habla y a nosotros el sueño. La naturaleza no es tan perfecta como la pintan.

—Es normal —contesté.

—Voy a dejarle —resolvió—. No me malinterpretes...

—Ya sé que no vas a dejarle por mí.

—Exacto. Voy a dejarle por mí, por lo que siento... o más bien por lo que he dejado de sentir.

—No es alguien para ti.

—Puede. Pero eso que acabas de decir es muy feo y además no puedes saberlo. Le conoces muy poco, y no me conoces tanto a mí.

—Creo conocerte bastante bien. Y a él... en fin, me ha bastado con el par de veces que le he visto.

—¿Par?

—No sé si lo recuerdas, pero ayer venía de hablar con él.

—Joder, se me había olvidado por completo. Recuerdo que me extrañó una barbaridad cuando lo comentaste. ¿Qué coño hacíais

juntos?

—No quieras saberlo —me hice de rogar. Ella se puso una camiseta y se incorporó sobre la cama.

—Con una llamada puedo salir de dudas, así que no te hagas el interesante.

—No creo que te contase nada aunque le llamaras.

Ella se incorporó aún más, quedándose medio sentada en la cama y mirándome con atención.

—¿Ahora resulta que tenéis secretitos entre los dos? Vamos, habla, ¿qué hacías ayer con él?

—Joder... me dijo que no te dijese nada. A pesar de eso, anoche vine decidido a contártelo y preferí tu «magia». Además, supongo que imaginarás lo que tu novio se trae entre manos... lleváis muchos años juntos.

—¿Puedes hablar claro de una vez? —se empezaba a impacientar, y su cara adoptó una expresión que en la semioscuridad de la habitación seca y distante.

—Tu novio me ofreció un «trabajito» —dejé caer.

—¿Qué clase de «trabajito»?

—De transporte. Ya sabes de qué.

—¿Qué? —se empezó a reír, nerviosa. Y en un momento indeterminado, la risa se transformó en llanto. O es que quizás no había empezado a reír. Se volvió a tumbar sobre la cama y le gritó al techo—: ¡Cómo soy tan estúpida! ¡Cómo soy tan imbécil!

—¿Qué te pasa?

—Joder, Ricardo... ¿conoces la sensación de haber desaprovechado años enteros, muchos años? —preguntó. «Demasiado bien», pensé. Los tuyos han sido con una persona que no te convenía, y los míos delante de una pantalla—. Pues así me siento. Él me hizo una promesa. Me la hizo y no la ha cumplido. Me prometió no volver al trapicheo, me prometió que haría negocios sanos y legales. Me prometió que nunca se pondría en peligro a sí mismo con esa clase de mierda. ¿Eran drogas, verdad?

—Cocaína.

Al pronunciar esa palabra se derrumbó sobre mis brazos.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que me da igual! Iba a dejarle de todos modos. Pero me duele mucho, me quema por dentro que me haya engañado durante tanto tiempo...

—Los dos habéis tenido un problema de comunicación —le dije. Me dieron ganas de decirle que ella también lo había engañado a su manera, pero me lo guardé.

—¿Y a ti como se te ocurre prestarte a esa clase de cosas? —me gritó, pero aun así no se apartó de mis brazos. Su voz sonaba nasal por tanta lágrima derramada—. Puedes acabar muy mal, como debería acabar él. Se la ha jugado y la vida siempre devuelve lo que uno va sembrando.

—Eh, eh. Yo no me presté a nada. No me ofrecí ni nada por el estilo. Él me llamó.

—Además de mentiroso, un aprovechado.

—Tú lo has dicho. Para no hacerle quedar mal delante de sus amigotes, le dije que me lo pensaría. Supongo que ya habrán encontrado a otro que lo haga. Por lo que más quieras, aunque ésta sea la gota que ha colmado el vaso y vayas a dejarle, no le digas que te he contado nada.

—Me ha engañado todo este tiempo... —repitió—. Todo este tiempo...

La tranquilicé acariciándole el pelo. Nunca se me dio muy bien dar muestras de cariño, pero pareció funcionar. Por mi parte ya estaba todo dicho respecto a Sable, y me invadió una placentera sensación de deber cumplido.

—Duerme un poco más... —le dije.

Caí rendido y desperté sin Sandra en la cama. Eran las diez de la mañana. Fue entonces cuando recordé al completo el día anterior. Paco y sus deudas, Álex y sus amenazas, Sable y su maliciosa oferta. Todo se hizo real e hiriente, como si el haber descansado me permitiera de nuevo volver a sentir miedo, ira y rabia. El sexo con

Sandra no había significado más que un consuelo temporal. Me quedé un buen rato rumiando mi desolación, mirando al techo como si en él estuviese la respuesta.

Finalmente me levanté y fui hacia el salón. Allí estaba Sandra, arrebujaada bajo una manta en el sofá, con la televisión encendida pero mirando al infinito con sus ojos verdes enrojecidos y vidriosos. Me senté junto a ella sin decirle nada.

Tenía puesto un canal de noticias. Hablaban del descubrimiento de un barco hundido en alta mar, con toneladas de oro y plata en sus entrañas; un gigantesco tesoro que nunca llegó a su destino. Así, de la forma más casual y absurda, una idea se iluminó en mi cabeza. Era mejor que el todo el oro del mundo. Era justicia.

Iba a ser verdad que las mejores ideas nacían en los lugares y momentos más insospechados. Medité seriamente durante unos minutos y le expuse todo a Sandra con la mayor claridad, intentando ocultar mi emoción. Al principio me dijo que si estaba loco. Después se fue convenciendo. Mi plan no era un perfecto y conllevaba muchos riesgos, pero era un plan. Cuando me dijo un seco «de acuerdo», no tuve dudas de que me apreciaba, y mucho, o incluso me quería. La otra opción era que le deseaba mucho mal a Sable.

De él marqué el número dándome prisa y rezando porque no hubiesen encontrado a otro desesperado:

—Hola Sable. Voy a hacerlo.

23. Camino sin retorno

Sable se alegró mucho de oír mi llamada. Se ve que encontrar una «mula» no era tan fácil.

Me citó al día siguiente, domingo, a las once y media en una nave de un polígono industrial a un par de kilómetros al este de la ciudad. Según me dijo, ya estaba todo preparado; yo solo tenía que llegar, coger el coche y empezar a conducir.

Sandra y yo pasamos el resto de la mañana repasando minuciosamente el procedimiento a seguir y los tiempos. Nada podía quedar al azar.

—¿Estás seguro de lo que vas... de lo que vamos a hacer? — preguntó.

—Sí, ¿y tú? Sin ti esto no serviría de nada.

—Sí...

—Jamás te hubiera pedido algo así.

—No le des más vueltas. Lo haré. Lo que hace falta, primero, es que a ti te salga bien. Tú te arriesgas más.

—Por favor, quiero que te esfuerces por recordar si alguna vez le comentaste a tu novio dónde vivo o dónde trabajo realmente. Es de vital importancia.

—Ya te he dicho que no. Puedes estar tranquilo.

Decidí irme a mi apartamento y descansar como es debido antes de que llegara el domingo. Me despedí de ella con dos besos; ya no nos quedaba pasión después de tan larga noche, y estábamos nerviosos por lo que teníamos por delante. Aún a día de hoy me sigo sorprendiendo de la actitud y la frialdad de Sandra mientras

encaraba aquel desesperado y arriesgado movimiento que yo había propuesto.

—Te llamaré desde algún sitio —dije.

—Cuídate.

Llegué a casa y volví a repasar una y otra vez los pasos a seguir hasta bien entrada la tarde. Todo comenzaría en unas horas, tan apresuradamente que no cabría una vuelta atrás. Vi mi ordenador, apagado y tan silencioso que me pareció irreal. No tenía ni ganas ni intención de masturbarme. Mi problema con el porno parecía cosa de otra era... ahora había sido completamente sustituido por asuntos de mayor calado; supongo que el ser humano tiene un límite de mierda que llevar auestas.

Pasé la noche navegando en internet, indagando sobre la pena de cárcel que podría caerme en caso de que me pillaran transportando doce kilos de cocaína. No saqué mucho en claro, pues había múltiples combinaciones (relación con mafias, posesión o no de antecedentes, etc.), pero vi un par de casos de siete años de condena por transportar un kilo. Leído aquello, llegó un momento en que me dieron ganas de echar al traste con todo y me tumbé en la cama, temblando. Después me convencí de que aquello era lo que mi vida necesitaba... una puta catarsis, un doloroso renacer, una repartición de justicia, una contribución a un mundo un poquito mejor. Quien no arriesga no gana. Yo arriesgaría para no seguir perdiendo, para no seguir sumergido en una vida que era como una comparsa de títeres en la que yo tenía reservado el monigote desgastado y feo del que todos se ríen. Me forcé a dormir unas horas, pues tendría que estar bien despierto cuando llegase la mañana.

El despertador sonó a las diez. Mi nevera estaba casi vacía, así que decidí darme un pequeño homenaje desayunando por todo lo alto en el bar-cafetería de un hotel cercano a mi apartamento. Me temblaban las manos mientras removía el azúcar en el café. Recordé mi etapa universitaria, en esas frías mañanas antes de

exámenes en los que uno se jugaba el curso. Pero en esta ocasión me jugaba bastante más, y todo estaba siendo tan precipitado que me daba vértigo.

Llamé a un taxi y me recogió puntual a las once. Quince minutos más tarde me dejó a un par de calles del lugar señalado por Sable. El polígono estaba vacío y todos los comercios y naves permanecían cerrados. De cuando en cuando, rompiendo el silencio, pasaba por la avenida principal algún coche extraviado.

Recorrí a pie unos cien metros, confiando en no perderme por el laberinto de calles idénticas. A lo lejos vi una figura vestida de oscuro que fue haciéndose poco a poco más nítida. Era Sable fumando un cigarro en la acera, justo enfrente de un taller mecánico con la puerta metálica a medio abrir.

—Puntual como siempre, Pajas —dijo con el cigarro en la boca, dándome un apretón de manos—. Cómo me alegro de verte. Bueno, vamos al lío.

Me guió al interior del taller, que ocupaba una nave entera. Si ese local era una especie de tapadera no lo parecía. Había un par de coches con el capó abierto, uno de ellos en lo alto de una plataforma hidráulica. Todo guardaba el sucio y típico desorden; herramientas aquí y allá, manchas de grasa y calendarios con mujeres ligeras de ropa. El techo, alto, dejaba filtrar algunos rayos de sol entre las capas de polvo de los cristales de la cubierta. Parecía un viejo templo de lo rutinario. Nada hubiera podido llamar menos la atención.

—Por aquí.

Me guió al interior de una garita acristalada y rectangular, apartada de la zona de maniobras, con una mesita y un ordenador. En el extremo opuesto a la entrada, tras una estantería de madera semivacía y movida que terminó de apartar sin dificultad, apareció ante mis ojos una puerta grisácea, camuflada con el mismo color que la pared. Cuando la abrió pude observar el grosor de la hoja; que me maten si aquella hoja no era blindada.

Tras la misma, se abría un oscuro y estrecho pasillo con dos habitaciones a cada lado, abiertas y llenas de cajas, e iluminadas por bombillas desnudas colgando de un cable en el techo, que estaba plagado de enormes conductos de ventilación. En el centro de cada una de las habitaciones había una gran estufa de picón, como las antiguas, lista para arder. Sable me guió hacia la puerta del fondo, donde esperaba aquel desagradable hombre canoso, Copito, también con un cigarro en la boca y manipulando algo sobre una gran mesa; cuando me acerqué vi que lo que había sobre ella era un neumático.

—Justo a tiempo —dijo el larguirucho hombre—. Ya está listo y revisado.

—¿Ahí va todo? —pregunté.

—Exacto. La rueda es solo un forro. Por dentro va el «material», y todo se tapa con la llanta. No hay nada a simple vista. Cógela.

Me posó la rueda en los brazos y era cierto que nada hacía sospechar que se tratase de algo más que una simple rueda de repuesto, si acaso el peso, bastante mayor de lo que cabría suponer.

—¿Y si husmearan perros o algo así? —pregunté inquieto.

—No van a husmear perros, Pajas —intervino Sable—. Estate tranquilo y deja de montarte películas. Nada de eso va a ocurrir.

—Y si ocurriese, también es un tema que he previsto —soltó Copito—. Lo que hay dentro de la rueda son bolsitas herméticas, agrupadas de diez en diez en bolsas más grandes que también van rellenas de colonia barata. Eso confundiría hasta al mejor chucho. Uno cada vez va perfeccionando los métodos. Ningún novato sabría preparar esto como yo.

Sable sonrió, satisfecho:

—¿Ves? Te estamos enseñando todo esto para que sepas que no hay nada de lo que preocuparse.

Lo cierto es que aquello era una obra del más absoluto ingenio. Como suele decirse, la policía no es tonta, pero aquella rueda tenía

un tacto sólido y no se notaba ninguna raja o manipulación. Pensé que aquellas cabezas, de haber nacido en otro barrio y con alguna oportunidad, habrían podido hacer cosas de provecho para el mundo. Sable me sacó de mis pensamientos:

—Vamos, es la hora.

Me condujeron de vuelta al espacio principal de la nave, hacia un portón trasero que daba a un callejón. Allí esperaba, con el maletero abierto y el compartimento de la rueda de repuesto vacío, un Ford Focus negro.

—¿Este es el coche? —pregunté a Sable.

—Sí. Más discreto imposible. Ni muy nuevo ni muy viejo, y con el color típico. Aquí no se improvisa nada.

—Ya veo... ¿y la matrícula?

—¿Qué quieres decir?

—¿Está en algún registro o algo así?

—Es una forma educada de preguntar si el coche es robado —injirió el otro.

—No, no es robado, Pajas. ¿Con quién crees que estás tratando? Escucha, tú céntrate en conducir y ya está. Te lo dije el viernes... esto es solo un paseo. Vamos, se nos echa el tiempo encima y te esperan en una hora.

Me abrió la puerta del piloto mientras Copito colocaba minuciosamente la rueda en su compartimento y la ocultaba con la alfombrilla del maletero, todo ello sin dejar de fumar su cigarro. El camuflaje estaba completado.

—Abre la guantera —me dijo Sable. Le hice caso y vi un pequeño GPS ya conectado y en funcionamiento—. Ahí está la ruta y el punto exacto donde tienes que parar. El camino es muy fácil; no te distraigas con el cacharrito.

Observé la pantalla y, efectivamente, el trayecto discurría en su mayor parte por autopista, para luego perderse en una serie de desvíos hacia mitad de la nada.

—Justo en ese punto te espera un hombre que directamente abrirá el maletero, pillará la rueda y volverá a cerrarlo. En ese momento te podrás ir. No hará falta que hagas nada más. Solo conducir de vuelta hasta aquí.

—¿Él no tiene que darme nada a cambio? —pregunté.

—No. El material va por un lado y el dinero por otro. Solo los tontos mezclan. O los novatos que no saben ni por dónde les da el aire —tanto él como Copito rieron entre dientes, mirándose y recordando alguna historieta del pasado de la cual yo no tenía ni idea—. Ir y venir. Eso es todo. No creo que haya ningún problema, pero si lo hubiese llama aquí —me tendió un papel con un número apuntado—; yo mismo lo cogeré.

El canoso me dio un par de palmaditas en el hombro y Sable me chocó la mano.

—Nos vemos en un par de horitas... con tu parte —guiñó el ojo y me cerró la puerta. En aquel momento me parecía que era un mono al que, sin comerlo ni beberlo, estaban a punto de lanzar al espacio. Después me acordé de lo que tenía que hacer y el corazón empezó a latirme tan fuerte que noté como quería salirse de mi pecho. Tomé aire y arranqué el coche, dejando atrás a aquellos dos hijos de puta sin escrúpulos.

En aquella mañana de domingo, fría pero soleada, la ciudad descansaba. La gente de bien, o simplemente la gente común, aprovechaba el día para recargar fuerzas con los amigos o la familia, y conducían hacia el campo o hacia algún restaurante. Yo, el solitario, viajaba cargado con doce kilos de cocaína ocultos en el maletero. Aquello era tocar fondo. Pero tenía que tocarlo para impulsarme hacia arriba.

Cuando llevaba recorridos unos treinta kilómetros, aproximadamente la mitad del camino, tomé un desvío hacia una vía de servicio y miré por el retrovisor. «Mierda, llegó el momento»,

pensé. Paré a un lado de la calzada. Saqué el papelito que Sable me había dado y marqué el número.

—¿Qué pasa? —respondió Sable al otro lado. Respiraba muy fuerte—. Pajas, ¿qué coño pasa?

—Me han parado.

—¿Qué?

—¡Un puto coche de policía! Me ha obligado a pararme en el arcén. No tengo mucho tiempo más. Uno se ha bajado y viene.

—¡No! ¡No es posible!

—¡Te digo lo que está pasando, joder! —grité—. Alguien ha hablado. Vienen dos policías.

—No, escúchame, nadie ha podido...

—Escúchame tú —corté—. Ahora voy a ser yo quien va a hablar. Si caigo yo caemos todos. Ya vienen.

Colgué y seguí mirando fijamente por el retrovisor.

24. Larga noche

Nadie venía, pero me impliqué tanto con mi actuación que me los imaginé allí: dos policías bajándose de un coche a pocos metros del mío, pidiéndome mi identificación y abriendo el maletero hasta dar con la rueda. Nada de eso sucedería, o al menos no estaba sucediendo en aquel momento, pero me temblaba hasta el último músculo de mi cuerpo. Mi actuación había sido digna de algún galardón.

Volví a arrancar, no sin antes apagar el GPS y reventarlo contra el suelo. También partí en dos pedazos la tarjeta de mi teléfono móvil y la lancé a unos matorrales. Previamente había memorizado los números más importantes, como el de Sandra. Ahora sí: era el punto de no retorno.

Conduje de vuelta a la ciudad aquel Ford Focus cargado de cocaína. Fueron los treinta kilómetros más largos y lentos de mi vida. Jamás puse tanto cuidado y atención en mi conducción. Pasé, aquella vez de verdad, junto a un coche de policía, y tuve que contener la respiración. En Los Girasoles jamás volverían a ver el «material» ni el vehículo, o eso esperaba. No imaginé cuál habría sido la primera reacción de Sable y los suyos, pero desde luego no contaba con que me buscasen, ya que supuestamente yo estaba arrestado por las fuerzas del orden y cantando como si no hubiera un mañana. Coger al novato de turno les había salido muy caro, aunque no por los motivos que ellos habrían imaginado. El novato no era tan tonto: tenía cosas que resolver, mucha mala sangre y por una vez le había echado cojones; ahora había que mantenerlos.

Aparqué el coche en una callejuela cercana a mi apartamento y di gracias porque fuera un modelo tan corriente. Se camuflaba a la perfección, mimético entre los demás vehículos estacionados. Decidí esperar hasta la noche para llamar a Sandra y seguir con los pasos que tenía que dar.

Me metí en mi piso y eché las llaves. De esta forma me sentí más seguro, aunque nadie excepto Sandra sabía la zona donde vivía, y ni siquiera ella conocía con exactitud la calle.

No quería romper mi renovada «castidad» tan pronto, pero no se me ocurrió otra cosa que masturbarme para desahogarme y liberar tensiones en aquel largo domingo. Eso sí, no encendí el ordenador. No quería volver a la vorágine de videos y webcams, a la navegación compulsiva por decenas de pestañas y al sentimiento de culpa posterior, o mejor dicho, de reto no conseguido. Me encerré en el baño y me obligué a utilizar únicamente mi imaginación. Llevaba años sin hacerlo así, y mi cabeza apenas generaba por sí sola recuerdos o imágenes excitantes. Las preocupaciones y el nerviosismo tampoco ayudaban. Tan pronto como empecé tuve que dejarlo, y supe que a mi terapia le quedaba aún un largo camino por recorrer.

Me tumbé en el sofá y esperé a que pasaran las horas. Escuché música sin escuchar, leí viejas revistas sin entender una palabra, miré la televisión con la vista puesta en el infinito. Estaba siendo una tarde de domingo más larga de lo habitual a la par que triste, silenciosa y atípica. Acallé cualquier amago de remordimientos, cualquier tentación de echarme atrás, de llamar a Sable e inventarme una o mil excusas, como que no había sido capaz de hacerlo y estaba de vuelta en la ciudad.

El día soleado se iba transformando en una noche de plomo mientras miraba por la ventana, con unos densos nubarrones que se habían atrincherado en el cielo y estaban dispuestos a regar la ciudad. Las farolas se iluminaron. Vi parejas pasear tranquilas y sonrientes, grupitos de chavales comiendo pipas, gente yendo y

viniedo con sus asuntos, mientras yo esperaba para salir de nuevo, cuando ya no hubiera nadie. No podía evitar compararme con los demás. Todos me parecían limpios como santos, mientras que yo era poco más que basura rodeada de más basura. Confié en que mis actos tuviesen un final purificador. Si no, lo que estaba haciendo era para nada.

Finalmente llegó la madrugada. Me puse paranoico y obsesivo con no dejar huellas, así que me puse unos guantes de cocina, los únicos que tenía en casa. Cuando bajé no había un alma recorriendo la calle, sometida a una fría llovizna que calaba hasta los huesos. Me deslicé entre las sombras hasta el Ford, que en la oscuridad parecía un resbaladizo y negro huevo. Abrí el maletero, levanté la alfombrilla trasera y cogí con dificultad la rueda. La deposité con cuidado en el suelo, cerré el maletero y cargué con ella hasta mi casa lo más rápido que pude, rezando a todos los dioses por no cruzarme con nadie ni levantar ningún tipo de sospecha. Me metí arrastrándola hasta el ascensor, con los brazos algo entumecidos por el peso. «Tengo que volver al gimnasio», concluí.

Me encerré de nuevo y me quedé observando la húmeda rueda, o más bien el artilugio que parecía una rueda y ocultaba doce kilos del polvo blanco con el muchos indeseables se ganan la vida. La toqueteé un buen rato y la palpé con el extremo de un rodillo de cocina. El tacto era más blando que el real en un neumático. De hecho, la goma era una fina capa para que cupiese la máxima cantidad posible de sustancia. Hice palanca con un cuchillo en la llanta y ahí estaban: decenas de bolsitas disueltas en líquido y metidas en bolsas mayores.

Decidí no seguir desplazando la llanta. Volví a dejar la rueda en su estado original y la puse debajo de mi cama. Si alguien registraba mi apartamento estaba perdido, la escondiera donde la escondiera.

No tenía teléfono fijo ni pensaba usarlo, así que bajé de nuevo a la calle en busca de alguna cabina. Recorrí doscientos metros hasta dar con la primera; es una de esas cosas que van desapareciendo

paulatinamente de la ciudad sin que nos demos cuenta. Me pareció como de otra época echar las moneditas por el agujero para poder llamar. Marqué el número de Sandra.

—¿Ricardo? —su voz sonaba somnolienta, pero más despierta de lo que correspondía a la hora.

—Hola.

—Joder, me tenías muy preocupada.

—Pensé que lo mejor era dejar pasar unas horas.

—¿Cómo estás? ¿Todo va bien?

—Todo va como tiene que ir. Cuéntame: ¿qué pasa con Alberto? ¿Sabes algo?

—¿Que si sé algo? Esta tarde ha venido a casa de improviso, sudando como un pollo, y me ha dicho que tiene que despedirse de mí por un tiempo. Me dijo que le había surgido un problema y tenía que viajar por «temas de trabajo».

—No me lo puedo creer —dije—. ¿No te ha dicho nada de mí?

—Absolutamente nada.

—Eso son buenas noticias. ¿Se va de la ciudad?

—Eso creo. Bajé y le acompañé hasta el coche y lo tenía lleno de bártulos.

—Joder. Ha surtido efecto. Pero tanto él como los suyos volverán tarde o temprano, si es que se han ido todos.

—Nunca le he visto como hoy. Estaba aterrorizado. ¿Y sabes qué, Ricardo? —dejó posarse la pregunta lentamente sobre mis oídos.

—¿Qué?

—Que le he dejado.

—Vaya... no esperaba que lo hicieras tan pronto.

—Se lo he soltado justo antes de que se marchara. Y no ha parecido importarle tanto... me ha dicho «piénsalo, ya hablaremos de todo con tranquilidad», y me he negado. Esto ha sido lo que estaba esperando, Richard. Ese mamarracho estaba empeñado en

engañarme hasta el final, en no decirme que tenía que irse por culpa de que uno de sus putos negocios ha salido mal.

—¿Y cómo te sientes?

—Me siento extraña —contestó al instante—. Ni bien ni mal. Me siento algo vacía sabiendo que ya no está en mi vida, pero a la vez liberada por no haber seguido con una farsa. Para mí fue real durante mucho, mucho tiempo. Pero para él solo fue eso, una farsa.

—Intenta no pensar demasiado en eso. Por lo menos no ahora. Escucha, te tengo que dejar.

—De acuerdo, lo comprendo. ¿Qué pasa con el coche...?

—A eso voy.

—Cuidado por dónde andas.

—Lo tendré. Te llamaré de nuevo en unos días. No quiero arriesgarme aún a aparecer por tu piso —«ni a que tú sepas dónde está el mío», pensé. En aquel momento todo sobre mí debía permanecer lo más secreto posible—. Y ya lo sabes, después de esta noche no habrá tanta prisa, o eso espero.

—Aquí estaré, Richard.

Colgué justo antes de quedarme sin monedas. Durante un tiempo tendría que hacer acopio de ellas, pues si quería seguir comunicándome las cabinas serían mi medio para ello. Tendría que hacer alguna llamada a casa para decirles que seguía vivo.

Volví a subir al piso y abrí mi caja de herramientas. Allí eché un pañito y un bote de lejía. Me metí con ella en el Focus y arranqué con la tranquilidad de saber que el maletero estaba vacío. Salí de la ciudad por el noroeste, y me dirigí a una pedanía a pocos kilómetros monte arriba, repleta de parcelitas con pequeñas casas y huertos en el interior de los cercados. Aquel había sido el lugar decidido por Sandra y por mí, tras analizar durante horas los mapas en internet.

La última urbanización estaba en un absoluto silencio, solo roto por el ladrido de algún perro. La atravesé y tomé un camino de tierra que se perdía en la total oscuridad de un bosquecillo de pinos y matojos. Recorrí unos cientos de metros hasta que me desvié en un

pequeño claro, siempre recordando la dirección tomada. Metí la segunda marcha y avancé cuesta arriba raspando los bajos del coche con los pedruscos y los indómitos matorrales. Cuando la vegetación fue tan densa que no pude avanzar más, detuve el coche y puse el freno de mano.

Saqué el pañito y lo sumergí en lejía. Con él limpié rápidamente el volante, el salpicadero, los asientos y todos los tiradores de las puertas, incluido el del maletero. Probablemente había visto muchas series y películas, pero no deseaba que mis huellas estuviesen en aquel coche abandonado.

Después, iluminándome con el móvil, abrí la caja de herramientas y saqué un martillo y una punta con los que reventé los remaches de las matrículas. Hice palanca con un destornillador y, usando todas mis fuerzas, conseguí despegar las dos placas intentando no doblarlas demasiado. Me las oculté bajo el abrigo y enganchadas al pantalón. Dejé abiertas la puerta principal y la del copiloto, con el fin de que la naturaleza hiciera su trabajo en el menor tiempo posible, llenando el coche de malas hierbas y haciéndolo formar parte del paisaje hasta que algún senderista lo descubriera, conmigo ya muy lejos de allí en el tiempo y el espacio.

Anduve tres cuartos de hora en la espesura y de vuelta en el camino de tierra. Hice un pequeño alto en el camino, abrí con los pies una zanjita en la tierra y deposité dentro la llave del coche, enterrándola después con esmero y lo más hondo que pude. Regresé de nuevo al pueblecillo ayudándome del GPS de mi teléfono, y lo volví a atravesar hasta situarme en la carretera de entrada, cansado por ir cargando con la caja de herramientas desde hacía tanto rato. Me refugié bajo el techo y las paredes acristaladas de una parada de autobús, que al menos detenían mínimamente el viento gélido. Junto a la parada había una cabina desde la que pedí un taxi, al que esperé otra media hora.

—¿Le importa que me encienda un cigarro? —me preguntó el taxista, un hombre mayor con una boina calada hasta las cejas,

blancas como la nieve.

—No —contesté sin ganas. Las jodidas placas de matrícula me hacían un daño terrible en la ingle—. Fume lo que usted quiera.

—Gracias, hombre. ¿Trabajando hasta tarde, eh?

—¿Por qué lo dice?

—Por su caja de herramientas.

—Ah... esto. He estado en casa de una amiga, haciendo unos apaños —improvisé—. La verdad es que se me ha hecho tardísimo.

—¿Unos apaños, eh? —sonrió—. ¡Qué jodido! Pues después de hacer «apaños» un caballero se queda a dormir.

Durante todo el camino me estuvo hablando de las mujeres, con la sabiduría y el sentido del humor de quien lleva décadas de un lado para otro escuchando penas, alegrías y reflexiones, pero ni siquiera sus chanzas me hicieron sonreír.

Volví a casa cuando el amanecer se atisbaba con una ligerísima claridad en el cielo gris. Dejé las matrículas bajo la cama junto con el neumático. Aquel lugar sería mi particular «caja de Pandora». Tenía que decidir qué hacer con las matrículas. Sin embargo, sabía perfectamente lo que haría con la rueda, o mejor dicho con su contenido.

Sin tiempo para apenas descansar me preparé para volver al trabajo. Aunque estaba terminando de amanecer, para mí seguía siendo de noche, una noche que acababa de empezar. Una noche larga, o más bien eterna, entre dudas y precauciones, dejando correr las horas allá donde fuese para poder al fin terminar lo que había empezado. No, definitivamente no hay sol que caliente cuando a uno, en su interior, se le hace de noche.

25. El gancho

Aquellos días de mi larga noche fui como un fantasma fuera y dentro del trabajo. Lo más importante estaba por hacer, y hasta entonces sería un autómata insomne. Incluso Begoña, la secretaria, me notó raro. Solo el recuerdo de Sandra, de su cuerpo sobre mi cuerpo, conseguía sacarme del ensimismamiento y hacerme sentir vivo de nuevo.

Más allá de esos recuerdos solo hubo algunas llamadas furtivas. Tanto ella como yo teníamos miedo de vernos, de que apareciera Sable o alguno de sus conocidos en un callejón, en una cafetería, en su puerta o en la calle, y con ello nuestro ardid se desmoronase como un castillo de naipes.

En Puertas Arellano, como digo, fui un zombi que se concentraba mínimamente para hacer su trabajo. Me di cuenta de que era uno de esos sitios donde nada cambia: Joaquín seguía con sus chistes, Felipe Torres con su semblante serio, Begoña con sus indiscreciones... Sin embargo Paco, la astuta rata, había optado por no hablarme en absoluto. Se le veía cómodo en la nueva situación, una vez que creía que había puesto los puntos sobre las íes. Miraba su cara en los descansos y parecía mucho más tranquilo y relajado, con su conciencia tranquila por haberme contado sus problemas. Parecía que, habiéndome hecho partícipe de ellos, todo estaba solucionado y solo quedaba esperar a que yo le proveyese el dinero.

En cuanto a Joaquín, me dieron ganas de hablarle de su hermano, de decirle que le viese y que le recondujese a una vida

más digna. Pero no lo hice. No quería ninguna conexión entre mi trabajo y las personas que conocí en Los Girasoles.

Los días avanzaron lentos y pesados hasta el treinta de enero, cuando se cobraba la nómina. El siguiente día yo debía entregarle a Paco, en metálico, el treinta por ciento de la misma. Un humillante expolio que estaba dispuesto a sufrir un par de veces, antes de que ocurriera lo que estaba en mis planes. La clave del éxito estaría en que Paco asumiese mi puntual pago con normalidad, en que todo se llevase a cabo como una rutina más, para así mantenerme alejado de sospechas ante lo que iba a ocurrirle, tanto a él como indirectamente a su primo.

—Acuérdate, Ricardo —me dijo en el aparcamiento, acercándose por detrás, susurrando, cuando yo estaba abriendo mi coche—. Mañana.

No contesté, pero asentí con la cabeza, simulando indignación. Y realmente estaba indignado, pero en mí se imponía un sentimiento distinto y tenso: el de la venganza, que estaba próxima. Esa misma tarde me acerqué a un cajero y saqué los pocos cientos de euros que se correspondían con el porcentaje que formaba parte del «acuerdo».

Al día siguiente, martes, último día del mes, me presenté temprano en el despacho de Paco con el dinero metido en un sobre. Levantó la vista de su ordenador, me miró, sonrió tímidamente, abrió el sobre y metió en él los dedos para contar los billetes. Posteriormente se lo guardó en su maletín. Mientras tanto me fijé con detenimiento en su mesa, pero no pude sacar nada en claro. En ese momento y lugar comenzaban mis artimañas destinadas a guiarlo a donde yo quería:

—Paco... ¿tienes un minuto?, ¿puedo sentarme? —le pregunté.

—Claro, Ricardo, siéntate —respondió señalando a la silla vacía frente a su mesa, intentando dar calidez a su voz—. Te doy las gracias. Has cumplido como un hombre.

—Supongo que lo imaginarás, pero quería hablarte de este asunto.

—Imaginaba que no querrías hablarme de fútbol.

—El caso es que es mucho, demasiado dinero, Paco —fingí aflicción como pude—. Me estáis destrozando la vida.

—Será poco tiempo, Ricardo, ya te dije...

—Por poco tiempo que sea —interrumpí—, es demasiado. Quería proponerte algo.

Me miró con curiosidad:

—A ver, cuéntame. Pero necesito el dinero y lo sabes.

—¿Recuerdas a la chica?

—Y tanto que la recuerdo. Eso es aún un tema por hablar.

—Pues no hay nada de qué hablar ni lo habrá. Sabe lo que me estás haciendo y se niega a tener relación alguna contigo. Y no es ninguna puta, como tú crees.

—¿Entonces para qué la sacas en la conversación?

—La saco porque ella... accedería a verte si... si aceptas rebajar el porcentaje en los próximos meses.

Paco sonrió con la boca girada.

—¿Entonces no es puta, eh? —preguntó con más sorna de la habitual—. Como dice el viejo chiste... que tu amiga es puta ha quedado claro, ahora estamos discutiendo el precio.

—Te dejo caer esa posibilidad. Una rebaja en vuestro robo y te concertaré una cita con ella.

—¿Crees que mi primo va a ceder para que yo me dé un capricho?

—Eso es cosa tuya.

—Bueno, bueno... —dijo pensativo. Se quedó un buen rato mirando al techo y resoplando ligeramente—. La verdad es que la chica era una delicia. Ya sé lo que vamos a hacer. Tú me consigues un encuentro con ella, pero nada de pasos previos ni gilipolces. Quiero follármela, ya lo sabes, Ricardo, solo follármela. Uno tiene sus necesidades, y para un carcamal como yo no es tan fácil

satisfacerlas —rió entre dientes—. Si estoy contento, el mes que viene yo mismo pondré en tu sobre algo de lo que queda en mi bolsillo, y así Álex no se enterará de nada y todos tan contentos, ¿te parece?

—Me parece bien. Pero escúchame Paco. Es mi amiga. Si la tratas mal...

—... yo soy un caballero, Ricardo. Y se ve que esa putita te tiene aprecio.

No me apetecía que siguiera llamando puta a Sandra, pero me comí mis palabras. El pececillo había picado el anzuelo más fácilmente de lo esperado. La rebaja me importaba menos que nada, pero lo importante era que ya tenía una excusa para citarle con ella y continuar con el plan.

Salí de su despacho y continué con mi trabajo. Tenía por delante la extraordinaria y desafiante tarea de diseñar unos folletos para la liquidación de somieres. En cuanto terminé y llegué a casa fui a comprar una tarjeta prepago para mi móvil. Sin embargo, volví a darme un último paseo hasta la cabina, que ya era una especie de amiga, pues siempre me conectaba con la voz de Sandra.

—¡Ricardo! —exclamó al descolgar—. ¿Novedades?

—Siguiente paso conseguido —dije—. Te toca entrar en juego. ¿Estás preparada?

—Joder, supongo que sí —contestó con la voz algo entrecortada—. ¿No ha habido alternativa?

—Ha sido imposible. Creo que no se saca las llaves del pantalón, y aun así no podría hacerlo en el aparcamiento, a la vista de todos.

—Ya, entiendo...

—En cuanto a ti, ya lo sabes: no tendrás que hacer nada que no estés dispuesta a hacer. Pero tendrás que entretenerlo el mayor tiempo posible.

—Es muy fácil decirlo, pero ya veremos cómo coño me las voy a apañar...

—Créeme, tienes armas suficientes. De cualquier manera, dejemos pasar unos días... una semana o poco más. Que la situación no se enfríe pero que tampoco sospeche por una excesiva prisa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿El miércoles que viene? ¿Te parece bien?

—Vale. Por la tarde. Estoy nerviosa, Richard.

—Tú solo tienes que actuar y entretenerle. Le diré que te recoja al salir del trabajo en el centro comercial. Ya sabes: después os vais a tomar un café y le propones ir a su casa.

—Lo sé, lo sé. Pero llámame el martes por la noche. Tenemos que darle una última vuelta a todo.

—Exacto. Lo haré, te llamaré desde mi teléfono con un nuevo número. Joder, Sandra, no sabes cuánto te agradezco esto...

—No es momento de ponerse sentimental —soltó—. Lo hecho, hecho está. Y lo que hay que hacer, bien hecho estará también.

Colgué y volví a caer en una tensa espera. Todo tendía a alargarse en el tiempo; debía de ser así, pero era todo lo contrario a lo que ordenaba mi instinto impaciente. Seguía sin encender el ordenador en casa, pero esa misma noche intenté masturbarme en la ducha. Pensé en Sandra, en sus redondos y carnosos pechos moviéndose de arriba abajo al compás de mis acometidas. Era la paja del recuerdo, esa en la que uno tira de polvos ya echados e imágenes vividas en primera persona para excitarse y poderse tocar. Una paja anhelante, pues la piel desea vivir de nuevo el placer ya vivido, y el cerebro intenta contentarla con ilusiones. A mí me estaba dando resultado, por primera vez en mucho tiempo. Pero justo cuando me corría, liberando el jugo acumulado de un innumerable número de días, me imaginé a Sandra cabalgando sobre Paco y el mundo se me vino encima.

26. Vendetta

Febrero hizo su entrada con parsimonia, como siempre gélido y lluvioso, pero con la promesa de un marzo más cálido. Habían pasado justo ocho días desde que Paco accediera a tener un encuentro con Sandra. Se iba a llevar a cabo el penúltimo paso de mi venganza, una venganza silenciosa e inesperada, tan alevosa y premeditada como nunca la hubo. Todo estaba preparado. Estaba siendo un día tormentoso a más no poder, y quisiera o no esto daba un trasfondo siniestro al asunto.

El lunes anterior informé a Paco de que Sandra accedería a verle. Cuando aquel miércoles saliese de Puertas Arellano, tendría que presentarse en el centro comercial y esperarla junto a la caja veintitrés del hipermercado.

Sandra seguía sin tener señales de vida de Sable y los suyos, y tampoco esperaba tenerlas; podría haberme presentado en su casa sin riesgos. Sin embargo, y continuando con la precaución y cautela establecidas, los últimos flecos los discutimos por teléfono. Además, me hubiera sido difícil mirarle a la cara sabiendo lo que iba a hacer por mí.

Aquella tarde-noche de miércoles debía permanecer muy atento a mi móvil, pues Sandra se comunicaría conmigo mediante escuetos mensajes de texto. Su parte del plan era la siguiente: debía usar sus armas de seducción, de las que andaba sobrada, para acceder al apartamento de Paco. Era entonces cuando me enviaría el primer mensaje con la dirección exacta. Una vez que los dos estuviesen en el piso, Sandra debía observar con atención dónde dejaba las

llaves, e intentar que lo hiciera en un sitio fácilmente accesible antes de llevarle al dormitorio. Si eso implicaba desnudarle en el salón, lo haría. Debía confirmarme con otro mensaje dónde estaban dichas llaves, las de su coche y su casa, y volvérselas a ingeniar para dejarme la puerta del apartamento abierta sin que Paco se diese cuenta. Lo que hiciera para entretenerlo en el dormitorio no era cosa mía, pero le recomendé llevarse sus «juguetes»: máscaras, geles... y cuerdas; toda clase de artilugios para mantener a Paco clavado en su cama mientras yo hacía lo que tenía que hacer.

A mediodía, saqué la rueda de repuesto falsa de debajo de la cama, como siempre con las manos bien guarecidas bajo los guantes, aquella vez de vestir para no levantar sospechas. Procurando no hacer ruido ni cruzarme con ningún vecino, la llevé hasta el garaje de mi edificio y sustituí la mía por ésta. Me alegré por la falta de contratiempos; encajaba a la perfección en el compartimento del maletero. Dejé la mía en el pequeño trastero junto a mi plaza de aparcamiento. Además, me metí una vieja navaja suiza en el abrigo, pues me serviría más adelante, o al menos confiaba en ello.

Pasé el resto de la tarde metido en casa, nervioso y mirando continuamente a la pantalla de mi teléfono, el cual tenía permanentemente enchufado a la corriente eléctrica para que no perdiese un ápice de la preciada batería. Se hacía cada vez más tarde. Le di mil vueltas a la imaginación respecto a lo que podía estar sucediendo en aquel momento entre Sandra y Paco, en cualquier parte de la ciudad. Estarían tomando un café o quizás una copa, ella intentando con disimulo propiciar que la cita siguiera donde realmente nos interesaba. ¿Habría fracasado? ¿Era Paco tan desconfiado como para no enseñar su casa a una chica despampanante? El plan podía estar fracasando, y dudé que Sandra estuviera dispuesta a una segunda o tercera cita para intentarlo. Tenía que resolverse aquel día.

Me entretenía mirando por la ventana con el teléfono en la mano. El cielo, ya completamente nocturno, se iluminaba de cuando en cuando con algún relámpago, mientras se derramaba sobre la ciudad una lluvia intensa pero intermitente. Calculé que llevaban nueve horas juntos, y Sandra aún no había dado señales de vida. Un trueno pareció prolongarse hasta hacer vibrar mi mano, poniéndome en marcha al instante. Era mi teléfono, y en él aparecía el esperado mensaje:

«*Ven ya. Calle Bocanegra 19, 4.º B*».

El nombre de la calle ni me sonaba. Cuando la introduje en el GPS del teléfono, me llevó a un barrio que sí conocía, en la otra punta de la ciudad, pero no lejos de Puertas Arellano. Estaba al oeste de la urbe, en la zona conocida como «Poniente». Había unas cuantas manzanas de bloques residenciales relativamente modernos, emplazados en torno a un centro comercial y una gran plaza de cemento sin ningún árbol. El de Paco era uno de estos bloques, dispuesto con las típicas comodidades: desde la foto aérea se veía una hermosa piscina y una pista de tenis. Me dio la impresión de que era un lugar para familias, no para solitarios como él. A decir verdad, no lo imaginé tomando el sol con su reluciente piel blanca, ni jugando al tenis con un amigo imaginario.

En quince minutos estaba aparcando no lejos del portal de Paco, pero tampoco tan cerca como para que de forma imprevista pudiera salir y reconocer mi coche.

«*Estoy aquí*», escribí a Sandra.

Era la una de la madrugada y no había ni un alma en la calle. La lluvia retumbaba contra los cristales del vehículo, azotada por fuertes rachas de viento. Las ventanas de los apartamentos lucían iluminadas; la gente hacía vida en su interior, y yo los envidié con toda mi alma. Quedé de nuevo agazapado en el asiento con el motor apagado. Volví a ser una sombra entre las sombras; me sentí como un bulto sin alma desechado por la sociedad. La espera se convirtió otra vez en parte de mi ser, de mi mente. Estaba en un

permanente estado de latencia del que solo podía rescatarme Sandra con un nuevo mensaje. Ni quiera la tormenta era capaz de provocar el más mínimo movimiento de mi cuerpo.

No recuerdo cuánto rato pasó. Mi *stand by* concluyó con otra vibración en mi bolsillo.

«Cuento 1 minuto y abro portal y piso. Llaves colgadas en la cocina. Al entrar a la izquierda. Coche en sótano».

Salí a toda marcha del coche y me dirigí al portal. Esperé unos segundos y, pese a esperarlo, me sobresaltó el zumbido de la cerradura, tan corto que tuve que andar listo de reflejos para empujar la puerta mientras se producía. Pensándolo después, todo el plan podía haberse ido al traste de haberse tratado de uno de esos porteros automáticos modernos, que solo se accionan permitiendo el paso tras una llamada desde abajo. Supongo que la suerte también juega parte importante de la partida.

Subí las escaleras despacio hacia la cuarta planta, concentrado. Sandra estaba haciendo a la perfección su parte del trabajo, como si llevara toda la vida conspirando. Traspasé con todo el silencio posible una puerta antiincendios que estaba entreabierta, asomándome por su ojo de cristal antes de acceder al rellano donde se encontraban las dos viviendas, A y B, de aquella planta.

A la derecha estaba la segunda, mi destino. En la semioscuridad me acerqué y empujé la puerta de entrada. La madera se veía negra como el carbón, y solo pude ver la cerradura y el picaporte cuando por el cristal de la puerta antiincendios se coló la súbita claridad de un relámpago. Hice coincidir el movimiento de la puerta con el posterior trueno. Inspiré profundamente, intentando que los nervios no se apoderaran por completo de mí.

El piso estaba cálido, y puede decirse que era acogedor bajo la luz de una pequeña lámpara en la amplia entrada. A la derecha quedaba un salón comedor, iluminado de forma tenue por una lámpara de pie, y ocupado parcialmente con un sofá delante de un enorme televisor y una pequeña mesa redonda en la esquina más

próxima. Al fondo se abría, hacia el patio interior de la urbanización, un balcón corrido. Delante de mí, una puerta acristalada daba acceso a un pasillo oscuro. En cuanto mis oídos se aclimataron al interior del piso, empecé a escuchar música de fondo. Sonaba un tema heavy. Sandra era más lista de lo que pensaba y me estaba proporcionando más facilidades, creando una capa de ruido sobre la que poder trabajar más cómodamente. A la izquierda, tal y como me había dicho, se encontraba la cocina; un espacio alargado con una encimera ocupando todo un lado.

No quise encender la luz y me iluminé temblorosamente con la linterna de mi teléfono, aún con los guantes puestos. Escudriñé cuatro veces la cocina de arriba abajo y empecé a ponerme aún más nervioso: no encontraba las llaves. La desesperación me sobrevino cuando miraba por quinta vez por en el fregadero y abría los muebles. «Debe ser más fácil», me dije. Acudí al frigorífico, justo a la entrada de la cocina, y en un lateral había un imán con un pequeño gancho. De él colgaban multitud de llaves en un único llavero, ese que Paco nunca sacaba de su bolsillo, o al menos no en Puertas Arellano. Lo cogí y volví a la entrada. Ahora, además de música, pude escuchar la voz de Paco, que me llegaba como un murmullo inteligible. Un murmullo que crecía, que parecía ir a más, que se acercaba. Me quedé petrificado durante un par de interminables segundos, y mi instinto decidió que me escondería.

Di dos zancadas y me dirigí hacia el salón, agachándome en una esquina tras la mesa y conteniendo la respiración. En mis manos, el manojito de llaves hizo un ruido que me pareció insoportable. En unos instantes Paco apareció por la puerta, en calzoncillos. Tarareaba con la boca cerrada, distraído. Abrió un mueblecito junto al televisor y sacó dos copas y una botella, no recuerdo de qué. Cuando ya creía que iba a salir de nuevo del salón, se paró en seco, así como mi corazón. Se dio la vuelta lentamente. Creía que ahí se acababa todo, que había oído algo, que me encontraba tan nervioso que había hecho ruido sin darme cuenta. Pero no. Se dirigió a la

lámpara de pie y, sin soltar las copas ni la botella, la apagó, dejando la estancia en la casi completa oscuridad. No podía ver nada, pero escuchaba sus pasos: se dirigió de nuevo pasillo adentro, sin reparar en que yo estaba allí y en que la puerta del piso no estaba cerrada.

Pasé algunos minutos sin poder mover un músculo, congelado tras la mesa, escuchando la música, los murmullos y la lluvia que caía fuera. Finalmente me puse en pie y salí del piso, dejando la puerta de entrada tal y como Sandra me la había dejado, sin cerrar, ya que en pocos minutos tendría que subir de nuevo a dejar las llaves en su sitio.

Bajé al garaje del edificio, situado en planta sótano. Probé con cada llave del llavero hasta que una encajó y pude abrir la puerta. Aquel aparcamiento era inmenso, y mi presencia allí despertaría sospechas a cualquier vecino. Tras una búsqueda que pareció alargarse hasta la eternidad, encontré el viejo «tanque» de Paco, tan gris como siempre pero más limpio que de costumbre. Quizás se había tomado la molestia de lavarlo para recoger a Sandra. Una vez localizado y memorizado el camino más corto entre los interminables pasillos de pilares y vehículos, volví a salir hacia la calle. En el portal me crucé con una pareja de ancianos, empapados pese a llevar un gigantesco paraguas.

—Buenos días —dije. Me respondieron al unísono, pero me pareció que el viejo me miraba de soslayo con algún tipo de sospecha en sus ojos. Probablemente me estaba volviendo paranoico, y no era para menos.

Una vez junto a mi coche el que estaba empapado de nuevo era yo. La lluvia había arreciado aún más. Decidí hacer todo lo más rápido posible, cerciorándome de que no había sobre mí ninguna mirada ni presencia inesperada. Saqué la rueda falsa del compartimento de mi maletero y corrí de nuevo hacia el portal de Paco. Aquella vez encajó la segunda llave que probé. Bajé las escaleras hacia el sótano lo más rápido que pude, y a punto estuve

de escurrirme y desnucarme, tan mojadas como llevaba las suelas de los zapatos. Recorrí deprisa y corriendo el camino que me separaba del coche de Paco y le abrí el maletero. Lo tenía lleno de bolsas y desperdicios polvorientos, como si llevara una años sin abrirlo.

Escuché unos pasos en el garaje. Cerré el maletero y me agaché tras el coche y contra la pared, con el neumático a un lado. Maldije en silencio; uno es casi incapaz de estar completamente solo cuando lo necesita. Un hombre pasó de largo por delante del coche, y no volví a ponerme en pie hasta que no pasó un buen rato desde que se perdieron de nuevo en la oscuridad. Ahora sí: abrí el maletero, dejé las cosas de Paco en el suelo, quité la alfombrilla y su rueda de repuesto y puse la que yo había traído. La condenada no encajaba del todo bien en el compartimento, así que tuve que hacer fuerza con todo mi cuerpo hasta que conseguí ajustarla, temiendo que se rompiera alguna bolsa interior desparramando colonia o algo peor. Una vez encajada, saqué la navaja del bolsillo de mi abrigo e hice, costosamente, una incisión en el neumático, levantando y desplazando la goma para que quedaran a la vista las bolsitas del delito. Finalmente volví a poner la alfombrilla y a desperdigar las pertenencias de Paco por encima, con el desorden en que me las había encontrado. Cerré el maletero y el coche y volví sobre mis pasos cargando con el neumático de Paco, que a su vez dejé en mi coche lo más rápido que pude.

De nuevo realicé un viaje corriendo hacia el portal. Era el tercero (y confiaba en que fuese el último). Subí las escaleras, sudando por cada poro de mi cuerpo bajo el abrigo y los guantes de ante.

Empujé la puerta, que por fortuna seguía como la dejé. Me dirigí en silencio hacia la cocina y volví a colgar las llaves del gancho imantado de la nevera. Antes de salir y cerrar con cuidado la puerta del apartamento, llegó a mis oídos un rumor que fue una pesadilla hecha realidad: era una serie rítmica de gemidos, entremezclados

con el llanto de Sandra. Supe que esos sonidos me perseguirían durante el resto de mi vida.

Lo sucedido aquella noche fue una pesada deuda que contraí tanto con ella como conmigo mismo, y más tarde comprendería que era demasiado difícil de saldar.

27. La llamada

Llegué a mi apartamento sin dejar de pensar en lo que acababa de hacer y en lo que acababa de oír. Sandra se había implicado hasta el final. Nadie le había puesto una pistola en la cabeza para que lo hiciera, pero yo me sentía un monstruo. Notaba el vértigo de alguien que ha dado un paso que no tiene vuelta atrás, de quien se ha lanzado al vacío. Por momentos pensé que mi venganza había sido, o iba a ser, tan desmedida que rompería todos mis esquemas y me volvería loco. Y por último, y aunque no lo supiera, intuía que algo se había perdido definitivamente entre Sandra y yo.

Incapaz de conciliar el sueño, cogí las matrículas del Focus abandonado, volví a bajar al coche y me dirigí a un canal al norte de la ciudad con un cuchillo de cocina. Detuve el vehículo en un puentecito lleno de grafitis, saqué la rueda de repuesto de Paco y la rajé con furia, una y otra vez, hasta que se deshinchó visiblemente. Entonces la lancé por los aires hacia el agua poco profunda del canal; la vi alejarse despacio hasta que se perdió en la negrura. Después lancé las dos placas medio dobladas, y vi como se hundían poco a poco.

Aquella noche del ocho de febrero fue febril e interminable hasta que sonó el despertador. Volví a plantarme en Puertas Arellano con mis ya habituales ojeras y mi desgana. No servían de nada los cafés ni los ánimos de Begoña y Joaquín. No llamé a Sandra hasta que vi a Paco aparecer con su «tanque». Jamás podría imaginar el regalo que le había dejado en el maletero. Solo necesitaba unos días más, y que no pinchara una rueda.

—Ricardo, no tengo ganas de hablar —dijo Sandra justo después de descolgar—. Espero que hicieras lo que debías.

—Lo hice. ¿Qué tuviste que hacer tú?

—Demasiado. Y te he dicho que no tengo ganas de hablar.

—¿No estás trabajando? Creía que no me cogerías el teléfono.

—No he ido a trabajar. No me encuentro bien.

—Joder, ¿qué te ha hecho...?

—Por tercera y última vez. No me apetece hablar del tema.

Adiós, Ricardo —colgó.

En aquel momento Paco apareció en mi despacho con una mueca sonriente que dudé que hubiese visto antes.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Vaya amiguita que tienes, Ricardo.

—Estoy muy ocupado, Paco —mentí. No tenía ganas de escuchar detalles, y menos de su sucia boca.

—Solo quería darte las gracias. Me costó más de lo que pensaba y tuve que portarme como un caballero: invitarla a cenar y luego al cine. Pero mereció la pena, ya lo creo que sí.

Se quedó plantado en la puerta, esperando que le dijese algo, pero yo me quedé callado mirando al ordenador, intentando que la amargura no se hiciese dueña de mi cara.

—Imposible que uno no quiera repetir con ella —dijo—. Ya hablaremos.

Terminó mi jornada y fui veloz a la calle La Luna. Al cuerno con las precauciones. Me presenté allí sin avisar, directamente llamando a su puerta. Llamé al timbre tres veces, y sentí sus pasos al otro lado de la puerta y su presencia acercándose a la mirilla, pero no abrió.

—Vamos —susurré—. Sé que estás ahí.

—Joder, Ricardo. No tengo ganas de hablar, ya te lo dije por teléfono.

—Ábreme. O me quedaré aquí día y noche hasta que tengas que salir.

Abrió con parsimonia. Estaba vestida con una bata sobre un pijama de pantalón largo y unos gruesos calcetines como único calzado. Tenía mala cara, y dos ojeras casi tan marcadas como las mías.

—Lo siento —la abracé. Por primera vez en mucho tiempo, realmente me salía del alma tener ese gesto con una persona. Ella permaneció quieta, sin mover los brazos.

—No tienes que sentir nada. Lo hice porque quería ayudarte.

—Pues me ayudaste, y no sabes cuánto. Lo más difícil ya está hecho.

—Me alegro.

—Sandra... te oí antes de irme. ¿Te forzó a algo?

—Me forcé yo misma. No podía arriesgarme a que volviese a salir de la habitación. Sabía que tú estabas por allí, y la puerta abierta. Aun así, estuve a punto de dar al traste con todo cuando... me dio tanto asco. No pude evitarlo, Ricardo...

Se derrumbó y rompió a llorar. Intenté que se echara sobre mis brazos pero me esquivó.

—No sabes lo que es esto —balbuceó entre las lágrimas—. Me siento como una puta.

—Joder, lo siento tanto...

—Te he dicho que no sientas nada. Tenía una deuda contigo.

—La has pagado con creces. Has pagado demasiado.

—Eso es cosa mía. Ahora vete. Vete, por favor. Necesito estar sola. Suerte con lo que queda. Yo ya no tengo nada que ver. Ni tampoco he tenido nada que ver, quiero que te quede claro. Yo callaré y tú callarás.

—Está bien. Te dejaré estar sola. Pero te haré más visitas, y te contaré lo que...

—No más visitas ni más historias —interrumpió—. Estaré sola hasta que deje de preguntarme por qué he hecho esto por ti.

—Quizás no ha sido solo saldar una deuda... —dije—. Quizás sientes algo por mí.

Me sentí extraño al lanzarle esa frase de aquella manera y en aquella situación.

—«Algo»... —repitió ella—. Algo puede ser mucho o puede ser muy poco. Incluso puede ser nada, Ricardo.

Aquella última frase me dejó algo tocado. No esperaba un «sí», pero tampoco tantas dudas. A esas alturas yo tenía claro que, si me daba la oportunidad, seguiría conociéndola hasta que explorásemos juntos nuestros límites, nuestras virtudes y defectos, nuestras coincidencias y divergencias. Pero ella no parecía por la labor.

Le di un último y salado beso. Ella apenas movió los labios. Nos despedimos con los ojos, sin decir palabra alguna, y cuando me di la vuelta oí la puerta cerrarse detrás de mí.

Durante los días que siguieron, se me hizo raro pensar que quizás Sandra no aparecería de nuevo en mi vida. No pensaba llamarla, pues era ella quien tenía que aclarar sus ideas, pero he de confesar que la echaba de menos, y mucho. No solo su presencia, que me fue escasa en las semanas anteriores, sino el saber que estaba ahí, al otro lado del teléfono, dispuesta a escucharme, a comprenderme, a ayudarme. Dicen que el ser humano se adapta increíblemente rápido a todo tipo de situaciones, pero no me acostumbraba al vacío, a no escuchar su voz. Si unos meses atrás me hubieran dicho que echaría de menos de esa forma a una mujer, no me lo hubiera creído. Por fortuna, tenía algo por resolver, tan importante que impidió que cayera en una de esas pseudo-depresiones tras una decepción con el sexo contrario. Mi relación con Sandra podía quedar suspendida hasta un futuro a medio plazo, pero en aquel momento se presentaba ante mí la consumación definitiva de mi venganza.

En Puertas Arellano seguí siendo un autómatas, haciendo mi trabajo con la máxima diligencia que mi cabeza me permitía, e intentando actuar con normalidad con Paco, aunque mi normalidad era no hablarle en absoluto y evitarle en los descansos, a la entrada y en la salida. Nuestra relación era no mirarnos a la cara cuando nos cruzábamos por los pasillos, ignorarnos concienzudamente. Únicamente tuvimos que sentarnos juntos y cruzar un par de palabras por asuntos estrictamente laborales. Supuse que él mismo estaría intentando gestionar su siguiente cita con Sandra, y confié en que fracasara, una vez que yo ya tenía todo lo que necesitaba.

Llegó el final de Febrero. Todos cobrábamos y yo tenía que volver a pagar, y el pago sería, en aquella ocasión, mi coartada perfecta. La aceptación de la extorsión como parte de mi vida. Además, debía proteger a Sandra. Paco nunca debería relacionar lo que iba a ocurrir con la noche que pasó con ella, y por tanto era mejor que se enfriara y quedara en el olvido. Mi compañero, el hombre-serpiente, rompió su silencio el día anterior:

—Ya sabes, Ricardo —me dijo en el aparcamiento, como a él le gustaba—. Mañana. Ah, y me temo que el «descuento» lo tendremos que dejar para otro mes.

Había sido un engaño más de aquella sucia rata. Pero ya no importaba. Agaché la cabeza y seguí mi camino.

Dejé pasar una semana más, la última de mi larga noche. Era el viernes nueve de marzo, y hacía exactamente un mes que no hablaba con Sandra. Aquel día, pensé, tampoco lo haría. Pero sí hablaría con otras personas, que confiaba en que me hicieran caso.

La tarde estaba seca y despejada, y un vientecito cálido hacía promesas de primavera. Como digo, era viernes... y era una tarde perfecta para que Paco siguiera con sus rutinas sin sospechar que yo pretendía cambiarlas para siempre. Decidí no arriesgarme a seguirle. Después de todo el minucioso plan, en el último momento decidí que haría mi llamada a ciegas, confiando en el destino y en mi instinto; si Paco no estaba en la Casa Damaris, probablemente

todo habría sido una equivocación. Si estaba, algo tendría que suceder.

Después de comer, dejé el coche en casa, me metí un trapo en el bolsillo de la chaqueta y me di un largo paseo hasta que perdí la cuenta de mis pasos. Llegué a un barrio residencial con cientos de casitas adosadas. Recorrí las calles en zigzag hasta que encontré una solitaria cabina telefónica. Volví a observar minuciosamente la calle, de un extremo al otro, cerciorándome de que no había cámaras de seguridad ni de tráfico. Eché cuatro o cinco monedas, enrollé el trapo alrededor del micrófono y marqué el número de la policía. Un agente contestó y se quedó a la espera. Tomé aire y tras unos instantes comencé a hablar, falseando mi voz como podía y apretando la cara contra el auricular.

—Buenas tardes —dije con la voz temblona—. Me gustaría hacer una denuncia anónima.

—Solo se permite la colaboración ciudadana en llamadas que especifiquen algún tipo de delito relacionado con...

—... ¿Drogas? ¿Explotación sexual? —interrumpí—. Hay un club. Hay prostitutas, alguna que otra es del este, y dudo que estén aquí de forma legal.

—Entiendo.

—Pero eso no es todo. En ese club se organizan partidas ilegales. Yo formaba parte de ellas, hasta que me echaron como a un perro. Se ve que el dinero ha dejado de alcanzarle a alguno para seguir jugando, y ahora piensa pagar en cocaína. Y cuando digo ahora me refiero a ahora.

—¿Cómo conoce usted esa información?

—El caso es que tengo fuentes fiables... conocidos que frecuentan ese club. Y, como le digo, ha llegado a mis oídos que hoy tendrá lugar un intercambio. En un viejo Renault Laguna gris, para

más señas. Yo solo les estoy informando; ahora es vuestra responsabilidad qué hacer al respecto.

Tras un largo silencio, el policía volvió a hablar:

—Señor, ¿cómo se llama ese club y dónde está?

—Casa Damaris. En la avenida del Diamante. Dense prisa o la partida se va a terminar.

28. Tras la tormenta

No sé qué ocurrió con exactitud aquella tarde en la Casa Damaris, y a día de hoy tampoco quiero saberlo. Lo que sí sé es que Paco no se presentó el lunes en Puertas Arellano. Ni tampoco el martes, ni el miércoles, ni el jueves ni el viernes. Estuve atento a los periódicos y noticiarios locales, y no se hizo referencia alguna a la Casa ni a drogas. Pasé una de las semanas más extrañas de mi vida, entre la satisfacción de haber hecho lo que quería y la intranquilidad de no saber qué coño había sucedido con Paco y Álex en el club.

Incluso volví a masturbarme tras el que fue sin duda el período más largo de mi vida sin tener sexo conmigo mismo. Lo hice de nuevo obligándome a no encender el ordenador, y decidí mantener ese hábito ante el riesgo de volver a caer en la adicción. No quería volver a ser *Richard_dreyfuss*, ni tampoco «Pajas». Quería ser simplemente Ricardo Gómez y comenzar a vivir mi vida en paz.

Que yo supiera, ninguno de los empleados preguntó por Paco en Puertas Arellano. Su presencia siempre fue tan liviana que nadie parecía echarlo en falta. Llamé ocultando mi número al móvil de Paco, pero estaba desconectado.

Por disimulo, decidí presentarme en el despacho de Antonio Arellano, quien se encontraba parapetado en su escritorio tras media docena de archivadores; él no tenía ordenador ni falta que hacía. Era el jefe.

—Don Antonio, buenos días y disculpe que le moleste, ¿puedo pasar?

—Claro, claro, Ricardo, pase y siéntese si lo desea —respondió. Nunca nos tuteábamos.

—Verá, como sabrá Paco lleva sin venir toda la semana. Le he llamado a su teléfono pero está desconectado. No sé si está enfermo o qué ocurre, estoy algo preocupado. Y además nos hace falta.

—Era raro que nadie me hubiese preguntado hasta ahora —dijo suspirando—. Me llamó a casa el domingo. Y quedó en volverme a llamar este fin de semana. Dejémoslo en que no puede venir.

—¿Qué le ha ocurrido?

—El lunes os lo explicaré a todos, muchacho. Hasta entonces Felipe se encarga de parte de las tareas de Paco. Si tienes algún problema dirígete a él.

Así pues, tendría que pasar un largo fin de semana sin saber nada más. Decidí pasar por la Casa Damaris al salir del trabajo. Aparcaría fuera y echaría una ojeada sin comprometer mi seguridad. Recorrí deprisa y corriendo media ciudad hasta situarme en la avenida del Diamante. No hizo falta ni que bajara del coche: comprobé que las inmensas puertas enrejadas estaban cerradas a cal y canto con una cadena y un candado, y había una cinta de plástico, con el símbolo del ayuntamiento, que rezaba «No pasar» en letra bien grande.

Oteé desde la ventana del coche y a todas luces el club había quedado clausurado. No se veía movimiento en el interior ni ningún coche aparcado, y el albero del caminito de entrada permanecía incólume, sin el habitual y casi permanente polvo que queda en suspensión en el aire con las idas y venidas de vehículos.

Joder. Por primera vez en años tuve la sensación del deber cumplido. Si el club estaba cerrado significaba que algo había tenido que ocurrir. Supuse que la policía solo informa a los medios de este tipo de operaciones cuando los delitos están confirmados. En cualquier caso no quise echar las campanas al vuelo y esperar al lunes.

El fin de semana estaba siendo tan tenso que, la noche del sábado, tras pasar horas navegando en internet, decidí encender el ordenador y ver qué se cocía en las páginas de webcam. No tenía intención de masturbarme, pues aún no me veía preparado para hacer un uso responsable de aquellas páginas, pero el aburrimiento me pudo, y por qué no decirlo, la apetencia de ver algunos cuerpos que me alegraran la vista un poco. Entré en mi web amateur preferida para estos casos.

Al rato, me fijé en una tal Lucía que estaba conectada. No ponía el nombre de la ciudad ni el país, y ni tan siquiera tenía foto en su miniatura. Sin embargo, estaba en el top diez de espectadores.

Cuando accedí vi a una chica de pie. Su cabeza quedaba estratégicamente fuera de la visión de la cámara, pero no así sus pechos ni su sexo. Era un cuerpo descomunadamente sensual, delgado y menudo pero con curvas, de esos que tocan en suerte a una mujer de cada diez.

Y yo lo conocía bien, como también conocía el hortera sofá verde tras la chica. Sandra había vuelto a las emisiones, ésta vez en forma de Lucía y alejada de su habitación. Saludó a todos bajando la cabeza ligeramente hacia la cámara, y cuando vi sus labios, sus dientes y escuché su voz no tuve la menor duda, pese a que no llevaba puesto el piercing.

Sonreí instintivamente, pero también me dieron ganas de llorar. Apagué el ordenador. Fue en aquel momento cuando supe que ciertas cosas que yo imaginé o llegué a pensar respecto a Sandra solo fueron un espejismo. También supe que esa era la forma, tan extraña y sin ruido, en la que Sandra desaparecería para siempre de mi vida. Y es que hay personas importantes que se van así, sin una mísera despedida, sin compasión, en un doliente silencio. ¿«Lo que pudo ser y no fue»? No. Lo que fue y terminó. Me hubiera gustado decirle más cosas, verla una última vez, disfrutar de su cuerpo para retener su olor para siempre. En lugar de ello me quedaría el recuerdo de lo que vivimos juntos, que no fue poco. En mi interior

siempre intuí que Sandra siempre sería Sandra, la niña traviesa de la webcam... de hecho jamás se me pasó por la cabeza comenzar a llamarla Marina. Quizás fui yo quien nunca la tomó demasiado en serio. Quizás fui yo el que estaba ciego por sus curvas y su sonrisa. Ella no era para mí ni jamás lo sería. Ella jamás llamaría. Ella quería seguir siendo el juguete de muchos.

Estas ideas me entristecieron y me llenaron de amargura, pero a la vez me sentí liberado. Lo que también supe, instantánea e instintivamente, es que no me quedaba gran cosa por hacer en aquella ciudad, excepto esconderme.

El lunes, en cuanto entré a Puertas Arellano, Begoña me miró con cara consternada:

—Ricardo, cariño, don Antonio nos espera a todos en la sala de reuniones a las nueve y media. Quiere decirnos algo importante.

Cuando llegó la hora, media plantilla estaba cariacontecida en la sala. Felipe Torres permanecía de pie en una esquina, con los brazos cruzados y su característica cara de pocos amigos. Tomé asiento junto a Joaquín.

Don Antonio llegó puntual, se subió a la tarima con dificultad y empezó a hablar:

—Buenos días. Como ustedes habrán notado, falta uno entre nosotros. Un trabajador que siempre ha dado todo por esta pequeña empresa desde hace ya muchos años.

Se interrumpió para beber unos tragos de su botellita de agua.

—¿Se refiere usted a Paco? —dijo Joaquín—, ¿no le habrá pasado nada malo, verdad?

—En efecto. Me refiero a Francisco Romero. A Paco, como a él le gustaba y a nosotros nos gustaba llamarle.

Se oyó un murmullo en la sala. El tono de don Antonio, y el hecho de hablar en pasado, no ayudaba nada.

—No le ha ocurrido nada a su salud, si es eso lo que os preguntáis —continuó don Antonio—. El caso es que me temo que no va a poder seguir con nosotros en la empresa.

—¿Pero qué ha pasado entonces? —volvió a preguntar Joaquín.

—¡Muchacho, no seas tan impaciente! —exclamó Begoña—. Deja que don Antonio se explique.

El anciano prosiguió como si nada:

—No puedo dar muchos detalles, porque ni yo mismo los tengo —tomó aire y se aclaró la garganta—: Tiene problemas judiciales muy graves que le van a impedir durante un tiempo indefinido estar en libertad y por supuesto realizar su trabajo —en la sala se hizo un silencio tan pesado y denso que podía cortarse con un cuchillo. Begoña ahogó un gritito—. Os he reunido a todos porque estas cosas, finalmente, se acaban sabiendo por un motivo u otro. Y prefiero que todos lo sepáis antes de que se vaya magnificando cualquier chisme. Él me ha dado su aprobación, e insiste en que es inocente y todo quedará resuelto tarde o temprano.

—Joder —me susurró Joaquín—. Puto Paco. Y yo que creía que era un santito...

—No hay que culparle aún de nada —disimulé—. Ni siquiera sabemos por qué anda en problemas.

—En todos sitios cuecen habas. Y quien más, quien menos, tiene sus secretos e historias.

No pude estar más de acuerdo. El corazón me latía deprisa. Don Antonio acababa de dar la confirmación que necesitaba para estar tranquilo, al menos durante un tiempo. Con Paco siendo investigado y la Casa Damaris cerrada, Álex se había quedado sin conexión conmigo y se andaría con cuidado de seguir extorsionándome. O, quién sabe, a lo mejor él había caído también. Era extraño que aquel personaje no tuviese antecedentes. O puede que se sembraran en él las dudas con respecto a su primo. Puede que no confiara en él tanto como para pensar que no tenía nada que ver

con un asunto tan sucio como los doce kilos de cocaína. Jamás lo sabría.

El caso es que yo era libre. No tenía que rendir cuentas a nada ni nadie, y no me lo acababa de creer.

Cuando casi todos hubieron salido de la sala, murmurando y haciendo conjeturas los unos con los otros, don Antonio y Felipe Torres me invitaron a acercarme.

—Ricardo —comenzó Felipe—. Antonio y yo lo hemos estado discutiendo brevemente esta mañana, y con la marcha de Paco creemos que serías un buen sustituto en su puesto.

Aquel hombre no se andaba con rodeos.

—Podemos contratar fácilmente a otro administrativo —dijo don Antonio—, o quizás tú conozcas a alguien que se desenvuelva parecido a ti. Pero no es tan fácil encontrar a alguien con experiencia en la empresa, que conozca a los que trabajan aquí y que tenga una formación como la tuya. Creo que podrías ser un buen encargado de producción. Tendrías más responsabilidad, pero eres joven y seguro que quieres mejorar.

—Te pondremos a prueba durante un par de meses —siguió Felipe, dando por hecho que aceptaría—, y si vemos que funcionas bien te renovaremos el contrato.

Durante interminables segundos no supe qué decir. Habían precipitado una decisión que llevaba madurando aquel interminable fin de semana, y quizás desde antes en mi subconsciente. Me vi obligado a que aquella idea tomase forma definitiva en aquel momento, delante de ellos.

—Es una gran oferta la que me estáis haciendo —dije midiendo las palabras. No quería menospreciarles en absoluto, puesto que se habían portado bien conmigo—, pero precisamente el otro día, don Antonio, no entré a su despacho únicamente para preguntar por Paco.

—No te entiendo, hijo... —preguntó.

—Quiero decir que... Llevo tiempo pensando en esto. Y creo que ha llegado el momento de marcharme de esta empresa.

Felipe Torres permaneció callado y mirándome fijamente, y Don Antonio puso una cara de pena que nunca olvidaré:

—Vaya, hombre. En realidad temía que algún día quisieses irte. Has estado demasiado tiempo como un simple administrativo, demasiado... un ingeniero como tú. En fin, no me extraña. Y te pido disculpas por no haber sabido verlo con antelación.

—Don Antonio, ustedes no tienen culpa de nada. Me han tratado enormemente bien. Soy yo: quiero probar nuevas experiencias. Quién sabe, quizás emprenda un negocio, aunque les prometo que no será de maderas. Conocer otra ciudad, puede que otro país...

—Ansias de juventud —suspiró—. Ansias de aprovechar unos años que se escapan rápido y no vuelven jamás. Hace usted bien, Ricardo. ¿Cuándo ha decidido marcharse?

—Permaneceré aquí un par de semanas más —respondí— hasta que termine esa base de datos online que les prometí.

Se despidió cordialmente, con Felipe detrás sin volver a decir palabra. Cuando me quedé a solas en la sala, no me creía lo que acababa de hacer. Me había despedido de aquel trabajo donde me ofrecían seguir calentando el sillón, y además en el puesto de Paco. Aquello no hubiera sido solo una venganza, sino un regodeo humillante.

Y sí, era real: tenía esa sensación en el estómago que te dice que todo es posible si te mueves y te arriesgas. Que atrás no queda nada que merezca la pena y puede que adelante sí.

29. La teoría del equilibrio

Han pasado ya más de seis meses desde que abandoné Puertas Arellano. Casi medio año desde que me fui de la ciudad.

Pasé un tiempo con mis padres y mi hermana, y a ellos les devolví con mi compañía parte de lo mucho que les debía. Ahora he desembarcado en un nuevo lugar. Esto es todo un reinicio, el comienzo de un camino nuevo.

Por momentos recuerdo como una pesadilla todo lo que ocurrió. Y a veces me remuerde la conciencia y pienso que mis actos fueron descabellados y los motivos ridículos. Es entonces cuando creo que no estoy en equilibrio. Luego me digo a mí mismo que di su merecido a unos malnacidos, y solo entonces consigo tranquilizarme, pero aún no me he librado del todo del peso de la culpabilidad. En definitiva, puede que esta historia no tenga un final feliz, o puede que aún esté viviéndola y todo se vuelva de nuevo contra mí. Yo solo he contado lo que me sucedió, lo que le sucedió al Ricardo que yo era en aquel momento, o más bien lo que le sucedió a *Richard_dreyfuss* y le liberó de ser *Rychard_dreyfuss* para ser un nuevo Ricardo.

A veces me pregunto si hay alguna moraleja en todo esto, si hay algo que yo mismo pueda aprovechar o de lo que alguien pueda aprender. Creo que simplemente fueron mis actos, sus consecuencias y mis respuestas. Creo que lo que yo he aprendido es que, si uno se deja manejar, es un barco a la deriva en una sociedad que puede hundirte sin remedio, una sociedad que tiene cimientos de barro. La convivencia es solo el conveniente marco

que adoptamos, pero bajo él se ocultan intereses egoístas, sucias maniobras y oscuros personajes. Si uno no actúa, si no se mueve respecto a objetivos, y si además está en el lugar equivocado en el momento equivocado, probablemente esté perdido. Mi objetivo fue dejar de ser un monigote, fue salir indemne de una situación que me puso a prueba, y a veces creo que lo he conseguido.

Ahora también sé que conocer a alguien especial es posible... alguien capaz de perder mucho para que uno no siga perdiendo. A las victorias se apuntan todos, pero a las historias que solo llevan a perder muy pocos se lanzan. Aunque también hay otra cara, y es que las deudas solo llevan a las dos partes a la perdición y la separación.

Mi teoría es que todo tiende a volver al equilibrio, pues éste es como la fuerza de la gravedad de nuestros actos. Quisieron hundirme y salí a flote, aunque las aguas no se hayan calmado del todo para mí. El tiempo pasa, uno va cumpliendo años y los caminos se van cerrando. Soy libre de escoger alguno que merezca la pena; el del triste y solitario pajillero ya está muy visto. Algunos días pienso que la existencia es un extraño e indescifrable regalo que he pasado años desaprovechando. Esta vida ofrece tantas posibilidades que me gustaría vivir, explorar y explotar cada una.

Por ahora seguiré mejorando la mía, sabiendo que he vivido una historia que merece la pena contar.